

UNIVERSIDAD  
AUTONOMA  
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo



**Azcapotzalco**



AZCAPOTZALCO  
COSEI. DOCUMENTACIÓN

**DIVISIÓN DE CIENCIAS Y ARTES PARA EL DISEÑO**

**PROGRAMA: ESPECIALIZACIÓN, MAESTRÍA Y DOCTORADO EN DISEÑO**

**DOCTORADO EN DISEÑO**

**ENTRE LA REALIDAD Y LA UTOPIÍA. LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL  
PENSAMIENTO LIBERAL DE IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO**

**José Ignacio Aceves Jiménez**

**Tesis para optar al Grado de Doctor en Diseño  
Línea de Investigación: Estudios Urbanos**

Director de Tesis: Dr. Ariel Rodríguez Kuri

con la aprobación de:

Dra. Ma. de la Concepción Andueza Cejudo

Dra. Silvia Pappé Willenegger

Dra. Sonia Pérez Toledo

Dr. José Agustín Ronzón-León

Dr. Sergio Tamayo Flores-Alatorre

**México, D.F.**

**Diciembre de 2001**

## ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b>	<b>I</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>VIII</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
<b>Semblanza mínima</b>	<b>1</b>
<b>La ciudad como escenario</b>	<b>5</b>
<b>Don Luciano entre diarios y revistas</b>	<b>7</b>
<b>Las crónicas de Merlín</b>	<b>12</b>
<b>A Espinel le gustaba escribir artículos</b>	<b>17</b>
<b>Don Próspero también escribió ensayos</b>	<b>18</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>20</b>
<b>CAPÍTULO PRIMERO</b>	
<b>DE LA UTOPIA A LA REALIDAD. EL ROSTRO DEL CAPITALINO ENTRE</b>	
<b>LÍNEAS</b>	<b>24</b>
<b>1.1. Preliminares</b>	<b>24</b>
<b>1.2. Altamirano entre dos frentes</b>	<b>25</b>
<b>1.3. En busca de lo nacional</b>	<b>31</b>
<b>1.3.1. La Virgen de Guadalupe y los héroes símbolos de lo nacional</b>	<b>32</b>
<b>1.3.2. La sociedad capitalina: un modelo a seguir</b>	<b>35</b>
<b>1.3.3. De frente a la modernidad, pero sin perder las buenas costumbres</b>	<b>36</b>
<b>1.4. El <i>high-life</i>. Un ideal inalcanzable</b>	<b>40</b>
<b>1.4.1. Belleza, lujos, elegancia pero sin alcanzar el <i>high-life</i>.</b>	<b>42</b>
<b>1.4.2. El principio de la decepción</b>	<b>44</b>
<b>1.5. Una cultura en restauración</b>	<b>47</b>
<b>1.5.1. El periódico: valioso aliado en la tarea de difundir cultural</b>	<b>48</b>
<b>1.5.2. La novela y su importancia cultural</b>	<b>51</b>

1.5.3. El combate al gusto por lo extranjero, una difícil tarea del novelista	53
1.6. El teatro y la cultura	55
1.6.1. Además de remozar los teatros, hay que cuidar el contenido de las obras	57
1.6.2. La crónica teatral al servicio de la comunidad	58
1.6.3. Una racha de mal gusto invade al capitalino	60
1.7. El tedio, la estrechez... la total desilusión	62
1.7.1. La monótona vida capitalina causó que Altamirano dejara <i>El Siglo XIX</i>	65
1.7.2. La crítica abierta como último recurso	66
Referencias bibliográficas	69
<b>CAPÍTULO SEGUNDO</b>	
<b>POLÍTICA, GOBIERNO Y CIUDAD</b>	
	74
2.1. Anotaciones previas	74
2.2. El ideario liberal de Altamirano	76
2.3. Gobierno e Iglesia	78
2.3.1. Una Iglesia rica en un país pobre	79
2.3.2. Un Congreso Constituyente para formular una nueva Constitución	82
2.4. El espíritu liberal convertido en leyes	83
2.4.1. La Constitución de 1857	84
2.4.2. Las Leyes de Reforma	88
2.5. La Intervención Francesa	91
2.5.1. Era necesario denunciar los atropellos del gobierno francés	92
2.5.2. En busca de la unión para resguardar la soberanía de América Latina	95
2.6. La República Restaurada	97
2.6.1. El incumplimiento de Juárez motivó la ruptura	99
2.6.2. Sigue la querrela	101
2.6.2.1. Juárez si... Juárez no...	102
2.6.2.2. Antes... cuando las cosas eran distintas	104
2.6.3. La coherencia dentro de la aparente contradicción	107
Referencias bibliográficas	112

## **CAPÍTULO TERCERO**

### **EDUCAR AL PUEBLO: UNA CONSTANTE PREOCUPACIÓN**

<b>DE ALTAMIRANO</b>	<b>116</b>
<b>3.1. Breves apuntes iniciales</b>	<b>116</b>
<b>3.2. Educación Primaria</b>	<b>117</b>
3.2.1. La educación del pueblo y los principios liberales	118
3.2.2. Una buena legislación para que funcione el sistema educativo	122
<b>3.3. El encomiable magisterio de Altamirano</b>	<b>124</b>
3.3.1. Los esfuerzos para educar al pueblo	126
3.3.2. Amargos recuerdos de la escuela antigua	128
3.3.3. La educación con las leyes cambia	130
<b>3.4. El encomiable ejemplo de don Vidal Alcocer</b>	<b>132</b>
<b>3.5. El espíritu positivista invade la educación</b>	<b>135</b>
3.5.1. La situación del magisterio en México	136
3.5.2. El espectro del pueblo demanda educación	139
<b>3.6. La escuela Normal de Maestros</b>	<b>143</b>
3.6.1. Los primeros planteamientos	144
3.6.2. Una grata comisión para Ignacio Manuel Altamirano	146
<b>3.7. La Escuela Nacional Preparatoria</b>	<b>148</b>
<b>3.8. La educación superior</b>	<b>151</b>
<b>Referencias bibliográficas</b>	<b>156</b>

## **CAPÍTULO CUARTO**

<b>LA CIUDAD DE MÉXICO: UN LUGAR PARA VIVIR</b>	<b>162</b>
<b>4.1. La llegada a la capital</b>	<b>162</b>
4.1.1. Una ciudad en expansión	164
4.1.2. Destruir lo tangible para construir lo intangible	166
4.1.3. La capital de México ¿una ciudad segura?	170
<b>4.2. La ciudad de México. Su clima y sus lugares</b>	<b>174</b>
4.2.1. El clima de la capital	174
4.2.2. Lugares y paseos	178

4.2.2.1. La Alameda	178
4.2.2.2. El Zócalo	179
4.2.2.3. Chapultepec	181
4.3. El transporte en la capital	185
4.4. La capital y sus mercados	187
Referencias bibliográficas	191
<b>CAPÍTULO QUINTO</b>	
<b>CIUDAD, PUEBLO Y RELIGIÓN</b>	195
5.1. Altamirano frente a la religión	195
5.2. Entre la religión y la ciencia	197
5.3. La religión y el pensamiento liberal	200
5.4. El rostro del capitalino tras un antifaz	203
5.5. Del desenfreno a la mortificación de la carne	206
5.6. El Viernes de Dolores	208
5.7. Protectora de ladrones. La Virgen de la Soledad: una advocación en el olvido	211
5.8. La Semana Santa	213
5.9. También los pobres tiene virgen. La fiesta de los Ángeles	214
5.10. La Guadalupana: una Virgen para todos	217
5.11. La fiesta de todos los santos	218
5.12. El día de Muertos	220
5.13. Llegaron las posadas y después la Navidad	229
Referencias bibliográficas	230
<b>CONCLUSIONES</b>	234
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	241

Para Maite:

Por veinticuatro años de  
amor y de apoyo constantes.

También

Para Ana Teresa:

Porque sigue siendo mi  
proyecto más importante.

Al Departamento de Investigación y  
Conocimiento , por todo su apoyo. De  
manera especial a la Señora Sandra  
Miranda.

A los miembros el jurado:

Por la paciencia que mostraron al leer  
este trabajo y por sus valiosas  
observaciones.

## SINOPSIS

El presente trabajo ofrece al lector una visión del pensamiento de Ignacio Manuel Altamirano respecto a los actores que interactuaba en ella durante la segunda mitad del siglo XIX. Estoy convencido de la importancia que para la cultura nacional reviste el trabajo de rescatar a sus grandes pensadores, entre ellos el que nos ocupa en esta ocasión tal vez sea uno de los más importantes.

Altamirano produjo una obra muy extensa, veintidós tomos abarca hasta el momento su obra rescatada. Los temas que abordó son varios, pero aquí el lector encontrará el análisis sobre las reflexiones que Altamirano hizo sobre aspectos como la sociedad capitalina, sus espectáculos favoritos, su comportamiento; sobre educación, tema que siempre preocupó al autor, pues entendía que una sociedad educada era el principio para ingresar a la modernidad; por lo que respecta a la política Altamirano ofrece su propia visión de lo que fueron cada uno de los acontecimientos políticos por los que atravesó México y consecuentemente la ciudad capital; por último se trata aquí el comportamiento religioso del capitalino sobre el cual el autor llegó a manifestar que empezaban a quedar atrás los tiempos del dogmatismo.

Antes de terminar esta sinopsis conviene establecer que Altamirano, aun cuando es uno de los más importantes pensadores del liberalismo del siglo XIX, ha sido poco estudiado, ojalá se genere entre los lectores de este trabajo de tesis quien se entusiasme a abordar la obra de Altamirano como tema de investigación. En verdad encontrará un extenso material de estudio.

## PRÓLOGO

Ignacio Manuel Altamirano se instituyó como uno de los escritores más relevantes de la segunda mitad del siglo XIX. Autor de una copiosa obra en la que legó a la posteridad su testimonio de la cotidianidad de la época que le tocó vivir. Hasta el momento sus escritos han sido recopilados en veintidós tomos que conforman sus *Obras Completas*. Además de la valía de su obra, el número de volúmenes revela que era un autor muy prolífico.

Las afirmaciones anteriores refuerzan la idea de que es indispensable que los investigadores se acerquen a la obra de este autor con el propósito de analizar su pensamiento, pues no es suficiente con haber conjuntado sus trabajos, lo cual representa una invaluable ayuda para el estudioso, aun se hace necesario que se genere un interés por rescatar el universo en el cual se desarrolló Altamirano.

Este trabajo de tesis aborda algunas de las reflexiones que Ignacio Manuel Altamirano hizo sobre el comportamiento de los distintos actores que dieron sentido a la vida de la capital mexicana del siglo XIX. A lo largo de cinco capítulos centro mi atención en tratar de analizar el pensamiento del autor respetando las vértebras fundamentales que él mismo fijó: la social, la política, la educativa y la religiosa. En cada caso, los planteamientos de Altamirano se nutren del entorno pero son exteriorizados con los matices de su propia concepción del mundo. Así pues en este trabajo intento indagar las ideas personales del autor, pues en ellas subyace lo que él consideraba que debería ser el comportamiento de los actores de la ciudad de México. De aquí, pues, el título de este trabajo.

He de confesar que en un principio me acerqué a la obra del autor con el deseo de encontrar la ciudad de México, “su ciudad”, pero pronto me di cuenta que Ignacio Manuel Altamirano se interesó por ella en tanto el escenario en el que se desarrollaban los distintos actores y no como el espacio arquitectónico o poético. Desde la perspectiva del autor, en tanto espacio público, la ciudad debía ser un ámbito privilegiado para generar cultura, un espacio vibrante y luminoso en el que se hiciera evidente que el país ingresaba en la modernidad.



El lector no encontrará en el estilo de Altamirano el tono poético-descriptivo de algunos de sus contemporáneos, y valga aquí poner tan sólo el ejemplo de Guillermo Prieto cuya prosa se acerca más a la novela o al poema. Reproduzco unas cuantas líneas como ejemplo:

Resuene la jácara, y en medio del bullicio escribamos: ¡hola!, ¡hola!, gente timorata y pulcra: perdón: no trascenderá mi artículo al ámbar voluptuoso que perfuman las estancias ricas de los petimetres suscriptores.<sup>1</sup>

Altamirano recurría más a una prosa informativa. No se entienda con lo que acabo de expresar que su obra resulte menos valiosa que la de Prieto, nada más alejado de mi propósito. Por el contrario, desde los primeros acercamientos a la obra de Altamirano se advierte la importante contribución que ésta representó para la cultura del México decimonónico. Además, se detecta una constante preocupación por elevar el nivel cultural de los mexicanos. Inspirado con este ideal; insistió en que la clase alta capitalina se convirtiera en la promotora del cambio, pero al comprobar que ésta carecía de calidad para asumir la encomienda, Altamirano dejó sentir su ira en contra de los miembros de esa clase social. Algo muy similar le sucedió con el sector político sobre el cual recaían sus críticas cuando no observaban lo dispuesto en las leyes.

En algunos de sus escritos prevalece un resentimiento en virtud de que ni él ni los miembros de su grupo más cercano (cuéntese entre los principales a Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y Francisco Zarco) eran llamados a desempeñar cargos públicos y si lo hacían, como en el caso de Ramírez, no permanecía en el cargo por mucho tiempo.

Altamirano demarca muy claramente a lo largo de su obra varios ámbitos temáticos, tales como la política, la historia, la jurisprudencia, la literatura, la educación, y el comportamiento social del mexicano de su época, principalmente del habitante de la ciudad de México. Todos ellos merecen no una, sino varias exploraciones ya que abren un campo casi inagotable de posibilidades de estudio sobre el siglo XIX mexicano.

No obstante el amplio reconocimiento sobre la calidad de su producción, Altamirano ha sido poco estudiado; más allá de los prologuistas de sus textos, se cuenta con muy pocas investigaciones que nos permitan conocer a fondo su pensamiento y sus aportaciones. Entre los interesados por la vida y la obra del autor, se cuenta con: Nicole Girón quien logró rescatar valiosos datos suficientes para delinear parte de la vida del joven Altamirano

durante su estancia en el Instituto Literario de Toluca. Desde otra perspectiva, Jacqueline Cobo, al presentar el texto titulado *Paisajes y leyendas* realiza un estudio más profundo que el requerido para una introducción. Otro intento lo representa el realizado por Catalina Sierra y Cristina Barros y prologado por José Luis Martínez que, bajo el título de *Ignacio Manuel Altamirano. Iconografía*, entrelaza fragmentos de la obra del autor con fotografías extraídas del album fotográfico familiar. Otro más es el volumen editado por Manuel Sol y Alejandro Higashi, que lleva por título *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*. Este texto tiene la virtud de rescatar las ponencias de distintos estudiosos convocados para conmemorar el centenario de la muerte del escritor.

Sobre la base de estos antecedentes, procedo a plantear que esta tesis se propone analizar la obra de Altamirano para tratar de entender su pensamiento respecto de los actores de la ciudad de México; mi intento es detectar la realidad de la que partía el autor y contrastarla con los ideales que se había forjado en cada caso. Para tal efecto abordo los textos que refieren cada uno de los ámbitos en que Altamirano observó al capitalino.

Asumo de entrada que dichos textos son el producto de un liberal moderado, sujeto a cambios de estados de ánimo. Es pertinente entender que al hablar de liberalismo mexicano, resulta una empresa difícil sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, periodo en el que Altamirano elaboró su producción intelectual, pues “los actores de la escena política... lo reconfiguraron al interpretarlo, al mezclarlo con otras tradiciones tales como el positivismo.”<sup>2</sup> Ignacio Manuel Altamirano llegó a actuar y a proponer soluciones sustentadas en su propia concepción. A tal grado fue esto que él mismo se convirtió en la encarnación del liberalismo promovido por su grupo, por eso en muchas ocasiones sus ideales lo orillaron a la utopía.

En sus múltiples arrebatos lo encontramos unas veces eufórico, otras deprimido y por ello su obra esta impregnada de aparentes contradicciones. Ejemplo de esto son sus escritos donde ponía muy en alto a la ciudad de México y al poco tiempo renegaba de ella por la falta de aseo que la caracterizaba. De pronto la llamaba la “*sirena del Anáhuac*” para después calificarla de “*gazmoña mestiza*”. En otros momentos, escribía sobre la belleza y la elegancia de las mujeres capitalinas, pero después, decepcionado por su falta de sensibilidad cultural, se burlaba de ellas, calificándolas de *fufurufas*,

Todos sus cambios de ánimo quedaron plasmados en su extensa obra periodística a partir de la cual quiso llegar a las distintas clases sociales para compartir con ellas sus reflexiones y sus conocimientos. Rescato en este punto la afirmación de Valeria S. Cortés Hernández cuando afirma que “El periodismo de la segunda mitad del siglo XIX mexicano se había convertido ya en un instrumento de poder en manos de partidos políticos encaminados a convencer y a orientar al lector de forma más o menos disimulada”<sup>2</sup>. No podría haber sucedido de otra forma, pues el periódico era el único medio de difusión amplia con que se contaba en aquella época y era el vehículo ideal para transmitir las ideas de manera generalizada. Así acabó aceptándolo Altamirano, aunque para él habría sido preferible el uso de la novela, reconoció que dado el alto grado de analfabetismo imperante en el país, el periódico era el espacio ideal para difundir la cultura, tarea que, por más noble que parezca lleva implícito el sello particular de un grupo y de la persona que lo escribe ya que “La prensa política del siglo XIX mexicano suple las carencias informativas por una herramienta reflexiva”.<sup>3</sup>

En el periodismo de Altamirano el lector encontrará, pues, una reflexión constante emanada de sus propios criterios y visiones sobre los acontecimientos que a su juicio eran más relevantes. Con ellos, el periodista hacía del conocimiento público sus preocupaciones personales impregnadas de un genuino deseo de contribuir al mejoramiento del país, pero connotadas por su filiación ideológica.

En buena medida la obra de Ignacio Manuel Altamirano se inspira en el deseo de preparar el camino para que México ingresara lo antes posible a la modernidad preocupación que no fue privativa de nuestro autor, muchos intelectuales más y de distintas filiaciones perseguían lo mismo con sus acciones y como Altamirano estuvieron conscientes de que para lograr el objetivo deseado era indispensable que el país tuviera estabilidad y para lograrla se requería de educar al pueblo para que adquiriera conciencia ciudadana. Para lograr estas metas era indispensable que los gobiernos apoyados por los intelectuales unieran esfuerzos conducentes a lograr el progreso conjunto.

Antes de proceder al planteamiento de lo que abordo en cada uno de los apartados, creo conveniente apuntar lo que no pretende este trabajo de tesis. En primer lugar, no pretende hacer una comparación entre el pensamiento de Ignacio Manuel Altamirano y los postulados

conservadores, ni siquiera pretendo hacer un planteamiento diferenciado de las distintas facciones liberales. Si en algún momento recorro a plantear las diferencias entre conservadores y liberales o entre los liberales mismos, es más con el propósito de ubicar el contexto en el que se desenvolvía Altamirano, más no con el de polemizar.

Por último, no pretendo hacer un análisis de la obra del autor porque ello me dirigiría por otro camino, alejándome de mi propósito central, ya que las novelas de Altamirano no están referidas a los actores de la ciudad de México. Expresado esto, procedo a describir el contenido a que se enfrentará el lector en cada uno de los apartados de este trabajo.

Inicia con una introducción la cual pretende ofrecer al lector los datos indispensables sobre la vida y la actividad del autor. Marca, pues, quién era Altamirano, se hace énfasis en su procedencia, sus esfuerzos por escalar peldaños, sus logros y sus horizontes. Cada uno de estos aspectos se retoman con la profundidad debida en cada uno de los capítulos

En el capítulo primero se analiza la tarea emprendida por nuestro autor con el propósito de difundir la cultura y contribuir así al cambio del comportamiento del capitalino. Se hace hincapié en el hecho de que Ignacio Manuel Altamirano creía que al propiciar el cambio en el capitalino, el resto de la población del país también lo haría. Recorro a diversos autores con el fin de caracterizar el momento histórico por el que atravesaba el país. Esto lo hago en virtud de que Altamirano, con frecuencia, no da el contexto en el que se desenvuelven los acontecimientos, lo cual resulta obvio en virtud de que escribía para gente que estaba inmersa en el momento histórico que se informa. Procuro en cada momento no perder de vista el pensamiento de Altamirano.

Resalta en este capítulo el hecho de que como buen exponente de la intelectualidad mexicana de la segunda mitad del siglo XIX, nuestro autor ambicionaba que México se introdujera en la modernidad y caminara al ritmo que lo hacían Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos. Para contribuir a la consecución de sus ideales, Altamirano emprendió una intensa labor tendiente a fortalecer la cultura nacional, pero pronto cayó en la cuenta de que no obstante sus afanes la sociedad capitalina no cambiaba. Decepcionado, dejó a un lado a la clase alta y enfocó su mirada en la enseñanza elemental. Así, de manera insistente, demandaba la atención del gobierno para reforzar la educación gratuita. Los

logros son escasos y el tedio lo invadía cada vez más, y acabó por denunciar la estrechez intelectual que se vivía en la ciudad de México.

En el capítulo segundo intento rescatar lo que el autor pensaba sobre la relación los distintos momentos que caracterizaron a la ciudad de México durante esa época. Entre los acontecimientos más importantes destacan la Constitución de 1857, las Leyes de Reforma, la Intervención Francesa, el Segundo Imperio y la Restauración de la República y a lo largo y lo ancho de todos ellos la relación Estado Iglesia. Dentro de cada apartado pretendo encontrar el sentir personal de Altamirano.

El capítulo tercero es quizá tan intenso como el primero, pues él se advierte a un Ignacio Manuel Altamirano entusiasmado por educar al pueblo, tanto como antes lo estaba por infundir el espíritu de cultura entre la clase alta de la capital. En este capítulo se analiza el interés que mostraba por la educación del pueblo capitalino, pero al proponer y conseguir que se fundara la Escuela Nacional de Maestros, logró que se beneficiara el país entero.

Pocos son sus acercamientos para tratar a la educación media superior, habla poco de la Escuela Nacional Preparatoria y en dado caso sólo se llega a advertir que no coincidía con la propuesta positivista de Gabino Barreda, o sea, pues, que para Altamirano no era coincidente el liberalismo con el positivismo comtiano. Tampoco abunda en el tema de la educación superior pero salta a la vista su idea de que ésta debía de ser auspiciada por la iniciativa privada.

En el capítulo cuarto abordo la obra de Altamirano para detectar lo que pensaba sobre la Ciudad de México, y me encuentro con lo que habrá de reiterarse en repetidas ocasiones: la ciudad de México para Altamirano representó el espacio en el cual se llevan a cabo las distintas prácticas sociales que daban sentido y forma al comportamiento social. En virtud de que su principal empeño era que México entero modificara su cultura, consideró que los cambios de la ciudad eran fundamentales para que proyectar una nueva cultura. Por eso veía con buenos ojos la apertura de espacios de solaz y esparcimiento en los cuales la gente elegante de la capital viviera con intensidad la cultura, que sería derramada hacia el pueblo. Desde luego que ya esta visión resulta muy aristocratizante, pero a fin de cuentas era lo que se estilaba en Europa, es pertinente recordar a Baudelaire cuando habla del artista moderno. Se trataba de presentar paisajes placenteros y rodeados de un ambiente cultural en los que la

gente era elegante, guapa y feliz. A presentar estos paisajes se dedicó Altamirano por algún tiempo. Pero a fin de cuentas no pudo lograr que las condiciones ni de la cultura ni de los espacios cambiaran.

Por último, en el capítulo quinto trato de entender el pensamiento que Altamirano guardaba sobre la religión. Dado que se advierte cierta ambivalencia en el pensamiento del escritor respecto a este tema, partí de su postura liberal, la cual se ha considerado como contraria a la religión, y me encontré con que en la intimidad Ignacio Manuel Altamirano era profundamente religioso. No había podido renegar de sus creencias, con lo único que no coincidía era con el comportamiento voraz del clero, de ahí que interpretaran inadecuadamente su postura.

## Referencias bibliográficas

1. Prieto, Guillermo. *Cuadernos de costumbres* tomo 1, **Obras Completas** vol. II, p. 355
2. Cortés Hernández, Valeria S. *La educación en el debate de la segunda mitad del siglo XIX. Una visión historiográfica*. Tesis de maestría, UAM Azcapotzalco, 2001, p. 1.
3. *Ibidem*, p. X.

## INTRODUCCIÓN

### **Semblanza mínima**

Con sus crónicas, artículos, ensayos, discursos, cuentos y novelas, Altamirano legó un valioso acervo intelectual a partir de la cual hoy podemos acercarnos a los acontecimientos que se suscitaron en nuestro país a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Ignacio Manuel heredó en su obra un caudal de conocimientos que coloca al lector en condición de poder entender la historia de México; la prosa de Altamirano revela la solvencia de un historiador y aun de un sociólogo que penetra en los sucesos y los analiza con la razón, más allá de los toques de emotividad que en algunos momentos puedan advertirse.

De seguro que el lector se estará preguntando ¿Quién era Ignacio Manuel Altamirano? La respuesta puede ser simple: sería suficiente con decir que era un indígena nacido en Tixtla en noviembre de 1834 y que gracias a su capacidad intelectual logró colocarse como una de las figuras más destacadas de su tiempo. Sin embargo, aun surgiría otra pregunta: ¿Cómo es que un indígena en el siglo XIX tuvo la oportunidad de escalar peldaños insospechados en el mundo intelectual? Precisamente en la primera parte de esta introducción trataremos de dar respuesta a esta segunda pregunta, apuntando, con la brevedad que exige nuestro espacio, las circunstancias y motivaciones que contribuyeron a que nuestro autor se labrara un prestigioso lugar dentro de la intelectualidad mexicana.

Empezaremos, pues, esta breve semblanza diciendo que poco, casi nada, se sabe sobre la infancia de Ignacio Manuel Altamirano. Por tanto nos habremos de conformar con los apuntes sueltos aportados por él mismo al escribir la biografía de Ignacio Ramírez. En la obra referida encontramos datos a partir de los cuales se confirma su origen indígena y el estado de extrema pobreza en que vivía su familia. Además, Ignacio Manuel hacía mención a que era un niño tímido y que con dificultad aprendía la lengua española. Afirmaba también



que “tenía poquísimo conocimiento acerca de los hombres y de los sucesos de México.”<sup>1</sup> Prácticamente estos escasos datos son todo el material con que contamos, lo cual nos hace reconocer que la infancia de Altamirano se encuentra perdida en la niebla de las especulaciones.

Una de las mayores preocupaciones que se dejaron sentir durante las primeras décadas de vida independiente, la constituyó el sistema educativo. Tanto liberales como conservadores, formulaban sus propias ideas sobre el tema de la educación. Aun dentro del mismo liberalismo encontraremos matices sobre la aplicación del proceso de instrucción, aunque unificados por la idea de sustentar la formación de los ciudadanos que, desde su particular punto de vista, requería el país. Así, pues, gracias a las iniciativas y los postulados liberales fue posible que Ignacio Manuel Altamirano ingresara en 1848 al Instituto Científico y Literario de Toluca.

A partir de su llegada a Toluca, y gracias a las recientes investigaciones de Nicole Girón, se empieza a dibujar la figura del joven estudiante. Es pertinente señalar que la afirmación exteriorizada por el propio Altamirano en la que refiere que había llegado a Toluca “casi salvaje, sin saber el idioma español” la podemos achacar más a un destello de humildad del autor, pues si se sigue leyendo el mismo párrafo en el que daba noticia de lo antes dicho encontraremos que también apuntaba, al referir las pláticas que sobre política sostenía su padre con algunos amigos, que “eso era vago y confuso entonces para mí, y las ocupaciones de la escuela y los entretenimientos de la niñez pronto venían a borrar tales impresiones.”<sup>2</sup> Si a lo anterior sumamos la información aportada por Nicole Girón, relativa a que el Instituto Literario de Toluca, como todos los institutos de su tipo, “funcionaba como una institución de educación post-primaria, preparatoria y superior”<sup>3</sup>, estamos en posición de afirmar que al llegar Altamirano a Toluca debía contar con suficientes conocimientos, no sólo del idioma español, sino de algunas otras materias, los cuales le permitieron incorporarse con rapidez al sistema educativo del Instituto.

Conviene todavía hacer referencia al decreto 112 promulgado el 11 de enero de 1849, durante la administración de Mariano Arizcorreta que a la letra disponía que “*cada cabecera de distrito debía enviar al instituto literario un alumno escogido entre los más pobres, no mayor de edad y que supiera leer y escribir.*”<sup>4</sup> Por lo que respecta al Estado de

México, refería Altamirano “el gobierno de Olaguíbel por inspiración de Ramírez que no perdía de vista el gran asunto de la enseñanza pública... dio una ley, previendo que de cada municipio del Estado de México se enviase un alumno, el más apto... para hacer sus estudios en el Instituto Literario, por cuenta del mismo municipio.”<sup>5</sup>

Resultaría difícil reproducir el momento en que Altamirano fue informado por su padre que había sido aceptado para estudiar en el Instituto Literario de Toluca. Años más tarde el propio autor refirió el momento al escribir:

... en 1849, ya reestablecida la paz, una ley benéfica del estado de México, al que pertenecía la comarca en que nací, me sacó de ella, designado para venir a estudiar en el Instituto Literario de Toluca. Yo comprendí claramente que aquel cambio en mi vida era de gran bien para mí, y naturalmente, lleno de gratitud, me propuse indagar quién era el autor principal de aquella ley, merced a la cual se me abría el camino a la instrucción.<sup>6</sup>

En 1850 Ignacio Ramírez se integró como catedrático al Instituto y fue entonces cuando el estudiante vio cumplido su deseo. A partir de ese año, y después de haberse identificado maestro y alumno, los lazos de afecto se estrecharían cada vez más para nunca romperse. Altamirano dejaría testimonio del encuentro al decir lo siguiente:

... tuve yo el honor de oír por primera vez la elocuente palabra de Ramírez, sentándome en los bancos de la clase, como discípulo, aunque no tenía derecho pues entonces cursaba yo latinidad. Y aquí me será permitido relatar en breves líneas el incidente en virtud del cual entré en esa clase, y que aumentó mi gratitud hacia Ramírez. Excitada mi curiosidad por los grandes elogios que hacían los alumnos, de la elocuencia y sabiduría del maestro, fui un domingo a escuchar la clase, sentado en la puerta. Notólo Ramírez y me mandó entrar, a pesar de que le dijeron: que según la orden de la dirección, sólo podía asistir a aquélla los cursantes de jurisprudencia y de filosofía. Él se encargó de allanar la dificultad, como en efecto la allanó, y desde entonces, y por mera excepción, seguí concurriendo como discípulo.<sup>7</sup>

Altamirano recordaría siempre aquellas clases, la figura del maestro lo cautivó de tal suerte que desde entonces se convirtió en su discípulo. Tanto fue el entusiasmo que Ramírez provocó en el ánimo del joven educando, que años después éste referiría lo siguiente sobre la clase dominical impartida por el *Nigromante*: “No era una clase fríamente perceptiva y vulgar. Ramírez allí enseñaba como se había enseñado antes, como no se ha vuelto a enseñar después en México.”<sup>8</sup>

En las palabras de Altamirano advertimos una sincera emotividad al hacer referencia a Ignacio Ramírez, no era para menos; en la figura de aquel maestro el joven indígena encontraba, en primer término, al benefactor que con su decreto había contribuido a abrirle las puertas del Instituto para que pudiera estudiar; en segundo término, y quizá el más importante, descubría en Ramírez una excepcional calidad humana que aunada a un razonamiento coherente y conciso, lo colocaba en el nivel idóneo para asumirlo como rector intelectual. Seguramente que respondiendo a este impulso, casi natural, en la intimidad de su espíritu, Altamirano habría de reservar un lugar muy especial para Ramírez. La respetuosa admiración que profesó al maestro no se aminoraría. Pasado el tiempo, el recuerdo de las cátedras de Ramírez, aun lo impulsaría a escribir lo siguiente:

Allí se formó nuestro carácter, allí aceptamos nuestro credo político al que hemos sido fieles sin excepción de una sola individualidad. Porque es de advertirse, y es una cosa notable ciertamente, que ni un solo discípulo de Ramírez, en el Instituto, ha renegado de los principios filosóficos que les inculcó el maestro, sino que, al contrario, todos los han sellado con su constancia y con sus obras y algunos con su sangre.<sup>9</sup>

Es necesario reconocer que fueron grandes los avances logrados por Altamirano en su corta estancia en el Instituto Literario. Los progresos se debieron a dos factores fundamentales: a la buena calidad de la enseñanza y a la indiscutible capacidad del educando. En tan sólo tres años, Ignacio Manuel había adquirido conocimientos que lo capacitaban para iniciar una formación profesional. Hablamos de tres años porque Altamirano abandonó el Instituto en el mes de julio de 1852, debía hacerlo ya que el Estado de México no había cubierto las mensualidades correspondientes a las colegiaturas del estudiante. El incumplimiento en el pago de las cuotas se debió a que el municipio de Tixtla había pasado a formar parte del Estado de Guerrero, creado por decreto del Congreso de la Unión el 27 de octubre de 1849, con lo cual el estado de México no consideró su obligación sostener al joven Altamirano.

Nicole Girón ha indagado sobre la suerte que corrió Ignacio Manuel Altamirano al abandonar el Instituto. Gracias a los estudios de esta investigadora sabemos hoy que el joven estudiante no regresó a Tixtla, sino que permaneció en Toluca y que para sobrevivir impartió clases de francés en un colegio particular, propiedad del señor Domínguez. Esta información revela el interés de Altamirano por continuar con su formación intelectual. Los

pocos años cursados en el Instituto, la calidad del sistema educativo y con toda seguridad el enorme influjo de la figura de Ramírez encontraron terreno fértil en el noble espíritu de Ignacio Manuel Altamirano. La certeza de las afirmaciones anteriores hace a Nicole Girón elaborar la siguiente afirmación:

Con este bagaje Altamirano iba a salir lanzado a la vida adulta. En noviembre de 1852, acababa de cumplir 18 años, no poseía un centavo, pero estaba rico en orgullo y talento. Se había forjado algunas convicciones esenciales y había aprendido a usar correctamente los principales instrumentos del conocimiento. Sobre todo se había beneficiado gracias a una conjunción impredecible de circunstancias del mejor espíritu modernizador que podía brindarle el medio tradicionalista en donde había nacido: Tenía fe en la razón humana y pensaba que los hombres debían escoger libremente su forma de gobierno, tanto personal como colectivo.<sup>10</sup>

Con su separación del Instituto Literario de Toluca, Ignacio Manuel Altamirano deja atrás la etapa juvenil para convertirse prematuramente en un adulto, el cual tenía que enfrentarse al mundo por su propia cuenta. Todo lo que lograra habría de ser fruto de su esfuerzo. A partir de ese momento a nadie le interesaría sino a él el rumbo que debía tomar su vida. Afortunadamente, en los pocos años del Instituto, el espíritu del joven Altamirano se había fortalecido a tal grado que ya podía encaminar sus pasos hacia la superación constante.<sup>11</sup>

### **La ciudad como escenario**

La obra de Ignacio Manuel Altamirano reviste gran importancia para los interesados en el México decimonónico. En nuestro caso particular, el interés se centra en la visión que sobre los actores de la ciudad de México tenía el periodista liberal, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, periodo en el que escribió copiosamente sobre la capital del país, la cual fue objeto de innumerables cambios. Sin duda las modificaciones efectuadas en el paisaje físico de la ciudad contrajeron modificaciones en el comportamiento social, psicológico y cultural de los habitantes. En los escritos de Ignacio Manuel Altamirano el lector encontrará escasas referencias a la arquitectura de la ciudad y aún a los cambios que durante su época se le hicieron. Sin menospreciar la belleza de sus lugares y la importancia

de su arquitectura, nuestro autor refiere a la ciudad como el escenario en el cual se llevan a cabo las interacciones cotidianas de sus distintos actores.

Nora Pérez Rayón afirma que a lo largo del siglo XIX se conformó en México una identidad nacional. Agrega la autora que “Su consolidación requirió, entre otros elementos, la capacidad para elaborar y proyectar ampliamente un discurso histórico que homogeneizaba la visión del pasado creando mitos y símbolos unificadores y la ajustaba a los requerimientos del proyecto de modernización nacional impulsado desde el centro.”<sup>12</sup> Es necesario matizar esta afirmación con lo que dice Mauricio Tenorio Trillo, respecto de que la mexicanidad es un “laberinto” incaminable pues, afirma que:

En verdad el nacionalismo mexicano, como el de los Estados Unidos ha sido históricamente cosido a la idea de las “identidades nacionales”. “Lo mexicano”, *Americanness...* estas etéreas categorías que tanta tinta han derramado son inasibles y, más importante, son susceptibles de ser manipuladas por proyectos ideológico-nacionalistas. La traída y llevada cuestión de las identidades nacionales no surgió hoy, ni mañana han de concluir los estereotipos de la identidad estadounidense o mexicana. Cada generación se inventará su frontera, su ética protestante, su glorioso pasado, su brillante espiritualidad y su estereotipo del otro.<sup>13</sup>

Muchos de los artículos y crónicas de Ignacio Manuel Altamirano abordaban temas sobre los héroes de la patria, o sobre la conmemoración de fechas patrióticas y, aún le dedicó un espacio importante a la Virgen de Guadalupe y otras advocaciones que diferenciaban a las distintas clases sociales de la capital. Con el tratamiento de dichos temas, Altamirano pretendía nutrir el espíritu patrio y tratar de unificar la historia de México. Su deseo era fortalecer la identidad del mexicano. No tuvo el éxito esperado porque su visión era una entre muchas que pretendían lo mismo.

Durante esa época las distintas facciones liberales, lo mismo que los conservadores, desplegaron esfuerzos importantes para impulsar la modernización de la ciudad de México, esto no fue posible en la medida de las expectativas, debido principalmente a que las condiciones económicas y políticas por las que atravesaba el país eran muy desiguales. De manera muy concreta, y sólo por mencionar un aspecto entre muchos: era urgente intensificar los esfuerzos tendientes a la consolidación de una buena instrucción pública, condición que, desde su particular ideología, todas las fracciones políticas consideraban

indispensable para lograr un tránsito armonioso hacia el progreso. Al finalizar el siglo XIX se reportaba en el país un 80% de analfabetos. No habían sido suficientes los esfuerzos emprendidos por algunos intelectuales, entre ellos Ignacio Manuel Altamirano, para mitigar el problema del retraso educativo.

A lo largo de los capítulos de esta tesis el lector podrá conocer y valorar lo que opinaba Altamirano respecto del mundo que lo rodeaba. Sus actividades estaban impregnadas de un decidido interés por contribuir a la regeneración de los defectos y problemas que aquejaban al pueblo mexicano. Inspirado por sus ideales, Altamirano se mostró siempre como un profundo conocedor de su tiempo: estudioso del pasado, observador de su presente y previsor del futuro.

La vocación liberal que siempre profesó nuestro autor lo condujo a convertirse en un intelectual que, como muchos otros de su tiempo, en todo momento procuraba contribuir al cambio. Era Altamirano un observador constante de los derechos individuales, aun de aquellos relativos a la práctica religiosa. Fue, en toda la extensión de la palabra, un digno ejecutante de la Constitución del 57 y de las Leyes de Reforma, pues estaba presto a observar y defender los principios normativos de ellas emanados. Inspirado con este pensamiento, Altamirano abrazaría con especial fervor su magisterio, el cual pretendía a partir de 1867 la consolidación de una nueva nación. Era consciente que, después de la caída y fusilamiento del emperador Maximiliano, los liberales asumían un país en el cual todo estaba por hacerse y se aprestó, entusiasmado como el que más, a contribuir al crecimiento de México.

### **Don Luciano entre diarios y revistas**

Es justo reiterar que Ignacio Manuel Altamirano se erigió en su tiempo como uno de los intelectuales más destacados. Con singular dedicación, y gracias a su peculiar disciplina, logró elevar su espíritu hasta el grado de convertirse en uno de los puntales de la intelectualidad mexicana. Por sus aportaciones se le considera el modernizador de la literatura nacional, pues fue él, con sus escritos publicados entre 1868 y 1883, quien dio

sustento a la “reflexión crítica y la ordenación de una secuencia histórica, propias de la historia literaria”.<sup>14</sup>

No obstante que Altamirano llegó a ponderar a la novela como el vehículo más *ad-hoc* para cultivar al pueblo, no pudo menos que reconocer que, dado que en el país se registraba un alto grado de analfabetismo, el periodismo resultaría el espacio por excelencia para difundir la cultura.<sup>15</sup> Entendido esto, se decidió a ser el testigo ocular de su tiempo y relatar a partir de diarios y revistas los acontecimientos que a su juicio creía más importantes. Así pues, quería replantear las cosas y para tal efecto imprimía a las palabras y a los pensamientos que emanan de su pluma un énfasis didáctico.

Altamirano, poseedor de una mente precursora, comprendía ya en su tiempo la trascendencia del periódico en tanto medio de comunicación de gran alcance y, desde luego, la necesidad de ejercer el periodismo asumiéndolo como actividad comprometida a partir de la cual se habrían de sintetizar los acontecimientos diarios.<sup>16</sup> Así pues, siempre estuvo atento a cumplir su misión regeneradora; a partir de su tarea periodística trataba en todo momento de formar opinión pública; insistía en estrechar los vínculos que propiciaran que el mexicano de aquella época cobrara conciencia de sus circunstancias y se proyectara hacia el futuro.

Se reconoce que la prensa desde sus inicios ha desempeñado una tarea muy relevante en el desarrollo de las sociedades. Ignacio Manuel Altamirano entendía que a partir de la tarea periodística se podía garantizar que el pueblo mexicano se introdujera en el mundo moderno de aquella época. Sabía que la prensa era el medio idóneo para promover las reformas sociales.<sup>17</sup>

No obstante el entusiasmo, Altamirano entendía que en México, lo mismo que en otros países de América Latina, el analfabetismo existente y el casi nulo hábito a la lectura de libros, representaban los principales obstáculos a vencer. De hecho en el país no se había podido consolidar una industria editorial y, por consecuencia, la edición de libros era escasa. Este hecho reforzaba la evidencia de que el periodismo constituía la actividad de mayor relevancia en el empeño por cultivar al pueblo del México de la segunda mitad del siglo XIX.

No podríamos esperar un panorama distinto, los tres siglos de dominación española y las penurias internas a las que se había tenido que enfrentar México desde su declaración de

Independencia, habían dado como resultado que durante el periodo que nos ocupa, los escenarios políticos y culturales resultaran complicados. Así pues, a partir de la restauración de la república todo estaba por reconstruirse o por hacerse. Con decidido empeño, no importando los retos, Altamirano asumió el compromiso de contribuir en la tarea reestructuradora. Nadie lo obligaba ni le imponía encomiendas. Él mismo se fijaba las normas disciplinarias a seguir.

Para cumplir mejor con su misión reestructuradora, decidió penetrar en la literatura de otros países, con ello pretendía autoinstruirse respecto de la mejor forma en que se podía aplicar la lección de historia a partir de la incipiente literatura mexicana. En esta búsqueda, Altamirano llegó a la convicción de que buscando en los acontecimientos nacionales se encontraría la esencia de lo mexicano, “aspiraba a que nuestra literatura llegara a ser expresión fiel de nuestra nacionalidad y un elemento activo de integración cultural.”<sup>18</sup> Convencido por esta idea, criticaba constantemente a todos aquellos mexicanos que al renegar de lo nacional se dejaban seducir por lo extranjero. Sobre este tema particular llegó a manifestar que:

Somos muy inclinados a desdeñar lo nuestro, muy afectos a admirar lo extranjero, aunque sea inferior, y muy propensos a la idolatría, que es la más estúpida de las ceguedades; que en nuestro país bien puede haber un genio deslumbrador, pues nosotros nos apresuramos a taparle con el manto del desprecio, para correr a ponernos de hinojos delante del primer recién venido de Europa.<sup>19</sup>

Altamirano trató de corregir semejante desatino ponderado en sus crónicas, artículos y ensayos los valores de próceres, artistas, literatos e intelectuales mexicanos, que desde su particular punto de vista contribuían a consolidar lo nacional. En cada uno de los casos procuraba el periodista liberal ofrecer datos suficientes para que el lector pudiera establecer juicios de valor que le permitieran tener la seguridad de que en el país también se producía cultura.

En 1872, año en el que reanudó sus colaboraciones en el *Siglo XIX*, Altamirano expresaba que para él el citado periódico tenía “el atractivo de las viejas amigas” que jamás se pueden olvidar “a pesar de las peripecias enojosas a veces que suelen turbar la dulce monotonía de un trato constante y cordial, no menos susceptible y celoso que el del amor.”<sup>20</sup> Además,



Ignacio Manuel, en su *Revista de México* expresaba las emotivas razones que le impedían abandonar en definitiva la redacción del *Siglo XIX*:

... no puedo alejarme por mucho tiempo de este periódico, al que he confiado mis pobres inspiraciones desde mi juventud. Era yo apenas estudiante y ya enviaba a él mis discursillo, mis coplas amorosas y mis ensayos políticos. Él se encargó de hacer publicar mis inocentes burlas contra aquellas ranciedades que eran nuestro tormento entonces y que han desaparecido por fortuna.<sup>21</sup>

Para cumplir mejor con su misión, el liberal se dio a la tarea de aprender seis idiomas para introducirse en las diversas literaturas en sus lenguas originales. Llegó a decir José Luis Martínez que Altamirano

Fue acaso el primer mexicano que, en los principios mismos de su carrera literaria, hacia 1868, exploró con inteligente curiosidad literaturas como la inglesa, la alemana, la norteamericana y la hispanoamericana, que en su tiempo continuaban siendo desconocidas por la mayoría de nuestros hombres de letras.<sup>22</sup>

Era pues, un universalista preocupado por conducir al país por los caminos más propicios para llegar rápidamente al progreso. No ignoraba que en muchos aspectos México requería de la mano fuerte de artífices que contribuyeran a construir, o en el mejor de los casos reconstruir, los ámbitos en los que se pudiera sustentar la prosperidad de la nación. Aquí es donde enclava el espíritu innovador de Ignacio Manuel Altamirano.

Más allá del entusiasmo que ponía en conseguir que la literatura se sumara al conocimiento de nuestras personalidades eminentes y de nuestra historia, José Luis Martínez apunta que “La contribución de Altamirano a la historiografía de nuestra cultura, no se redujo a sus *Revistas literarias*.”<sup>23</sup> Como lo hemos dicho, la extensa obra del guerrerense está compuesta por un sinnúmero de ensayos, artículos, crónicas y aún biografías y apuntes bibliográficos, los cuales constituyen valiosos documentos de consulta, pues versan sobre la vida y obra de diversos intelectuales de aquella época, tanto mexicanos como de otras nacionalidades, o simplemente abordan acontecimientos cotidianos de los habitantes de la capital. Así pues, Altamirano legó a la posteridad un valioso acervo documental a partir del cual hoy nos podemos formar una idea sobre cuáles eran los problemas que se suscitaban en la época en que escribió el periodista.

En 1869, a la edad de treinta y cinco años y habiendo librado valiosas experiencias tanto en el campo intelectual como en el campo de la batalla, Ignacio Manuel Altamirano convoca a la concordia y saluda a la nueva era que para México se ofrece pletórica de esperanzas. De manera muy emotiva conmina a Juan de Dios Peza, en quien tal vez ve sintetizadas las nuevas generaciones de intelectuales mexicanos, a iniciar la nueva era. En tono muy paternal se dirige al joven: "Ahora sí, hijo mío, a estudiar mucho y a escribir sin miedo; ha renacido la literatura nacional, y hay que cantar a la patria libre y unida."<sup>24</sup> Ese mismo año Altamirano, reúne un buen número de escritores y funda la revista *Renacimiento*. A partir de ese momento, Altamirano, a querer y no, se instituyó en guía de las letras mexicanas y consolidó su magisterio intelectual. En efecto, a partir de esta revista se empieza a renovar el decaído campo de las letras mexicanas. Pero Ignacio Manuel no se conforma con este logro, aborda, además, con ese rigor tan personal que siempre lo caracterizó, la cátedra, el periodismo, la política y en todas estas actividades, tanto como en la novelística mexicana, dejó su huella indeleble.

Jaime Erasto Cortés sintetiza las aportaciones que Altamirano hizo a las letras mexicanas, en los siguientes seis puntos:

- 1) La crítica y la historia literarias fueron los más adecuados instrumentos para ejercer su magisterio intelectual.
- 2) Perfiló la articulación orgánica de nuestra literatura en el siglo XIX.
- 3) Contribuyó al inicio de una actividad crítica e informativa principalmente orientada hacia las obras mexicanas y latinoamericanas.
- 4) Sentó las bases no sólo para el conocimiento de las letras patrias, sino también para el estudio y la discusión de ellas.
- 5) Estimuló la producción literaria cuando ésta había decaído a causa de las contiendas internas.
- 6) Sus panoramas literarios, además de referirse a un pasado inmediato, añaden apreciaciones que se refieren a hombres de su tiempo, a obras cuya gestación y aparición presencié y acontecimientos en los cuales él intervino<sup>25</sup>

Sin lugar a duda, y esto se puede reforzar con los conceptos que exteriorizó Justo Sierra,<sup>26</sup> desde cualquier aspecto que se pretenda abordar, Altamirano se distinguió siempre por predicar con el ejemplo. Justamente por eso logró elevarse a un lugar dentro de la cultura de México que nadie podría disputarle. Alfonso Reyes reconoció que el guerrerense "es uno de nuestros valores universales, y su genio atractivo se manifestó prácticamente en todos los

géneros del oficio literario y en todos los órdenes del trato humano.”<sup>27</sup> En pocas palabras José Luis Martínez capta la personalidad de Altamirano:

Quería dominar todas las disciplinas de la creación y del estudio: la poesía, la novela y el cuento, la oratoria, la historia, el periodismo político y cultural, la crónica, el costumbrismo, el ensayo doctrinario y la crítica teatral, de literatura nacional y extranjera y de temas de arte. Acaso su ambición era desmesurada. Sin embargo, no lo movía la vanidad sino una vocación didáctica de servicio, que quería ampliar y profundizar, en torno a la doctrina rectora de cuanto escribió: afirmar la dignidad cultural de lo nacional, modernizar las instituciones, abrir las perspectivas intelectuales de los creadores y estudiosos y contribuir al mejoramiento general de nuestro pueblo.<sup>28</sup>

Nos queda claro que Ignacio Manuel Altamirano, “también conocido como Espinel, Merlín, Próspero y Luciano”<sup>29</sup> se prodigó en la actividad periodística. Colaboró en los periódicos más reconocidos de su momento, tales como, *El Siglo XIX*, *El Diario del Hogar*, *El Monitor Republicano*, *El Correo de México*, *El Semanario Ilustrado*, *La Libertad*, *La Revista Universal*, *El Liceo Mexicano*. Además, fue “fundador, director o redactor en jefe de *La Tribuna*, *El Federalista*, *La República* y *El Renacimiento*.”<sup>30</sup>

Resulta importante hacer hincapié en el simbolismo que Altamirano imprimió en sus seudónimos: *Espinel*, indudablemente haciendo alusión a un individuo que espina al abordar los temas tratados. *Merlín*, el mago que ayudó al rey Arturo a consolidar su imperio. *Próspero*, apela a los augurios de prosperidad que frecuentemente vaticinó Altamirano para la sociedad mexicana. *Luciano*, aludiendo precisamente a quien irradia la luz. Sin importar el seudónimo con el que firmara, Altamirano se nos presenta como el maestro y el guía que en verdad fue, además resultan indicadores de los estados de ánimo en los que pudo oscilar el periodista liberal.

Quien se acerque a la obra periodística de Ignacio Manuel Altamirano, en reiteradas ocasiones, encontrará mudanza de opiniones y, no pocas veces, exageración vehemente.

### **Las crónicas de Merlín**

Durante el siglo XIX la prensa logró cobrar gran relevancia como medio de comunicación en el mundo entero. Esta circunstancia propició que cada vez más los periódicos y diarios

alcanzaban un mayor número de perceptores. Es preciso recordar que en los primeros años de la segunda década del siglo XIX se echaron a andar las primeras rotativas, con las cuales se podía editar mil ejemplares por hora. Esta innovación en el orden tecnológico, indiscutiblemente que habría de revolucionar la industria periodística, pero más aún, la actividad del periodista que buscaba atraer cada vez más un mayor número de lectores.

En los principales países de América Latina se regulariza la edición de periódicos. En México los periodistas hicieron uso de diarios y revistas con la finalidad de llegar a sus lectores tratando de influir en sus preferencias políticas y en su estado de ánimo. Pero es necesario aclarar que esto no se llevó a cabo al parejo que en Europa o que en Estados Unidos. Por los tiempos en que en Europa y en Estados Unidos se trabajaba por lograr un mayor tiraje de periódicos, México atravesaba por momentos muy difíciles que le impedían dedicar sus esfuerzos a la empresa cultural.

Nos dice Jacqueline Covo que la crónica de Altamirano frecuentemente dista de ser un mero cuadro costumbrista, o la simple pintura física y moral de una sociedad en un momento dado. "Su objeto es más amplio, sus instrumentos más variados. Además la pluma cruelmente satírica y desesperada de Figaro ( pero tan lograda estéticamente) forma contraste con al benevolencia conmovida y el hondo intento reformador de Altamirano, curioso, erudito, historiador, pedagogo. De modo que su crónica necesariamente ha de distar mucho de los modelos europeos."<sup>31</sup>

Afirman, con mucho acierto, Palazón Mayoral y Galván Gaytán que Altamirano ejercía "la fascinación de un maestro-guía o 'partero de almas' como gustaba llamarse."<sup>32</sup> Todo emanaba, dicen las autoras citadas, de su perfil de sabio. Y aunque se elevó intelectualmente nunca renegó de su condición popular, a la "que perteneció no sólo por su 'cuna humilde' sino por 'convicción'."<sup>33</sup> Mucha de su sabiduría ha llegado hasta nuestros días gracias a sus colaboraciones periodísticas.

Ignacio Manuel Altamirano consideraba que la crónica era un género periodístico propicio para la difusión de las ideas, pues su mundo era la realidad, el suceso, la prosa de la vida diaria. Sobre la tarea que debía realizar el cronista semanario en la ciudad de México en 1884, reiteraba su queja por la falta de sucesos de interés. Aseguraba que los escritores por

más que soplaban “en la pálida hoguera de la inventiva, no hallan medio de avivar la escasa lumbre de la realidad.”<sup>34</sup>

Respecto al trabajo periodístico le quedaba muy claro a Altamirano que se debía elaborar con un estilo en el cual se aparejaran la belleza de la forma y el interés del asunto tratado. Sólo así, decía, se podría lograr “que la revista constituya un verdadero artículo literario duradero... y no sea un párrafo de gaceta, débil hija que envejece en la tarde y que pronto reduce a polvo el viento de la indiferencia”.<sup>35</sup> El contenido de estas líneas nos revela que Ignacio Manuel Altamirano era también un profundo conocedor de la teoría periodística prevaleciente por aquellos días.

Con todo el caudal de conocimientos adquirido, Altamirano era consciente de que el trabajo del cronista se alejaba del que debía realizar el novelista, pues mientras a éste le era permitido introducirse en el mundo de la fantasía, al cronista le está vedado penetrar en tales círculos, pues

Su mundo es la realidad, el suceso, es la prosa de la vida ordinaria, y para el cronista semanario no es ni siquiera el conjunto de conocimientos que encierra el círculo interesante de una generación, o el período más o menos tempestuoso de una revolución política o de los progresos revelados en una evolución de la ciencia, no; su dominio es más estrecho, más mezquino, más bajo. Apenas si puede diseñar rápidamente un hecho grave, si puede vislumbrar un horizonte en el campo científico, si puede permitirse, como conversando, exponer una teoría política o una observación moral.”<sup>36</sup>

Todo esto lo exponía con un intenso dejo de tristeza al considerar el caso de los cronistas mexicanos. Comparaba a la capital mexicana con la de Francia y ponía como ejemplo de revistas a *Temps* o a *L'Indépendance Belge*, cuyo contenido, decía, “son verdaderas páginas de historia, ojeadas del mundo algo como cantos del inmenso poema contemporáneo.”<sup>37</sup>

Este tipo de comparaciones no deberán extrañar al lector pues, sin importar filiación partidista los pensadores mexicanos del siglo XIX dirigían sus miradas a los países que en aquel momento podían calificarse como más avanzados y modernos, tales como Francia, Inglaterra, Alemania y, desde luego, Estados Unidos.

Altamirano se inspiraba en sentimientos de equidad. En cada una de sus colaboraciones estaba presente un intenso deseo de contribuir al cambio. Advertimos en sus crónicas y en

sus artículos, tal como lo señaló José Luis Martínez, un verdadero magisterio intelectual, el cual siempre estuvo teñido por su personal idea de lo que debía ser la nación mexicana.

Altamirano consideraba que los niveles culturales del país no eran satisfactorios y planteaba que uniendo esfuerzos se podrían abatir esos niveles insatisfactorios. Por buen tiempo creyó que valía la pena emprender la tarea de reconstrucción cultural. Así, pues, Altamirano se esforzaba para instruir al lector en la necesidad de construir “lo nacional”, y se empeñó por ejercer a partir de su labor periodística una “pedagogía incruenta”. Le inspiraba el anhelo de formar al lector, para que ejerciera de manera conciente su responsabilidad ciudadana.<sup>38</sup> Deseaba contribuir a la educación de la sociedad capitalina a partir de la actividad periodística. Carlos Monsiváis dice que restaurada la República Altamirano recurre a trabajar la crónica, y agrega que el periodista liberal recurrió al citado género periodístico porque consideraba, según lo dice Monsiváis, que “si la poesía forja los temperamentos, y la novela instruye para el porvenir, la crónica (entonces también llamada revista), equidistante de la novela y el artículo, es inmejorable vehículo de integración social.”<sup>39</sup>

Con cierta intermitencia atacaban a Ignacio Manuel Altamirano episodios de desaliento al observar que, no obstante los esfuerzos, las cosas parecían no cambiar. En 1884 expresó:

Nuestra vida apenas traspasa hoy los límites que antes le oponía el estancamiento del sistema colonial. Ciertamente el telégrafo, la prensa libre, las comunicaciones más frecuentes con el extranjero, la influencia, aunque tibia, de las instituciones, el progreso comercial, el contagio de la moda y un cierto adelanto en la instrucción de las masas populares, han producido un movimiento mayor en las apreciaciones sociales y en las manifestaciones de la vida pública, no hay que negarlo.<sup>40</sup>

José Joaquín Blanco dice que “la obra de Altamirano puede considerarse en sí misma una atormentada crónica – no exenta de talento, de generosidad, de vigor—del nacimiento de una literatura nacional en condiciones claramente imposibles.”<sup>41</sup>

En un principio Ignacio Manuel Altamirano confió en que la clase alta capitalina se habría de erigir en el modelo a seguir por las demás clases sociales. Así, a partir de sus crónicas, de sus artículos, y aun de sus novelas, procuró siempre exaltar la imagen del capitalino, tratando de colocarlo a la altura del ciudadano de las naciones más avanzadas de Europa. Sobre las virtudes de la crónica Altamirano agregaba:

Las "Revistas" además podían considerarse bajo el punto de vista literario e histórico. Literario porque su estilo fluido y correcto hacía de ellas un modelo apreciable, y bajo el aspecto histórico tenían un mérito singular porque ellas eran el diario de nuestra sociedad, la crónica de su vida íntima, la fotografía de su carácter.<sup>42</sup>

Pero además de lo anterior, reconocía en la crónica una valiosa función de testimonio histórico, el cual podemos entender cuando leemos lo que al respecto decía:

Los pueblos que quieran conocernos a fondo hoy o mañana, tendrán que juzgarnos no sólo por la historia de nuestros sucesos políticos, sino por las crónicas de nuestras costumbres. Juzgar de un pueblo por su vida pública, es absolutamente lo mismo que pretender conocer el carácter de un sujeto cualquiera, por su aspecto exterior, por su conducta aparente en la tribuna, en la plaza, en los salones. Es preciso a veces penetrar en su alcoba, examinar los secretos resortes de su vida, indagar su historia anecdótica, lanzar una mirada en lo profundo de su corazón.<sup>43</sup>

Héctor Azar apuntó que en sus crónicas Altamirano agotaba el análisis, pues llegaba a "la disección meticulosa del producto criticado para explicar los defectos y las virtudes por sus causas."<sup>44</sup> Agregó Azar que Altamirano reflejaba en sus crónicas la imagen del pueblo mexicano de aquel entonces, pues en ellas "destacan los rasgos conductuales de ese pueblo frente a sus escenarios, ante sus espectáculos teatrales, circenses; urbanos, rituales."<sup>45</sup> Por lo expuesto a lo largo de estas líneas estamos en posición de afirmar que Altamirano era un cronista que conocía a fondo los pormenores de lo que practicaba.<sup>46</sup>

Hacia 1870 Altamirano manifestaba, y lo reiteró en varias ocasiones, que la vida en México era monótona. Además aseguraba que el círculo de los placeres y diversiones era demasiado estrecho. Por tal motivo, llegó a denunciar el hecho de que "el cronista se ve metido frecuentemente en grandes apuros para confeccionar su crónica semanaria, y tiene que apelar a su imaginación para no degenerar en pueril o en monótono."<sup>47</sup>

Insistimos que Altamirano escribió siempre y en todo momento con conocimiento de causa, esto es: escribía teniendo una clara visión de los hechos que narraba. Cuando leemos su obra nos encontramos con la pluma autorizada de un intelectual consciente del entorno en que se suscitaban los hechos, de seguro por ello las ideas se transforman fácilmente en imágenes que transportan al lector al lugar de los hechos. Pero no se conformaba con que su pluma fotografiara los acontecimientos, antes de exponerlos los enjuiciaba, inspirado siempre por el

deseo de que el lector tuviera a la mano suficientes elementos de juicio para entender los hechos, próximos o lejanos y con ello estar en posición de promover un cambio.

### **A Espinel le gustaba escribir artículos**

El artículo también fue un género periodístico practicado por Altamirano. José Luis Martínez apunta que el periodista liberal debió redactar sus colaboraciones, “en casi todos los casos, como artículos que integraban una serie y, según la tradición periodística, con una prisa que excluía necesariamente el reposo y la meditación, la confrontación de los datos y el pulimento del estilo.”<sup>48</sup> Este mismo autor, siguiendo a Medardo Vitier afirma que el artículo es un género que “nace y permanece ligado al periodismo; es por lo común más breve que el ensayo, su tema más inmediato o ‘de actualidad’, y su nivel de estilo periodístico.”<sup>49</sup> Gonzalo Martín Vivaldi, por su parte, define al artículo como “*Escrito de muy vario y amplio contenido, de varia y muy diversa forma, en el que se interpreta, valora o explica un hecho o una idea actuales, de especial trascendencia, según la convicción del articulista.*”<sup>50</sup>

Aún agrega Martín Vivaldi que “El buen artículo es un comentario interpretativo de la actualidad. Y su comentario puede ser filosófico, poético o humorístico.”<sup>51</sup> El artículo es un género que contribuye a que el periódico, en tanto “medio de expresión formativo, ideológico, orientador,”<sup>52</sup> cumpla puntualmente con esos cometidos. Podemos estar seguros de que Ignacio Manuel Altamirano pretendía que sus artículos contribuyeran a que los lectores se adentraran en la cultura. Por ello el periodista vertía ideas y opiniones bien documentadas, con la esperanza de calar en lo más recóndito de sus lectores. Siempre con el propósito de que éstos captaran la esencia de los acontecimientos y fueran capaces de discernir llegado el momento.

En la tarea periodística desde sus inicios el lector ha sido el elemento primordial, por ello resulta útil exponer lo expresado por Gonzalo Martín Vivaldi, cuando afirma que el lector se asoma a los diarios y revistas “para saber lo que pasa y también para ver cómo algunos espíritus selectos interpretan ese acontecer diario.”<sup>53</sup> De allí, pues, el articulista lleva a cuentas una tarea delicada: la de analizar y valorar los acontecimientos que juzga como



trascendentes. En pocas palabras, el articulista, elige un tema y con sabiduría lo transmite al lector imprimiéndole un estilo propio. Altamirano no podría haber sido la excepción y, valiéndose de sus escritos, pretendió colocarse como conciencia pública que reflejara la vida diaria, tamizando con su visión personal los acontecimientos y siempre esperanzado en influir en sus lectores para provocar los cambios necesarios para acceder al progreso que experimentaban las sociedades avanzadas de aquel momento.

Con lo expuesto, podemos hablar de dos diferencias entre la crónica y el artículo. La primera se establece por el marcado sentido noticioso que conlleva la crónica, en tanto que el artículo puede no tenerlo. La segunda la constituye el hecho de que en la crónica el periodista valora, interpreta y opina a la vez que narra los hechos. Así pues, el cronista comenta mientras “va relatando, fundiendo narración y comentario, ensamblando noticia y opinión en un todo indisoluble.” Por lo que toca al artículo, “la opinión del articulista es el eje, la esencia, lo fundamental.”<sup>54</sup>

Martín G. Vivaldi apunta también las características del buen articulista, señalando que éste:

...es un hombre culto. Pero no debe nunca abrumar al lector con su *cultura*. Sus conocimientos deben aparecer casi disimuladamente, como si su saber fuese del dominio público: La especial pedagogía del articulismo periodístico impone al escritor el enseñar las cosas disimuladamente, que no se note nunca en su prosa al “dómine”, al profesor. Hay que suavizar la propia sapiencia, dándola como por sabida.<sup>55</sup>

### **Don Próspero también escribió ensayos**

Si a partir de sus crónicas y artículos Altamirano legó a la posteridad su personal visión sobre acontecimientos, lugares y personas, en las líneas de sus ensayos el periodista liberal hizo valiosas reflexiones y dio orden a diversos tópicos que, aún hoy, guardan verdadero interés para el estudioso de la cultura mexicana, pues en ellos Altamirano se abocó a ejercitar su preclara inteligencia abordando temas de literatura, de historia, de educación o bien de jurisprudencia. Para abordar los temas de sus ensayos, el tixtleco escudriñaba cada uno de los resquicios del entorno para captar los hechos, descifrarlos, y contrastarlos con los de países avanzados para proponer las mejores formas en que debían implantarse en el México de aquella época.

Por lo que respecta a la literatura, “La serie de panoramas literarios escritos por Altamirano constituye una historia de muchos aspectos de la literatura mexicana desde 1821 hasta 1883.”<sup>56</sup> En este campo de la cultura, Altamirano escribió numerosos ensayos y biografías a partir de las cuales el pensador liberal se aboca a reconocer y exaltar “los valores nacionales, que sirvieron de base para ir configurando nuestra embrionaria nacionalidad.”<sup>57</sup> Contundente es sin duda el señalamiento que hace José Luis Martínez al definir de manera muy concisa al ensayo como “literatura de ideas”. En esta definición Martínez sigue muy de cerca el pensamiento de Xavier Villaurrutia quien llamaba al ensayo “ producto equidistante del periodismo y del sistema filosófico”<sup>58</sup> En estas breves líneas, se capta la peculiaridad y el valor inapreciable del ensayo, ya que conjuga en sí el tratamiento de ideas presentadas a partir de un tono cordial muy personal y, lo que es más, parcial. El ensayo es, pues, una “posible forma de expresión literaria para el pensamiento filosófico.”<sup>59</sup> La esencia del ensayo es la de servir de mediador. Alfonso Reyes llegó a definir al ensayo como

...una forma de expresión ancilar, es decir, que en él hay un intercambio de servicios entre la literatura y otras disciplinas del pensamiento escrito. Por su forma de ejecución verbal, puede tener una dimensión estética en la calidad de su estilo, pero requiere, al mismo tiempo, una dimensión lógica, no literaria en la exposición de sus temas. Por su materia significada, puede referirse a temas propiamente literarios, como son los de ficción, pero, en la mayoría de los casos, se ocupa de asuntos propios de otras disciplinas: historia, ciencia, etc.<sup>60</sup>

Quien penetre en la obra periodística de Ignacio Manuel Altamirano contará con los elementos indispensables para darse una idea de los que éste pensaba sobre los distintos actores de la ciudad de México de la segunda mitad del siglo XIX. Adentrado en su obra el lector podrá apreciar los espacios urbanos en los que se desenvolvía la vida capitalina de aquella época.

## Referencias bibliográficas

1. Altamirano, Ignacio M. *Escritos de literatura y arte*, tomo 2, **Obras Completas**, vol. XIII, México Secretaría de Educación Pública, 1988, p.105.
2. *Idem*.
3. Girón, Nicole. *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*, Instituto Guerrerense de Cultura, Instituto de Investigación Dr. José María Luis Mora, Instituto Mexiquense de Cultura, 1993 p. 51.
4. *Ibidem*, p. 47.
5. En esta cita podemos advertir que no obstante la humildad con que en algunos de sus escritos se nos presenta Altamirano, en otros hace notar su capacidad intelectual, en este caso refiere la ley en la que se estipula que sólo el alumno “más apto” de cada municipio podría ingresar al Instituto Literario Ignacio. En este caso él fue el elegido, por consecuencia era el más apto de su municipio. Altamirano, Ignacio M. *Escritos de literatura y arte*, tomo 2.... *op. cit.*, p.123.
6. *Ibidem*, p. 105.
7. *Ibidem*, pp. 125-126.
8. *Ibidem*, p. 126.
9. *Idem*.
10. Girón, Nicole. *Ignacio Manuel Altamirano... op.cit.*, pp. 165-166.
11. Además, con su decisión Altamirano contribuyó a fortalecer la utopía liberal de suponer que con la educación se salvarían todos los problemas del país. Sobre el particular entre otras obras se puede consultar la tesis de maestría presentada por Valeria S. Cortés Hernández quien puntualiza que “algunos pensadores del siglo XIX como José María Luis Mora, Carlos Bustamante y Lucas Alamán, entre otros,... supusieron que la solución a los problemas políticos, económicos y sociales bien podría comenzar con la formación de una nueva sociedad integrada por ciudadanos, es decir, hombres ilustrados capacitados para participar en la solución de los problemas nacionales” Cortés Hernández, Valeria Soledad. *La educación en el debate de la segunda mitad del siglo XIX. Una visión historiográfica*. Tesis de maestría. México, UAM Azcapotzalco, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 2001, p. III.
12. Pérez Rayón, Nora. “*La sociología de lo cotidiano. Discursos y fiestas cívicas en el México de 1900. La historia en la conformación de la identidad nacional*”, en *Sociológica*, México, UAM Unidad Azcapotzalco, año 8 número 23, septiembre-diciembre 1993, p.179.
13. Tenorio Trillo, Mauricio. *De cómo ignorar*. México, FCE-CIDE, 2000 p. 81.
14. Martínez, José Luis. “*Prólogo*”, en Altamirano; Ignacio M. *Escritos de literatura y arte* tomo 1, *Obras Completas* volumen XII p.10.

15. Señala Monsiváis que Altamirano se nos presenta a lo largo de su obra periodística en ocasiones solemne, en otras enfático y en muchas más autocrítico, pero en todo momento “le adjudica al periodismo las tareas formativas que en el país aún no cumplen los sistemas de instrucción”. Monsiváis, Carlos. *“Ignacio Manuel Altamirano...”*, op. cit., p. 14.
16. Isaac Joseph expone que “Hay que comenzar por la lectura de un diario, porque el periodismo... es la prehistoria de la antropología urbana, el corazón de una sociología como ciencia de la comunicación social, el medio con que soñaba Tarde para luchar contra el predominio del espíritu de masas. Sustituto funcional del chisme de la aldea, el diario es el operador de esas formas secundarias de socialidad que proceden por simultaneidad de convicciones... El diario es pues la primera forma, el primer grado de conocimiento antropológico. Es a la vez aquello que se encuentra más fácilmente naturalizado en nuestra memoria y aquello que se transmite también más fácilmente. Los elementos de conocimiento que lo constituyen son síntesis de la intuición, síntesis cautivas de un contexto y por lo tanto no son manipulables a voluntad. Esas síntesis deben rendir cuentas a las circunstancias a las que fueron deducidas. Joseph, Isaac. *El transeúnte y el espacio urbano*, México, Gedisa Editorial, 1984, pp- 39-40.
17. Gerald Mc Gowan plantea lo que por lo visto, era conocido ya por los hombres de la segunda mitad del siglo XIX mexicano, respecto a que el trabajo periodístico propicia que el lector se introduzca en “Las conquistas del mundo moderno, el desarrollo, la libertad, el progreso, la expansión, la civilización, la educación...” Mc Gowan, Gerald. *Prensa y poder*, México, El Colegio de México, 1978, p.113.
18. Martínez, José Luis. *“Prólogo”*, op. cit., p.13.
19. Cit. por Barros, Cristina y Souto, Arturo. *Siglo XIX: romanticismo, realismo y naturalismo*, México, Trillas, 1981. p.86.
20. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** vol: IX, p.82.
21. *Ibidem*, 83.
22. Martínez, José Luis. *“Prólogo”*, en Altamirano, Ignacio M. *Escritos de literatura y arte* tomo 1, op. cit, p. 12.
23. *Ibidem*, p, 11.
24. Cit. por Monsiváis Carlos, *“Ignacio Manuel Altamirano, cronista”*, en Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, op cit., p.11.
25. Cortés, Jaime Erasto. *“Perfiles de un crítico”* en *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, México, Universidad Veracruzana, 1997, p. 138.
26. Sierra, Justo. Cit. por Cortés, Jaime Erasto. *“Perfiles de un...”* op. cit., p. 138.
27. Reyes, Alfonso. Cit. por Cortés, Jaime Erasto. *“Perfiles de un...”* op. cit. p. 138.
28. Martínez, José Luis. *“Prólogo”*, op. cit., p.23.

29. Palazón Mayoral, María Rosa y Galván Gaytán, Columba. "El centro contra las periferias (el nacionalismo defensivo de Altamirano)", en *Homenaje a Ignacio... op. cit.*, p. 96.
30. Monsiváis, Carlos. "Ignacio Manuel Altamirano..." *op. cit.*, p. 12.
31. Covo, Jacqueline. "Introducción" en Altamirano, Ignacio M. *Paisajes y Leyendas*. México, Editorial Porrúa, 1989, p. XV.
32. Palazón Mayoral, María Rosa y Galván Gaytán, Columba "El centro contra las..." *op. cit.*, p. 96.
33. *Ibidem*. p. 98.
34. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas, Obras Completas vol. V*, p. 79.
35. *Idem*.
36. *Ibidem*, pp. 79-80.
37. *Ibidem*. p. 80.
38. Monsiváis, Carlos. "Ignacio Manuel Altamirano..." *op. cit.*, p. 12.
39. *Ibidem*. pp. 14-15.
40. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas, op. cit.*, p. 80.
41. Blanco, José Joaquín. "Introducción", en Altamirano, Ignacio M. *Textos Costumbristas, op. cit.*, p. 10.
42. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas teatrales tomo 1, Obras Completas volumen X*, p. 31.
43. *Ibidem*, p. 32.
44. Azar, Héctor. "Las crónicas teatrales de Ignacio Manuel Altamirano", en *Crónicas teatrales tomo 1 op. cit.*, p. 15.
45. *Idem*.
46. En su trabajo diario Ignacio Manuel Altamirano construía, a partir de la práctica, una teoría que ahora, con todos los elementos aportados por gente como él, se antoja muy fácil abordar el trabajo, basta consultar a voces autorizadas como la e Gonzalo Martín Vivaldi para entender que la crónica es "un relato enjuiciado de hechos que se narran." Para mayor detalle, el autor cita a Manuel Graña en el punto en que éste asegura que "Lo que distingue a la verdadera crónica es precisamente el *elemento personal* que se advierte, ya porque va firmada generalmente, ya porque el escritor comenta, amplía y ordena los hechos a su manera; ya porque, aunque la crónica sea informativa, suele poner en ella un lirismo sutil, una dialéctica y un tono característico que viene a ser el estilo de su esencia misma. Martín Vivaldi agrega que "La crónica periodística es, en esencia, una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo al propio tiempo que se juzga lo narrado." Martín Vivaldi, Gonzalo. *Géneros periodísticos. Reportaje. Crónica. Artículo*. España, Editorial Paraninfo, 1998, pp. 123-129.
47. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas tomo 2, Obras Completas vol. VII*, p. 12.
48. Martínez, José Luis. "Prólogo"... *op. cit.*, p. 14.

49. Vitier, Medardo. Cit. por Martínez, José Luis. "Introducción", en *El ensayo mexicano moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971, pp. 11-12.
50. Martín Vivaldi, Gonzalo. *Géneros periodísticos... op. cit.*, p. 176
51. *Idem.*
52. *Ibidem*, p. 175.
53. *Idem.*
54. *Ibidem*, p. 177.
55. *Ibidem*, p. 180.
56. Martínez, José Luis. "Prólogo"... *op. cit.*, p.10.
57. Barros, Cristina y Souto, Arturo. *Siglo XIX... op. cit.*, p. 86.
58. Villaurrutia, Xavier. "Ensayistas franceses contemporáneos", en *Textos y pretextos*. México, UNAM; Universidad de Colima, 1988, p. 76.
59. Gil Villegas M., Francisco. *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega precursores de Heidegger en el zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 370.
60. Reyes, Alfonso. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*. México. FCE, 1980, pp. 30 ss. Considero pertinente, valiéndome de las palabras del propio Reyes, señalar que la literatura ancilar es "historia con aderezo retórico, ciencia en forma amena, filosofía en bombonera, sermón u homilía religiosa- la expresión literaria sirve de vehículo a un contenido y a un fin no literarios".

## **CAPÍTULO PRIMERO**

### **DE LA UTOPIA A LA REALIDAD. EL ROSTRO DEL CAPITALINO ENTRE LÍNEAS**

#### **1.1. Preliminares**

A lo largo de este capítulo examinaremos la tarea emprendida por Altamirano con el propósito de coadyuvar a que la sociedad capitalina transitara a nuevas dimensiones culturales y de comportamiento social. Veremos asimismo que las expectativas del guerrerense no pudieron llevarse a cabo, debido primordialmente a que los valores de la sociedad se centraban en ámbitos muy diversos a los que planteaba Altamirano. Pero no fueron sólo los ideales de Altamirano los que se vieron frustrados, las distintas facciones de la corriente liberal tampoco pudieron propiciar “la aparición de una nueva ideología que anunciara la existencia de las clases sociales de la nueva producción.”<sup>1</sup>

Esta afirmación apunta ya a que los planteamientos de Altamirano se sustentaban más en una utopía y no en la realidad. Con tristeza, pasado el tiempo, reconocería Altamirano que se habían visto frustrados sus ideales de regeneración del capitalino. La reacción se justificaba ya que el periodista liberal había centrado todo su entusiasmo en tratar de fortalecer el espíritu del habitante de la ciudad de México, de manera especial el de la clase alta a la que le había asignado la responsabilidad de instituirse en el modelo a seguir. Pero no fueron entendidos y apreciados debidamente los esfuerzos ni los desvelos de Altamirano y, consecuentemente, los cambios nunca se produjeron en el sentido que él los planteaba. Así pues llegaremos a la conclusión de que no fueron suficientes los esfuerzos tendientes a propiciar el cambio ideológico del pueblo mexicano de aquella época.

## 1.2. Altamirano entre dos frentes

Ignacio Manuel Altamirano poseía una fe inquebrantable, era un hombre íntegro que llegado el momento luchó con entusiasmo y decisión inquebrantable desde los dos frentes que su momento histórico le requería en la tarea de constructor de México: la de soldado y la de maestro. Esta dualidad asumida por nuestro autor quedará muy clara a quienes se introduzcan en su obra. Baste tan sólo releer *Los mártires de Tacubaya*, en la parte en la que Altamirano afirma que “en un tiempo como el de la Reforma el escritor, el poeta, el tribuno tienen que convertirse en el campeón armado.”<sup>2</sup> También Vicente Quirarte nos hace notar que, congruente con esta afirmación, Altamirano supo empuñar la espada cuando fue necesario, pero además

...también supo que la “protesta armada” de la República necesitaba de la fuerza de la palabra, ya fuera a través del periodismo combatiente o el discurso cívico. Hablar y escribir claramente, dictaminar con lucidez sobre los acontecimientos y prever el porvenir eran necesidades imperiosas en un país amenazado por los enemigos del exterior y por quienes conspiraban en el seno del país.<sup>3</sup>

Estas apreciaciones de Quirarte coinciden plenamente con lo que el propio Ignacio Manuel Altamirano había planteado como el perfil del liberal y que consta en la apología sobre Manuel Mateos, joven liberal sacrificado en Tacubaya en 1859, refería que

...era un arrogante joven de veintiséis años y la encarnación de la juventud liberal de aquella época. Dotado de un gran talento con una imaginación poética y entusiasta y una fe liberal exaltada, había tomado parte como escritor y como soldado en todas las lides que había abierto el gran drama de la reforma... Escritor profundo y elegante, aun antes de concluir su carrera de abogado, se había señalado ya en la prensa periodística... Poeta, había pulsado su lira no tanto para cantar el amor... sino para enaltecer las glorias de la patria y para animar al pueblo a los combates de la libertad.<sup>4</sup>

Llegado el momento, Altamirano entendió que los tiempos de guerra habían quedado atrás y que lo procedente en tiempos de paz era trabajar sin descanso, para fortalecer el tejido social que se requería para refundar la patria. Aseguraba en sus escritos que todos los esfuerzos realizados con el fin de restaurar la república, se habían hecho con el propósito de abatir “la frente de todos los soberbios, hasta ponerla al nivel de la vil multitud y de ese modo hemos



creído poder levantar sobre el escombros de tantas grandezas caídas, un trono para el pueblo.”<sup>5</sup>

En su inagotable deseo de contribuir a la reconstrucción del país, Altamirano no se concedía tregua a sí mismo, ni se las concedía a los que como él deseaban de corazón luchar por la renovación del país. Aprovechaba cualquier oportunidad para convocar a sus contemporáneos a que emprendieran el trabajo por el bien del pueblo. En 1871 escribió:

Nuestra obra está imperfecta, nuestra tarea no está vencida sino a la mitad ;nos falta mucho para creer llena la misión que nos ha encomendado la Providencia!

Han acabado los trabajos de la guerra; faltan todavía los trabajos de la paz. Aquellos destruyeron los obstáculos, éstos deben construir el edificio del porvenir.<sup>6</sup>

Si atendemos bien al contenido de la cita encontramos que Ignacio Manuel Altamirano busca cualquier resquicio para justificar su magisterio liberador, amparado desde luego en su pertenencia a una facción liberal. Es notorio en el texto que hable de una tarea compartida “nuestra tarea no está vencida”, o sea pues que aun hay esperanzas de contribuir al cambio. Además su grupo es el de los predestinados pues “la Providencia” les ha encomendado una misión, y es necesario cumplirla porque es una encomienda divina. Estamos pues ante la justificación de la utopía: él y su grupo son elegidos para iniciar los trabajos de reconstrucción de la patria.

Carlos Monsiváis observa que con las acciones asumidas, después de caído el imperio de Maximiliano, nos encontramos ante un Altamirano conciliador. Si en otro momento se enfrentó implacable contra “el enemigo reaccionario y traidor”, ahora se mostraba generoso pues entendía que era necesario restablecer no sólo la paz política, sino la paz moral. Ignacio Manuel comprendía que para lograr este propósito se hacía necesario “olvidar, perdonar, unir, y aceptar que lo vivido de 1810 a 1867 es la cuota de sangre de las naciones nuevas. Es la hora de llamar a la concordia y al fin de la guerra civil en la república de las letras, con una publicación que exigía el encuentro y la disolución de las facciones.”<sup>7</sup> Así pues, Altamirano asumió las características que Baudelaire le confería al artista en su célebre ensayo *El pintor de la vida moderna*, convirtiéndose en un “amante de la vida universal”, y a partir de su entusiasmo labor, el periodista mexicano decidió “entrar en la multitud como si fuera un

depósito enorme de energía eléctrica”,<sup>8</sup> con lo cual el liberal mexicano estaba plenamente a tono con el pensamiento moderno, declarado por Baudelaire en su citado ensayo, publicado en 1863.

Lo más extraordinario que podemos encontrar en la figura de Altamirano es que “jamás incurre en el cinismo ni renuncia al deber autoimpuesto del magisterio, atraviesa sucesiva y simultáneamente por diferentes fases, el gusto por el desenvolvimiento de la vida social, el tedio irrefrenable ante la circularidad de la existencia capitalina, el llamado a las tareas educativas, el recuento de los logros científicos y artísticos, la exhortación al nacionalismo.”<sup>9</sup> Para el efecto de cumplir con su tarea, y en coincidencia total con la sugerencia de Baudelaire, Ignacio Manuel se dispuso a “levantar su hogar en el corazón de la multitud, en medio del flujo y del reflujo del movimiento, a mitad del camino entre lo fugitivo y lo infinito, en medio de la muchedumbre metropolitana.”<sup>10</sup>

Como algunos otros liberales, Altamirano entendía que, después de todos los avatares por los que había pasado el país desde la guerra de independencia hasta la restauración de la república, era urgente contribuir a que el pueblo se regenerara. Pero tras la última batalla, y no obstante los augurios de bonanza y felicidad que el propio Ignacio Manuel había exteriorizado en diversos foros, la realidad parecía adversa pues “los enemigos de la Patria regresan a gozar de fortunas y respetos. Se ha tenido la fuerza que le impone a las mayorías un proyecto de nación, pero no se poseen la astucia y la capacidad de maniobra que la estabilidad y la construcción del capitalismo requieren.”<sup>11</sup>

Monsiváis nos hace notar que más allá de los ideales y de los anhelos liberales, Altamirano entendió que no se podía borrar del mapa nacional a los conservadores a ese grupo que él mismo llegó a calificar de “irregenerable”. Era cierto que los liberales habían ganado la batalla en contra del yugo extranjero, pero ahora se tenía que librar otra contienda para ganar la paz interna. Altamirano estuvo dispuesto a asumir su papel de líder intelectual. Su primera acción fue la de convocar a los intelectuales mexicanos, sin importar filiaciones políticas, a unirse en una lucha común para tratar de fortalecer la cultura nacional.

Si en algunos momentos se advierte cierta ambigüedad en los escritos de Altamirano es una actitud plenamente inconsciente, ocasionada tal vez por las frustraciones ocasionadas al confirmar que sus ideales estaban muy lejos de verse cumplidos. O tal vez se deba a que

como buen intelectual inmerso en la modernidad, el tixtleco respondía al sino de su tiempo, pues como lo llegó a plantear Jacques Le Goff

...la modernidad es también una reacción ambigua de la cultura a la agresión del mundo industrial. Así, la toma de conciencia de la modernidad es en un principio la afirmación de la razón de la realidad contra la autoridad o la tradición. No obstante la modernidad es también, particularmente desde la segunda mitad del siglo XIX, la reacción de lo místico y contemplativo, de lo emotivo y artístico, frente a la intelectualidad y la revolución tecnológica.<sup>12</sup>

Ignacio Manuel Altamirano consideraba que para lograr la unificación cultural del México decimonónico se hacía necesario asumir con verdadero fervor la tarea de construir la patria. Restaurada la república dedicó todo su tiempo y sus esfuerzos a la tarea de reconstrucción cultural y fue así que el soldado de ayer, ahora se convertía en maestro, en un maestro preocupado porque el mexicano consolidara su identidad y así pudiera dar coherencia a sus acciones, tanto individuales como colectivas.

El deseo de Altamirano era que con recursos culturales propios, el mexicano se decidiera a vivir intensamente su tiempo. De hecho lo que pretendía era crear los espacios necesarios para que la sociedad capitalina demandara cada vez más los productos culturales que la impulsaran a evolucionar hasta colocarse en el nivel de las ciudades modernas de aquellos tiempos.<sup>13</sup> Roberto Blancarte señala que en todo proceso de modernización

...hay una serie de elementos distintivos de esta nueva época y de transformaciones sociales muy evidentes. Estas podrían resumirse en tres grandes procesos. En primer lugar, un cambio en la naturaleza de la acción social. En segundo, una permanente orientación al cambio y en tercero, un proceso de creciente diferenciación institucional.<sup>14</sup>

En verdad el ideal de sociedad que se había planteado Ignacio Manuel Altamirano se ajustaba a los tres elementos apuntados en la cita anterior y que son dinamizadores de la vida en sociedad. Inspirado en ello, buscó incansablemente que la sociedad capitalina mudara la naturaleza de su comportamiento social; que cobrara conciencia de que nada era permanente y, por consecuencia, debía estar atenta a los giros que diera la cultura; y, por último, que las instituciones encargadas del buen funcionamiento social y cultural

encontraran su justa dimensión para cumplir adecuadamente con su cometido, según sus objetivos.

Así pues, con hombres investidos de una nueva naturaleza soñaba Ignacio Manuel con crear una vigorosa cultura nacional, la cual se convirtiera en el sustento para regenerar a la sociedad capitalina. Podemos estar seguros que el periodista liberal intuía que la cultura, en tanto institución, tal como lo señalan Carlos Illades y Ariel Rodríguez era “al mismo tiempo un espejo de la demanda social, de las prioridades de los actores y un actor más.” Y que para que esto sucediera debía “generarse un universo de valores y de códigos de apelación y de acción relativamente estructurados.”<sup>15</sup>

Por lo que venimos apuntando Altamirano sentía la imperiosa necesidad de fortalecer la cultura mexicana, a grado tal que se convirtiera en una verdadera institución nacional que fuera la base del comportamiento de todos los mexicanos; pretendía conferir coherencia a la acción común de los capitalinos y que éstos sirvieran de ejemplo al resto de los habitantes de México; para ello entendía que era necesario proveer el acervo cultural de valores y códigos propios que permitiera a los mexicanos del siglo XIX sentarse al banquete intelectual de las naciones avanzadas.

La herencia intelectual de Altamirano está presente en sus escritos. En sus, artículos, crónicas y ensayos marcó lineamientos a partir de los cuales pudiera reconocerse lo nacional, como primer paso señalaba la necesidad de fortalecer el sistema educativo; enseguida apuntaba que la literatura debía convertirse en vehículo de difusión de lo nacional; en este mismo campo de la literatura exponía que hacía falta dotarla de raíces a partir de una poesía épica. Baste aquí el señalamiento de estos lineamientos con los cuales, desde el particular punto de vista de nuestro autor se podrían establecer las pautas para que los mexicanos encontraran un hilo conductor que les permitiera encontrar su propia esencia. Consideramos que todos estos afanes se veían retrasados pues la modernidad de aquel momento dictaba un estilo de vida “muy a lo francés”, justo a este respecto Carlos Monsiváis señala que:

En el disfrute de una *normalidad* hasta entonces desconocida, los antiguos soldados, los combatientes liberales adoptan el modo prevaleciente en América Latina: el mundo a imagen y semejanza del francés, con sus parnasos, sus cenáculos de brillantez inaudita, sus paseos de buenas familias, sus jóvenes parejas de elocuente porvenir, sus cenas desbordantes hasta el amanecer.<sup>16</sup>

Así pues, para responder a los signos de la modernidad, en la ciudad de México se instalaban sitios y lugares muy al estilo francés, lugares que frecuentaría la alta sociedad capitalina. Sin embargo, reiteramos que para Altamirano los espacios físicos representaban tan sólo recintos o lugares de recreo en los cuales se daba cita la sociedad capitalina, pero no por ello se hacía indispensable que se sintiera y se actuara “a la francesa”. Por lo tanto, le parecía muy saludable que la sociedad capitalina entrara a un mundo pleno de modernidad, donde los espacios a imagen y semejanza de lo extranjero sólo eran eso, espacios físicos en los cuales la sociedad se daba cita. Lo fundamental era la interacción social y los contenidos culturales que de ella se derivaran sustentados primordialmente en lo nacional. Por eso, sin duda, cuando Ignacio Manuel descubrió que el sector femenino de la clase media capitalina ensoñaba más los lugares y la geografía francesa, aún sin haberla conocido, censura con dureza esta conducta.

Es conveniente recalcar el hecho de que el profundo anhelo de Altamirano, lo que realmente le importaba, era que las interacciones de los capitalinos estuvieran plenas de intensidad cultural. Así, fortalecer la esencia cultural de sus coetáneos se convirtió en una de sus obsesiones, inspirado siempre por el afán de que el mexicano viviera su realidad, tomando de lo extranjero aquello que le fuera útil, sin que por ello se hiciera indispensable demeritar lo propio.

En este empeño de contribuir a darle nueva estructura a la sociedad mexicana, el periodista liberal consideró indispensable penetrar en las literaturas extranjeras con el objetivo primordial de comprender la esencia y evolución de cada una de ellas y, con base en el entendimiento cultural del origen, evolución y consolidación de dichas literaturas, penetrar en la cultura mexicana, para dotarla de estructura propia. Así pues, al penetrar en las literaturas extranjeras, Altamirano pretendía ubicar la metodología aplicada por aquéllas para luego, aplicando los métodos aprendidos dar sustento a la literatura mexicana, revalorando los elementos vernáculos.

### 1.3. En busca de lo nacional

Cuando Altamirano empezó a escribir sus artículos y crónicas no se manejaba un concepto muy preciso de lo que debía entenderse por nación o por nacionalismo. Sin embargo, Altamirano marcaba el camino por el cual se debía transitar si se quería construir una nación. Con su propuesta para dar sustento a una cultura propia rescatando lo auténticamente mexicano, Altamirano planteaba ya lo que recientemente ha concretado Ernest Gellner relativo a que una "nación existe a partir de la existencia de culturas desarrolladas, estandarizadas, homogéneas y centralizadas que penetran en poblaciones enteras."<sup>17</sup> Importantes los señalamientos de este autor son coincidentes con lo que Altamirano considera en su tiempo como indispensable para el fortalecimiento de la nación mexicana se generara desde el centro, esto es desde la capital del país, y se difundiera, propiciando su estandarización.

Roger Bartra nos ayuda a precisar aún más el concepto de nación, al cual está íntimamente ligado el de cultura, pues dice que "además de la violencia fundadora de las acciones, hay antiguas y extrañas fuerzas de índole cultural y psíquica que dibujan las fronteras que nos separan de los extraños."<sup>18</sup>

Conforme nos adentramos en la obra de Ignacio Manuel Altamirano, nos convencemos de que con sus trabajos contribuyó a sentar bases conceptuales que hoy son sustento de nuestra cultura. Así lo demuestran sus trabajos para consolidar la literatura mexicana moderna; su lucha permanente por que el pueblo mexicano contara con una educación suficiente; su deseo, en fin, de que se unificaran las clases sociales a partir de una cultura nacional. En la obra de Altamirano percibimos a uno de esos hombres que, como dice Isaac Joseph, "no esperaron al sociólogo, ya se trate de novelistas, ya se trate de periodistas o cineastas."<sup>19</sup> Así pues, a partir del pensamiento de Altamirano podemos observar la forma en que interactuaba el capitalino y encontramos bases para entender su comportamiento.

### 1.3.1. La virgen de Guadalupe y los héroes: símbolos de lo nacional

Al realizar un ensayo sobre el culto que en México se rendía a la virgen de Guadalupe, Altamirano descubre que “Había ya algo de sentimiento nacional germinando dentro de la cáscara religiosa, en el entusiasmo que mostraban los mexicanos al hablar de su virgen y al sostener y defender su culto.”<sup>20</sup> Llegaba el tixtleco a estas conclusiones después de analizar la bibliografía que en defensa del culto guadalupano había surgido en México durante los siglos XVII y XVIII. Agregaba Ignacio Manuel que

En la última década del siglo XVIII aquel espíritu de nacionalismo que había apuntado varias veces con motivo de las numerosas disputas a que había dado lugar la tradición guadalupana, se fue haciendo más visible no sólo en los libros sino en las manifestaciones del púlpito y en las del culto popular. Había llegado el tiempo en que este culto iba a salir de los límites de la religión y asumiendo rápidamente un carácter patriótico, a invadir la esfera de la política. Nadie preveía entonces hasta donde iría a parar.<sup>21</sup>

También en su ensayo, Altamirano indicaba que la advocación de la virgen de Guadalupe acabó por cobrar verdadera trascendencia nacional al triunfo de los insurgentes. Recurría el guerrerense a lo expuesto por el Dr. Mora respecto a la rivalidad que en aquella época se había establecido entre la virgen de los remedios y la de Guadalupe: esta rivalidad, apuntaba el tixtleco, se había producido por el hecho de haber sido “elevadas cada una como bandera en los dos partidos opuestos, el insurgente y el realista.”<sup>22</sup>

Altamirano remarca el hecho de que la virgen de Guadalupe fue ganando espacio como símbolo de mexicanidad, desprendido esto, tal vez, del hecho de considerarla como la virgen que dio independencia a México. De la manera que haya sido, la realidad fue que la virgen en cuestión se había ganado el respeto de todas las facciones políticas de México. Altamirano hacía hincapié en el hecho de que “el gobierno de Juárez, fiel a las tradiciones liberales de los mexicanos, se mostró respetuoso a la virgen de Guadalupe, aunque sin hacer peregrinaciones a la Villa, ni otras manifestaciones devotas como los gobiernos precedentes.”<sup>23</sup>

Después de un extenso recuento sobre la figura y el culto de la Virgen de Guadalupe, Altamirano concluía que para el año de 1882, el citado culto estaba plenamente consolidado con la salvedad, decía, “que ahora es un culto exclusivamente religioso y apacible.” Sin

embargo, tal vez con la intención de remarcar el sentimiento patriótico que se derivaba de la imagen de la virgen de Guadalupe, exponía Ignacio Manuel que “Nada recuerda tanto a la patria en el extranjero, dicen todos los viajeros mexicanos, como la imagen de la virgen de Guadalupe.”<sup>24</sup>

Pero más allá de lo religioso, Altamirano consideraba que era indispensable que el mexicano se identificara con su propia historia de libertad y empezara a construir así una verdadera nación. En el mes de septiembre de 1870, a propósito de una conmemoración más del día en que Hidalgo pronunciara el grito libertario, el tixtleco lanzaba una convocatoria para que todos los pueblos libres del continente americano valoraran la fuerza que confiere la libertad, Con ello pretendía crear un sentimiento de unión entre los pueblos que después de haber soportado la dominación extranjera, ahora se encontraban en posición de ser los dueños de su propio destino. Inspirado en este sentimiento decía:

...¿cómo no ratificarnos más y más en nuestras creencias sobre la verdadera fuerza de las naciones cuando vemos en el Nuevo Mundo una constelación de pueblos libres, muchos de ellos pequeños, pero todos fuertes y animosos por el sentimiento de su libertad?<sup>25</sup>

En el artículo al que pertenece esta cita se advierte, además, la intención de honrar a los héroes de la independencia, con lo cual Altamirano contribuía a unificar a los mexicanos en derredor de figuras que le dieran cohesión, instituyéndose en portavoz de sus compatriotas, el periodista liberal escribía:

...nosotros no sentimos sino una profunda, una inmensa gratitud hacia los grandes hombres que sacrificaron su vida por darnos libertad, por ahorrarnos la triste suerte de nacer en una cuna encadenada al poste de la servidumbre y de alimentar una vida que estaba predestinada a la humillación más degradante.<sup>26</sup>

El guerrerense hacía votos porque prevaleciera en México la costumbre de celebrar el *grito* del día 15 de septiembre, decía que deseaba que viviera “en nuestra patria cada vez más solemne y respetada.”<sup>27</sup> En la celebración de dicho evento creía ver la unificación de todo el pueblo mexicano girando en derredor de un mismo sentimiento. Así lo refería Altamirano:

Al oír ¡viva la independencia! Todo el mundo que ha nacido en México, se conmueve y se siente feliz. El rico como el pobre, el desgraciado mismo, el enfermo, el encarcelado, olvidan su amarga situación para no pensar más que



en aquella noche bendita, en el que el pueblo mexicano sacudió el yugo español.<sup>28</sup>

Experimentando en verdad un sentimiento patriótico, Ignacio Manuel Altamirano se embelesaba haciendo relatos de las fiestas patrias. En la ciudad de México el 15 de septiembre de 1870, al narrar el entusiasmo popular propiciado por la celebración de tan memorable acontecimiento, el guerrerense caía en la cuenta de la escasa producción de canciones patrióticas que existía en el país

Al salir del teatro, recorrimos varias calles; por todas partes encontramos grandes grupos de la gente del pueblo, cantando y gritando alegremente. A falta de canciones patrióticas, porque las que hay son pocas, muchos de estos grupos entonaban todas las canciones, todo el repertorio erótico y sentimental que hay en México y que, desgraciadamente es abundantísimo.<sup>29</sup>

Ante la ausencia de dicho cancionero, reconocía el periodista la necesidad de canciones patrióticas, las cuales, decía, "son indispensables en un pueblo republicano, ¡qué decimos! En todos los pueblos del mundo que conocen el valor de las tradiciones y el patriotismo"<sup>30</sup> A las canciones populares compuestas para conmemorar hechos gloriosos, Altamirano les confería una fuerza especial, mayor a la de un libro, para conservar memoria de los acontecimientos. Al examinar el contenido de la cita podemos afirmar que aún cuando no fuera del gusto del cronista, existían tradiciones que eran parte de la identidad del mexicano. Por lo que respecta a la conmemoración de la batalla del 5 de mayo, ésta empezaba a tener un espacio muy importante entre las celebraciones patrióticas. Como es de suponer, Altamirano mostraba un entusiasmo especial al hacer crónica de un acontecimiento que para él guardaba un lugar especial en su historia personal. Sobre los actos conmemorativos del 5 de mayo, llegó a expresar lo siguiente:

En los años que van transcurridos desde que el gobierno republicano ocupó de nuevo la ciudad de México, la fiesta patriótica de mayo ha sido solemnizada con extraordinario regocijo, pero en 1870, el entusiasmo popular no ha tenido límites. El pueblo de México ( con excepción de unos cuantos católicos que ven mal todo lo que honra a la República) impulsado por un solo sentimiento ha tomado parte con inaudita espontaneidad en todas las funciones con que el gobierno y el Ayuntamiento dispusieron celebrar una de las victorias que más enaltecen el honor mexicano.<sup>31</sup>

Los conservadores no participaban de estas celebraciones, entonces Altamirano aprovechaba el espacio para hacer notorio que éstos “se van acabando poco a poco bajo el peso del desprecio nacional”,<sup>32</sup> no se unían alrededor de sentimientos tan nobles, pues todavía renegaban de la independencia. Desde luego que esta apreciación encerraba el deseo personal, en el cual Altamirano no quería aceptar la alteridad de los contrarios, los cuales indiscutiblemente festejaban otro tipo de acontecimientos y se reunían alrededor de otros héroes y tenían el derecho de considerar sus celebraciones tan nobles como lo hacía el liberal.

### **1.3.2. La sociedad capitalina: un modelo a seguir**

En su obra periodística el guerrerense hacía hincapié, con toda intención, en los lujos y las novedades de la capital para que fueran conocidos por las sociedades del resto del país. Pero no hacía esto con el absurdo afán de incrementar la vanidad, sino antes bien con el de hacer notorio a los capitalinos que ellos constituían el centro cultural desde donde se irradiaría una suerte de ánimo de superación que debía llegar a toda la población del país. Por lo tanto exigía del capitalino un esfuerzo especial de superación. Pretendía Altamirano que la sociedad capitalina se decidiera a reconocer los valores de su cultura, aunque sin perder de vista los adelantos que se produjeran en el mundo moderno de aquella época.

Así, la ciudad de México, desde la perspectiva de Altamirano, debía convertirse en el lugar de residencia del grupo social encargado de generar los valores culturales que rigieran a la sociedad mexicana. Si aceptamos lo antes dicho podríamos aceptar también que, aunque sólo fuera por intuición, entendía nuestro autor lo que muy recientemente ha planteado Isaac Joseph “que una ciudad sólo adquiere toda su verdad en la medida en que gravita alrededor de una sociedad relativamente inaccesible, una sociedad que retrocede en relación con el espacio de lo vulgar, una sociedad que está en la cima de la cascada de los ejemplos.”<sup>33</sup>

Además, encontramos un paralelismo entre el pensamiento de Ignacio Manuel Altamirano y el que Baudelaire plantea en sus ensayos, de manera concreta en el punto en que éste manifestaba que Guys admira la belleza eterna y la vida en las capitales, armonía tan

providencialmente conservada en el tumulto de la libertad humana.”<sup>34</sup> Es pertinente señalar que, para Baudelaire, Constantin Guys, pintor e ilustrador, era el prototipo del dandy.

En sus crónicas, Altamirano imprimía belleza a los objetos que describía, aun cuando éstos no la tuvieran, y tal como Baudelaire, Ignacio Manuel aspiraba a que en la capital mexicana deambulara el “hombre moderno con sus sentidos agudos y vibrantes, su espíritu dolorosamente sutil.”<sup>35</sup> Un hombre, en fin, individualizado “una persona que puede tomar control de su vida, capaz de tomar decisiones distintas a las de la comunidad que lo rodea y que de alguna manera le impone.”<sup>36</sup>

Además, como buen impulsor de la modernidad, nuestro periodista liberal se esmeraba en describir escenas citadinas en las cuales se advierte un deleite muy especial cuando hacia descripciones que refirieran la belleza, el donaire y la elegancia de las mujeres de la clase alta capitalina. Con esta práctica pareciera seguir las indicaciones que Baudelaire establece para el pintor moderno al decir que “Goza con los bellos carruajes, con los soberbios caballos, con la limpieza resplandeciente de los mozos, con la destreza de los criados, con el andar de las mujeres ondosas, con los hermosos niños, felices de y de ir bien vestidos; en una palabra, con la vida universal.”<sup>37</sup>

De manera constante Altamirano mostraba su preocupación por lograr que los habitantes de la ciudad de México entendieran su responsabilidad con la población del resto del país. Sustentado en el carácter protagónico que siempre había jugado la ciudad de México en tanto centro político, comercial y religioso de la República pretendía que el capitalino asumiera la responsabilidad de promotor de cultura.<sup>38</sup> Recordemos que soñaba con ver a México convertido en un país inmerso en la modernidad.

### **1.3.3. De frente a la modernidad, pero sin perder las buenas costumbres**

Resulta digno de mención el hecho de que en ningún momento Altamirano dejó de elogiar los hábitos entrañables de las familias y de recalcar la importancia de la moralidad y de las buenas costumbres. Aquí volvemos a encontrar a Altamirano, el “liberal moderado”, pues un “liberal puro” habría considerado que la modernidad “impulsa a emprender con empeño la negación de *lo otro*, que ya no se es ni se quiere ser, y derrumba sin piedad los valores

tradicionales que hasta entonces habían cohesionado el mundo exterior y la interioridad la sociedad natural y la humana, el pasado y el presente.”<sup>39</sup>

Sin embargo, la postura moderada de Altamirano encuentra más similitud con los planteamientos hechos por Bonfil Batalla cuando dice que “los lazos familiares y de parentesco son los canales a través de los cuales se cumple una gran variedad de funciones sociales”.<sup>40</sup>

Por su parte Silvestre Villegas Revueltas<sup>41</sup> refuerza la actitud asumida por Altamirano al decir que los gobiernos liberales moderados de México coincidían en la necesidad de establecer reformas a la sociedad, pero sin abandonar los buenos legados del pasado y sin descuidar las necesidades del presente. Concretando, consideraban los liberales que la marcha de las sociedades debía ser espontánea y no violenta. Era necesario respetar las creencias y las tradiciones de los pueblos, pues les quedaba claro que no podría establecerse el reino de la libertad sin el de las costumbres. O lo que es lo mismo: sin atender a las creencias, no habría fundamento para las costumbres.

Entre las buenas virtudes que mucho apreciaba Altamirano resaltaba la modestia y la sobriedad, las cuales, decía, “ejercen un influjo inmenso en el provenir de las sociedades” y que, por lo tanto, merecían “toda la atención del legislador, del publicista y del poeta dramático”.<sup>42</sup> Puntualizaba que la observancia de todas estas virtudes se hacía primordial en México

...donde nuestra sociedad nueva no ha perdido completamente el amor a esas virtudes, y donde el vicio del lujo comienza a infiltrarse por imitación, con el solo provecho de los importadores extranjeros y con perjuicio del país empobrecido por las largas guerras.<sup>43</sup>

Aun el periodista liberal reprobaba en esta crónica a aquellas familias que durante el imperio de Maximiliano se vieron atacadas por “el vértigo de la vanidad”, y se dieron a la tarea de vivir una vida de lujos, gastando el capital con que contaban, y en el momento que agotaron sus recursos se vieron lanzados, indefectiblemente, en el “abismo de la ruina”. Al tratar temas de esta naturaleza, Altamirano aprovechaba la oportunidad para remarcar los principios liberales, repudiar el boato y los lujos y, en contraste, exaltaba la saludable sencillez de los hábitos republicanos y las tendencias de los liberales “de no levantar la cabeza muy por encima del pueblo.”<sup>44</sup>

Muy a propósito de lo expresado en el párrafo anterior, en 1869 escribía Altamirano, de manera muy emotiva por cierto, sobre la belleza de los domingos “en la bulliciosa México.”<sup>45</sup> O bien sobre la condición que ese mismo año guardó la celebración del Carnaval, época que, al decir del cronista, todos los capitalinos esperan con ansiedad, sin importar clase social pues

Todo el mundo espera ser feliz en la locura del Carnaval, los jóvenes ricos, los estudiantes pobres, la gente miserable, que cambia en ese tiempo sus harapos de todos los días por los harapos de colores brillantes que alquilan en los *bazares* o en las barberías, las damas aristocráticas y las humildes jóvenes de barrio. Aún suelen mezclarse a estas turbas regocijadas, no pocos viejos sesudos, numerosos varones graves, y a veces respetables matronas que se alegran de hallar una oportunidad para hacer en estos días de autorizada locura una exhumación de sus calaveras juveniles.<sup>46</sup>

No obstante que en ciertos casos la mirada de Ignacio Manuel pueda parecer ingenua y algunas de sus apreciaciones pudieran calificarse de utópicas, es a él, entre los principales de su época, a quien debemos un retrato fiel del rostro de la sociedad capitalina, captada justamente en su ámbito natural: el “espacio público”. Con peculiar interés el tixtleco fijaba su atención en los acontecimientos, esforzándose siempre por disipar los rumores y las leyendas. Innumerables son las colaboraciones periodísticas en las que Altamirano dejó traslucir su inmenso deseo de lograr que la sociedad mexicana fuera una sociedad desenvuelta, poseedora de una verdadera actitud crítica. Recién terminado el segundo imperio, empuña la pluma para festinar el triunfo y manifestar su optimismo respecto del envidiable destino que le esperaba a México. Tanto era su entusiasmo que en septiembre de 1867 escribió:

Sí, pueblo: tu camino está flanqueado por numerosos sepulcros como la Vía sacra de la antigua Roma; pero tu camino, como aquél, es un camino de triunfo, y cada tumba marca el paso glorioso que das hacia el porvenir. Al fin has franqueado lo más áspero y difícil; tu marcha de hoy en más, será segura, porque no te falta más que la pendiente dulce que conduce al templo grandioso de tu felicidad.<sup>47</sup>

Con verdadero interés, se esforzaba por esclarecer los horizontes culturales del mexicano y pretendía, que el espacio público fuera un lugar privilegiado de cultura. Entendía que la gran urbe representa la parte central de toda sociedad, de ahí su empeño en sensibilizar al

capitalino para revitalizar los espacios públicos. Isaac Joseph, ha dicho recientemente que la aldea urbana se diferencia del centro en que este último se entiende como “el torbellino, el tráfago, la variedad de lenguas.”<sup>48</sup> En la urbe los actores tienen capacidad de introducir cambios en la vida social, pues “al producirse la acción, se da también la reproducción de los contextos donde transcurre la vida social. Las acciones desplegadas por los agentes tienen un doble carácter, son tanto constituidas como constituyentes de los procesos sociales e históricos.”<sup>49</sup>

En enero de 1868, a sólo seis meses de restaurada la república, Altamirano saludaba al pueblo mexicano uniéndose a la alegría que lo animaba. En su crónica, el periodista escribía que el espíritu de ánimo se notaba especialmente en los habitantes de la capital “en sus paseos, en sus teatros y en sus fiestas. Los aniversarios de septiembre, los paseos de *Muertos y Todos Santos*. Y por fin las fiestas de Navidad, todas llenas de animación y alborozo indican que el pueblo respira alegre y contento el aura benéfica de la libertad.”<sup>50</sup>

A partir de sus propias experiencias, Altamirano había aprendido que el común denominador de lo latinoamericano, desde la perspectiva del poder, era “la inferioridad, lo imperfecto, la degeneración y la inmadurez”<sup>51</sup> Le quedaba claro que con estos calificativos se trataban de justificar “las distribuciones étnicas del trabajo mundial según las conveniencias de los centros económicos”<sup>52</sup> y se opuso al racismo que pregonaba “la debilidad corporal y de intelecto de la ‘raza india’.”<sup>53</sup>

Para contrarrestar las nocivas apreciaciones sobre la raza indígena, Ignacio Manuel llegó a poner como ejemplo a los tixtlecos, a Juárez y, aún, a él mismo. Sobre sí mismo, en reiteradas ocasiones sacaba a relucir su origen indígena y humilde llegó a decir, insistía que en algún tiempo a penas hablaba el castellano y, sin envanecerse por lo que había logrado en el campo intelectual, refería su constante labor por propagar ideas que propiciaran el cambio del pueblo mexicano.

Tal vez para Altamirano toda empresa intelectual resultara fácil de acometer. Él era su propio punto de referencia. Su origen indígena y su condición humilde pudieron en algún momento advertirse como elementos en contra, pero puesto en el campo intelectual se sometió a una férrea disciplina que no le permitía descansar un solo instante, impulsado por el deseo de abarcar cada vez más conocimientos.

Dada su condición personal le costaba trabajo aceptar que las diferencias personales marcaran la diferencia y que tres siglos de dominio español no se pudieran borrar fácilmente. Tuvo que aprender a ser paciente para no caer en la decepción total. En frecuentes ocasiones sufría periodos de abatimiento al confirmar que los esfuerzos realizados parecían insuficientes. No obstante las altas y las bajas por las que transitaba el país, en su tortuoso camino hacia el progreso, Altamirano continuó su labor de guía intelectual, siempre inspirado en sus propios postulados liberales.

Sin importar las penurias que en reiteradas ocasiones debía superar con el propósito de encontrar en la sociedad capitalina acontecimientos relevantes y novedosos, Altamirano nunca cejó en su labor de periodista, siempre con el afán de mostrar la cotidianeidad de la vida capitalina.

#### **1.4. El *high-life*. Un ideal inalcanzable**

No obstante lo genuino de sus deseos, Altamirano observó, y denunció en muchas ocasiones, que el comportamiento de lo que en México se dio en llamar el "*high-life*" capitalino era circular, muy alejado del ideal que él se había forjado, circunstancia ésta que lo llevó a la decepción. Aspiraba el tixtleco a que en la clase alta capitalina se despertara un deseo por vivir intensamente su propia cultura con lo cual, suponía el periodista, se dinamizarían las estructuras sociales, condición tan indispensable para acceder al progreso que vivían los países de Europa y los Estados Unidos de Norteamérica.

La certeza de que la clase alta capitalina no imprimía vitalidad cultural en sus diarias interacciones, justifica la indignación que experimentó Ignacio Manuel cuando leyó, en una crónica publicada en un periodiquito de Orizaba, que a la clase rica de aquella ciudad se le asignaba el calificativo de "*high-life*". Altamirano comentó entonces que semejante atrevimiento se debía, seguramente, al hecho de que algunos cronistas capitalinos habían dado en denominar a los ricos de la ciudad de México como el "*high-life*" mexicano. Expresaba el tixtleco que tal denominación le parecía excesiva, pues argumentaba que la gente rica de México no llevaba un tren de vida como se estilaba en París o en Londres, razón por la cual dicho calificativo no parecía acertado. En tono sarcástico apuntaba que si

un periodiquito hablaba del “*high-life*” de la citada localidad, en poco tiempo se hablaría de “*high-life*” en Iztacalco.<sup>54</sup>

En 1868, al poner de manifiesto la utilidad de las crónicas de espectáculos, ponderaba Altamirano que éstas resultaban de mayor interés para el “sencillo lugareño” o para la “provincianita” pues en las citadas crónicas se reflejaba “esta vida de México que los hijos de París, de Londres o de Madrid encuentran monótona y triste, pero que nuestros lugareños, es natural que encuentren brillante y divertida,”<sup>55</sup> pues gracias a las narraciones de los cronistas el lector podía “contemplar por un momento nuestros teatros deslumbradores con sus lujos y sus hermosas, sus magnificencias de arte y sus maravillas de inteligencia; nuestros soberbios paseos con su multitud ruidosa y abigarrada, nuestros saraos con su esplendor y su riqueza, nuestras fiestas, en fin, públicas y privadas.”<sup>56</sup>

Advertimos en esta crónica una euforia muy singular al referirse Altamirano a la ciudad de México, capital de un país que salía recién de los avatares de la guerra. Encontraba el cronista un gusto especial por dar a la capital mexicana un tratamiento similar al que se le daba a las grandes capitales de Europa, sin importar que los habitantes de esas capitales, Altamirano mismo lo señalaba, pudieran calificar de monótona y triste la vida de los capitalinos mexicanos. Altamirano llamaba en ocasiones a la ciudad de México “la sirena del Anáhuac” y la llegaba a calificar de “hermosa y versátil”. Agregaba que no debía de extrañar a nadie que en nuestro país se pusiera especial atención a lo que sucedía en su capital, la cual pese a

...su desaseo proverbial... sus defectos e inconsistencias que la hacen aborrecer de algunos *políticos* severos, como a una Sybaris, es sin duda alguna para el resto de la nación, nuestra Atenas, nuestra Roma, nuestro París.<sup>57</sup>

En las líneas de su crónica encontramos el elemento de inspiración del cuadro que Altamirano quería pintar, motivado más por una euforia llena de esperanzas, que le producía el inicio de una etapa de paz, y no tanto por la realidad a la que se enfrentaba el país. Las aspiraciones del periodista, como hemos venido insistiendo, se encuadraban en los principios dictados por la modernidad, aspirando siempre alcanzar las promesas del futuro. El peligro que corrió Altamirano fue justamente el de vivir inspirado por la utopía, sin querer reconocer la realidad.



En su crónica, de hecho, Altamirano hacía pública su declaración de principios; y podemos entender el que se haya mostrado generoso en sus apreciaciones respecto de la sociedad capitalina. En sus palabras quedaba patentizado un intenso deseo de que la sociedad mexicana cobrara conciencia de que el mundo civilizado giraba ya alrededor de la modernidad. Al igualar a México con ciudades capitales tan importantes tanto del mundo antiguo como del moderno, Ignacio Manuel confería a nuestra capital el título de gran urbe, desde la cual debía irradiarse un espíritu de cambio, encaminado hacia los dictados de la modernidad.

#### **1.4.1. Belleza, lujos, elegancia pero sin alcanzar el *high-life***

En marzo de 1870, en una de sus crónicas Altamirano introducía al lector en el mundo elegante de aquella época, para tal efecto describía la belleza de las mujeres de la capital haciendo resaltar, en una descripción topográfica, la belleza física y la elegancia de los trajes que vestían. Muchos fueron los eventos en los que el guerrerense centró su atención; retomemos aquí la crónica en que refirió el día que, en lo que era la Fonda del Hotel Iturbide, se instaló por primera vez un *café cantante* en la ciudad de México. Desde luego, se instaló a imagen y semejanza de lo que se estilaba en Francia. El acontecimiento tuvo lugar el 16 de febrero de 1869 y Altamirano informaba lo siguiente:

Los concurrentes, pagando una peseta, pueden tomar chocolate, café, helado o licores y divertirse al mismo tiempo, durante un rato, porque concluida una tanda deben despejar el salón o pagar de nuevo.<sup>58</sup>

Y para aquellos que no sabían qué era un *café cantante*, la crónica de Altamirano vino a representar una guía conceptual y de buenas costumbres para los *dandys*, al explicarles lo que era un *café* de este tipo y dar los pormenores sobre el inadecuado comportamiento que habían observado los asistentes en esa primera ocasión. Dicho comportamiento inadecuado, lo achacaba Altamirano a la ignorancia del capitalino sobre lo que eran esos recintos. Héctor Azar apunta que por aquellos tiempos “Empezaba a configurarse un México que en las calles de sus ciudades y en los aposentos de sus habitantes renunciaba a las formas hispanas, asumiendo, sin advertirlo, el *estilo francés*.”<sup>59</sup>

Si en algún momento Altamirano llegó a considerar que haciendo crónica de la vida que llevaba la clase alta de la capital, las demás clases sociales podrían imitar lo valioso, en este caso lo que no costaba: la cultura, pasado el tiempo el periodista habría de caer en cuenta de lo fallido de sus intentos. El 8 de julio de 1870 escribió en su diario sobre el viaje que emprendía por Europa Vicente Riva Palacio. El acontecimiento había removido en lo más profundo del alma del periodista la necesidad de cambiar de aires, pues los que respiraba en México le asfixiaban. Así plasmó en diario su íntimo deseo de alejarse de México:

El día en que lejos, en Francia, en Italia o en Alemania, pueda yo comprar una casita y vivir independiente y modestamente, ése será el más feliz de mi vida. Entretanto me consumo devorado por el tedio y por el desencanto de una vida sin horizontes, de una juventud que se marchita, de una lucha en que se quebrantan las fuerzas.

Amo la libertad y no la encuentro, no siendo los hombres que me rodean más que déspotas o esclavos.

Amo la ciencia y la veo desconocida y calumniada por pedantes o despreciada por imbéciles.

Amo la moral y no veo más que católicos infames y especuladores, predicando la mentira y explotando la imbecilidad de los pueblos.

Amo la literatura y veo que la miseria la hace imposible.<sup>60</sup>

Cuatro aspectos muy relevantes para nosotros saltan a la vista al leer las líneas de estas notas íntimas: a sólo tres años de restaurada la república, Altamirano caía en la cuenta de que los esfuerzos emprendidos en la lucha por regenerar a la sociedad capitalina habían sido prácticamente inútiles, pues en México seguían prevaleciendo, de manera muy marcada, las diferencias sociales en las que perduraba el sentimiento colonial de poseedores y desposeídos; en cuanto a la ciencia que sería la impulsora hacia el progreso y la modernidad, el guerrerense observaba que ésta no era asumida por los mexicanos como era debido, y sólo encontraba pedantes o imbéciles, ambas posturas inadecuadas para un buen desarrollo científico; por lo que respecta a la religión, encontraba que el clero seguía ejerciendo su poder sobre la conciencia del pueblo; y, por último, que sus esfuerzos por fundar una literatura nacional que contribuyera a la educación del pueblo, se veía impedida por la miseria en la que vivía el pueblo mexicano.

Podemos concluir que la decepción consumía a Ignacio Manuel Altamirano. En su diario, apunta, de manera constante, que se siente enfermo y espera la muerte. Pero podemos estar

seguros que su enfermedad y su deseo de muerte eran el resultado de sus profundas contradicciones. En el fondo sus frustraciones no eran tanto porque el país no podía salir de los problemas en los que lo habían sumido la ignorancia, la pobreza y el fanatismo. El problema era más profundo y de índole personal: Altamirano se había en su propia utopía y ya no eran los principios liberales los que había que defender, sino los propios.

#### 1.4.2. El principio de la decepción

Decepcionado, el guerrerense empezó a hacer crítica del comportamiento que observaban los ricos. En varias ocasiones habría de denunciar que tanto las autoridades como los ricos gastaban sumas fabulosas con el solo propósito de ostentar sus lujos. Movidos por la vanidad se mandaban construir suntuosos palacios en los que ofrecían dispendiosas fiestas y succulentos banquetes.

En 1870, Altamirano notificaba que los ricos de la ciudad habían empezado a emigrar hacia el campo, todo ello habría de contraer cambios muy importantes en la forma de vida del capitalino, pero lo interesante en este punto es justamente la ironía con la que el periodista liberal relata los hechos, remarcando siempre la falta de calidad cultural de la clase alta mexicana y de algunos otros de menor fortuna que, en un afán de colocarse en el mismo nivel, siguieron el ejemplo de la clase rica capitalina. La narración de Altamirano apuntaba lo siguiente:

...Han llevado a Tacubaya, por ejemplo, un lujo deslumbrador e inusitado en nuestros pueblos de los alrededores. Se cuenta que allí las señoras no salen a los potreros sino vestidas de seda, con guantes blancos, pintadas y encopetadas de un modo que asombra a los sencillos habitantes de las cercanías.

Lo mismo en los demás pueblecillos; de modo que las verdolagas de las callejuelas se hallan orgullosas de tamaña magnificencia, y las lagartijas y las ranas asoman la cabeza, unas en las cercas y otras en las acequias, poseídas de asombro y de terror al escuchar el *fru fru* de los trajes de corte, y al ver los gorros singulares que llevan las señoras.

Tienen razón las lagartijas y las ranas: las pobres estaban acostumbradas a ver la sencillez de los tocados antiguos y hoy la aparición de los nuevos les ha de hacer pensar en otra intervención extranjera.<sup>61</sup>

De hecho la información sobre la migración de los capitalinos, la podemos entender como una necesidad urgente dado el incremento de población que por aquellos años acusaba la ciudad de México, sobre el caso particular Manuel Sánchez de Carmona,<sup>62</sup> sustentado en datos ofrecidos por García Cubas, informa que hacia 1869 la ciudad de México contaba con una población de 230, 000 habitantes, lo cual obligaba a que la ciudad se extendiera. Desde luego que dadas las condiciones climáticas, los capitalinos ricos habrían de preferir los poblados que colindaban con la ciudad de México hacia el sur.

En 1871, la decepción había carcomido toda esperanza en el ánimo del cronista y relataba que animado por el bullicio de los primeros días del mes de enero se lanzó a las calles de la ciudad de México y acabó por llegar al centro de la ciudad, “a ese centro ruidoso y dorado en que se ve reunido en tales ocasiones, todo lo que México encierra de más notable en belleza, en lujo y en buen tono.”<sup>63</sup> Es importante que reparemos en el hecho de que Altamirano pase lista de presentes a ese grupo destacado de la sociedad mexicana, precisamente en el centro de la ciudad, en ese espacio en el que tradicionalmente se han vistos reunidos los poderes eclesiásticos, políticos y sociales de México. Allí justamente, en el centro neurálgico del país Ignacio Manuel, en su crónica reunió a ricos y autoridades para declararles la guerra y mostrarles su profundo desprecio por su incompetencia para apreciar los verdaderos valores culturales y por su mezquindad hacia los pobres. Así pues, el guerrerense va describiendo, uno a uno, los prototipos del fallido *high-life* mexicano:

...vi desfilar... a centenares de mujeres bellísimas, vestidas y adornadas con refinada elegancia; vi atravesar carruajes soberbios conduciendo en sus cojines de seda a opulentos jóvenes; vi cruzar alegres grupos de *liones* barbilindos, para quienes la dicha consiste en tener un prendedor de brillantes, dos mancuernas de turquesas y un mediano derecho al saludo de las muchachas ricas; vi pasar, en fin, a las notabilidades de la política y del dinero, a las diosas de la moda y a las beldades del porvenir, tiernos botones que se entreabren hoy al soplo falaz de la admiración, la envidia y la maledicencia.

La vista de tanta hermosura, el brillo de tamaño lujo, el agrupamiento de toda aquella gente, acabaron por ofuscarme. Sentía yo llegar hasta mi rostro con la estela de perfumes que iba dejando tras de sí la enorme concurrencia que desfilaba, algo como el hálito glacial de la soberbia; y me parecía ver todo aquel conjunto bañado por una luz extraña, por la luz deslumbradora de una dicha insolente.<sup>64</sup>

Lo importante de todas estas apreciaciones es justamente que Altamirano comprendía que con todos esos lujos y agasajos los ricos y los gobernantes no lograban constituirse en grupos hegemónicos. Ignacio Manuel Altamirano criticaba el hecho de que autoridades y ricos no se prodigarán en las casas de beneficencia. Precisaba que si se llevara a cabo esta práctica, tal como sucedía en países avanzados, se contribuiría enormemente a mitigar las desgracias existentes en México. Pero no sucedió así porque no lograron generar “la capacidad histórica de conformar un proyecto económico, político e ideológico, lo suficientemente amplio como para incorporar al conjunto de los grupos subalternos.”<sup>65</sup>

John Gresham Chapman señala que la oligarquía mexicana de aquella época como característica general se orientaba “económica y culturalmente hacia Europa. Esta oligarquía tenía suficiente dinero para construir un mercado importante de artículos importados... Era un grupo que ambicionaba todos los lujos europeos que alegraban la vida, el cual podía definirse como una burguesía colonial.”<sup>66</sup>

Pero justamente en el término “burguesía colonial” el autor está señalando la pervivencia de estructuras de otro tiempo, eso era precisamente lo que no encajaba con el ideal de Altamirano el cual, como lo hemos señalado, iba más allá de la simple imitación de lo material, buscando que se produjeran cambios intelectuales profundos. Sin dejar de poner ni un instante el dedo en la llaga, expresaba que en México entero, tanto como en su ciudad capital, se sentía palpar débilmente una “vida de convalecencia y de aprendizaje, en la que en vano se buscarían los robustos movimientos de civilización.”<sup>67</sup> Y agregaba que:

México es una educanda de convento vestida con pretensiones a la francesa, pero conservando en su traje abigarrado y carnavalesco algunas piezas españolas y algunas aztecas...cuya sangre se ha debilitado entre las frías celdas del templo y de la celda, y cuyo espíritu se ha pervertido en el marasmo de una vida perezosa y en la barbarie de una educación de la Edad Media.

El hierro de las nuevas ideas de nuestro tiempo no ha podido todavía producir sus efectos salvadores infundiendo la vitalidad en su sangre. La aplicación de este remedio ha sido reciente, porque médicos atrasados o meticulosos lo habían impedido, creyendo que el elixir era un tósigo mortal.<sup>68</sup>

De las propias palabras de Altamirano emanaba la respuesta a sus preocupaciones: la convalecencia a la que hacía referencia era justamente la de un pueblo que después de haber sufrido tres siglos de gobierno colonial, había iniciado su vida independiente sometida a

varias luchas. Además, al llamar a México “educanda de convento”, criticaba a la facción conservadora y a la Iglesia pues, desde la perspectiva de Altamirano, eran estos dos sectores de la sociedad capitalina los que no habían emprendido el camino del progreso y permanecían en una actitud retrógrada sin realizar auténticos esfuerzos para sacar al pueblo de la ignorancia. Seguramente las expectativas de que México ingresara rápidamente al mundo de la modernidad, propiciaban que Altamirano no reconociera que las condiciones personales hacían la diferencia.

### **1.5. Una cultura en restauración**

Para consolidar una cultura se requiere de una constitución de valores dentro de sistemas ideológicos que cristalizan en el discurso cotidiano y que son parte de los procesos de significación social, de “expresiones materiales específicas de los grupos sociales.”<sup>69</sup> Por eso fue que Altamirano, en representación de su grupo político y de sí mismo fijó su atención en la necesidad de elevar y dar sustento a las formas expresivas del mexicano

Asegura David Álvarez Saldaña que la Constitución del 57 resguarda el poder de la clase terrateniente-comercial y que durante el juarismo “se dio la espalda a la miseria social en todos los aspectos, generada por el triunfo terrateniente-conservador, disfrazada a partir de allí con el oropel de la ‘cultura nacional’... que devino en la ideología dominante de clase.”<sup>70</sup>

La idea planteada por este Álvarez Saldaña es que la cultura, durante el periodo señalado, se empleó para encubrir el fracaso político que sufrieron los liberales por parte de los conservadores; obedeciendo así a los intereses de la clase terrateniente-hacendada. No estamos en condiciones de poder rebatir tales apreciaciones que seguramente tiene sustento, sin embargo lo que nos debe quedar claro es que si así fue, Altamirano y su grupo se distanciaron de Juárez por problemas de orden político, pero siempre estuvo presto para empuñar la pluma y denunciar aquello que no consideraba pertinente; a exponer las fallas, sin importar si éstas fueran cometidas por las autoridades, políticas o eclesiásticas, los intelectuales, la alta sociedad o el pueblo en general.

Hemos dicho que Ignacio Manuel con profunda convicción dedicó la mayor parte de su vida a buscar las posibles salidas para que el México de entonces, su país; echara raíces firmes

sobre las cuales edificar la nación. Si las cosas fallaron y en verdad no se tomaron las medidas pertinentes y más acertadas, la culpa no fue de Altamirano, ni quizá de los cronistas que se esforzaron como él por lograr el cambio, en dado caso la culpa podría recaer en los gobernantes que debieron tomar las medidas conducentes al cambio.

Sobre este punto específico nos informa Monsiváis que ante la pregunta lanzada en aquella época tendiente a indagar ¿Qué somos?, contestan lírica, seria y burlescamente los cronistas: ¿Qué hemos de ser? “*somos mexicanos*, es decir, habitantes de un país independizado de España hace medio siglo, y recién ahora habilitado para edificar su destino, y gozar sin mayores sobresaltos de su pequeña historia y su vida cotidiana.” Pero lo más relevante de este señalamiento es precisamente el hecho de puntualizar la responsabilidad de los cronistas al explicar que, no por el hecho de vivir en el país todos eran mexicanos “y a la crónica se le encarga averiguar cómo se portan los dueños del gentilicio en la ciudad de México y cómo, al amparo de la paz (y del centralismo), convierten en rasgos nacionales sus juicios y prejuicios, sus virtudes y defectos.”<sup>71</sup>

En sus crónicas Altamirano aludía a dos tipos de habitantes: a los que en realidad eran extranjeros, y a aquellos otros que habiendo nacido en México, renegaban de su condición nacional y gustaban de copiar lo extranjero y aun ser gobernados por los extranjeros. Respecto de los primeros, en sus crónicas llegó a exaltar la benéfica labor de algunos de ellos, me viene a la mente los casos del señor Rovalo, español que fue protector de Altamirano; otro caso es el del señor Abreu, el empresario teatral.

Respecto al tipo de habitantes que siendo mexicanos renegaban de su condición, aludía principalmente a los conservadores que se habían adueñado nuevamente de los espacios económicos y sociales más importantes del país. El combate que Altamirano ofrecía a este tipo de ciudadanos era frontal y decidido.

### **1.5.1. El periódico: valioso aliado en la tarea de difundir cultura**

Ya hemos mencionado, en la introducción de este trabajo, que durante el siglo XIX el periodismo representó la actividad fundamental de comunicación colectiva y, por lo mismo, en palabras de Monsiváis en el periodismo los intelectuales encontraron

...el espacio por excelencia de la cultura, la gran posibilidad a mano en un país con mayoría absoluta de analfabetos, sin hábito generalizado de lectura de libros, con muy escasas librerías y bibliotecas públicas, sin casas editoriales, sin maquinaria adecuada de impresión y costos altísimos de papel, con ediciones que a lo sumo llegaban a los 500 ejemplares.<sup>72</sup>

Justamente por todas estas razones y con el fin de mejorar las condiciones del periodismo mexicano, Altamirano reconocía que en el país había un descuido de la profesión periodística y literaria. Denunciaba que en México se pagaban bajos salarios a quienes dedicaban su vida a semejantes actividades. Y hacía una comparación con los países europeos, en donde las remuneraciones al trabajo intelectual eran muy superiores. Ponia como ejemplo el caso específico de España en donde a la pléyade de escritores de aquel momento se les remuneraba adecuadamente por sus obras. Confiaba que en México pronto se pudiera hacer lo mismo. Al referir sus inquietudes sobre este asunto particular, debemos entender que pugnaba porque la instalación de periódicos se valorara como una industria lucrativa a partir de la cual, además de obtener utilidades, se podría difundir la cultura.

Ignacio Manuel Altamirano entendía que los intelectuales y los artistas requerían de un salario digno que les permitiera sobrevivir con cierta holgura. Tal vez el hecho de que no proliferaran en México periódicos dedicados a difundir la cultura, se debía a que, como dice Marshall Berman, al desprender de *El Fausto* de Goethe el arquetipo de un intelectual moderno, éste se veía

...obligado a <<venderse>> para crear una diferencia en el mundo. Fausto también personifica un conjunto de necesidades endémicas de los intelectuales: no sólo los impulsa a la necesidad de vivir que comparten con todos los hombres, sino también su deseo de comunicarse, de entablar un diálogo con sus semejantes. Pero el mercado de mercancías culturales ofrece el único medio en que puede darse el diálogo a escala pública: no hay una sola idea que pueda llegar, o cambiar, a los modernos a menos que haya sido comercializada y les haya sido vendida. De donde resulta que dependen del mercado, para obtener no sólo el pan, sino también el sustento espiritual, sustento que, como saben, no pueden contar con que les sea proporcionado por el mercado.<sup>73</sup>

Ignacio Manuel Altamirano entendía que la renuencia a invertir en la industria editorial, tan necesaria para la elevación cultural de cualquier país, se debía a que sus productos tenían poca demanda popular. Y ante la falta de empresarios que se decidieran a exponer su capital,



el tixtleco tomó la iniciativa. Ignacio Manuel Altamirano buscó con denuedo responder al reclamo que en 1842 había hecho Guillermo Prieto, relativo a que los mexicanos carecían de una literatura propia. Con el propósito de dar respuesta al reclamo, Altamirano funda en 1869 *El Renacimiento*, periódico semanal que dio cabida a intelectuales de muy diversas tendencias políticas. Así, Altamirano lograba conjuntar con su actividad de “productor de cultura” la de *institución* encargada de difundirla.

Con la fundación de *El Renacimiento* se suscitaba un hecho muy relevante, pues por primera vez en México un intelectual convocaba a trabajar en común, como lo hacía Ignacio Manuel Altamirano, a un grupo de intelectuales de diversas tendencias. Además, con la fundación de esta revista se daría sentido y unidad a la cultura nacional. Podemos inferir que su fundador pretendía que la sociedad mexicana consumiera los conocimientos culturales difundidos en *El Renacimiento* y los empleara en su vida cotidiana. Sobre el particular Elsa Muñiz García expresa:

Ignacio Manuel Altamirano fundó entonces la revista *Renacimiento*, que surgió de la necesidad que los intelectuales de la época sentían de emprender la reconstrucción espiritual de México. De allí se desprendió el proyecto nacionalista que aglutinaría no sólo a las diferentes posturas políticas, sino también a escritores, poetas, en general a los artistas para que por vía de la pintura, la literatura, y sobre todo la educación se construyera la cultura nacional y se lograra la tan anhelada unificación.<sup>74</sup>

Un año antes de la fundación de *El Renacimiento* Altamirano, en sus *Revistas literarias de México*, había hecho referencia a las causas fundamentales del rezago de la literatura en nuestro país. Como primera causa señalaba la clausura de la Academia de Letrán, las otras se debían a “la guerra de la invasión americana, cuatro guerras civiles sangrientas, la invasión francesa y la guerra contra el segundo imperio.”<sup>75</sup> Festejaba Ignacio Manuel el hecho de que a partir justamente del año de 1868 se estuviera dando en la capital una renovación literaria. Hacía patente esta circunstancia manifestando que en la prensa mexicana se acostumbraba publicar escritos políticos u obras literarias de origen extranjero. Pero apuntaba entusiasmado que las cosas estaban cambiando y por aquellos momentos en los que él escribía se dejaba sentir un aire de renovación pues muchos jóvenes se daban a la tarea de publicar novelas, poesía, folletines de literatura, artículos de costumbres y estudios históricos. Lo alentaba la seguridad de que con todo este cambio vendría aparejada una

nueva visión del público lector, quien vería con otros ojos su entorno y elevaría su intelecto, con lo cual se estaría a las puertas del progreso.

Altamirano era un convencido de que para sacar a México del atraso se hacía necesario alentar y reforzar el trabajo literario. Consideraba que la literatura inspirada en los valores nacionales se habría de convertir verdaderamente en “un elemento activo de integración cultural.”<sup>76</sup> Le quedaba muy claro que para que la literatura llegara a ser realmente nacional se hacía indispensable que el escritor trabajara temas propios y calara a profundidad en el temperamento de los mexicanos. Asegura José Luis Martínez que en este mensaje, en el que se ponía de manifiesto la dignidad artística de lo mexicano, el tixtleco logró consolidar una doctrina que habría de prevalecer durante toda una época y que aún es vigente en nuestros días.<sup>77</sup>

### **1.5.2. La novela y su importancia cultural**

Altamirano reconoció que la novela era un factor de desarrollo y progreso que debía “colocarse al lado del periodismo, del teatro, del adelanto fabril e industrial, de los caminos de hierro, del telégrafo y del vapor.” Agregaba, además, que la novela serviría de factor de “nivelación de las clases por la educación y las costumbres.”<sup>78</sup>

Además el liberal guerrerense entendía que de no tomar las riendas de la literatura y de la cultura en general, México seguiría generando ante los ojos del mundo una visión deformada, propagada, decía Altamirano, por extranjeros ignorantes, sobre todo en Europa, en donde los escritores seguían “disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de las leyendas y de las impresiones de viaje” De no actuar con rapidez, apuntaba, “Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo: <<Así somos en México>>.”<sup>79</sup>

Y la profecía se cumplió, durante buena parte de los siglos XIX y XX, y tal vez aún ahora, en muchos países de Europa se tiene una idea muy equivocada de México y de los mexicanos. Idea que, más allá de las falsas narraciones deformadoras a las que alude Altamirano, habría de contribuir a reforzar, años más tarde, la industria cinematográfica a

partir de la que, de modo genérico, se nos quiere ver como el charro pendenciero o el indio depauperado.

Retomando el tema que nos ocupaba, relativo a la importancia de la novela, Altamirano insistía en diversos foros que ese género literario era el medio privilegiado a partir del cual las clases pobres habrían de escalar hasta llegar al círculo de los privilegiados. En la cita que reproducimos a continuación queda plasmada la idea que tenía sobre el particular:

Quizá la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir. ¡Quién sabe! El hecho es que la novela instruye y deleita a ese pobre pueblo que no tiene bibliotecas, y que aún teniéndolas no poseería su clave; el hecho es que entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte.<sup>80</sup>

Ignacio Manuel Altamirano asumió la responsabilidad de capacitarse permanentemente con el fin de penetrar en la realidad del México de su época. Se esforzó por instruirse para así contribuir a que sus lectores pudieran penetrar en su verdad de los hechos. Así pues, sobre la base de una sólida formación, el guerrerense se sentía autorizado para convocar a los jóvenes intelectuales a escribir teniendo en cuenta que escribían para un pueblo que comenzaba a ilustrarse. Advertía a los jóvenes autores que asumiesen su responsabilidad de elevar la condición cultural de los mexicanos, para lo cual se hacía indispensable que le hablasen al pueblo de manera sencilla, procurando, en todo momento, no rebajar el vocabulario, aunque advertía que no era conveniente refinar el estilo hasta el grado de hacerlo oscuro. De manera muy concreta les decía:

Dejemos el tecnicismo y la elevación hasta perderse en las nubes, para el escrito científico, para la historia filosófica, para los círculos superiores de la sociedad, y adoptemos para la leyenda romanesca la manera de decir elegante, pero sencilla, poética, deslumbradora, si se necesita; pero fácil de comprenderse para todos, y particularmente por el bello sexo, que es el que más lee y al que debe dirigirse con especialidad, porque es su género.<sup>81</sup>

Ignacio Manuel fue un constante ejemplo para sus contemporáneos y sin duda su labor y su figura de gran talla aún hoy irradia luz suficiente como para considerar vigentes muchas de sus ideas y de sus propuestas. En tanto que era un profundo conocedor de la historia de

México estaba consciente de que los antecedentes de nuestro pueblo habían arrojado siempre desorganización y miseria. Por más que doliera, era necesario aceptar que en las acciones del pueblo mexicano se sintetizaban varios siglos de historia desfavorable.

Llegó a reconocer Altamirano que para lograr éxito en la empresa culturizante, sería conveniente imitar los modelos europeos y reflexionaba que resultaría muy útil estudiar también el modelo seguido por la Iglesia, la cual

...propaga sus doctrinas diestramente. Sus misioneros aprenden las lenguas de los pueblos gentiles que pretenden convertir; procuran iniciarse en los misterios de la vida de estos pueblos, en su poesía, en sus costumbres, conocer y manejar los resortes de la imaginación; y una vez instruidos, comienzan la predicación, como la comenzó el iniciador del cristianismo, con un lenguaje sencillo, valiéndose de figuras familiares, de parábolas y de frases que en la elocuencia popular son todo el secreto del éxito.<sup>82</sup>

### **1.5.3. El combate al gusto por lo extranjero: una difícil tarea del novelista**

Al reconocer que muchas de las novelas que se leían en la capital, y tal vez en el país entero, eran extranjeras, francesas en particular, Altamirano señalaba que el inconveniente en semejante gusto era el desdén que el lector mostraba por las cosas de nuestro país. Ponía como ejemplo el caso de la clase media mexicana la cual, decía, conoce más personajes, historia y geografía de otros países y no así de lo nacional. Culpaba a los escritores mexicanos por haber sido negligentes y no haber puesto la atención debida para alimentar “la curiosidad pública con leyendas nacionales.”<sup>83</sup>

Con ingeniosa mordacidad exponía Altamirano que los negligentes escritores mexicanos debían luchar en contra del gusto arraigado por lo extranjero y agregaba: “hoy tienen que sufrir con paciencia el gesto de la bella ignorante que aparta el libro de las manos luego que ve escrito *La Alameda* o el *Paseo de Bucareli*, en vez de *Boulevard des Italiens* o del *Bois de Boulogne* que está acostumbrada a ver en sus novelas francesas.”<sup>84</sup> Hoy entendemos con mayor claridad lo profundo de las preocupaciones que inquietaban a Altamirano: fundar una cultura propia para que el mexicano viera dibujado su rostro e imprimiera las diferencias sociales que históricamente le pudieran conferir una identidad nacional.

Reyes Heróles afirmó que Ignacio Manuel Altamirano era “Rebelde por naturaleza e intransigente en lo esencial, conocía el país que quería erigir y no cedía en cuanto a ello.”<sup>85</sup> Además, agregó que en todas y cada una de las actividades que asumió el indígena liberal “se ve el brillo, la llama incandescente del Maestro. Fue Maestro de maestros y transmitió con generosidad su sabiduría.”<sup>86</sup> Así pues, Altamirano no podía ser imparcial al escribir, pues “se enfrentaba en cada asunto, en cada anécdota, en cada leyenda o personaje, en cada tradición o episodio, con una realidad que negaba sus legislaciones de apóstol liberal.”<sup>87</sup>

José Joaquín Blanco reconoce en Altamirano un afán encomiable en la tarea de unificar todos los elementos necesarios para la creación de la cultura mexicana. Sobre el particular señala que:

La cultura moderna apareció como extraña, si no es que como verdadera extranjera, en el panorama mexicano del siglo diecinueve: compárense, por ejemplo, los datos estadísticos de la miseria, las fotografías de la masa con los versos de Othón o con los criterios de Altamirano. No casan. Y sin embargo, por un sublime y vigoroso voluntarismo cultural y político, Altamirano se impuso como destino literario el unirlos. El forjar una nación a partir de la literatura <sup>88</sup>

Blanco agrega que en el México de aquel momento sólo existían unos cuantos alfabetizados y una mucho menor porción de intelectuales empeñados en tratar de construir una cultura sustentados en los modelos europeos o norteamericanos. Pero, lo peor aún, el pueblo estaba compuesto por “millones de peones, indios o ‘plebe’, carentes no sólo de civilización moderna, sino aun muchas veces de la antigua; y brutalizados por el hambre o el trabajo expoliador, la diferencia de lenguas y la dispersión geográfica”.<sup>89</sup> Sobre el oficio del novelista, Altamirano escribió:

El novelista, como un anatómico, muestra las llagas de la clase pobre y de las clases privilegiadas, revela con un valor extraordinario los vicios del clero, muestra los estragos del fanatismo religioso y las nulidades de la administración colonial, caricaturiza a los falsos sabios de aquella época y ataca la enseñanza mezquina que se daba entonces; entra a los conventos, y sale indignado a revelar sus misterios repugnantes; entra a los tribunales, y sale a condenar su venalidad y su ignorancia; entra a las cárceles, y sale aterrado de aquel *pandemonium*, del que la justicia pensaba hacer un castigo arrojando a los criminales en él, y del que ellos habían hecho una sentina infame de vicios; sale a los pueblos y se espanta de su barbarie; cruza los caminos y los bosques y se encuentra con bandidos que causan espanto; por

último, desciende a las masas del pueblo infeliz, y compadece su miseria y le consuela en sus pesares, haciéndole entrever una esperanza de mejor suerte, y se identifica con él en sus dolores y llora con él en su sufrimiento y en su abyección.<sup>90</sup>

En esta cita en la que parece que el tiempo mexicano se ha detenido, pues no acertamos a entender que han transcurrido ciento treinta y cuatro años desde el día en que se escribió y, no obstante, los panoramas se nos presentan hoy muy similares a los de aquellos tiempos, descubrimos a un Altamirano conocedor de su momento y profundamente preocupado por trabajar para el cambio. Tal vez debemos reconocer que la condición mexicana es muy parecida a la de aquella época, no por falta de intelectuales que hayan reflexionado a profundidad y hayan elaborado propuestas valiosas como es el caso de Altamirano.

Es muy probable que el rezago se deba a la miopía de la clase política que, desde aquellos tiempos, ha encauzado por otros rumbos la cultura mexicana y el pueblo ha permanecido ciego a las expectativas de cambio, sin duda a causa de la fingida sordera de sus dirigentes, quienes siguen sin comprender que es necesario centrar el interés en la creación de una verdadera cultura propia.<sup>91</sup>

## **1.6. El teatro y la cultura**

En las crónicas teatrales de Altamirano deambulan autores, directores, actores, empresarios, compositores, cantantes, y, no podían faltar, “el calvo” y “Juan Diego”, todos ellos evocados al amparo de los recintos y espacios en los que se escenificaban las piezas teatrales y los espectáculos. Recién derrotado el Segundo Imperio, Altamirano da noticia en una de sus crónicas, publicadas en enero de 1868, sobre la remodelación de que era objeto el Teatro de Iturbide. El tono en que está escrita esta crónica trasluce el enorme placer con el que autor contemplaba acciones como ésta y, más aún, un gusto muy especial porque fuera Vicente Riva Palacio el que se encargase de semejantes obras.

El hecho de que hombres de la talla de Riva Palacio, quien no hacía mucho empuñara las armas para defender a la patria, ahora trabajara para el incrementar la cultura del pueblo, le parecía al guerrerense digno de elogio y así lo ponderaba: “Es él, el mismo jefe republicano que después de cinco años de lucha, hoy se consagra a estas pacíficas tareas.”<sup>92</sup>

Después de informar sobre los cambios sustantivos que se habían hecho en el decorado del Iturbide, verdaderamente entusiasmado por el evento que se llevaría a cabo para celebrar la reapertura del citado teatro, Altamirano informaba:

...se ha contratado la gran orquesta del Teatro Nacional, en los salones exteriores Fulquieri servirá refrescos o comedias, frente al vestíbulo habrá un sitio de coches; en fin, vamos a tener un teatro madrileño; y tal novedad ha causado este anuncio, que las localidades todas han sido tomadas ya.<sup>93</sup>

Para el sábado 10 de febrero de 1868, Altamirano nos informa sobre el día en el que por fin reabrió sus puertas el remozado Teatro de Iturbide, el cual, decía el cronista, estaba deslumbrador. “Esta bañado, perfumado, vestido como un *dandy* y todo refulgente con su luz y con sus joyas. Es un primor.”<sup>94</sup> Como buen escritor moderno, ya lo hemos planteado al referir sus coincidencias con Baudelaire, encontraba un placer muy especial en referir los lujos que mostraban los recintos de cultura. Así, detalle a detalle describía el lujoso recinto en que se había transformado el Iturbide:

Desde la entrada que sigue al vestíbulo se respira una atmósfera de elegancia y de buen tono: los corredores, las escaleras, los pasillos, el patio, todo está tapizado con mullidas alfombras; las paredes del fondo de los palcos, las columnas, están cubiertas con un papel blanco y brillante; el borde de los pasamanos y de las balaustradas de los palcos y galerías, forrado de nuevo, color carmesí; en la galería de tertulia elegantes sillones forrados de damasco han ocupado el lugar de las achacosas sillas de tul; El alumbrado es espléndido -una tripe hilera de tazones de cristal apagado encerrando la luz de gas, alumbran sin ofender las plateas, los palcos y la galería alta. En la de tertulia dos grandes candelabros se ostentan con gracia, en los extremos de los palcos primeros dos elegantes candiles de bombas apagadas cuelgan del techo, y sólo el candil que pende del cielo del teatro, es un resto venerable de la época de adversidad, haciendo un contraste sus almendras morenas de polvo, con la juventud y el lujo de todo lo demás.<sup>95</sup>

Bien podemos detectar el entusiasmo que en aquel momento embargaba a Altamirano, al observar cómo la capital empezaba a engalanar los ámbitos de cultura, acciones en las que el periodista liberal advertía la promesa de cambio de un pueblo tan necesitado de escalar con libertad los niveles de la cultura hasta el punto de encontrar su propia identidad.

### 1.6.1. Además de remozar los teatros, hay que cuidar el contenido de las obras

Lo mismo que encontramos a un Altamirano entusiasmado por los cambios, también lo encontramos censurando todo aquello que le parecía inapropiado. A sólo un mes de haber informado sobre la remodelación del Iturbide, denunciaba que en los teatros capitalinos se escenificaran “piezas gastadas e inoportunas, y sobre todo de poca o ninguna trascendencia en las costumbres”.<sup>96</sup> En la escenificación de piezas teatrales de poco valor encontraba Ignacio Manuel un retraso en la tarea culturizante del teatro. Y denunciaba, con sentida preocupación, “ Hay vicios orgánicos en nuestra sociedad que están demandando un pronto y enérgico correctivo, sea por medio de las leyes, sea por medio de la prensa, o por el del teatro.”<sup>97</sup>

Congruente con estas preocupaciones Altamirano se daba a la tarea elaborar sus crónicas teatrales haciendo hincapié en las virtudes que presentaban los personajes de las obras representadas, en ocasiones se permitía reproducir diálogos que vinieran al caso para reforzar los valores y las virtudes que convenían al mexicano con lo cual, de paso cumplía con lo que él mismo había señalado respecto a que la crónica de espectáculos mostraba su utilidad en el hecho de hacer partícipes a aquellos que, por diversas razones, no hubiesen podido asistir a los eventos.

Además, Ignacio Manuel apoyaba con entusiasmo que las piezas teatrales buenas se representaran varias veces y sustentaba su propuesta en la utilidad que esto contraería pues se podrían comprender mejor las lecciones contenidas en las obras. Si esto fuera poco, el periodista aseguraba que al renovarse la concurrencia el beneficio se haría extensivo a mayor número de personas. Sin embargo detenía su atención en el caso de la capital, y expresaba:

Aquí, sin embargo, no hay costumbre de repetir, y el público ha exigido una pieza nueva cada noche sin hacer caso de las razones antedichas y sin pensar que de esa manera tendría piezas mejor ejecutadas cada vez y actores más entendidos con la aprobación o reprobación que el desempeño merezca. A esto se responde: que si en otras capitales se repiten las piezas dramáticas y la concurrencia no disminuye, es a causa de su población.<sup>98</sup>

Héctor Azar manifiesta que “Con la insistencia de encontrar lo genuino mexicano en nuestras expresiones públicas, Altamirano no salía del teatro, de los teatros de esta ciudad



que con todo y encerrar en su seno tantos dolores y tantas miserias se nos figura un paraíso de delicias.”<sup>99</sup> Como resultado de esta búsqueda se fueron gestando, una a una, las crónicas teatrales de Altamirano que, como hemos dicho, en su conjunto reflejan el rostro de la sociedad capitalina, de esa sociedad que era el espejo en que se veía el pueblo mexicano en su conjunto. Un pueblo, “detenido en la prolongada esperanza de un equilibrio entre los muy pobres y los muy ricos.”<sup>100</sup> Tanto como en la novela, Altamirano advertía en el teatro otro importante vehículo de educación. A partir del espectáculo teatral, afirma Azar que Ignacio Manuel descubría “la facultad que el teatro posee como recurso educativo audiovisual”<sup>101</sup> Además, el tixtleco veía “ en los espectáculos la lección moral, la utilidad, el remedio contra el ocio que vivía el pueblo en la embriaguez y en los crímenes.”<sup>102</sup>

### **1.6.2. La crónica teatral al servicio de la comunidad**

Altamirano no perdía oportunidad para hacer notoria la importancia de las crónicas de espectáculos, las cuales en México, como en cualquier país culto, decía, resultaban de gran utilidad pues contribuían a que todas aquellas personas que por diversas causas no hubiesen podido asistir a espectáculos y paseos, contaran al menos con “descripciones animadas y risueñas” a partir de las cuales el cronista daba cuenta de “ los encantadores cuadros que se han sucedido durante ocho días en la alegre y bulliciosa capital.”<sup>103</sup>

No obstante sus acertadas apreciaciones, a principios de 1870 Altamirano confesaba que le era difícil hacerse una idea clara sobre las razones que orillaban al público capitalino a desdeñar el arte dramático. Se cuestionaba el periodista si la causa pudiera deberse a que los momentos que se vivían en el país no eran fáciles, concretamente en ámbito económico, o bien a la epidemia de mal gusto de la cual se habían contagiado todas las clases sociales de la ciudad de México.<sup>104</sup>

Para justificar su afirmación relativa al mal gusto del capitalino, apuntaba que en la ciudad de México se experimentaba un fenómeno extraño pues noche a noche permanecían abiertos los tres teatros más importantes de la capital. Por si esto fuera poco, en los tres recintos del espectáculo se reportaba una considerable concurrencia. El comportamiento del habitante de la ciudad de México pudiera conducir al lector a creer que el espectáculo teatral se había

convertido en una necesidad social para el capitalino. Pero no era así, con cierta decepción, el cronista encontraba la causa a este hecho inusitado: tanto el Principal como el Iturbide habían bajado el costo de sus entradas pues allí se habían establecido “las tandas”. Afortunadamente, advertía Altamirano, en el Nacional se seguía manteniendo la altura de las representaciones dramáticas.<sup>105</sup> No hacía falta que Altamirano abundara más sobre este asunto particular. Con sólo lo apuntado se advierte la opinión que sobre “las tandas” tenía el cronista.

No obstante la mala racha por la que atravesaba el mundo del espectáculo en México, reconocía Altamirano en el pueblo una sensibilidad especial para “estimar y admirar al artista que le hacía sentir, que le hacía llorar, que le consolaba en sus penas y que le moralizaba”.<sup>106</sup> En este reconocimiento el cronista no incluía a la clase alta mexicana, de la cual decía que amparada en una educación aristocrática ya pasada de moda, no reconocía el verdadero valor del comediante y lo confundía con el bufón.

Además refería Ignacio Manuel que el público capitalino guardaba sentimientos de solidaridad muy encomiables. La apreciación se desprendía del hecho de que al fallecer Merced Morales, personaje del mundo del teatro mexicano, a principios de 1870 se había llevado a efecto una función de beneficio para ayudar a la familia del difunto. Pero no sólo los compañeros del occiso pusieron entusiasmo en tender la mano a la familia que quedaba desamparada, sino que el presidente de la república también había puesto su grano de arena. Había enviado una carta a la viuda, la cual iba acompañada con una fuerte suma de dinero. Y aun cuando el mandatario no deseaba que se diera a conocer su gesto de bondad, Ignacio Manuel se sintió en la necesidad de hacerlo público, pues decía: “acciones semejantes deben ser conocidas para que sean estimadas debidamente.”<sup>107</sup>

En ese mismo año, el mundo del espectáculo capitalino había perdido también a don Francisco Arbeu, personaje entrañable en el mundo del teatro. Altamirano dedicó un buen espacio en sus crónicas a ponderar la figura de este entusiasta empresario teatral, del cual decía que no obstante haber sido un hombre de empresa y haber aportado grandes beneficios al teatro capitalino y aún al transporte ferroviario de la ciudad, al morir se encontraba en la pobreza.

Estas cualidades de seguro motivaban a Altamirano hacer patente su admiración por Arreu, quien habiendo nacido en Guatemala se había establecido en la ciudad de México desde muy temprana edad y se había distinguido siempre por su enorme afán de empresa y su constante lucha por dotar a la capital mexicana de recintos teatrales que pudieran semejarse a los de las ciudades europeas.

Apuntaba Ignacio Manuel Altamirano que “el señor Arreu fue de esos hombres que teniendo la abnegación suficiente para hacer a un lado sus intereses personales, saben concebir y llevar a cabo su gran pensamiento, sin que les arredren los obstáculos y sin que los desaliente la indiferencia pública.”<sup>108</sup> Agregaba aún que la ciudad de México era deudora de don Francisco Arreu pues gracias a sus empeños se habían construido el gran Teatro Nacional y el bello teatro de Iturbide, esto en el campo de los espectáculos. Por lo que toca al sector de los transportes la ciudad le debía la instalación del ferrocarril de Tlalpan.

Además de la evocación de figuras como las de Arreu, el guerrerense reanimaba su esperanza al observar que en México se venían combatiendo los viejos atavismos y, como consecuencia, el cronista pretendía infundir la chispa de su entusiasmo entre sus lectores para que, como una suerte de círculo multiplicador, México entero se enterara de que

...la cultura del siglo XIX ha derramado a torrentes su luz en nuestro suelo, nuestro progreso ha sido rápido; a pesar de mis luchas y quizás a causa de ellas, el talento es estimado hoy donde quiera que se encuentra, constituyendo él y las demás virtudes, la verdadera nobleza en la república.<sup>109</sup>

### 1.6.3. Una racha de mal gusto invade al capitalino

Altamirano habría de culpar al Gran Teatro Nacional por contribuir al deterioro del gusto de los capitalinos. Aseguraba el guerrerense que la falta de interés por los buenos espectáculos mostrada por el capitalino, era a causa de que se repetía hasta el cansancio el repertorio español y agregaba que la *Redoma Encantada* seguía haciendo las delicias de un público vespertino y añorado.

En 1872, en una de sus *Cartas Sentimentales*, dirigida a Fanny Natali, explicaba el periodista que los espectáculos en México, se refería de manera especial a la ciudad capital, eran pobres en virtud de dos causas fundamentales: la escasez de fondos y el miedo que los

artistas tenían de venir a México, espantados por las guerras civiles. “La guerra civil, Fanni, la guerra civil; plaga eterna de mi desdichada patria que se va consumiendo con ella poco a poco, como un enfermo de intermitentes.”<sup>110</sup> En esta explicación encontramos las causas de la falta de buenos espectáculos teatrales en México. Para más detalle, Altamirano explicaba a su amiga:

Y yo aseguro a usted que cualquier compañía buena que viniera se arruinaría, porque el público inteligente más asiduo a los teatros, es el que vive del presupuesto, y ahora está haciendo economías forzosas. Además el menos numeroso de los ricos independientes del tesoro público, se queja de la época y se ahuyenta a la menor señal de miseria pública. De manera que hemos tenido que contentarnos con lo que usted conoce: malas compañías de zarzuela, malas compañías dramáticas, el triste carnaval de México y los entretenimientos religiosos de la Cuaresma y de la Semana Santa.<sup>111</sup>

Pero al fin, no obstante los males que aquejaban al mundo de los espectáculos, Ignacio Manuel asistió a una función en la cual el cronista encontró un destello de placidez que rompía con el tedio de una capital anodina, carente de buenas representaciones teatrales. A juicio de Ignacio Manuel Altamirano el único espectáculo que salvaba del aburrimiento a los capitalinos eran los títeres:

¡Los títeres! ¿lo oís? ¡los títeres! Pero no los títeres que estamos acostumbrados a ver, sino una maravilla de títeres como apenas han visto iguales las barracas ambulantes de Italia, los teatrillos ahumados de Inglaterra y las tiendas de feria de Francia.

¡Oh! Mi viejo sabio Maríantonio Lupi y Swift y Fielding, y Voltaire, y Addison, y Goethe, y Byron, y Charles Nodier, y Alfonso Karr y todos los admiradores de estos magníficos y graciosos actores de madera y de barro, ¡cómo os encantaríais en el ahumado, caliente y estrecho teatro de América, si viérais los títeres de Aranda.<sup>112</sup>

En un espectáculo aparentemente simple Altamirano encontraba un punto de concordancia y aun de superioridad con el mundo europeo. Además, encontraba que este espectáculo era muy apreciado por los intelectuales. Aprovechaba, como era su costumbre para adentrarse en la historia de los títeres, la cual, decía, se remontaba hasta los egipcios. Reconocía el periodista que la asistencia tan concurrida a este tipo de espectáculo era a causa de lo genuino, lo novedoso, cualidades que, como hemos podido deducir, le faltaban al espectáculo teatral.

...que la entrada en el salón es difícil, la concurrencia se apiña, los lugares faltan y es necesario tener fortuna para ocupar un buen puesto. El público ha comprendido la superioridad del espectáculo y ha acudido en masa. El señor Aranda ha logrado a pesar de su modestia, hacer de su pequeño teatro lo que se llama una *grest attraction*.<sup>113</sup>

Como podemos deducir de lo manifestado por Altamirano, el público capitalino apreciaba lo genuino y lo novedoso, valores que, por desgracia, le faltaban al espectáculo teatral de aquella época, pues faltaba mucha atención por parte de las autoridades correspondientes.

### **1.7. El tedio, la estrechez... la total desilusión**

Ha quedado establecido en diversas ocasiones que en la obra de Altamirano late un afán modernizador sin olvidar por ello las deficiencias heredadas del pasado. Pero entre ambos polos: la modernidad y el México antiguo, muy distantes una del otro, Altamirano no logró, o al menos no como él lo había deseado, que su voz resonara en las conciencias de los mexicanos: entre los miembros de la clase alta porque tal vez les faltara calidad y talento y entre los de la clase pobre porque no contaban ni con los recursos ni con los conocimientos indispensables. Se advierte en los escritos de Altamirano, por una parte, “un odio vigoroso contra los *petimetres* y *currutacas* (la criolla oligarquía rentista tradicional)”<sup>114</sup> por otra una profunda preocupación porque los más necesitados accedieran a la educación. Sobre este último punto en particular, Ignacio Manuel habría de luchar incansable hasta conseguir la fundación de la Escuela Normal de profesores.

En atención a las preocupaciones que se plantean en el párrafo anterior, Ignacio Manuel Altamirano fijaba su mirada en los verdaderos valores de la sociedad mexicana. En dichos advertía el guerrerense un posible resquicio para la salvación. Así llegó a escribir que aún en el México de su época se estimaban “los grandes sentimientos y se diviniza la clemencia y la caridad y... se desprecia al aristócrata de corazón duro o al enriquecido egoísta, o al apóstol embustero.”<sup>115</sup>

Ya hemos señalado la decepción de Altamirano porque la clase rica de la ciudad de México no respondió al llamado para instituirse en guía cultural de los mexicanos. Ante la negativa, bien haya sido ésta por incapacidad o por negligencia, Ignacio Manuel Altamirano se

convirtió en un crítico acérrimo de la vida insulsa que llevaba la alta clase social capitalina. Pero tampoco el pueblo, esto es la gente humilde de la ciudad de México, se salvó de recibir críticas. Desde luego que cuando se trataba del pueblo, el cronista se mostraba más clemente, reconociendo que a éstos ancestralmente se les habían restringido las posibilidades de superación. Así, en la crónica en que criticaba el desfile de la belleza y el lujo, a la que hemos hecho mención líneas arriba, Altamirano abordó también, con el propósito de hacer contrastes, el comportamiento de los pobres:

...recorrí algunos barrios de la ciudad. Creí encontrar allí el silencio y la tristeza; pero me equivoqué. La miseria se había vestido sus harapos domingueros, y estaba alegre, más bien dicho, deseaba aturdirse y olvidar sus penas cotidianas en el bullicio de la fiesta. Y como la alegría de las clases infelices es un incendio, cuyo foco está en la taberna, la embriaguez comenzó a producir sus efectos.

...La muchedumbre poblaba las calles, las plazas y los paseos públicos, cantando, gritando y ahogando en sendas libaciones el recuerdo de sus amarguras.<sup>116</sup>

Desde luego que los días de celebración siempre terminaba en embriaguez y en homicidio, a eso a fin de cuentas llegaban los pobres de la ciudad de México, movidos tal vez por la desesperanza que les provocaba el verse reducidos a una vida de miseria, sin que se vislumbrara una posibilidad de mejoría.

Recordemos aquí lo apuntado por Altamirano en su crónica sobre la celebración de la virgen de los Ángeles:

En la plaza la bacanal. Cuarenta pulquerías y cinco mil personas almorzando barbacoa y bebiendo *tlamapa*, bajo los rayos de un sol abrasador. La fruta de los puestos, deliciosa. Las muchachas de los barrios limpias y risueñas; los relojes en peligro, los gendarmes a caballo hechos unos Argos... no ha habido muertes en este año, y eso me decía un amigo que hace tiempo es asistente a la fiesta.

-Ha estado triste... ¡esta vez no ha habido ni un *matado*!<sup>117</sup>

Aún podemos hacer memoria de cuando en las festividades de la virgen de Guadalupe el cronista nos muestra otro cuadro similar:

A las seis de la tarde, todo este mundo de peregrinos se hallan en un estado igual al de las salsas –se refiere a las salsas borrachas- y la santa virgen presencia abominaciones y crímenes que son comunes a las fiestas religiosas de México.<sup>118</sup>

En 1871, en uno de sus artículos Altamirano hacía aparecer al espectro del pueblo, con el cual sostenía un diálogo en el cual el espectro reclamaba al periodista que lo hubiera abandonado. El reclamo resulta muy emotivo porque, como en muchos otros casos Altamirano vierte mucho de su propia circunstancia en lo expresado.

“Te has olvidado, si, te has olvidado, ¡oh ingrato hijo mío! De los deberes que tenías que cumplir; de mí que gemía en la ignorancia y que te había enviado el banquete de la civilización, no para que ocuparas tú solo un puesto, sino para que me hicieses lugar, evitándome la humillación afrentosa de que me arrojaran las migajas.

“Lejos de eso, apartas con disgusto tu mirada de mí, no tienes compasión de mi abatimiento ni examinas el origen de mis vicios y de mis crímenes para combatirlo, y no hace mucho que al mirarme en las calles arrastrándome como un reptil, en medio de una orgía desvergonzada, único alivio que busco para aturdirme: al ver que los agentes de tu gobierno me arrastraban, lleno de lodo y de sangre, a la cárcel pública, único remedio que encuentran para corregirme, te has dicho con repugnancia:

“¡El pueblo es vicioso!”<sup>119</sup>

Encontramos en el contenido de estas líneas la explicación de por qué Altamirano siempre se sintió en deuda con el pueblo y asumió el magisterio que lo caracterizó durante toda su vida. Además está el reclamo a otros que habiendo recibido los mismos beneficios que el tixtleco no habían sabido corresponder a los favores recibidos. Por último advertimos el reclamo al gobierno por no haber asumido su tarea educativa, a partir de la cual el pueblo podría haberse regenerado.

Al reflexionar sobre el tema del comportamiento de los pobres, enardecía el ánimo de Altamirano en contra de los ricos a quienes les recriminaba su mezquindad, su egoísmo, su incapacidad de compartir con los más necesitados sus riquezas.

Así pues, el ánimo de Altamirano sufría altibajos. Ya en 1870 expresaba que los placeres de la sociedad mexicana “no importan un comino ni a los lectores de aquí ni a los de afuera. Se divierten más los indígenas de Tlalnepantla y de Ixtapalucan con sus procesiones... que nosotros los pobres vecinos de la más hermosa ciudad del Nuevo Mundo como han llamado alguna vez los que no han salido de garitas, a esta olorosa capital, que Dios libre del cólera próximo, amén.”<sup>120</sup> Bien se observa el tedio, el fastidio que en el ánimo del cronista provocaba la absurda pasividad cultural de la clase alta capitalina, que la propia ciudad de

México adquiriría matices fastidiosos a los ojos de quien no hacía mucho tiempo la había llamado “la sirena de Anáhuac”. En verdad Altamirano no soportaba la inactividad cultural y expresaba:

¡Qué nos hemos de divertir nosotros, si no hacemos más que bostezar de fastidio! Una curación milagrosa en los baños rusos de Pane... una comida de tamalitos en el Recreo de Fulcheri; un can can lascivo y furiosos en el Teatro Nacional, o un drama católico, apostólico romano, allí mismo: he aquí las grandes emociones a que estamos condenados los infelices vecinos de México.<sup>121</sup>

### **1.7.1. La monótona vida capitalina causó que Altamirano dejara *El Siglo XIX***

En 1871 denunciaba Altamirano que la vida que llevaban los capitalinos: tan monótona y triste tornaba ingrata la tarea del cronista, a grado tal que éste se veía en la necesidad de recorrer las calles principales de la ciudad en busca de novedades y tan sólo se encontraba con los mismos *pollos*, las mismas beldades, los mismos jinetes, los mismos carruajes, los mismos malos cómicos, las mismas detestables piezas y, desde luego, las mismas celebraciones civiles y eclesiásticas. Las anteriores circunstancias lo llevaron a manifestar que:

Semejante estrechez acabó por fatigar a mi pobre imaginación, ya de suyo melancólica, y los continuados viajes que tenía que emprender sin variación cada semana, y con la alforja vacía de novedades, de las calles de Plateros al paseo de Bucareli, de allí al Zócalo, del Zócalo a los desventurados teatros de la capital o a las imprentas que languidecían bajo el peso de una política soñolienta.<sup>122</sup>

Tales circunstancias lo habían conducido a que en noviembre de 1870 presentara su renuncia a la redacción de *El Siglo XIX*. Como causa de esta decisión aducía el periodista que en México, sin duda se refería a la ciudad de México, no se suscitaban acontecimientos de relevancia en el teatro, causa por la cual prefería retirarse de la mencionada empresa periodística en la cual había venido publicando su columna *Revista de la Semana*, desde hacía dos años. Su separación del citado periódico se debía, según lo dijo “a causa de tener que consagrarme a ocupaciones más serias y que requieren una atención constante”<sup>123</sup>



Sin embargo su separación de *El Siglo XIX* sería sólo temporal, pues en marzo de 1872 lo encontramos nuevamente colaborando en la redacción del citado periódico. Confesaba en su salutación por el reencuentro “ no puedo alejarme por mucho tiempo de este periódico, al que he confiado mis pobres inspiraciones desde mi juventud.”<sup>124</sup> Y refrendaba su declaración de amistad del siguiente modo:

Este buen siglo XIX tiene para mí el atractivo de las viejas amigas. Sucede a los que han cultivado por largo tiempo la amistad íntima de una mujer inteligente y graciosa, que jamás pueden olvidarla, a pesar de las peripecias enojosas a veces que suele turbar la dulce monotonía de un trato constante y cordial no menos susceptible y celoso que el del amor. La amistad es el amor sin alas, decía Lord Byron.<sup>125</sup>

Ni con el paso del tiempo Altamirano mudaría de opinión, en 1886 reiteraba que el mundo de los espectáculos no ofrecía nada nuevo en la ciudad de México: Denunciaba que en el Teatro Principal se presentaban compañías atrasadas que representaban viejas zarzuelas, “tan viejas como el mundo”, aseguraba el cronista. Veía con tristeza que al no haberse fortalecido el mundo de los espectáculos la juventud capitalina se educaba más en las cantinas en las que estaba expuesta al goce de coplas obscenas.

La realidad que se le ofrecía a la vista en verdad le era desagradable. Era tan contraria a sus expectativas, que siempre acababa por culpar a las autoridades que no habían centrado su atención oportunamente en ofrecer elementos suficientes para una educación integral del pueblo.

### **1.7.2. La crítica abierta como último recurso**

Si en algún momento el periodista liberal consideró que poniendo como ejemplo la vida que llevaba la clase alta de la ciudad de México, las clases inferiores modificarían su comportamiento, llegó el momento en que, decepcionado porque esto no acontecía, dedicó su pluma a criticar, implacable, el comportamiento de los ricos, pues estaba convencido de que éste en nada había contribuido a que la gente pobre despuntara de su atraso. En varias ocasiones habría de denunciar el hecho de que autoridades y ricos gastaban sumas fabulosas con el vano propósito de ostentar sus lujos. Agregaba que la vanidad los impulsaba a

construir palacios suntuosos en los que ofrecía dispendiosas fiestas y suculentos banquetes sin preocuparse por dejar huella importante de su paso por el mundo. Al periodista liberal le quedaba muy claro que ni las autoridades ni los ricos se sabían prodigar en casas de beneficencia, práctica que, de llevarse a cabo, habría contribuir a mitigar las desigualdades existentes, tal como se observaba en sociedades más avanzadas.

La monotonía provocaba que Altamirano manifestara que la capital mexicana de aquellos años era una ciudad clorótica, pobre y mojígata. Aseguraba que en París, en Londres, en Berlín, en Nueva York la crónica se nutría “con novedades siempre importantes porque esas ciudades son el centro de la civilización del mundo.”<sup>126</sup> Al darse cuenta que sería casi imposible hacer que el capitalino modificara su conducta el tixtleco llegó a manifestar que en México nación y en México ciudad se dejaba sentir el débil palpito de una “vida de convalecencia y de aprendizaje, en la que en vano se buscarían los robustos movimientos de la civilización”.<sup>127</sup>

Volvemos a recurrir a José Joaquín Blanco quien califica de fantasías muchos de los sueños de progreso que nutrieron la producción periodística de Altamirano. Más allá de la posible razón que le pudiéramos conceder a Blanco en sus apreciaciones, es necesario recalcar el hecho de que a Altamirano lo inspiraban modelos intelectuales avanzados, y vuelvo a insistir: si él había logrado elevarse, no obstante su procedencia humilde, su pertenecía a una raza que había soportado todos los problemas del pasado, y haber contado con escasa ayuda económica. ¿Por qué no suponer que otras personas podrían lograrlo también? Ya casi para concluir sus apreciaciones Blanco reconoce la grandeza de Altamirano en la siguiente cita:

Conmueve y entusiasma la figura de Altamirano: el indio que aprendió tardíamente español, y se instruye en otras seis lenguas... Narra, denuncia, predica, fantasea; pincha de pronto con la misma agudez juvenil de jacobino que ya se sabe todas las tretas de los curas; bromea, instruye, recuerda: Quizá muy pocos escritores mexicanos hayan trabajado tanto como él, y en condiciones tan precarias...

Asombra la multiplicidad de sus conocimientos, y sobre todo, de sus curiosidades: es el fundador de la cultura moderna en México, y a veces, en los mejores momentos de su lectura, asalta al mexicano de nuestro tiempo la sospecha o la evidencia de que la tradición posterior no estuvo casi nunca a la altura de su origen.<sup>128</sup>

Más allá de utopías o de denuncias, en Altamirano prevaleció un afán de construir un país muy “al gusto liberal” y sin temor a equivocarnos afirmar que muy a su gusto personal, en ocasiones con un afán de minimizar los atavismos del México antiguo, pero siempre confiado en la entereza del pueblo mexicano. Lo importante para él era trabajar sin descanso para que el México decimonónico accediera sin dilación a los beneficios del mundo moderno.

## Referencias bibliográficas

1. Álvarez Saldaña, David. "El marxismo y la cultura popular mexicana como ideología dominante (Siglo XIX)" en *Nuevas ideas; viejas creencias*, México, UAM-DCSH, 1995, p. 95.
2. Altamirano, Ignacio M. *Obras históricas*, en **Obras Completas** vol. II, p. 240.
3. Quirarte, Vicente. "El coronel si tiene quien le escriba" en *Homenaje a Ignacio... op. cit.*, p. 53.
4. Altamirano, Ignacio M. *Obras históricas*, **Obras Completas**, *op. cit.*, p. 239.
5. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** volumen IX, *op. cit.*, pp. 33-34.
6. *Ibidem*. p. 34.
7. Monsiváis, Carlos. "Ignacio Manuel Altamirano..." *op. cit.*, p. 11.
8. Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1994, p. 144.
9. Monsiváis, Carlos. "Ignacio Manuel Altamirano..." **Obras Completas** volumen VII, *op. cit.*, 14.
10. Berman, Marshall. *Todo lo sólido...op. cit.*, p. 143.
11. Monsiváis, Carlos. "Ignacio Manuel Altamirano..." **Obras Completas** volumen VII, *op. cit.*, p. 14.
12. Le Goff, Jacques, Cit por Blancarte, Roberto. "Cristianismo y mundo moderno; una relación ambigua" en *Problemas sociorreligiosos en Centroamérica y México. Algunos estudios de caso*, México, FLACSO, 1993, p. 36.
13. Entiéndase aquí por productos culturales la serie de conocimientos y valores que dan sentido y estructura a la acción social de cualquier grupo humano, sin dejar a un lado las tradiciones propias.
14. Blancarte, Roberto. "Cristianismo y mundo..." *op. cit.* pp. 38-39.
15. Illades, Carlos y Rodríguez, Ariel. (compiladores) "Introducción" en *Ciudad de México, Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, México, El Colegio de Michoacán, UAM, 1996, p. 11.
16. Monsiváis, Carlos. "Ignacio Manuel Altamirano..." **Obras Completas** volumen VII *op. cit.*, p.10.
17. Gelner, Ernest. Cit. por Muñiz García, Elsa. "Identidad y cultura en México. Hacia la conformación de un marco teórico conceptual" en *Identidades y nacionalismos op. cit.*, p. 15.
18. Bartra, Roger. Cit. por Muñiz García, Elsa. "Identidad y Cultura... op. cit.", p. 15
19. Joseph, Isaac. *El transeúnte y el ... op. cit.*, p. 25.
20. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas**, volumen V, *op. cit.*, p. 180.
21. *Ibidem*, 183.
22. *Ibidem*, 228.
23. *Ibidem*, 237.
24. *Ibidem*, 240.
25. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** volumen VIII, p. 435.

26. *Ibidem*, p. 436. Entre los principales héroes a quienes rendía homenaje Altamirano encontramos a Hidalgo, a Morelos a quien de manera personal le rendía homenaje especial, así lo muestra en sus escritos, en tanto a éste le dedico tres reseñas contenidas en sus *Obras históricas*, de don Miguel Hidalgo y Costilla sólo escribió su biografía. Consúltese para ambos casos el volumen dos de sus **Obras Completas**, pp. 131-234. Además de éstos, el autor refiere figuras que sólo son importantes para el partido liberal, tal es el caso Manuel Mateos, uno de los mártires de Tacubaya; Ignacio Zaragoza, conocido ampliamente por sus proezas en contra de los franceses.
27. *Ibidem*, p. 444.
28. *idem*.
29. *Ibidem*, p. 446.
30. *Ibidem*, p. 447.
31. *Ibidem*, p. 240.
32. *Ibidem*, p. 444.
33. Joseph, Isaac. *El transeúnte y el...* op. cit., p. 28.
34. Baudelaire Charles. "El artista, hombre de mundo, hombre de las multitudes y niño", en *Cuadernos de un disconforme*. Longseller, Buenos Aires, Argentina, pp. 152-153. De hecho, bajo el nombre genérico de *El pintor de la vida moderna* Baudelaire publicó seis ensayos, con los siguientes subtítulos "Lo bello, la moda y la felicidad", "El croquis de costumbres", "El artista hombre de mundo, hombre de las multitudes y niño", "La modernidad", "El arte mnemónico" y "Los anales de la guerra".
35. Verlaine, Paul, Cit. por Berman, Marchall, *Todo lo sólido se...*, op. cit., p. 134. La cita hecha por Marcel Ruff, fue tomada de un artículo de Verlaine publicado en la revista L'Art.
36. Blancarte, Roberto. "cristianismo y mundo..." en *Problemas sociorreligiosos en...*, op. cit., p. 39.
37. Baudelaire, Charles. "El artista, hombre..." , op. cit., p. 153.
38. Recientemente Henri Lefebvre ha dicho que la ciudad es "la forma territorial y la organización social que parece conducir todos los procesos de la modernización y racionalidad de la nueva sociedad capitalista." Para más detalle léase a Lezama, José Luis, *Teoría social. Espacio*, op. cit. p. 139.
39. García Ugarte, Marta E. "Iglesia y modernidad: las trampas de la historia", en *Problemas Sociorreligiosos en...* op. cit., p.51.
40. Bonfil Batalla, Guillermo. *Pensar nuestra cultura*. México, Alianza editorial, 1992, p. 82.
41. Villegas Revueltas, Silvestre. *El liberalismo moderado en México 1852-1864*, México, UNAM, 1997, p. 19.
42. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas teatrales* tomo 1, **Obras Completas** volumen X, p. 47.
43. *Idem*.
44. *Ibidem*, p.48.

45. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** volumen VII, p. 178
46. *Ibidem*, 194.
47. Altamirano, Ignacio M. Cit. por Monsiváis, Carlos. "Ignacio Manuel Altamirano..." en *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** volumen VII, op. cit., p. 11.
48. Joseph, Isaac. *El transeúnte y...* op. cit., p. 24.
49. Ortiz, Luis Ángel. "Del sujeto al agente..." en *En torno al sujeto*, op. cit., p. 164.
50. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** volumen VII, op. cit. p. 34.
51. Palazón Mayoral, María Rosa y Galván Gaytán, Columba. "El centro contra..." en *Homenaje a Ignacio...* op. cit., p. 99.
52. *Idem*.
53. *Ibidem*, p. 100.
54. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas** volumen V p. 94.
55. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas teatrales*, tomo 1 **Obras Completas** volumen X, p. 31.
56. *Idem*.
57. *Idem*.
58. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** volumen VII, op. cit., p. 205.
59. Azar, Héctor. "Las crónicas teatrales..." en *Crónicas teatrales* tomo 1, **Obras Completas** volumen X, op. cit., p. 13.
60. Altamirano, Ignacio M. *Diarios*, **Obras Completas** volumen XX, p. 68.
61. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** volumen VIII, op. cit., p. 340.
62. Sánchez de Carmona, Manuel. "Desarrollo urbano y tendencias arquitectónicas." en *Ensayos sobre la ciudad de México* tomo III, *El corazón de una nación independiente*. P. 32.
63. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** volumen IX, op. cit., p. 22.
64. *Ibidem*, p. 22-23.
65. Muñiz García, Elsa. "Identidad y cultura en México..." en *Identidades y nacionalismos*, op. cit., p. 23.
66. Gresham Chapman, John. *La construcción del ferrocarril mexicano: 1837-1880*, México, SEP, 1975, p. 11.
67. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** volumen IX, op. cit., p. 11.
68. *Idem*.
69. López Rangel, Rafael. "Las ciudades como procesos culturales y sus determinaciones", en *Las ciudades latinoamericanas*, México SEP, DDF, UAM, 1989, p. 18.
70. Álvarez Saldaña, David "El marxismo y la cultura..." en *Nuevas ideas viejas...* op. cit., pp. 94-95.
71. Monsiváis, Carlos. "Ignacio Manuel Altamirano..." en *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** volumen VII, op. cit., p. 15.
72. *Ibidem*, p. 12.

73. Berman, Marshall. *Todo lo sólido se... op. cit.*, p. 116.
74. Muñiz García, Elsa. "Identidad y cultura en México..." en *Identidades y nacionalismos, op. cit.*, p. 25.
75. Altamirano, Ignacio M. *Escritos de literatura y arte* tomo 1, **Obras Completas** volumen XII, *op. cit.*, p. 30.
76. Martínez, José Luis. "Prólogo" en *Escritos de literatura y arte* tomo 1, **Obras Completas**, volumen XII, *op. cit.*, p. 10.
77. *Ibidem*, p. 13.
78. Altamirano, Ignacio M. *Escritos de literatura y arte* tomo 1, **Obras Completas** volumen XII, *op. cit.*, p. 48.
79. *Ibidem*. 38.
80. *Ibidem*, p. 56.
81. *Ibidem*, p. 77.
82. *Ibidem*, p. 78.
83. *Ibidem*, p. 80.
84. *Idem*.
85. Reyes Heróles, Jesús. "Discurso" en *Discursos y brindis, Obras Completas* volumen I, p. 21.
86. *Idem*.
87. Blanco, José Joaquín. "Introducción", *Textos costumbristas, Obras Completas* volumen V, *op. cit.*, p. 9.
88. *Idem*.
89. *Ibidem*, p. 10.
90. Altamirano, Ignacio M. *Escritos de literatura y arte* tomo 1, **Obras Completas**, volumen XII, *op. cit.*, p. 57.
91. Recientemente ha planteado Guillermo Bonfil Batalla: que sólo fundamentados en una cultura propia el mexicano encontraría: una misma orientación en las actividades productivas, una manera semejante de asignar el prestigio y la autoridad, una tendencia común hacia la autosuficiencia en los diversos niveles de la organización social, y hacia una relativa igualdad que no propicia una acentuada estratificación interna. Bonfil Batalla, Guillermo. *Pensar nuestra cultura, op. cit.*, p. 82.
92. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas teatrales* tomo 1, **Obras Completas** volumen X, *op. cit.*, p. 44.
93. *Idem*.
94. *Ibidem*, p. 59.
95. *Idem*.
96. *Ibidem*, p. 46.
97. *Ibidem*. pp. 46-47.
98. *Ibidem*, p. 63.

99. Azar, Héctor. "Las crónicas teatrales de..." en *Crónicas teatrales* tomo 1, **Obras Completas** volumen X, *op. cit.*, p. 16.
100. *Ibidem*, p. P.15.
101. *Ibidem*, p. 14.
102. Batis. Huberto. Cit. por Azar Héctor. *Idem*.
103. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas teatrales* tomo 1, **Obras Completas** volumen X, *op. cit.*, p. 30.
104. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas**, volumen VIII, *op. cit.*, p.86.
105. *Ibidem*, p. 103.
106. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas teatrales* tomo 1, **Obras completas** volumen X, *op. cit.*, p. 34.
107. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras completas** vol. VIII, *op. c it.* , p.122.
108. *Ibidem*, pp. 81-82.
109. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas teatrales* tomo 1, **Obras Completas** volumen X, *op. cit.*, p. 34.
110. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** volumen IX, *op. cit.*, p.112.
111. *Ibidem*, p. 114.
112. Altamirano. Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas** volumen V, *op. cit.*, p. 88.
113. *Ibidem*, p. 91.
114. Blanco; José Joaquín. "Introducción" en *Textos costumbristas*, **Obras Completas** volumen V, *op. cit.*, p. 11.
115. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** volumen VII, *op. cit.*, p. 86.
116. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** volumen IX, *op. cit.*, p. 23.
117. Altamirano. Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas** volumen V, *op.cit.*, p. 78.
118. *Ibidem*, 117.
119. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3. **Obras Completas** volumen IX, *op.cit.*, pp. 27-28.
120. Altamirano. Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** volumen VIII, *op. cit.*, p. 339.
121. *Ibidem*, pp. 339-340.
122. Altamirano. Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** vol. IX, *op. cit.*, pp. 9-10.
123. Altamirano. Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** Vol. VIII, *op. cit.*, p. 558.
124. Altamirano. Ignacio M. *Crónicas* toma 3, **Obras Completas** Vol. IX, *op. cit.*, p. 83.
125. *Ibidem* , p. 82.
126. *Ibidem*, p.11.
127. *Idem*.
128. Blanco, José Joaquín. "Introducción" en *Textos costumbristas*, **Obras Completas** volumen V, *op. cit.*, p. 17.



## CAPITULO SEGUNDO

### POLÍTICA, GOBIERNO Y CIUDAD

#### 2.1. Anotaciones previas

Tal vez más que ninguna otra época, la segunda mitad del siglo XIX representó para México un período en el que habría de suscitarse una serie de acontecimientos que marcarían las características sobre las que se perfilaría el destino posterior de México. Muchos fueron los problemas a los que se enfrentó la nación antes de que se fijaran los rumbos por los cuales debía encaminar sus pasos. Cada una de las facciones políticas existentes en el país luchaban por lograr la primacía en el poder. Asimismo muchas fueron las ideas y las tendencias que se dieron cita en el escenario político de esa época en la que se luchaba por construir un estado de libertad; muchos fueron también los hombres que intervinieron en este proceso y que heredaron a la posteridad los beneficios de su pensamiento, de su lucha y de su esfuerzo.

Durante el periodo que nos ocupa también se definirían puntualmente los rostros de los dos partidos que contendían en el campo de batalla político de México. En este tiempo, aunque el país entero resintió los avatares de las disputas políticas, la ciudad de México, como siempre en la historia de esta nación, sería el escenario favorito para la representación de los eventos. Los actores principales pertenecían o al grupo de los liberales o al de los conservadores.

El grupo de los liberales estaba integrado por “civiles y militares algo menores de cuarenta años, más mestizos que criollos, provenientes sobre todo del centro y el norte de la República.”<sup>1</sup> Ya por este apunte que nos ofrece Krauze podemos deducir que los liberales eran jóvenes mexicanos que pugnaban por el progreso del país, deseosos de que México entrara de lleno, y con rapidez, al mundo de las naciones modernas.

Por lo que toca al grupo de los conservadores, lo conformaban “políticos, clérigos y militares diez años mayores que sus contrincantes, más urbanos, ricos y acriollados que sus adversarios.”<sup>2</sup> Se les ha querido ver como la cara opuesta de la moneda, respecto de los liberales, pero la verdad es que, aunque existían diferencias importantes, no se puede afirmar que éstas fueran diametralmente opuestas. Pero en el México decimonónico cada grupo se decidió a luchar por sus ideales. Andrea Revueltas apunta que en nuestro país, a diferencia de otras naciones de Latinoamérica, el sector intermedio conformado por liberales y conservadores, se enfrentó violentamente por ganar y mantener la supremacía del poder, todo debido a que “la élite criolla careció de flexibilidad para incorporar y/o ceder espacios a este grupo, razón por la cual ambos sectores se enfrentaron y se disputaron el poder y esta lucha asumió un carácter violento.”<sup>3</sup>

Pero las pugnas entre liberales y conservadores “no eran bien vistas por el pueblo ni contaban con su apoyo activo. Era una guerra con raíces religiosas sobre todo, pero también étnicas, sociales y económicas, *entre* las minorías rectoras.”<sup>4</sup> Aún pasaría tiempo para que México encontrara un espacio de paz. No pudo lograrse ésta, debido a las constantes luchas que por el predominio político sostenían conservadores y liberales. Andrea Revueltas nos hace recapacitar en el hecho de que “Esta pugna por el poder retrasó la consolidación del Estado y, por ende, la modernización económica”<sup>5</sup>.

De hecho, la paz no se vislumbró sino hasta muy entrada la segunda mitad del siglo XIX y ello con infinidad de vicisitudes, como veremos a lo largo de este capítulo en el cual centraremos nuestra atención en la visión que sobre el mundo político de la ciudad de México tenía Altamirano. De entrada habremos de advertir que el tixtleco, así como había empuñado las armas para defender en el campo de batalla la soberanía de México, con el mismo entusiasmo pulsó su pluma para denunciar las anomalías en el campo político. Sin embargo, pronto silenció el vigor de sus palabras, no por temor sino por cansancio al contemplar que las condiciones del país no se modificaban por más que se denunciaran los errores y se propusieran soluciones.

## 2.2. El ideario liberal de Altamirano

Ignacio Manuel Altamirano respondía al perfil de liberal que él mismo apuntó al referirse a Manuel Mateos.<sup>6</sup> Siempre fue un hombre íntegro, conocedor del devenir histórico de México. Entendía que con todo lo que había vivido el país siglos atrás, sólo se había logrado atraer desorganización y miseria. Reconocía que en los pueblos en los que se suscitaba una constante disputa por el poder, como era el caso de México, “una ley es una arma más terrible que una espada; se sacrifica muchas veces la justicia en aras de la ambición, el bien público en favor de un principio político”.<sup>7</sup> Aún agregaba que una ley emitida en esas condiciones estaba expuesta a vivir en tanto gobernara la facción que la había emitido.

Habría sido imposible que un hombre de la altura de Altamirano, poseedor de una amplia conciencia sobre la problemática nacional, hubiera permanecido impasible ante los acontecimientos que se le presentaban. De hecho, como buen liberal moderado lo inspiraba la búsqueda de “un programa paulatino de reformas, cauteloso y prudente”<sup>8</sup>. Recordemos que, a diferencia de los “moderados”, los liberales “puros” buscaban “la ruptura definitiva con la herencia colonial y, por ende, la transformación absoluta de las instituciones políticas y socioeconómicas del país.”<sup>9</sup>

Así, Altamirano dedicó buena parte de su vida a luchar para que México lograra colocarse entre los países modernos. El territorio desde donde ofreció batalla fue la ciudad de México; su arma fundamental la pluma, y su canal favorito el periódico. Aún no terminaba sus estudios de jurisprudencia y ya suscribía, sin que nadie lo obligara, su enorme compromiso con la nación. Así lo sentía el estudiante guerrerense y así lo patentizó en sus escritos:

En los países en que el poder es un presente del nacimiento, ya la ciencia del derecho es grave de por sí; pero en los países democráticos, como el nuestro, aún hay más: este estudio llega a ser interesantísimo porque tiene más consecuencias, porque el joven que estudia las leyes está llamado a patrocinar a los desvalidos como abogado, o a ser el árbitro de la sociedad como juez, o hacer la felicidad de sus hermanos como legislador.

Poco es para este fin el trabajo preparatorio de la escuela. Nosotros nos

hemos consagrado a las vigiliias del estudio, desde que salimos de la infancia; hemos sacrificado en aras del saber lo que hay de más caro, la libertad, en la primavera de la vida, y nos hemos reducido a una esclavitud voluntaria, dentro de los muros del colegio para saciar nuestra sed de conocimientos y formarnos una posición social."<sup>10</sup>

La ciudad de México, en su calidad de "flor y nata de las capitales de la República", como la llegó a calificar Altamirano, constituyó desde siempre el centro político, económico, social y cultural del país. Era la ciudad, como lo es hoy mismo, el centro donde se dirimían los destinos de la nación, por consecuencia se constituyó en el modelo a seguir por las demás capitales y poblaciones importantes de la República. En la ciudad de México, como gran capital, se definían las tendencias políticas, se discutían y se aprobaban, en su caso, las leyes que se debían observar en el país entero. En una palabra, desde siempre la ciudad de México se había instituido como el centro neurálgico del comportamiento nacional, de ahí su trascendencia.

Ignacio Manuel Altamirano, desde su estancia en el Instituto Literario de Toluca, y bajo la influencia del pensamiento y la figura de Ignacio Ramírez, se convirtió en asiduo lector. Ese primer encuentro con el conocimiento propició en el joven tixtleco una inmensa "hambre intelectual, y a satisfacerla y a despertarla dedicó su vida."<sup>11</sup> El camino estaba iniciado y en un hombre de la talla de Altamirano no valían los retrocesos. Por tanto, pocos años después de su salida del Instituto Literario de Toluca, lo encontramos instalado en la ciudad de México e inscrito en la Academia de San Juan de Letrán en la cual estudiaba la carrera de jurisprudencia. Como estudiante en la citada Academia tuvo la oportunidad de reafirmar sus convicciones liberales nutrido con los debates del constituyente de 1856.

Ignacio Manuel Altamirano, aquel joven estudiante de jurisprudencia, aquel indígena de Tixtla que había salido de su pueblo natal en el año de 1849, para iniciar sus estudios en el Instituto Literario de Toluca, transcurrido el tiempo se desempeñaba como diputado federal y en el Congreso se distinguía por su inteligente oratoria. Fue muy sonado el discurso que pronunciara en contra de la amnistía a los conservadores. A partir de ese momento Altamirano se ganó el respeto tanto de los intelectuales

como del pueblo. Pesaron tanto sus reflexiones de aquel momento que el acontecimiento fue conocido en Europa. Años después Juan de Dios Peza habría de reproducir algunos fragmentos del artículo que *L'Estaffete* había dedicado para relatar el acontecimiento:

Toda la ciudad resuena todavía con el discurso pronunciado en la tribuna de la Cámara por el señor Altamirano. Se está poco acostumbrado en la sociedad mexicana a una vehemencia semejante de lenguaje y a esa inflexibilidad de principios; y no es por eso de sorprenderse que los rayos del diputado de Guerrero hayan agitado profundamente las regiones ordinariamente tan serena y tan placidas de la política. Es todo un acontecimiento y en este orador debe haber un hombre de acción y una esperanza para la república.<sup>12</sup>

El artículo periodístico hace referencia a la intervención de Altamirano en la Cámara de Diputados en la que abordó dos aspectos: uno la aprobación de un artículo que disponía que el Ejecutivo diese cuenta de las rehabilitaciones por él concedidas, y el otro al dictamen sobre los empleados que habían servido al gobierno emanado del golpe de estado. Esto se discutía en la sesión celebrada el 27 de julio de 1861. Dada la intervención del diputado Francisco de P. Cendejas en el sentido de que aprobar el artículo en cuestión sería tanto como mostrar desconfianza en el gobierno, el sureño puso de manifiesto en su discurso que el Ejecutivo no siempre había hecho buen uso de sus facultades, pues “bastantes veces ese poder discrecional ha sido en sus manos lo que una espada en manos de un loco”, llegó a decir Altamirano.<sup>13</sup> Con relación al caso de los empleados, manifestó en su discurso que era tiempo que salieran “estos gatos del ministerio, que se engrían con el palacio y no con el principio político; que dejen de ser los servidores de la nación muebles de traspaso, y que se enseñen a sufrir para merecer el pan que les da la república.”<sup>14</sup>

### **2.3. Gobierno e Iglesia**

En México, durante todo el siglo XIX, las relaciones entre los liberales y la iglesia fueron difíciles, afirma Paz C. Márquez Padilla “Las relaciones entre la Iglesia y el gobierno independiente fueron muy tirantes durante la primera mitad del siglo XIX,

lo que desembocó en una confrontación abierta en la segunda mitad del siglo.”<sup>15</sup> Para justificar estas afirmaciones se hace indispensable que penetremos en la historia del México independiente, pues fue a partir de que el país logró su independencia la Iglesia quiso hacer prevalecer su poder, sin preocuparse si afectaba a la institución gubernamental. Así fue como se inició el deterioro de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. A partir de este deterioro surgieron las corrientes ideológicas que actuaron en el campo político nacional, encabezados en su origen por Lucas Alamán y por José María Luis Mora. Ambos dejaron en sus respectivas obras testimonio fiel de sus posturas ideológicas.

Se ha dicho que más allá de las discrepancias de los grupos políticos, coincidían en que las riquezas de la Iglesia constituía un factor primordial para resolver los problemas económicos del país. Podríamos pensar que si había coincidencia, entonces ¿por qué se generaron tantos problemas?, la respuesta es sencilla: cada grupo tenía su particular punto de vista sobre la forma en que los bienes de la Iglesia contribuirían a la solución de los males del Estado.

La abierta confrontación producida durante la segunda mitad del siglo XIX se da como consecuencia de la expropiación de los bienes de la Iglesia. En conclusión, aunque los distintos grupos políticos estaban de acuerdo en que era necesario que los bienes de la Iglesia contribuyeran a la solución de los problemas económicos del país, unos los querían prestados en tanto que otros se apropiaron de ellos. Esta fue la causa de las discrepancias que generaron las batallas ideológicas del siglo XIX.

### **2.3.1. Una Iglesia rica en un país pobre**

Los liberales mexicanos tenían la firme convicción de convertir a México en un país fuerte económica y políticamente, pero la realidad era adversa. Jean Bazant<sup>16</sup> señala que el país debió afrontar en diversos momentos penurias fiscales, que habrían de conducir a que el gobierno llegara a expedir leyes que afectaran los bienes de la Iglesia. Además, afirma el autor que ya desde 1821 se había planteado la posibilidad de nacionalizar los bienes eclesiásticos, pero aún debieron pasar treinta y cinco años para la expedición de la Ley Lerdo y cuarenta para que la nacionalización se hiciera

efectiva.

Después de ofrecernos el panorama deplorable por el que atravesaba México durante aquellos años, en el que sale a relucir “la pobreza de los recursos del país”, Jean Bazant hace una síntesis de las causas que orillaron a los gobiernos liberales a afectar los bienes de la Iglesia. En esta síntesis el autor da como argumento los lujos casi insultantes de los actos eclesiásticos; con todo ello, dice Bazant, se puede justificar tal vez que “gobiernos monárquicos o republicanos, conservadores y liberales hayan pensado en nacionalizar en una u otra forma las propiedades eclesiásticas; pero esto no explica por qué el Estado no atacó al grupo de opulentos mercaderes y prestamistas quienes estaban tal vez en mejores condiciones que la Iglesia, de proporcionarles recursos.”<sup>17</sup>

La Iglesia ejercía hasta ese momento un papel fundamental de vinculación social, debido indiscutiblemente al ascendiente espiritual que había ejercido en el país a lo largo de tres siglos de dominación. Recordemos que para cada estrato social existía una jerarquía eclesiástica que le daba atención. Todo esto hacía propicio que la Iglesia ejerciera un poder espiritual que dificultaba cualquier tipo de ataque. Tanto era su poder que por aquella época “más de la mitad del territorio pertenecía a la Iglesia. Estas tierras, por ser de la institución religiosa, no pagaban impuestos circunstancia que bloqueaba las posibilidades del gobierno de obtener recursos para reproducir las distintas instituciones estatales sin aumentar el déficit.”<sup>18</sup>

Al Estado le hubiera sido muy difícil gobernar con la soltura económica y política indispensables para lograr los propósitos de avance y progreso que se tenía fijados. Las condiciones de privilegio que guardaba la Iglesia hacían imposible cualquier intento. En pocas palabras, la Iglesia ejercía en México el papel que le correspondía al Estado, pues el contar con liquidez económica le confería gran capacidad de negociación política.<sup>19</sup>

Altamirano habría de justificar las acciones asumidas por el gobierno liberal frente a la Iglesia. Le quedaba perfectamente claro que, tal como lo había expuesto tiempo atrás el Dr. Mora, “la Iglesia, como corporación civil había recibido la autorización del Estado para poseer propiedades, pero era también derecho de éste negarle tal autorización.”<sup>20</sup> La Iglesia, en tanto institución, era concebida desde dos ópticas muy

distintas: la de los conservadores y la de los liberales, las cuales se pueden sintetizar en los pensamientos de dos distinguidos representantes de dichos partidos, así “Lucas Alamán pensaba que era el único punto de unión entre todos los mexicanos y que por lo tanto se debía reforzar. José María Luis Mora quería una religión protegida por el Estado y no un Estado amenazado por la Iglesia.”<sup>21</sup>

Ignacio Manuel Altamirano entendía que la Iglesia en México había jugado el papel del Estado y en mucho aún ocupaba el espacio político que le correspondía al gobierno central. Su idea era justamente la de restarle el poder a la Iglesia y restituírselo al gobierno civil. Esta concepción queda muy clara cuando en *Navidad en las montañas* narra lo siguiente:

Entramos por fin en la casa del curato, que era pequeña y modesta; pero muy aseada y embellecida por un jardincillo, provista de una cuadra y un corral. La gente se detuvo en la puerta. Dentro aguardaban al cura, el alcalde con algunos ancianos y algunas mujeres de edad. El cura se quitó el sombrero delante del alcalde, dando así un ejemplo del constante respeto que debe tenerse a la autoridad, emanada del pueblo;<sup>22</sup>

Lo planteado por Altamirano en su novela reflejaba su pensamiento respecto de la posición que debía guardar la Iglesia respecto del Estado y reafirma su filiación al liberalismo moderado. Pero la realidad era muy distinta y en atención a ella se propició que, aún antes de darse la guerra de Reforma, los liberales empezaran a promulgar leyes que disponían la desamortización de los bienes de la Iglesia. Tal es el caso de la ley emitida el 25 de junio de 1856, llamada de “desamortización de bienes en manos muertas”, la cual fue redactada por Miguel Lerdo de Tejada, a partir de la cual y sin que mediara “expropiación alguna, el gobierno había convertido a la Iglesia en un inmenso banco hipotecario y abría la posibilidad para la consolidación de una basta clase media propietaria.”<sup>23</sup> En términos llanos, la citada ley disponía que salieran al mercado para su venta todos los bienes raíces de las corporaciones civiles y eclesiásticas, lo cual trajo como consecuencia que los inquilinos de la Iglesia podrían convertirse en dueños por medio de pagos en forma de renta. Así se pretendía favorecer a la población, lo cual no se logró, sobre todo en el campo porque, como



sabemos la compra de tierras la hicieron los ricos. Tampoco se lograron los beneficios que se esperaban para el Estado pues no se pudo resolver la crisis económica por la que se atravesaba. Lo único en que se tuvo éxito fue en el debilitamiento de la Iglesia, con lo que el Estado ganó un espacio político.

El hecho de que los liberales tomaran medidas como la que acabamos de anotar contribuye a que aceptemos la afirmación de que “La mayor parte de los liberales no eran “puros” ni salvajemente independientes, como Ocampo: se llamaban a sí mismos “moderados” y lo eran. Hubiesen querido una convivencia pacífica y armónica con la Iglesia.”<sup>24</sup>

Hemos dicho que los liberales moderados se proponía lograr transformaciones en el país, pero “sin romper con las buenas tradiciones que formaban parte de la idiosincrasia del pueblo mexicano.”<sup>25</sup> Este grupo consideraba que los cambios se producirían de manera paulatina y sin violencias, a diferencia de los radicales que proponían cambiar todo en un día.

### **2.3.2. Un Congreso Constituyente para formular una nueva Constitución**

Esta misma tendencia habría de prevalecer al conformarse el Congreso Constituyente de 1856, cuya instalación satisfacía la promesa básica del Plan de Ayutla y que al decir de Krauze la mayoría de sus integrantes “no llegaba a roja radical, ni siquiera a rosa mexicano, se quedaba en rosa pálido. Ejecutivo y legislativo se habían fijado en el propósito de conciliar a la familia política mexicana sobre las bases de una doble fe: la tradición y el progreso, el orden y la libertad.”<sup>26</sup> Por tanto, la Carta Magna que derivó de dicho Congreso Constituyente observó una tendencia conciliadora con las ideas de los conservadores y, tal como lo apunta Concepción Jiménez Alarcón: “no promulgó la libertad de cultos, dejó intacto el latifundio y respetó el contenido de la Ley Lerdo, que obligaba a la Iglesia a vender sus bienes raíces, pero le daba libertad para disponer de los productos de las ventas.”<sup>27</sup> Con todas estas medidas se terminaba la confusión de poderes que en este país había existido desde mucho tiempo atrás:

Lo temporal, como dictaba la experiencia del siglo debía <<desamortizarse>>, pasar a manos vivas del mercado; lo sagrado debía

volver a su ámbito propio: la intimidad de la conciencia y el interior de los templos. Sobre estos dominios la Iglesia conservaría su soberanía indisputada. Sobre aquél no.<sup>28</sup>

El pueblo esperaba con ansia esa ley, porque se prometía de ella el alivio de sus necesidades; porque creía que ella le venía a liberar de una de las cargas que más le hacen sufrir aunque instintivamente abriga el sentimiento del derecho que le asiste, para liberarse de la coacción con que se le exige un tributo que sus padres han pagado por más de tres siglos.<sup>30</sup>

No obstante lo beneficioso de las disposiciones, Doblado mismo denunciaba que éstas no fueron observadas y que la Iglesia, en ocasiones con la anuencia de la autoridad civil, se había dado a la tarea de sistematizar la desobediencia de las leyes emitidas las cuales, de haberse cumplido, mucho bien habrían hecho al pueblo. Con la promulgación de esta ley se intentaba “que al minar los intereses del clero necesariamente tendría que producirse una mudanza en las actividades propias de su misión apostólica y también una modificación sustancial en sus relaciones con el gobierno.”<sup>31</sup>

#### **2.4. El espíritu liberal convertido en leyes**

Para el año de 1871, Ignacio Manuel Altamirano refrendaría sus convicciones liberales al reconocer que la Constitución de 1857 era la corona real del pueblo y apuntaba que el constituyente del 56 había sido integrado con la crema del partido progresista. Recalcaba en esta serie de apreciaciones que los jóvenes constituyentes habían sido verdaderos demócratas que “llevaban en su corazón los dolores de las clases desheredadas, y por eso hicieron de la constitución la corona real del pueblo.”<sup>32</sup> En verdad que las convicciones que dieron origen y forma a la Constitución del 57 eran genuinas. Los liberales estaban fascinados por haber elevado a la categoría de leyes sus ideas de progreso y modernidad. Pero en el país aún faltaba fortalecer el tejido social y económico por tanto la modernización entonces todavía se encontraba en la forma y no en el contenido. Desde luego que semejante afirmación no podría haberse aceptado en aquel momento, sobre todo porque algunos liberales como Altamirano había luchado incansables por darle contenido a la forma. A trece años de

promulgada la ley fundamental, Altamirano aún la ponderaba como la ley santa que representaba la salvación y que sería, en dado caso, el origen de la fuerza política, del adelantamiento intelectual y moral.<sup>33</sup>

#### 2.4.1 La Constitución de 1857

Como es conocido, la Constitución de 1857 fue promulgada el 5 de febrero y en ella quedaron plasmados los ideales liberales: el país quedaba constituido como una república representativa, popular y federal. Por lo que respecta a los derechos del hombre, se reconocían las garantías de libertad, igualdad, propiedad y seguridad, tanto como la soberanía popular. En cuanto a los poderes, éstos se dividían en legislativo, ejecutivo y judicial.<sup>34</sup>

La jura de la nueva constitución representó, indiscutiblemente, un evento de gran relevancia, por tanto la ciudad de México se preparó para ser el escenario de un acontecimiento tan importante, así:

El 5 de febrero desde temprano el pueblo abarrotó la galería del Congreso, cada diputado era saludado por sus partidarios con aplausos. Comonfort puso sus manos sobre los evangelios y juró cumplir la Constitución; de allí se dirigieron los diputados a una comida campestre en Mixcoac para celebrar el término de las sesiones.<sup>35</sup>

Observamos por lo expresado en el texto que no obstante las nuevas ideas políticas, las viejas creencias religiosas aun privaban en la conciencia de los mexicanos. El comportamiento de autoridades y legisladores no debe extrañarnos, es necesario reconocer que las creencias religiosas no pueden erradicarse por decreto y menos en un país donde la Iglesia había ejercido su ministerio de forma profusa y prolongada. Daniel Cosío Villegas apuntó que la Constitución del 57, tal vez como no ha sucedido con ninguna otra, ha pasado por altibajos muy marcados, tanto en su prestigio popular como en la fe en ella depositada por los gobiernos a quienes les tocó usarla. Puntualiza el autor su apreciación diciendo que:

...Nació sin que nadie creyera en ella: el liberal moderado, porque el jacobinismo la había mancado; el liberal puro, por su fondo medroso.

Detestada y combatida pugnazmente por la Iglesia católica y el partido conservador, recién nacida la empuñó Ignacio Comonfort, quien estaba seguro de que con ella se hundiría cualquier gobierno y el país entero. La marea de su prestigio nace precisamente de esa orfandad, cuando negada por todos y acribillada en el campo de batalla, los jacobinos la toman de bandera para hacerla una Constitución jacobina; y se levanta más y más hasta llegar a la cúspide con la guerra de Intervención.<sup>36</sup>

Por su parte, la Iglesia no había permanecido inmóvil ante los acontecimientos. No tardó en mostrar reacciones, muy enconadas por cierto, en contra de los liberales. Señala Enrique Krauze que la Iglesia no escatimó esfuerzos con tal de lograr que el pueblo se opusiera al gobierno:

...Unas veces eran proclamas incendiarias, atribuidas al partido triunfante ( el liberal moderado), en el que se hablaba de puñales y guillotinas para acabar con los ricos y sacerdotes; otras eran excitaciones al pueblo para que se levantara a defender la religión, limpiando la tierra de impíos; otras eran cartas al presidente llenas de injurias atroces; otras, en fin, decretos de excomunión que se fijaban en las esquinas de las calles y en las puertas de los templos a manera de pasquines.<sup>37</sup>

Estas apreciaciones refuerzan lo expresado por Cosío Villegas relativo a las vicisitudes por las que pasaría la Carta Magna y, pese a que su figura declinara, apunta que “Su fuerza era tan grande, que todo se hacía en su nombre y en su defensa: lo mismo lo bueno que lo malo, lo torcido que lo derecho.”<sup>38</sup>

Krauze refiere de la siguiente manera las circunstancias que orillaron a Comonfort a ceñirse a las disposiciones constitucionales:

El problema mexicano, -pensaba Comonfort- estaba en las <<exageraciones >>: un gobierno sabio debía tomar de ambos bandos <<lo que tuvieran de bueno>> El país quería orden, no despotismo; quería libertad, no libertinaje. La Constitución era impracticable, el Plan de Tacubaya, en cambio, parecía <<un mejor apoyo a su pensamiento político>>. Al menos abría una puerta.<sup>39</sup>

Así pues, Comonfort entendía, y así lo escribiría tiempo después, que la Constitución “<<no era la que el país quería y necesitaba... su observancia era imposible, su impopularidad era un hecho palpable: el gobierno que ligara su suerte a ella era un

gobierno perdido>>.”<sup>40</sup>

Sin embargo, llegado el momento, Comonfort optó por “<<entregar el poder supremo a la persona que la ley designara –el Presidente de la Suprema Corte, en este caso Juárez– [porque] siendo ya patentes las tendencias reaccionarias del nuevo pronunciamiento, menos malo era volver al punto de partida>>. La impracticable pero legítima Constitución era preferible al despotismo.”<sup>41</sup> Como podremos constatar el pensamiento de Altamirano respecto de la Constitución difería del de Comonfort. Aunque llegaría a reconocer que la Carta Magna adolecía de algunas deficiencias, procuró en reiteradas ocasiones postularla como la piedra angular de la soberanía del pueblo mexicano. Estas discrepancias ideológicas derivaron en el distanciamiento de Comonfort y Altamirano, a grado tal que éste, llegó a pedirle a Juárez que ejecutara Comonfort. La petición quedó plasmada en una carta de Altamirano dirigida a Juan Álvarez, la cual tendremos oportunidad comentar más adelante.

En 1871 Altamirano, en su espacio periodístico, celebraba un aniversario más de la promulgación de la Constitución. El guerrerense, más allá de las apreciaciones que pudieron hacerse en su época y las que hoy podemos hacer, estaba convencido que aquella ley fundamental, a 14 años de su promulgación, encarnaba todavía la democracia y la soberanía del pueblo. Reconocía que en ella latían con vigor todos los sacrificios, las esperanzas y los esfuerzos de una generación que luchó por salvaguardar los principios de libertad y de progreso. Inspirado sinceramente por esta convicción, aseguraba que la Constitución del 57 seguía siendo “la piedra consagrada junto a la cual México descansa, después de su lucha con el retroceso que la sujetó a durísimas pruebas.”<sup>42</sup>

Ignacio Manuel Altamirano valoraba en todo lo que valía el hecho de contar con una Carta Magna que impusiera orden a un país que, como México, venía atravesando por una serie de tropelías inflingidas por facciones indignas. Además, comentaba el periodista liberal que esta serie de acontecimientos debían de terminar pronto porque “México era en el exterior, la burla; en el interior, el infierno. Las naciones cultas nos trataban como a la antigua Argel.”<sup>43</sup> Expresado lo anterior, con íntimo placer, Altamirano volvía a recordar el día en que se había promulgado la Constitución:

Era el 5 de febrero de 1857, y el gran salón del congreso estaba

henchido de gente. En las galerías se había precipitado la juventud, llena de ardimiento y de fe en el porvenir. Algunos partidarios del pasado asistían también silenciosos, irritados, llenos de despecho y llevando en el semblante sombrío, un gesto amenazador que quería decir:

Ahogaremos en sangre esa ley.

La inmensa concurrencia de las galerías esperaba callada y atenta, los diputados constituyentes ocupaban sus asientos todos. El silencio era solemne, y los espíritus, preocupados por pensamientos profundos, no permitían entonces ni un solo gesto, ni una palabra.

Presidía la Cámara el venerable Valentín Gómez Farías, patriarca de la libertad mexicana.<sup>44</sup>

En esta evocación Altamirano plasma sus propios sentimientos, en sus palabras se advierte el grato recuerdo del día en que asistió a evento tan relevante para él, sobre todo si consideramos que en la época de sus recuerdos, el joven indígena era aún estudiante de jurisprudencia y su inquietud seguramente lo llevaba a plantearse ya desde entonces toda una serie de posibilidades de cambio. Con gran veneración Ignacio Manuel Altamirano refirió el momento en que Gómez Farías, que para ese momento era ya un anciano “descendió con trabajo de su asiento, y apoyado en los brazos de dos diputados, se dirigió con esfuerzo frente a la mesa, arrodillándose y poniendo una mano trémula sobre el evangelio; a la pregunta del vicepresidente, pronunció su juramento con voz sosegada y firme”.<sup>45</sup>

En la narración hecha por Altamirano, se advierte una emoción desbordante por todo lo que representaba en aquel momento el acto cívico

En la parte II de la *Revista histórica y política (1821-1882)*, manifestaba Altamirano su desacuerdo de que dicha Constitución fuera encabezada por el nombre de Dios. Criticaba el hecho pues decía que no se trataba de “un código religioso o un tratado internacional”. Aun notificaba que el que así hubiese quedado la redacción se debía a “la insistencia de un miembro de la comisión redactora, que defendió con razones sentimentales tan extraño modo de comenzar una ley política, a pesar de las juiciosas observaciones que se hicieron en contra.”<sup>46</sup>

Sobre el contenido de la Constitución, Altamirano reconocía que presentaba numerosas restricciones, notables vacíos y no pocos errores, los cuales achacaba a tres causas fundamentales: el temor a la tiranía política; la inexperiencia en materia de

gobierno; y la influencia de los partidos en la discusión. No obstante los problemas que se le pudieran achacar, para Altamirano la Carta Magna constituía a querer y no un principio de orden y de reorganización, indispensable para sustentar el desarrollo de cualquier nación.

#### **2.4.2 Las leyes de Reforma**

Nos explica Concepción Jiménez Alarcón<sup>47</sup> que en el momento que los conservadores rechazaron el tono conciliador que había quedado plasmado en la Constitución del 57 se suscitó la Guerra de los Tres Años. En esta ocasión las posturas liberales fueron totalmente frontales y quedaron plasmadas en las Leyes de Reforma, emitidas en el mes de julio de 1859 en el puerto de Veracruz, plaza en la que se encontraba asentado el gobierno interino, confiado a don Benito Juárez, en virtud de que el presidente Comonfort había abandonado el país.

Con la promulgación de las Leyes de Reforma se marca un cambio importante, pues a partir de ese momento el gobierno se declara abiertamente anticlerical. Por ejemplo, se emite la ley de nacionalización de los bienes del clero y con esto se desata una serie de medidas tales como la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos, la obligatoriedad del matrimonio civil, la creación de jueces de estado civil y la no intervención del clero en la economía de cementerios y panteones.<sup>48</sup>

El clima social generado por todas las disposiciones que suscitaron durante todos estos años no debió ser nada grato. Refiere Plasencia de la Parra<sup>49</sup> que en 1858 al estallar la guerra civil en la capital del país dominaron los conservadores quienes tratando de salvaguardar su postura aducían “que el único vínculo que quedaba a los mexicanos era la religión católica.” Esta idea encontraba eco con lo que Alamán escribiera en las últimas páginas de la Historia de México: “La independencia nacional no tiene más cimiento que la unidad religiosa; la política ya concluyó: caiga aquél y la república será del yankee”<sup>50</sup>

Con este tipo de apreciaciones, dice Plasencia de la Parra, algunos conservadores sugerían que los liberales buscaban integrarse a los Estados Unidos pues al pugnar por “la libertad de cultos, el protestantismo invadiría el país y la anexión no tardaría

en llegar.”<sup>51</sup>

Los liberales, por su parte “se defendían reafirmando su fe católica y definiendo el papel de la Iglesia: el espiritual.”<sup>52</sup> Ya desde años atrás habían dado respuesta a este tipo de ataques afirmando que “la lucha por la democracia y la libertad no hacía sino seguir las doctrinas de Jesucristo.”<sup>53</sup> Este tipo de señalamiento era frecuente en boca de algunos liberales, aún del propio Altamirano, baste aquí recordar lo que plantea en *Navidad en las montañas*. En septiembre de 1855 en un acto público celebrado en la Alameda de la ciudad de México Guillermo Prieto manifestó:

El cristianismo era y es todo un símbolo de libertad; el Evangelio, la revolución terrible contra todos los privilegios, contra la maquinación sacrilega de vivir los pocos a expensas de los muchos, de convertir en estancos el poder, la conciencia, la fuerza, el pensamiento, para desheredar, corromper, debilitar y embrutecer al pueblo.<sup>54</sup>

Así, en los mismos conceptos vertidos por Cristo, los liberales encontraban las armas para contrarrestar la ofensiva conservadora, aduciendo que la alianza entre clero y aristocracia había contravenido los principios básicos del cristianismo. Aclaraban que ahora en México los conservadores, apoyados por el clero luchaban por defender los bienes terrenales haciendo prevalecer sólo en apariencia lo espiritual.

Con la promulgación de las Leyes de Reforma se dispuso la apertura de calles por donde antes había conventos y capillas. Para realizar todas estas acciones, como lo señala María Dolores Morales<sup>55</sup> se hizo indispensable que se establecieran normas que contribuyeran al reordenamiento urbano. Entre estas normas destacan la ley de expropiación por causa de utilidad pública y el decreto que concedió la exención de contribuciones a los dueños de lotes de conventos que los reedificaran. “Desde el inicio de las obras de apertura de calles hubo alarma entre los propietarios que temían que se ocuparan sus propiedades sin la previa indemnización demandada por la Constitución.”<sup>56</sup> Informa la autora citada que siempre se pagaron las indemnizaciones a los propietarios “aunque en ocasiones el pago no fue previo sino posterior a la demolición de la finca y generalmente no se cubrió en efectivo sino en créditos del Ayuntamiento. Sólo cuando se trató de cantidades pequeñas y de propietarios de bajos recursos se liquidó en efectivo aunque en abonos mensuales.”<sup>57</sup>



En 1880, en su “recuerdo histórico” que lleva el título de *Los mártires de Tacubaya*, Altamirano rememora justamente los hechos ocurridos el 11 de abril de 1859, ocasión en la que Márquez sacrificó a varios liberales, entre los que el tixtleco hace mención especial de Manuel Mateos, cuñado de Ignacio Ramírez.

Ignacio Manuel Altamirano, después de hacer un recuento de los hechos relata que al darse cuenta los prisioneros de que iban a ser fusilados pidieron escribir, dar el último adiós a sus familias, pero todo les fue negado. Las condiciones del fusilamiento fueron tan sórdidas que Altamirano indignado lo relató de la siguiente manera:

...era indispensable que aquello tuviese el carácter del asesinato de encrucijada y no el brillo del cadáso político. ¡Callar y morir! Esa era la suerte de los enemigos de la tiranía clerical. Todavía la Inquisición tenía la ostentación del auto de fe; todavía la horca del virreinato tenía el testimonio del escribano y de la muchedumbre. La crueldad del partido del clero iba más allá; mordía, como los perros rabiosos, en silencio.<sup>58</sup>

Todo este periodo estuvo enmarcado por una serie de luchas intestinas, suscitadas entre conservadores y liberales que dieron en llamar la guerra de tres años que terminaría con la derrota de Miramón y con la entrada de Juárez en la ciudad de México el 11 de enero de 1861. Asentado de nueva cuenta el gobierno liberal en la ciudad de México, Juárez se dio a la tarea de convocar “a elecciones para integrar el Congreso y para elegir al Presidente de la República. Realizadas ambas elecciones, el pueblo escogió como presidente a Juárez.”<sup>59</sup> En uso de sus facultades como presidente de la república Juárez creyó pertinente proseguir con la tarea reformista iniciada años atrás. Pero aún habría de verse entorpecida su gestión a causa de la intervención francesa.

Altamirano llegó a manifestar que los hombres de la reforma liberal eran hombres laboriosos, que habían tenido que trabajar intensamente para la consecución de sus ideales, y mencionaba entre los primeros al presidente Juárez de quien decía: “ha llevado con mano firme el estandarte constitucional.”<sup>60</sup> Reconocía que tanto Juárez como sus ministros habían dispuesto nuevas leyes, complementarias a la Constitución, para llevar al país al lugar que tienen previsto en el concierto del progreso internacional. Estas leyes habrían de incorporarse con posterioridad a la

Constitución de 1857.

## 2.5. La Intervención Francesa

Al triunfo de la Guerra de Reforma Juárez se enfrentó a la realidad de un erario en bancarrota, lo que lo obligó a tomar la decisión de suspender el pago de la deuda internacional. Esta decisión fue el pretexto para que Inglaterra, España y Francia accedieran “ a las súplicas de los conservadores, quienes no se habían dado por vencidos en el deseo de que una monarquía extranjera apoyada en las viejas instituciones, especialmente la Iglesia, lograra la unificación del país.”<sup>61</sup>

Por esos años la ciudad de México habría de ser testigo de una serie de acontecimientos que Altamirano se encargó de registrar. En una de sus cartas dirigidas al general Juan Álvarez, narra el estado de excepción que vivía la ciudad de México. En dicha misiva, fechada el 8 de agosto de 1861, exponía que nadie era dueño

...de salir a una legua de distancia sin correr el peligro de ser pillado por los reaccionarios y ahorcado si se sospecha que es liberal. Nadie es dueño de escribir cartas de algún interés político porque son arrebatadas sin excepción alguna por las muchas partidas de reaccionarios que merodean en los alrededores y que llegan hasta tirotear en las garitas... En este momento que son las once de la noche, se me avisa que hay alarma en la ciudad. Con frecuencia pasa esto y no es difícil que se pronuncien aquí los reaccionarios, tolerados y mimados, como están.<sup>62</sup>

En la parte final de su epístola se advierte un reclamo al gobierno de Juárez por permitir y tolerar semejantes acciones. Aún, más allá del reclamo, se trasluce la inconformidad al régimen juarista, pues le decía a su amigo Álvarez: “Yo, trabajaré en el Congreso, como hasta aquí he trabajado; pero me temo mucho que mis esfuerzos sean estériles, mientras el señor Juárez permanezca en el poder.”<sup>63</sup> Pero sobre la ruptura con el régimen juarista hablaremos más adelante.

En otra carta fechada el 11 de septiembre del mismo año, dirigida también a su amigo Álvarez, Altamirano insistía en hacer notoria la situación que seguía soportando la ciudad de México. Así lo notificaba a su amigo:

El estado horrible que guardamos en la capital me ha impedido enviar a usted multitud de documentos, noticias e informes importantes que tengo aglomerados; pero que no quiero de ninguna manera exponer a las eventualidades o por mejor decir a la segura interceptación de ellos que se haría por los reaccionarios que en mil gavillas circulen a México. Porque nuestra situación es verdaderamente espantosa y sobrepasa a todo lo que pudiera concebir la exageración. No hay un solo camino seguro y las gavillas reaccionarias visitan con harta frecuencia las garitas de la ciudad.<sup>64</sup>

Todos estos acontecimientos a los que hace alusión Ignacio Manuel se refieren al momento en que los conservadores se adueñaron de la ciudad de México y, de conformidad a lo establecido por el Plan de Tacubaya, procedieron a nombrar presidente de la república, nombramiento que recayó en la persona de Felix Zuloaga. Altamirano refiere los acontecimientos de la siguiente manera

Dueños de la ciudad de México los reaccionarios, nombraron un presidente según el *Plan de Tacubaya*, y fue el jefe del motín militar, don Félix Zuloaga, quien comenzó a funcionar como tal el 21 de enero.<sup>65</sup>

Agrega que por fortuna el nombramiento de Zuloaga fue un acontecimiento que se circunscribió prácticamente a la ciudad de México, y que algunos estados reconocieron a Juárez como presidente constitucional y procedieron a organizarse con el fin de combatir a Zuloaga y sus seguidores.

### **2.5.1. Era necesario denunciar los atropellos del gobierno francés**

Todos los acontecimientos que hemos venido anotando desembocarían en la intervención francesa, la cual habría de irritar los ánimos de los liberales. En mayo de 1862 Altamirano empuñaba la pluma para demandar del pueblo francés que fijara su atención en el tipo de atropellos que estaba cometiendo su gobierno. En su crónica titulada *Proezas de la reacción del sur*, publicada el 4 de mayo de 1862, en *El Siglo XIX* exoneraba al pueblo francés de toda responsabilidad, pues sabía que era el

emperador francés y los comisarios apostados en Veracruz los que hacían creer al pueblo francés que los problemas en México eran ocasionados por el gobierno mexicano. Recalcaba el guerrerense que su propósito al denunciar los hechos era que conociera el mundo civilizado “a qué clase de monstruos viene a apoyar la Francia” se refería, como podemos entender a la facción conservadora que alentaba la presencia extranjera en nuestro país. Esperanzado en que el pueblo francés, digno depositario de la justicia, recriminara a su gobierno por las tropelías inflingidas al pueblo mexicano, escribía lo siguiente:

¡ Oh, pueblo francés si tú supieras!...  
¡ Oh, si supiera el pueblo francés lo que pasa aquí sabría hacer justicia de ese gobierno despótico  
que hace desempeñar un papel tan vergonzoso a sus soldados, y que presta bastantes oídos a los informes de un ebrio, y a los consejos de un traidor como Almonte”.<sup>66</sup>

Para el mismo año de 1862, ante la filtración de una información referente a que Mr. Wagner, ministro de Prusia en México, alentaba con sus informes oficiales, ofrecidos a gobiernos europeos, la falsa información de que en nuestro país cada vez más se aceptaba la idea de la monarquía y que se simpatizaba con la intervención francesa. Lleno de justa ira, Altamirano calificaba al diplomático prusiano de “pobre y mezquino cónsul.” A la vez hacía un llamado a los gobiernos extranjeros para que tuvieran mayor precaución de elegir gente más confiable para ser enviada a los países de América española:

...prescindiendo de la cuestión sobre la aptitud o ineptitud de esos personajes, lo cierto, lo que presenciamos es: que más apasionados y maliciosos todavía que torpes, algunos ministros europeos, no vienen a nuestra República más que a fomentar con su influencia nuestros odios intestinos, a deturpar de un modo inicuo a nuestro pueblo, y todo por favorecer bastardas miras, o por hacerse interesantes para con sus gobiernos y aún para con los extraños.<sup>67</sup>

Al exteriorizar estas ideas Altamirano llevaba la intención de hacer público su repudio a la actitud intervencionista que asumían en México algunos ministros, aún cuando sus gobiernos no tuvieran ni intención ni deseo de intervenir. Además, reclamaba el derecho inalienable a la soberanía nacional. Pero aprovechaba la ocasión

para dar al ministro prusiano una clase de ciencia política, pues consideraba que el europeo desconocía cuáles eran los verdaderos órganos de la opinión pública. Decía Altamirano que no podrían ser los pequeños círculos, ni se producía, “por cierto en la charla de un *té íntimo*, ni en un almuerzo, ni en las conversaciones apasionadas de un agiotista extranjero, ni en la miserable impaciencia de un traído cobarde.”<sup>68</sup>

Con la fina ironía que siempre lo caracterizó, Altamirano levantaba su pluma también contra los que en México anhelaban la monarquía, señalaba que eran:

...unos cuantos agiotistas extranjeros... unos cuantos pretorianos famélicos inútiles y cobardes a quienes la ira popular arrojó de los festines del clero, después de ser pisoteados; unos cuantos frailes impúdicos que esperan que la Francia les vuelva a ellos y a sus concubinas, las cosechas del fanatismo, para recomenzar las saturnales de los antiguos conventos; unos cuatro o cinco nobles cuya casa solariega está en las tabernas, en los garitos y en las ladroneras, pero que piensan ser duques o marqueses del Imperio francés; y, por último, un número más grande, es verdad, de viejas parásitas del clero.<sup>69</sup>

Pero en este asunto las cosas no quedaron ahí. El ministro prusiano envió al domicilio de Altamirano al secretario de la legación de Prusia y a otro oficial. Según lo llegó a relatar Ignacio Manuel, la visita de éstos llevaba la intención de reclamar al periodista las opiniones vertidas en su crónica. El guerrerense dio contestación al reclamo en una reseña enviada el 11 de agosto de 1862 a la redacción de *El Monitor Republicano*, en la cual Altamirano puntualizaba enfáticamente que al formularle, de manera insolente, el secretario de la Legación de Prusia la pregunta de “¿Con qué derecho se ha permitido usted insultar al señor Wagner? A esto respondí: Con el derecho que tiene todo mexicano para defender a su patria, y lo que he escrito en ese folleto lo he de sostener como caballero.”<sup>70</sup> Todo parecía estar bien hasta el momento en que el secretario sacando un boxeador de bronce intentó golpear a Altamirano.

Total que el desagradable evento dio fin en el Palacio del Gobierno del Distrito, con la aprensión de los golpeadores, afortunadamente sin que hubiera nada que lamentar. Sin retroceder un paso en su postura, Ignacio Manuel hizo del conocimiento público que nunca había rehusado lance de honor y aseguró que no serían menguados extranjeros los que lo verían palidecer y en un arranque de dignidad impregnada de

un noble sentimiento nacional hizo público su domicilio para aquellos que desearan hacer alguna aclaración, pero anunciaba que para los malhechores ya habían tomado precauciones él y sus amigos.

El acontecimiento y su desenlace adquirieron una peculiar importancia porque a partir de ellos Altamirano hizo evidente que en la capital mexicana se daban cita los intereses más encontrados. Por una parte los intereses genuinos de un sector importante de mexicanos que, como Altamirano, se preocupaban por resguardar la soberanía nacional, sin mirar el costo, lo que valía era luchar decididamente por el fortalecimiento de lo nacional. A él y los que como él pensaban, les quedaba claro que no debían cejar en su afán de consolidar a México como un país libre y soberano, con los mismos derechos y obligaciones en el concierto internacional de aquella época. Por todo esto, de seguro, Ignacio Manuel Altamirano lanzó sus ideas sin ningún temor de ofender, a fin de cuentas la ofensa estaba hecha por parte del diplomático en cuestión al hacer público algo que no era cierto del todo, y que contribuiría a que las naciones extranjeras pudieran equivocarse el rumbo, tal como sucedió con Francia que se dejó engañar, o se quiso dejar engañar para satisfacer sus ambiciones expansionistas. Pero, aun más allá, en este asunto encontramos a dos individuos que desencadenan una lucha personal en la que iban de por medio sus respectivas naciones. En la contienda encontramos a un Altamirano que defendía a su patria y se hacía portavoz de los pueblos de Latinoamérica, con lo cual exaltaba su afán nacionalista.

### **2.5.2. En busca de la unión para resguardar la soberanía de América Latina**

Las intenciones invasoras de los franceses eran un hecho que irritaba el ánimo de Altamirano. Ante las agresiones sufridas por México, el periodista liberal convocaba a los pueblos de América española a estar alerta pues, decía, “se juega no sólo la vida de México, sino tal vez la libertad del continente latinoamericano.”<sup>71</sup> Le quedaba muy claro al guerrerense que el gobierno francés aprovechaba, para cometer su serie de tropelías, que los Estados Unidos, “el terrible custodio”, atravesaba por una guerra civil, situación que lo tenía debilitado y absorto en sus propios problemas. Esta fue la

circunstancia que animó a Francia a lanzarse sobre México. Apuntaba Altamirano que México también atravesaba por un momento difícil que lo hacía presa fácil y apetecible de la rapiña extranjera. Sin miramiento alguno, con actitud implacable, denunciaba:

Es preciso contemplar desde muy alto esta cuestión, es preciso elevarnos para buscar sus causas, de ese fango que se llama “negocios Jecker”, de esa miseria que se llama “deuda francesa, de esas calumnias despreciables de que ha hecho un conjunto el tristemente célebre M. Billault, y con él la prensa servil del imperio francés, de esa repugnante figura política que se llama M. de Saligny, de esas iniquidades que no tienen nombre, y por las cuales se rompieron los tratados de la Soledad, y de esas piraterías cometidas por los soldados franceses en nuestro suelo. Todo eso constituye el medio, pero no la causa.<sup>72</sup>

El año de 1863 marcó el inicio de la intervención francesa, período en el cual el gobierno de Juárez, sin dejar la investidura de su cargo, transitó por diversas plazas de la república. Precisamente el 10 de junio del citado año entró en “la ciudad de México el ejército intervencionista ante el aplauso y la admiración de los conservadores, el clero y de un pueblo atraído por el espectáculo de las tropas invasoras. La ciudad fue obligada a dar hospedaje a los oficiales franceses.”<sup>73</sup>

La irritación mostrada por Altamirano llegaba a su clímax con el hecho de que Forey hubiera designado para gobernar a la ciudad de México a un prefecto político, a un prefecto municipal, a un presidente y a todo el personal del Ayuntamiento. Pero no todo paró en esos nombramientos:

...además nombró una Junta compuesta por treinta y cinco personas designadas por el ministro de Francia Dubois de Saligny cuya misión era nombrar una Regencia compuesta de tres individuos y una Asamblea de Notables integrada por 215 individuos seleccionados entre los más distinguidos y ricos de la sociedad. Esta Asamblea determinó como forma de gobierno la monarquía hereditaria con un príncipe católico.<sup>74</sup>

Con la llegada de Maximiliano la Iglesia creyó que recobraría sus bienes. Pero las expectativas del clero no se vieron realizadas, pues muchas de las propiedades que se

habían expropiado habían sido vendidas a extranjeros radicados en México, con lo cual Maximiliano decidió favorecer a éstos y desatender la pretensión de la Iglesia. A partir de ese momento el emperador dejó de contar con la simpatía de los conservadores y del propio clero, lo que significó un debilitamiento muy importante para la consolidación de su monarquía.

Para 1865, dice Vicente Quirarte, nos encontramos con que Altamirano sustentaba el grado de coronel y se había constituido “en uno de los más aptos asesores militares de Juárez. No hay demagogia en las palabras del diputado Altamirano que ha cambiado los debates parlamentarios por la campaña militar.”<sup>75</sup>

Por más de cuatro años Ignacio Manuel Altamirano permaneció en combate, de ello da fe una constancia signada por el general Francisco Leyva, la cual a la letra dice: “Certifico que el Sr. Lic. Dn. Ignacio Manuel Altamirano, en la clase de Coronel de Caballería combatió desde junio de 1863 hasta julio de 1867.”<sup>76</sup> Resulta significativo que Altamirano no gustara referir sus hechos de batalla.

## **2.6. La república Restaurada**

Después de combatir hasta el último reducto de la intervención francesa el gobierno de la República se reinstaló en la ciudad de México. El día 15 de julio de 1867 Benito Juárez entró triunfante a la ciudad de México. El júbilo popular fue tal que:

...una vez más la ciudad se engalanaba con arcos triunfales, guirnaldas, flores, discursos y una comida en la Alameda suspendida por un gran chubasco. La carretela descubierta salió de Chapultepec entrando a la ciudad por la garita de Belén y el Paseo de Bucareli donde se había colocado el altar de la Patria ( allí había sido recibido por la junta municipal); continuó por la calle de la Acordada, Corpus Christi ( Av. Juárez), San Francisco, Plateros ( Madero ) hasta el Palacio Nacional donde se enarboló la bandera nacional y desde el balcón de Palacio, Juárez, emocionado, contempló el desfile de honor y dio a conocer su Manifiesto a la Nación.<sup>77</sup>

La victoria de México sobre Francia, representaba para el pueblo mexicano la conclusión de sus miserias y de la servidumbre con el extranjero, al menos eso quiso



entender Altamirano. Además en la victoria el pueblo “también veía el restablecimiento de las instituciones republicanas, el restablecimiento de esas leyes fundamentales que son su decálogo político, que han sido su aspiración constante”.<sup>78</sup> El periodista liberal ponía muchos de sus propios sentimientos en boca del pueblo, pues ese pueblo, al que hoy se refería Altamirano, era el mismo que pocos años antes había recibido con entusiasmo curioso a Maximiliano.

Restaurada la república, el guerrerense no tardó en retomar su labor periodística con regularidad. Por aquel tiempo informaba el tixtleño que el pueblo de México confiaba en que Juárez, tal como lo había hecho en el año de 1861, respondería a las circunstancias atendiendo a las disposiciones constitucionales. Sin embargo en esta oportunidad no fue así. Pasaban los días y el gobierno de Juárez no daba cumplimiento a lo que era su deber constitucional, esto es, no lanzaba la convocatoria para las elecciones.

Inconforme por el incumplimiento, el periodista liberal reconocía que el entusiasmo que había mostrado el pueblo cuando el gobierno de Juárez se había reinstalado en la capital, había sido una efusión comprensible. Que la embriaguez, la locura y la adoración con que el pueblo se había entregado al gobierno, lo había hecho en reconocimiento a que éste había mantenido, “sin rendirla jamás, la bandera de la patria.”<sup>79</sup>

Aún más, no satisfecho con su incumplimiento, el gobierno respondió a la nación con la promulgación de algunas leyes que alarmaron a los buenos republicanos, pues en ellas dominaba el altivo capricho de la dictadura. Todas estas disposiciones legales, decía el guerrerense, eran altamente reprobables y llenaban de vergüenza a los liberales, ya que en ellas se imprimía un toque de justicia al estilo de Santa Anna, de Bustamante y de Zuloaga. Y hacía hincapié Altamirano que con estas medidas tomadas por Juárez parecía experimentarse un retroceso y no un adelanto a los logros obtenidos por el pensamiento liberal.

Altamirano consideraba que el gobierno había tomado por fetichismo la efusiva manifestación con que el pueblo había celebrado su regreso a la ciudad de México, cuando en realidad, afirmaba Ignacio Manuel, dicha manifestación había sido “un sincero arranque patriótico, y creyó que era a su personal a quien se rendía este

homenaje de inmensa gratitud, que no se dirigía a él, sino a la patria triunfante representada por él.”<sup>80</sup> El guerrerense consideraba que esta apreciación equivocada del gobierno había sido la causa de una cadena de errores cometidos por las autoridades y que pesaban al pueblo.

### **2.6.1. El incumplimiento de Juárez motivó la ruptura**

A Ignacio Manuel Altamirano le molestaba, y por eso lo hizo público, que Juárez y sus ministros se retrasaran considerablemente en la tarea de reconstrucción del sistema republicano. Y aunque por fin, el 18 de agosto de 1867, había aparecido la convocatoria para elegir poderes generales, al descubrir que estaba llena de infracciones, Altamirano no pudo menos que unirse a la indignación general. Ante los acontecimientos manifestaba el tixtleco que dichas infracciones era dignas de disgustar no sólo al pueblo de 1867 sino al de 1856, y aún agregaba que lo que más le había molestado en lo personal era la disposición que estipulaba que el clero podía participar en el sufragio popular. Ante la medida propuesta, el periodista dejó sentir sin miramientos su indignación y la hizo pública con la seriedad del liberal que había luchado por romper la hegemonía tan nociva que la Iglesia había ejercido, durante varios siglos, en los destinos de México.

Pero no paraban en esto las disposiciones de la citada convocatoria, la cual a modo de apéndice hacía público un decreto por medio del cual se restringía la libertad de prensa. Ante las protestas generadas por esta disposición el presidente Juárez aún lanzó un manifiesto a todas luces ofensivo para los periodistas de la capital, en el cual expresaba que *“Los escritores de la capital son veinte personas que nada significa; sus opiniones nada importan; el desprecio debe responder a sus manifestaciones.”*<sup>81</sup>

A todas luces las consideraciones emitidas por el presidente de la república ofendían no sólo a Altamirano, sino también a muchos otros periodistas que entendían como él, que la labor periodística constituía un elemento dinamizador de la sociedad. Pero es muy probable que Altamirano haya considerado que la labor y el pensamiento de cualquier periodista eran dignos de ser tomados en cuenta sin importar tendencias. Justificaba esta idea afirmando que el periodista era el depositario del sentir popular.

Esta profunda convicción provocó que Altamirano preguntara públicamente a Juárez: “¿A donde vais, pues, a buscar la opinión pública ciudadano presidente?”<sup>82</sup>

No cabía duda de que lo que se publicaba en la capital resultaba de gran trascendencia para las ciudades de la provincia, así lo confirmaban al menos las diversas opiniones que en ese sentido se habían publicado en varios periódicos de provincia. Sustentado en estas opiniones Altamirano volvió a alzar su pluma y dirigiéndose a Juárez nuevamente escribió: “ Si decís que también esos escritores son nada, entonces no hay más que buscar la opinión pública en vuestros gobernadores nombrados en virtud de las facultades extraordinarias.”<sup>83</sup> Aún aprovechó este espacio el tixtleco para manifestar una vez más que en problemas como éste, u otros que se presentaran, se colocarían siempre del lado del pueblo.

Lo que se ocultaba en todas estas reacciones era que se habían producido marcadas divisiones entre los liberales. A partir de ese momento se podrían encontrar juaristas, lerdistas y porfiristas. Altamirano simpatizaba con esta última facción. Recordemos éste, conjuntamente con Ramírez y Prieto habían cerrado “en diciembre del '67 su periódico *El Correo de México*, al desaparecer su objeto, que fue la campaña de apoyo a Porfirio Díaz.”<sup>84</sup> Sobre la desaparición de este periódico Hilarión Frías y Soto escribió lo siguiente

Ha muerto este campeón de la oposición. La maestría con que tocaba los puntos más altos del derecho, la inteligencia y el valor civil con que iniciaba las reformas más completas y avanzadas de nuestra legislación, habían hecho de este periódico uno de los más notables del país. El personal de su redacción era una promesa de inteligencia y de republicanismo, promesa que siempre se cumplió. Allí estaba Ramírez, el inimitable, el profundo publicista. Allí Nacho Altamirano, con la candente precisión de su dialéctica. Allí Prieto con su espléndido lirismo.<sup>85</sup>

Verificadas las elecciones de conformidad con la convocatoria que tantos contratiempos había causado, en diciembre de 1867 fue declarado presidente constitucional Benito Juárez, y Lerdo de Tejada vicepresidente. Ante el triunfo indiscutible de personas en contra de las cuales había estado Altamirano, éste declaró que depositaría su pluma sobre el altar de la patria y, con profunda desilusión y

sustentado en la convicción que confiere el pleno conocimiento de la historia nacional, se inconformaba al comprender que todo lo vivido por México desde la independencia no había servido para abrir los ojos a los mexicanos.

Acusaba el periodista liberal al gobierno, y también al pueblo de México, de estar entregando al país en manos de los extranjeros. Apuntaba que si en el mundo moderno ya se aplicaban los conceptos positivistas, en México aún se prefería transitar a la luz de los principios legislativos que el mundo moderno había dejado atrás por inicuas. En congruencia con lo declarado, Altamirano cumplió su propósito de deponer su pluma y se separó del periodismo político. Así pues, las colaboraciones de tema político, surgidas de la pluma de Altamirano, escasearon por aquella época.

### **2.6.2. Sigue la querrela**

Poco antes de que el periodista liberal abandonara el tema político, aun alcanzó a exteriorizar en varias crónicas publicadas en septiembre de 1867<sup>86</sup> una serie de críticas al presidente Juárez; en ellas el periodista comentaba que con acciones como la relativa a la convocatoria y con decretos atentatorios a la libertad de prensa se daba a conocer un Juárez capaz de desconocer la opinión pública. Ante los hechos, Ignacio Manuel puso de manifiesto que no era la primera vez que sucedía esto y recordó cómo en 1862 Juárez había ordenado encarcelar a tres diputados, por el sólo hecho de ser odiados por uno de sus ministros. Para continuar con la querrela, el periodista liberal expuso que el presidente de la República había nombrado como miembros de su gabinete a personas aborrecidas por el pueblo. Explicó que si en algún tiempo a Juárez se le había denominado como “la legalidad”, en atención a que había sido un hombre respetuoso de la Constitución; ahora con su actitud hacía evidente su falta de respeto a la Carta Magna al desobedecer los mandatos de la soberanía nacional. Con estos actos de olvido de sus funciones, a la luz de los principios liberales, el gobierno juarista se coloreaba con tintes despóticos.

Por si todo lo anterior fuera insuficiente, Altamirano denunciaba que Juárez había mostrado debilidad de carácter, inconsecuencia y torpeza a lo largo de su administración, todo ello, puntualizaba, lo había conducido a ser instrumento de

otros. Amparaba su denuncia asegurando que en plena Cámara de Diputados uno de los ministros juaristas llegó a comentar que el presidente Juárez carecía de iniciativa. Altamirano reconocía que la candidatura de Juárez para ocupar la presidencia, a partir de que la república fuera restaurada, había sido muy popular hasta tres meses antes de que cometiera actos tan reprobables como los que se han venido narrando aquí. Sin tapujos, el periodista guerrerense manifestaba que él había sido opositor al gobierno de Juárez en los congresos del 61 y 62. Pero refería también que durante los cuatro años memorables había defendido su administración, bien como escritor, o bien empuñando las armas en el campo de batalla. Aún en su artículo reproducía lo que en el mes de abril de 1865 había expresado sobre la persona de Juárez, a propósito de una reunión patriótica, celebrada en Acapulco con motivo de la llegada de los prisioneros mexicanos que estaban en Francia:

Señores: nada más justo que consagrar un pensamiento de cariño y veneración al hombre de hierro, a la virtud personificada, al ideal del deber, al gobernante insigne de México, a Benito Juárez, presidente de la República. ¡ Ah señores!, lo que el corazón mexicano siente al pronunciar este nombre, es indefinible. Decir Juárez, es decir fe, aliento, sacrificio, abnegación... Juárez es el deber hecho carne.<sup>87</sup>

#### 2.6.2.1. Juárez sí... Juárez no...

La relación de Altamirano, con Benito Juárez era ambivalente y muy desigual. En el ánimo del periodista liberal la imagen de Juárez provocaba altibajos. Hurgando en la correspondencia del guerrerense, encontramos varias cartas dirigidas a don Juan Álvarez, en las que Altamirano exteriorizaba una serie de opiniones en contra de Benito Juárez.

En la primera de estas cartas, fechada el 8 de agosto de 1861, informaba el tixtleco sobre su postulación para ocupar un ministerio. Manifestaba a la letra “Soy ahora en México el hombre del partido avanzado. Mañana se me ha citado para una conferencia con el señor Juárez.”<sup>88</sup>

El 11 de septiembre del mismo año, en otra de las misivas se quejaba del gobierno de

Juárez, pues consideraba que:

Todos los desaciertos que se pueden cometer, los ha cometido el señor Juárez en su gobierno que se va haciendo la plaga de la sociedad. Yo no sé qué le sucede a este hombre; pero el caso es que el disgusto del partido liberal hacia él es ya completo. Ninguna de las esperanzas que se concebían de su gobierno ha realizado. Él ha perdonado a los jefes reaccionarios, cuando debía haberlos castigado severamente y por eso es que los ve uno pasearse en México con toda tranquilidad. Él ha colocado en los empleos más elevados a los servidores de la reacción”.<sup>89</sup>

Más adelante, aún en el cuerpo de esta extensa carta, Altamirano refería de nueva cuenta la oferta que se le había hecho del ministerio. En ningún momento precisaba cuál era el ministerio que se le ofrecía. Pero agregaba que aunque la prensa liberal había aplaudido su candidatura, él prefería mantenerse al margen pues decía “ el que tiene todo el desprestigio en la opinión es el señor Juárez. Y yo no quiero perderme con él. Conozco que mis ideas avanzadas no hallan eco en su alma débil y por eso no he aceptado.”<sup>90</sup>

Hacia finales del mismo mes de septiembre en otra de sus cartas al general Álvarez insistía en hacer evidentes los defectos de Juárez. De acuerdo al tono de las críticas hechas por el tixtleco, parece que las posturas de las facciones liberales se hubieran invertido, pues Altamirano, perteneciendo a los “moderados” parece mostrar tendencias de los “puros” y Juárez, por el contrario, siendo liberal “puro”, al tomar decisiones como las que apunta Altamirano, se desdibuja su tendencia y se asemeja más bien a los moderados. El lector podrá apreciar este hecho más claramente al leer las siguientes líneas en las que Altamirano narra al general Álvarez una conversación sostenida con Juárez:

Yo le dije una vez “Señor, Comonfort va a venir al país y usted debería mandar que lo fusilasen tan pronto, como llegue” y él respondió con mucha satisfacción; “No crea usted señor Altamirano nada de eso, son vulgaridades. Comonfort no viene yo se lo aseguro a usted. “ Pues bien: Comonfort está en Monterrey en donde se le festeja y se le recibe como a un triunfador. Esta tenacidad y esta obcecación nos desesperan todos los días y sólo sus adictos más

interesados, como Zarco lo defienden a capa y espada diciendo que en todo hace bien.<sup>91</sup>

Con lo que hemos apuntado líneas arriba, ya pudimos advertir que algo raro pasaba en la relación de Altamirano con Juárez. Es pertinente resaltar el hecho de que al consultar la correspondencia del periodista liberal nos encontramos en situación privilegiada, pues nos permite penetrar en un campo muy personal. Convendremos que en la correspondencia establecida con un buen amigo, lo manifestado encuentra sustento en la confianza y, por consecuencia, la franqueza con que se exteriorizan las opiniones garantizan la sinceridad de lo que se dice. Esta afirmación cobra mayor fuerza por el hecho de que Ignacio Manuel Altamirano veía en don Juan Álvarez la figura de un protector, casi de un padre. Así queda asentado en diversas cartas en las que Altamirano lo llama "Muy respetable protector y señor mío"<sup>92</sup> o de esta otra manera: "Venerado señor general y padre mío."<sup>93</sup> Por las razones expuestas, podemos estar seguros de la autenticidad de los sentimientos manifestados por el guerrerense. Y no porque en otros escritos podamos dudar de la veracidad de lo apuntado, pero tal vez la diplomacia o la cautela pudieran matizar la realidad de los hechos ahí expresados.

#### **2.6.2.2. Antes... cuando las cosas eran distintas**

Sin embargo, pocos años después, esto es entre 1865 y 1868, Altamirano le dirigió varias cartas a Juárez unas escritas en Acapulco, otras en Providencia, en las cuales utilizaba un tono muy distinto al que pudiera uno imaginar después de las expresiones vertidas en la correspondencia sostenida con el general Álvarez. En la primera de ellas, fechada en Acapulco el 28 de abril de 1865, Altamirano se dirigía a Juárez de la siguiente manera

Mi respetable amigo y señor:

Me ha dado una grata sorpresa la carta de usted de 8 de marzo y me enorgullece y me llena de gratitud que usted me consagre un recuerdo en medio de sus graves ocupaciones...

Si mis humildes palabras pero, eso sí, salidas del corazón, sirvieron de lenitivo a sus grandes dolores, he alcanzado un objeto mayor que el que deseara y quedan satisfechas las ambiciones del patriota y el alma del amigo. En efecto, aquí cuenta usted con hombres resueltos a todo antes que a cejar en la gran lucha que hemos comenzado contra la iniquidad europea.<sup>94</sup>

En las últimas líneas de esta carta encontramos, una de las causas de que Altamirano cambiara su actitud respecto del presidente de la República y mudara su forma de expresarse. Es muy importante que entendamos que en el apoyo ofrecido a Juárez, Altamirano lo hacía no tanto en favor del hombre, sino en defensa de la institución que encabezaba. Así pues, lo que podría parecer incoherencia de parte del guerrerense sólo era afán de contribuir para que el gobierno recobrar fuerzas y continuara su lucha en contra de la imposición europea. Por si nos quedara alguna duda sobre el particular, es conveniente tan sólo releer la parte final de esta carta en la que expresa Altamirano: “mi palabra, mi pluma, así como mi sangre y mi vida están consagradas a la patria.”<sup>95</sup>

La temática de las cartas que Altamirano dirigió a Juárez gira en torno a “partes de guerra”. En una de ellas fechada en Toluca el 18 de febrero de 1867, informaba Altamirano “Hace cuatro días estaba yo en Tlalpan mandando y he tiroteado ya las garitas de México por varias noches, de modo que ya el enemigo está reducido a su recinto fortificado.”<sup>96</sup> En estas líneas Ignacio Manuel avizoraba la pronta recuperación de la ciudad de México. Agregaba en esta misiva que “El Distrito Federal sufre mucho por el pillaje de las guerrillas que lo devoran y que no reconocen ningún jefe. Sólo uno que usted designe puede arreglar aquello porque eso sí, se respetan los mandatos de usted ciegamente.”<sup>97</sup> Además, comunicaba al presidente Juárez: “Hay en México un círculo de hombres que no conozco, pero que no creo autorizados por usted, que se llaman Directorio a sí mismos y que sólo siembran la discordia entre los jefes con sus chismes y sus pretensiones.”<sup>98</sup>

A este remanso en que las relaciones entre Altamirano y Juárez parecían haber recobrado su cordialidad original, sobrevino la ruptura total. Recién concluido el Segundo Imperio se gestó el inicio de la ruptura entre los liberales mexicanos. Recordemos que por aquel momento ocupaba el cargo de comandante en jefe del



Ejército el general Porfirio Díaz, el cual había desempeñado un papel destacado en el repliegue de las fuerzas militares del imperio de Maximiliano. El hecho es que en el ejercicio de su mando, el 20 de junio de 1867, a casi un mes de que Juárez hiciera su entrada a la ciudad capital Díaz, después de un prolongado sitio, se instaló en la ciudad de México y “se dio a la tarea de arreglar un poco la desolada urbe para recibir dignamente al Presidente, y para tal efecto mandó instalar una serie de arcos triunfales, inscripciones y banderolas que iban desde Chapultepec hasta Palacio Nacional.”<sup>99</sup>

El caso es que el día 15 de julio al acercarse Díaz a la carroza negra que conducía a Juárez a la capital para darle la bienvenida el Presidente lo recibió fríamente, al parecer Juárez “envidiaba al caudillo militar por sus triunfos militares y su creciente popularidad.”<sup>100</sup> En el fondo bien podemos entender que lo que Juárez advertía en la figura de Díaz era justamente a un fortalecido contrincante para la presidencia.

Los cambios que hiciera el presidente Juárez al modelo liberal le ocasionaron muchos enemigos entre los que podemos contar a Ignacio Manuel Altamirano. Al leer varios de los escritos políticos en los que el periodista critica el régimen de Juárez, podríamos evocar a Toqueville cuando decía que “la omnipotencia en sí misma es una cosa mala y peligrosa... No hay sobre la Tierra autoridad tan respetable en sí misma, o revestida de un derecho tan sacro, que yo quiera dejar actuar sin control y dominar sin obstáculos.”<sup>101</sup>

Altamirano vertía en las líneas de sus crónicas un reproche al afán omnipotente de Juárez. Todas estas inquietudes conducían lo conducían a reflexionar sobre el ejercicio del poder. Por ejemplo, en su crónica titulada *Candidatura presidencial*, publicada en septiembre de 1867, exponía que:

El hombre que dura mucho en el poder, y particularmente en el poder absoluto, se engríe con él, y después atropella por todo y adopta todos los medios para conservarlo. Basta decir que así comenzó la reyesdad, que acabó por encubrirse con el manto teatral del derecho divino.<sup>102</sup>

Pero esta afirmación encuentra su contraparte en lo expresado por Lord Acton en relación a que “la primera responsabilidad de todo gobierno... es la de sobrevivir.”<sup>103</sup>

Si atendemos a este parámetro, al analizar el gobierno juarista lo primero que debemos aceptar es que Juárez fue un político con éxito, pues más allá de las vicisitudes que se le presentaron permaneció en el poder por espacio de catorce años, esto es desde 1858 y hasta 1872, año en el que lo sorprendió la muerte. Perry nos dice que este éxito se debió en gran medida a que Juárez se dio cuenta de que “el modelo ideológico de liberalismo propugnado por su partido se había vuelto en 1867 propiedad común de la clase política, y como el modelo no correspondía a las realidades de México, la supervivencia dependía de una sutil combinación entre apego al modelo y violación al mismo.”<sup>104</sup>

Ya desde la época en que estudiaba jurisprudencia el joven tixtleño reconocía que las leyes contribuían a conformar la historia de una nación. De manera particular hacía hincapié en que analizando los criterios que los legisladores consideraban para el establecimiento de las leyes, se podían detectar las vicisitudes, la prosperidad o la decadencia de una nación. Expresaba que “Dadas en tiempos varios, a impulso de diversas necesidades, corregidas por la experiencia y derogadas, muchas veces por el mal éxito o por la ambición, no siempre caminan de acuerdo a un mismo fin y se necesita el exquisito análisis del historiador o del jurisconsulto para no extraviarse al penetrar su espíritu.”<sup>105</sup>

### **2.6.3. La coherencia dentro de la aparente contradicción**

En justicia debemos dimensionar que en su papel de periodista interesado en contribuir al progreso de México su actitud y sus palabras deben ser analizadas a partir de una óptica distinta a la de cualquier otro actor político. Conviene establecer para el caso de su inconformidad con Juárez que aun cuando Ignacio Manuel Altamirano no hubiera estado de acuerdo con su elección como presidente de la república, según declaración del propio periodista, la verdad es que ante los hechos no se echó atrás para defender la figura del ejecutivo, en virtud de que éste había sido elegido bajo las disposiciones de la Constitución del 57. Pero además, como buen liberal que profesara principios democráticos, sentía la obligación de unirse para defender a la patria de los embates de una nación que pretendía pisotear la soberanía

nacional.

Si lo anterior no fuera suficiente para esclarecer las opiniones del guerrerense, podríamos argüir, aún más que a fin de cuentas Juárez no representaba una figura contraria a los principios liberales y, además, en sus manos sostenía la bandera nacional y consciente de sus deberes no retrocedía ni desfallecía en la defensa de los intereses nacionales. Manifestaba, sin recelo, que:

Al triunfar la República, aún éramos juaristas, aún veíamos a nuestro candidato como la encarnación de la democracia, aún era nuestro ideal político; y aunque sabíamos, demasiado bien, que nuestras victorias, que nuestros trabajos en la lucha, que la organización de los ejércitos republicanos se debían más bien al genio de los caudillos que al genio del presidente, dejábamos a aquellos la aureola del triunfo y la gloria con que en breve iba a recompensarlos la historia nacional, y no pensábamos sino en Juárez para regir los destinos del país.<sup>106</sup>

Al aparecer el tema de la sucesión le preocupaba a Altamirano y por ello fue que le dedicó mucha atención, sobre todo en el año de 1867. Volvía a insistir que él con otro grupo de liberales había admirado a Juárez y habían sido sus partidarios durante los cinco años de lucha con el enemigo, pero aclaraba con toda intención en esta parte de su artículo que habían tomado partido y habían admirado en Juárez la personificación de la patria. Pero, agregaba que “Nunca fue nuestra intención ponernos de hinojos ante don Benito Juárez, el hombre más poderoso de México, pero frágil como todos los hombres, y falible”.<sup>107</sup>

Altamirano hacía evidente que de resultar reelecto como presidente de la república Benito Juárez, con el período de cuatro años que le tocaría gobernar, completaría catorce años en la presidencia de la república, de los cuales, precisaba el periodista, diez había gobernado gozando de facultades extraordinarias. En esta observación Altamirano vislumbraba ya la gestación de un fenómeno nocivo para la política mexicana.

Las irregularidades suscitadas al aproximarse las elecciones, provocaron una profunda escisión entre los liberales y fue la causa también de una batalla periodística suscitada a finales de 1867. Altamirano hizo públicas en *El Correo de México* sus

ideas sobre el particular, al hacerlo, se convertía en portavoz de un grupo de periodistas, esto se advierte en el uso de la tercera persona del plural que imprime a su crónica.

De entrada manifestaba que el grupo al que representa era, de hecho, un grupo que dentro del liberalismo se oponía a Juárez. Apuntaba que ya en los congresos del 61 y del 62 habían manifestado su oposición, sin que por ello dejaran de sostener su administración. Agregaba que dadas las circunstancias de los años que iban de 1863 a 1866, abiertamente habían manifestado su solidaridad con Juárez y lo habían apoyado, bien como escritores o bien como soldados. Concretaba que aún cuando no hacía más de tres meses consideraban a Juárez su candidato, su modo de sentir y de pensar había cambiado, aunque consideraban que su candidatura debía entrar en la lucha electoral que se avecinaba.

El 4 de septiembre en *La Concordia*, periódico publicado en Veracruz, el contenido de una carta, que daba respuesta a las manifestaciones publicadas por Altamirano las cuales concluía expresando:

Así es que ahora, aunque nuestro voto es insignificante, no se lo daremos; aunque nuestra voz es débil, no apoyará sus infracciones a la ley; aunque nuestro periódico es humilde, no pondrá su nombre al frente de sus columnas; porque nosotros creemos que su continuación en el poder sería una fatalidad para el país.<sup>108</sup>

En la carta que nos ocupa, después de asegurar que tanto los argumentos como el personal mismo de la oposición no podían representar la verdadera voluntad del país, pasaban a justificar las acciones del presidente al manifestar

Juárez tiene la convicción de haber hecho su deber al indicar como convenientes las reformas que en su concepto podría introducir el congreso en nuestro código fundamental, y cuenta con la sensatez de los buenos mexicanos, que sabrían hacerle justicia, a pesar de cuanto digan los papeles de la oposición. Precisamente porque quiero que la Constitución rija sin tropiezos, haciendo la felicidad de los pueblos, es por lo que ha consentido en proponer esas reformas, cuyo principal objetivo es equilibrar los poderes de la nación.<sup>109</sup>

Puntualizaba la misiva pública que el grupo de periodistas había resuelto, en una reunión llevada a cabo en la casa de Altamirano sita en la calle de la Canoa número 9. En dicha reunión, aseguraba el autor de la carta, el grupo de periodistas se había propuesto proponer y sostener para las próximas elecciones la candidatura de las siguientes personas:

Presidente de la República, ciudadano general Porfirio Díaz.-  
Ministros y oficiales mayores: Manuel Zamacona (Globo) y  
Pantaleón Tovar (Siglo).-Justicia, Y. Ramírez y Joaquín Alcalde.-  
(Siglo.-Gobernación, Buen Rostro y Pérez Jardón (Constitucional.-  
Fomento, Altamirano ( Correo de México) y Benítez.- Hacienda,  
Gochicoa y Bustamante ( Monitor.- Guerra, Vicente Riva Palacio  
(Orquesta) y Mirafuentes (Constitucional.- Gobernador del Distrito,  
Morales Puente ( Conciencia Pública)<sup>110</sup>

Al respecto de la información publicada, Altamirano informó que durante las reuniones de referencia en ningún momento se habló del aludido reparto de ministerios ni de oficialías mayores. Toda la afirmación vertida por *La Concordia* era tan sólo una gracejada sin sal ni pimienta que habría hecho reír sólo a los redactores de la citada publicación.

Con todas estas informaciones y contrainformaciones se trasluce con toda claridad que el grupo de periodistas al que pertenecía Altamirano era independiente y no recibían subvención presidencial existente ya desde aquellos tiempos según lo podemos confirmar con lo expresado por el propio Altamirano cuando decía “Estos paniaguados del presidente se ponen furiosos al ver que háy hombres independientes en la República, y trabajan por su corifeo, no precisamente porque lo estimen, sino porque temen que al elevarse otro hombre, este los arroje a puntapiés del banquete del presupuesto”<sup>111</sup>

Reconocía, Ignacio Manuel, que cuando Juárez llegó a la ciudad de México y se dio a la tarea de organizar su nuevo gabinete lo hizo con la colaboración de gente como Ramírez, Prieto, Ortega y Zarco, colaboradores con los que aseguró el buen desarrollo de la Reforma Desafortunadamente este gabinete cayó y vinieron otros que aun cuando fueron integrados por liberales, a juicio de Altamirano, nunca mostraron

la audacia que había desempeñado el integrado por los intelectuales señalados líneas arriba.

Al fin pues, como lo hemos apuntado, dejaron de aparecer las columnas y las crónicas políticas surgidas de la pluma de Altamirano. Con ello el periodista protestaba por el comportamiento irregular del gobierno de Benito Juárez y testimoniaba una vez más su profunda raigambre de liberal moderado. Afortunadamente la ausencia de las columnas políticas sólo duró tres años, pues hacia principios de 1871 Altamirano dio inicio a una nueva serie de artículos de corte político. Él mismo declaró que durante el tiempo de su alejamiento del periodismo político, había estrechado su campo de acción periodística, pues se había dedicado tan sólo a la crónica de espectáculos, fuente a la que había renunciado en virtud de que no se suscitaban acontecimientos de relevancia.

Su regreso al periodismo político fue acogido con beneplácito y para dar inicio a la nueva serie de colaboraciones el periodista refrendaría sus principios liberales y su afición por narrar y pintar las costumbres del mexicano a partir de sus escritos. Aprovechó la oportunidad para plantear que tal vez en su actividad periodística se vería precisado a exteriorizar ideas que no fuesen universalmente aceptadas. Anunciaba a la vez que procuraría emitir sus juicios de modo que nadie se sintiera herido, pero siempre sin renunciar a sus derechos de libertad de prensa y de expresión. Así fue como, después de un prolongado silencio en el periodismo político, Altamirano se aprestaba ahora, de nueva cuenta, a analizar los acontecimientos políticos que vivía el país. Esto acontecía justamente en el momento en que se aproximaba un nuevo proceso electoral.

En su columna inaugural de este ciclo de colaboraciones, el periodista abordó el tema de la Constitución de 1857 y con la finalidad de resaltar la trascendencia de la Carta Magna se dedicó a hacer un recuento de los acontecimientos más relevantes por los que había pasado la nación hasta llegar al establecimiento de la Constitución. En una somera cronología, Altamirano hizo un recuento de la trayectoria política del país. Apreciaba que ya para 1871 los mexicanos acataban la Constitución como lo que era: la Ley Suprema. Asimismo aseguraba que “Después de tantas guerras y desastres, ya era tiempo de que la paz iluminara con su sonrisa al cielo de la patria.”<sup>112</sup>

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets, Editores, 1997, p. 229.
2. *Idem.*
3. Revueltas, Andrea. *México: Estado y Modernidad*, México, UAM-Xochimilco, 1992, p. 78.
4. Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos...*, *op. cit.*, p. 229.
5. Revueltas, Andrea. *México: Estado y...* *op. cit.*, p.78.
6. Altamirano, Ignacio M. *Obras históricas, Obras Completas* vol. II, *op. cit.*, p, 239.
7. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas* vol. I, *op. cit.*, p. 28.
8. Maciel, David R. Ignacio Ramírez. Ideólogo del liberalismo social en México, México, UNAM, 1980, p. 19.
9. *Idem.*
10. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas*, vol. I, *op. cit.*, p38.
11. Batis, Huberto. *Índices de El Renacimiento...* *op. cit.*, p.28.
12. Cit. por Batis Huberto. *Idem.*
13. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas* vol. I, *op. cit.*, p. 69.
14. *Ibidem*, p. 70.
15. Márquez Padilla, Paz C. "Dos obstáculos para la Consolidación del Estado en el siglo XIX", en *Evolución del Estado Mexicano* tomo I, México, Ediciones El Caballito, 1996, p. 67.
16. Bazant, Jean. *Los bienes de la Iglesia en México 1856-1875*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1995, pp. 5-14.
17. *Ibidem*, pp.6-7.
18. Márquez Padilla, Paz C. "Dos obstáculos para..." en *Evolución del...* *op. cit.*, pp.60-61.
19. *Ibidem*, pp. 59.60.
20. *Ibidem*, p. 65.
21. *Idem.*
22. Altamirano, Ignacio M. *Novelas y cuentos* tomo I, *Obras Completas* vol. III, p.115.
23. Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos...* *op. cit.*, p. 224.
24. *Idem.*
25. Villegas Revueltas, Silvestre. *El liberalismo moderado...* *op. cit.*, p.5.
26. Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos...* *op. cit.*, 224.

27. Jiménez Alarcón, Concepción. *La Escuela Nacional de Maestros. Sus orígenes*. México, SEP, 1987, p.46.
28. Krauze, Enrique. *Siglo de Caudillos... op.cit.*, p. 224.
29. Márquez Padilla, Paz C. "Dos obstáculos para..." en *Evolución del... op. cit.*, p. 66.
30. Castañeda, Carlos. Cit por Villegas Revueltas, Silvestre. *El liberalismo moderado...op. cit.* p. 158.
31. *Ibidem*, p. 159.
32. Altamirano, Ignacio M. *Periodismo político* tomo 1, **Obras Completas** vol. XVIII, p.207.
33. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** vol. VIII, *op. cit.*, p. 63.
34. De Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*. México, DDF, Instituto Mora, 1988, p.31.
35. *Idem*.
36. Cosío Villegas, Daniel. *La Constitución de 1857 y sus críticos*, México, FCE, 1998, p. 39.
37. Cit. por Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos... op. cit.*, 225.
38. Cosío Villegas, Danel. *La Constitución de... op. cit.*, p. 39.
39. Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos... op. cit.*, p. 226.
40. *Idem*.
41. *Ibidem*, p. 228.
42. Altamirano, Ignacio M. *Periodismo político* tomo 1, **Obras Completas** vol. XVIII, p.202.
43. *Ibidem*, p.203.
44. *Ibidem*, p.205.
45. *Ibidem*, p.207.
46. Altamirano, Ignacio M. *Obras históricas, Obras Completas* vol. II, *op. cit.*,p. 62.
47. Jiménez Alarcón, Concepción. *La escuela Nacional... op. cit.*, p. 46.
48. Márquez padilla Paz C. "Dos obstáculos para..." en *Evolución de...op. cit.*, p. 75.
49. Plascencia de la Parra, Enrique. *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)*, México Consejo nacional para la cultura y las artes, 1991, p. 103.
50. Zúñiga, Francisco Cit. por Plascencia de la Parra Enrique. *Ibidem*, pp. 103-104.
51. *Ibidem*, 104.
52. *Idem*.
53. *Ibidem*, p. 105.
54. Prieto, Guillermo. Cit. por Plascencia de la Parra. *Idem*.
55. Morales, María Dolores. "Espacio, propiedad y órganos de poder en la ciudad de México en el siglo XIX" en Illades, Carlos y Rodríguez, Ariel. (Compiladores) *Ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*. México, El Colegio de Michoacán, UAM, 1996, p. 179.



56. *Ídem.*
57. *Ídem.*
58. Altamirano, Ignacio M. *Obras históricas, Obras Completas* vol. II, pp. 241-242.
59. de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *La ciudad de México...op. cit.*, p. 32.
60. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas* vol. I, *op. cit.*, p.50.
61. Márquez Padilla, Paz C."Dos obstáculos para..." en *Evolución del Estado... op. cit.* p. 76.
62. Altamirano, Ignacio M. *Epistolario (1850-1889)* tomo I, **Obras Completas** vol. XXI, pp.91-93.
63. *Ibidem*, p. 92.
64. *Ibidem*, p. 93.
65. Altamirano, Ignacio M. *Obras históricas, Obras Completas* vol. II, *op. cit.*, p.65.
66. Altamirano, Ignacio M. *Periodismo político* tomo I, **Obras Completas** vol. XVIII, *op. cit.*, pp. 27-28.
67. *Ibidem*, p. 31.
68. *Ibidem*, p.34.
69. *Ibidem*, p.36.
70. *Ibidem*, p. 39.
71. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas* vol. I, *op. cit.* p. 100.
72. *Ibidem*, p. 102.
73. de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina, *La ciudad de México.. op. cit.*, p.33.
74. *Ídem.*
75. Quirarte, Vicente. "El coronel si tiene..." en *Homenaje a Ignacio...* *op. cit.*, p. 50.
76. Cfr. por Quirarte, Vicente. *Ibidem*, p. 53.
77. de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *La ciudad de México... op. cit.*, p. 36.
78. Altamirano, Ignacio M. *Periodismo político* tomo I, **Obras Completas** vol. XVIII, *op. cit.*, p. 53.
79. *Ídem.*
80. *Ídem.*
81. *Ibidem*, p. 58.
82. *Ibidem*, p.59.
83. *Ídem.*
84. Batis, Huberto. *Índices de.... op. cit.*, p.10.
85. Frías y Soto, Hilarión. Cfr. por Batis Hubaerto. *Ídem.*
86. Altamirano, Ignacio M. *Periodismo político* tomo I, **Obras Completas** vol. XVIII, volumen XVIII, *op. cit.*, p. 52-105.
87. *Ibidem*, p. 61.
88. Altamirano, Ignacio M. *Epistolario (1850-1889)* tomo I, **Obras Completas** vol. XXI, *op.*

- cit.*, p. 93.
89. *Ibidem*, p.94.
90. *Ibidem*. p. 98.
91. *Ibidem*, p. 104.
92. *Ibidem*, p.59.
93. *Ibidem*, p.93.
94. *Ibidem*, p.123.
95. *Ibidem*, p.126.
96. *Ibidem*, p.204.
97. *Idem*.
98. *Ibidem*, pp.207-208.
99. Ruiz Castañeda, María del Carmen, *et all. El periodismo en México. 450 años de historia.* México, Editorial Tradición, 1974, p. 193.
100. *Idem*.
101. Toqueville, Alexis de. Cit. por Bobbio, Norberto. *Liberalismo y... op. cit.*, p.65.
102. Altamirano, Ignacio M. *Periodismo político* tomo 1, **Obras Completas** vol. XVIII, *op. cit.*, p. 107.
103. Perry, Laurence. B. *Juárez y Díaz. Continuidad y ruptura en la política mexicana.* México, UAM- Ediciones Era, 1996, p. 135.
104. *Idem*.
105. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis*, **Obras Completas** vol. I, *op. cit.*, p. 28.
106. Altamirano, Ignacio M. *Periodismo político* tomo 1, **Obras Completas** vol. XVIII, *op. cit.*, p. 63.
107. *Ibidem*, p.65.
108. *Idem*.
109. *Ibidem*, p.93.
110. *Ibidem*, p.94.
111. *Ibidem*, p.98.
112. *Ibidem*, p.209.

## CAPÍTULO TERCERO

### UNA CONSTANTE PREOCUPACIÓN DE ALTAMIRANO: EDUCAR AL PUEBLO

#### 3.1. Breves apuntes iniciales

El Dr. José María Luis Mora, en su *Revista Política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1837*<sup>1</sup> abordó, entre otros asuntos, el de la educación. En dicha revista Mora hacía un puntual diagnóstico de las condiciones prevalecientes en el sistema educativo del país. Mora dejaba asentado que la educación tenía una fuerte carga monacal. Ante esa circunstancia, el liberal apuntaba que dicho tipo de enseñanza nada, o casi nada, proporcionaba de positivo a los estudiantes, pues “Nada se habla de patria, de deberes civiles, de los principios de la justicia y del honor; no se les instruye en la historia, ni se les hacen lecturas de la vida de los grandes hombres, a pesar de que todo esto se halla más en relación con el género de vida a que están destinados la mayor parte de los educandos.”<sup>2</sup> Como podemos ver, la educación impartida por los colegios de aquella época resultaba poco aplicable en las diversas prácticas de la vida ordinaria. Aún exponía el Dr. Mora que en los colegios no se impartía “Ni derecho patrio, ni el político constitucional, ni la economía política, ni la historia profana, ni el comercio, ni la agricultura tienen cátedra para aprenderse, ni son enseñadas en México por principios.”<sup>3</sup> Mora agregaba a la lista de deficiencias educativas, la relativa al calendario escolar, el cual se reducía a cien días de labores. Ante la evidencia de los hechos, resultaba inaplazable una acción reformadora del sistema educativo nacional. El viejo liberal manifestaba que la educación no podía seguir sufriendo retardos y que debía extenderse a todos los que sin ella se hallasen.

El partido liberal entendía que para lograr la hegemonía se hacía indispensable reforzar el sistema educativo, pero los tiempos eran adversos y se hacía difícil la ejecución de soluciones, fue

necesario que llegara la Revolución de Ayutla, para empezar a arrebatarse al clero el predominio de la enseñanza.

### 3.2. Educación Primaria

Ante las enormes carencias de nuestro sistema educativo, habría sido imposible que Ignacio Manuel Altamirano no centrara su atención en el problema; sabía que la educación impulsaría al país hacia el progreso. Ejerció desde muy joven un desinteresado magisterio, inspirado por un inmenso deseo de elevar las condiciones culturales del pueblo. Siempre actuó con el deseo de que nuestro país alcanzara los niveles que le permitieran dialogar de “tú a tú” con las naciones más avanzadas de aquel momento.

En 1993 planteó Concepción Jiménez Alarcón que, al emprender trabajos de análisis y cuestionamiento sobre el sistema educativo mexicano, resultaría de incalculable valor rescatar el enorme patrimonio que nos han dejado distinguidos pensadores a lo largo de la historia. Entre ellos, destaca Ignacio Manuel Altamirano “por la rica herencia legada... concretamente, en relación con la formación de profesores”.<sup>4</sup>

En su tiempo, Altamirano fue uno de los intelectuales que mejor entendía la problemática educativa del país. De allí la importancia de rescatar sus valiosos conceptos si es que, como lo señala Jiménez Alarcón, se quiere “evitar una educación idealizada basada en un ‘deber ser’ ahistórico”.<sup>5</sup>

Gracias a su persistencia, la ciudad de México y el país entero le deben a Altamirano la fundación de la Escuela Normal de Profesores, a partir de la cual se lograron unificar criterios para la enseñanza elemental, lo cual no había sido posible, ni aún con la Ley de Instrucción Pública que Juárez había decretado en 1861.

Así pues, a lo largo de este capítulo habremos de oír de nueva cuenta la voz de Ignacio Manuel Altamirano, una voz que permanece en el contenido de sus crónicas y de sus artículos en los cuales, más allá de la consignación de los hechos, resaltan los conceptos que sobre educación elaboró y que aún hoy muchos de ellos están revestidos de vigencia por su enorme valor.

Como en todo lo que abordó Altamirano, a sus apreciaciones sobre educación las asistía un profundo conocimiento, producto del interés que depositaba en todo lo que emprendía.

Consideraba que un sistema educativo bien organizado sentaría las bases fundamentales para llegar a su proyecto de nación, la cual debía estar formada por ciudadanos libres y conscientes de sus derechos y obligaciones.<sup>6</sup> En el pensamiento de Altamirano, respecto de lo que debía ser la educación, encontramos plasmados los principales valores del liberalismo, a partir de los cuales se buscaba la modernización y la secularización de la sociedad mexicana.

Francisco Larroyo, plantea los principios en que se sustentaba la educación de la segunda mitad del siglo XIX en México, puntualiza que:

El liberalismo político es la doctrina que proclama los derechos del hombre y la soberanía del pueblo. En contra de la forma de gobierno absolutista, enseña que todos los hombres son libres e iguales y que; que la libertad de cada persona se extiende hasta el punto que no daña a los demás; que nadie impunemente puede contra la persona o la propiedad de otro; que todos los ciudadanos pueden desempeñar cargos públicos; que, en fin, todo hombre es libre para pensar y escribir.<sup>7</sup>

### **3.2.1. La educación del pueblo y los principios liberales**

Al despuntar la década de los años ochenta del siglo XIX, seguramente Altamirano debió experimentar enorme satisfacción pues se hablaba en México sobre el sistema de instrucción. Apunta Milada Bazant que con la llegada de Joaquín Baranda al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, en 1882, “la educación primaria en México entraría en una época de auge y se le daría la mayor importancia a este nivel educativo, Se recapitularía sobre la responsabilidad que tenía el Estado de proporcionar una educación básica a todos los mexicanos como medio para lograr la democracia y la unidad nacional.”<sup>8</sup>

Es pertinente recordar que los liberales manifestaron constantemente su inconformidad respecto de los métodos y de los contenidos de la educación proporcionada por el clero. Los liberales puros, más que otros, sabían con toda certeza lo inadecuado del sistema educativo utilizado y la precariedad de los resultados obtenidos. Al interpretar al Dr. Mora sobre el tema de la educación, nos dice Escobar Valenzuela que la educación puede causar deformaciones en el espíritu humano. Por lo tanto, “Una educación inadecuada será siempre perniciosa y hundirá al hombre en los vicios más lamentables.”<sup>9</sup> Tanta era la inconformidad que la educación impartida por el clero provocaba en el ánimo del Dr. Mora, que éste llegó a considerar que apagaba “en el hombre el

espíritu de investigación y duda que conducen a la verdad.”<sup>10</sup> Esta afirmación requiere de ser matizada pues, como afirma María Luna, en realidad la Iglesia nunca ejerció un monopolio en la educación, al menos en lo que respecta a la educación básica, la educación de este nivel “estaba en manos de particulares, de “las Amigas”, en instituciones públicas gratuitas, y algunos establecimientos pío.”<sup>11</sup> Con esta información cambia por completo el sentido del discurso que los liberales establecieron respecto a la necesidad de arrebatar de las manos del clero la educación. En adelante debemos considerar que cuando Mora, Altamirano o cualquiera otro hacían referencia al clero como monopolizador de la educación, de hecho se estaban refiriendo al sistema de educación particular, el cual en muchas ocasiones no tenía nada que ver con la Iglesia, aunque pudiera estar sustentado en dogmatismos.

A propósito de “Las amigas”, que eran “mujeres de la clase media que en sus casas instruían a los niños y en las primeras letras y en operaciones aritméticas básicas”<sup>12</sup> Altamirano tenía su propia versión, la cual planteaba de la siguiente manera:

La *Amiga* solía ser también la escuela primaria del niño rico, que no obtenía con ella sino un cambio en el sexo de su tirano. En vez de maestro ceñudo, ignorante y feroz, tenía a la maestra, vieja, de humor agrio y caprichoso, mojigata por vocación, solterona, con una ignorancia pero que la del dómine, y tremenda en materia de pellizcos y de disciplina. Pero regularmente la maestra no enseñaba más que a leer mal. El niño tenía siempre que perfeccionar su instrucción primaria en la escuela de niños.<sup>13</sup>

Más allá de las ironías con las que carga sus ensayos, se advierte una dura crítica de Altamirano a cualquier intento educativo que no fuera emprendido por el Estado. En efecto podemos entender, la insatisfacción que le producía el que los particulares, sin preparación, según lo manifestaba, y sin vigilancia del Estado se abocaran a impartir enseñanza. Es necesario destacar lo último del párrafo citado, pues sus palabras encierran precisamente la superioridad de la enseñanza oficial, lo cual patentizaba la necesidad de reforzar el sistema educativo oficial.

Mora se negaba a que en México continuara ejerciéndose una educación sustentada en el hábito del dogmatismo, pues decía que:

El joven que adopta principios de doctrina sin conocimiento de causa, o lo que es lo mismo, sin examen ni discusión; el que se acostumbra a no dudar de nada, y a tener por inefable verdad cuanto aprendió, finalmente el que no se hace un deber de tener siempre razón y no de darse por vencido aun de la misma evidencia, lejos

de merecer el nombre de sabio no será en la sociedad sino un hombre pernicioso y charlatán.<sup>14</sup>

Pero desde la época en que el Dr. Mora expresara lo anotado en las líneas anteriores, hasta el momento en que Joaquín Baranda llegó al ministerio de Justicia e Instrucción Pública había transcurrido casi medio siglo, tiempo en que no habían sido suficientes las buenas intenciones para elevar la educación del mexicano. Pese a los esfuerzos, las condiciones habían sido adversas. Los liberales eran conscientes de que para cumplir con sus principios se hacía indispensable educar verdaderamente al pueblo, pues sólo entonces, y no antes, se lograría encaminar al país hacia el progreso. De nueva cuenta recurrimos a Escobar Valenzuela cuando refiere que para Mora el progreso llegaría a México cuando se lograra formar "hombres positivos", o sea hombres contrarios a la charlatanería. "Un hombre positivo es, valga la comparación, un ilustrado, un hombre de la minoría selecta que rechaza el dogmatismo y la rutina y aplaude con beneplácito toda reforma social."<sup>15</sup>

Así las cosas, la educación propuesta por la tendencia liberal se inspiraba en el ideal de garantizar la formación de hombres aptos para construir una nueva sociedad acorde con las condiciones que exigía el mundo moderno de entonces. La constante preocupación de los liberales se centraba en el hecho de lograr que los beneficios de la educación llegaran a las masas. Sobre este asunto, en el año de 1824, manifestó el Dr. Mora:

Nada es más importante para el estado que la instrucción de la juventud. Ella es la base sobre la cual descansan las instituciones sociales de un pueblo cuya educación religiosa y política está en consonancia con el sistema que ha adoptado por su gobierno: todo se puede esperar así como todo debe temerse de aquel cuyas instituciones políticas están en contradicción con las ideas que sirven de base a su gobierno; la experiencia de todos los siglos ha acreditado esta verdad de un modo incontrastable.<sup>16</sup>

El hombre nuevo debía ser, desde la perspectiva de Mora, el hombre instruido pues, sólo a partir de la instrucción se podría gestar una nueva sociedad. Pero, al analizar las circunstancias que prevalecían en el México de las primeras décadas del siglo XIX, el viejo liberal se desesperaba pues decía que

La educación de los colegios es más bien monacal que civil: muchas devociones, más propias de la vida mística que del cristianismo, mucho encierro, mucho

recogimiento, quietud y silencio, esencialmente incompatibles con las facultades activas propias de la juventud.<sup>17</sup>

De aquí pues que el ideal que perseguían los liberales establecía que la educación debía contribuir a formar verdaderos hombres, y para decirlo con las palabras usadas por Mora no “hombres frívolos y ligeros que no se penetran de la seriedad de los asuntos y pretenden tratarlos por los principios de la polémica escolástica.”<sup>18</sup> Además, señaló Mora que a los educandos en México no se les instruía en la historia, ni se les hacía leer sobre la vida de los grandes hombres. En concreto, advertía que

El Clero siente una repugnancia invencible por la *tolerancia de cultos, la libertad de pensamiento y la de prensa*, porque estos principios y las instituciones que de ellos emanan son tales que destruyen o debilitan su imperio sobre las conciencias.<sup>19</sup>

Y puntualizaba que “Ni el derecho patrio, ni el político constitucional, ni la economía política, ni la historia profana, ni el comercio, ni la agricultura tienen cátedras para aprenderse, ni son enseñadas en México por principios”.<sup>20</sup> Esta circunstancia se debía, indiscutiblemente a que la educación impartida por el clero podría formar buenos teólogos y canonistas, pero le quedaba muy claro a Mora que para llegar a la estructuración de una sociedad moderna no se requería de ese tipo de sabios sino de hombres de excelencia, pero sabía también, como lo ha interpretado Escobar Valenzuela, que un “hombre excelente no será el que practique la vida devota, sino el que, imbuido de principios sociales, decide servir a la sociedad.”<sup>21</sup>

De hecho el Dr. Mora ya había previsto la necesidad del establecimiento de la educación pública. Refiriéndose a la necesidad de que el gobierno tomara en sus manos la tarea educativa, llegó a expresar:

La mano protectora de un gobierno benéfico debe extenderse sobre la gran familia que ha puesto en sus manos el bienestar común, debe penetrarse de que para hacer la felicidad de todos es indispensable esparcir hasta la más pequeña choza los rayos de luz que vivifican el espíritu.<sup>22</sup>

De hecho, las soluciones al problema de la educación, no obstante los razonamientos acotados en el párrafo anterior, empezaron a darse a partir de la restauración de la República. Al momento en que el gobierno republicano pudo reinstalarse en la ciudad de México Juárez, en su labor



reorganizadora del país “Mostró gran interés por la educación, al que a partir de ese momento habría de recibir la generosa atención de los triunfadores que buscaron establecer un control sobre ella y utilizarla para transmitir la filosofía del nuevo Estado mexicano.”<sup>23</sup>

Más allá de las apreciaciones y de los esfuerzos de los intelectuales liberales más destacados, las condiciones en que se impartía la instrucción parecían no cambiar. A casi cuarenta años de que el Dr. Mora planteara sus ideas, Ignacio Manuel Altamirano reportaba que si las condiciones de la escuela de la ciudad eran precarias “puede considerarse el atraso espantoso que caracterizaba a la escuela del campo, es decir, la escuela de las poblaciones pequeñas y de las aldeas.”<sup>24</sup>

La problemática a la que se habían enfrentado los gobiernos liberales había sido tortuosa; baste apuntar que, según los datos aportados por Pérez Manzano<sup>25</sup>, para 1850, sólo cuatro escuelas, de las 122 que existían en la capital de la república, eran del gobierno, el resto eran privadas. Este mismo dato lo ofrece Salvador Martínez Della Roca, quien valiéndose de la información aportada por Abraham Talavera señala “la educación está bajo el control del clero... Por ejemplo en la ciudad de México, en el año de 1851, de 122 escuelas que atienden a 7, 633 alumnos, solo cuatro pertenecen al gobierno.”<sup>26</sup> Por su parte Milada Bazant reporta 146, como veremos más adelante. Tal vez la diferencia se deba a que tanto Pérez Manzano como Talavera reportan tan sólo las escuelas de la ciudad de México, en tanto Bazant<sup>27</sup> considera en la cifra apuntada a las del Distrito Federal. Lo que conviene destacar es que, a partir de esta realidad, cuando el partido liberal asumió el mando del país, se hizo necesario replantear el sistema educativo. Pero más allá de los datos, el hecho que resalta de todo lo antes dicho es justamente que a partir de los esfuerzos realizados a partir de la restauración de la República es que podemos hablar de educación pública en México.

### **3.2.2. Una buena legislación para funcione el sistema educativo**

El panorama no resultaba satisfactorio y se hizo indispensable una constante lucha para tratar de superar los problemas. Así, en la Constitución de 1857 empezaron a perfilarse los cambios, pues se logró “insertar en el capítulo de los derechos del hombre, lo relativo a la libertad de enseñanza... también en el artículo tercero, se asienta: ‘La enseñanza es libre. La ley determinará qué profesiones necesitan título para su ejercicio.’”<sup>28</sup> Con relación a todos estos logros Salvador

Moreno y Kalbtk señala que los “liberales forjaron una obra legislativa cuyo objetivo era garantizar el respeto a los derechos ciudadanos y proclamaron la ‘libertad de enseñanza’ como la primera conquista en el difícil camino de la educación popular”.<sup>29</sup>

Sin embargo, apunta Bolaños Martínez que no pasó mucho tiempo para que el gobierno se diera cuenta de lo riesgoso del citado principio de libertad de enseñanza, pues en verdad “no representaba una garantía para resguardar el régimen de libertades indispensable para nuestro desarrollo, principio que si era aprovechado por los sectores conservadores para instruir en un espíritu retardatario a los niños y a los jóvenes que asistían a las instituciones educativas que no dependían directamente del Estado.”<sup>30</sup> Detectado lo anterior, se buscó a toda costa que el Estado tuviera un control sobre la educación.

A cuatro años de promulgada la Carta Magna, esto es en 1861, entró en vigor la Ley sobre Instrucción Pública en los Establecimientos que Dependan del Gobierno Federal, en la cual se señalaba que la instrucción primaria quedaba

...bajo la inspección del gobierno federal, quien se encargará de su sostenimiento y bajo el programa de estudios elaborado por la misma autoridad; se reglamentará asimismo la instrucción secundaria y la dirigida a los maestros encargados de impartir las primeras enseñanzas; se establece la escuela de sordomudos, la escuela de estudios preparatorios, escuela especial de jurisprudencia, de medicina, de minas, de artes, agricultura, de comercio, de bellas artes y, el conservatorio de música, baile y declamación.<sup>31</sup>

El ideal perseguido por los liberales habría de quedar plasmado, con toda su magnitud en esta ley, promulgada a instancias de Ignacio Ramírez, durante el tiempo que se desempeñó como ministro de Justicia e Instrucción Pública. Además esta ley “establecía la creación de una institución de instrucción primaria elemental y perfecta dedicada a proporcionar profesores de primeras letras.”<sup>32</sup> Así mismo proponía el establecimiento de las cátedras por oposición para los maestros de enseñanza preparatoria y especial. Del mismo modo, con el propósito de lograr la unificación de la enseñanza, se consideró necesario que los profesores realizaran juntas a partir de las cuales se habría de disponer su gobierno interno y resolver sobre el establecimiento y enmienda, en su caso, de los reglamentos.

Con las disposiciones anotadas líneas arriba el gobierno trataba de subsanar el lamentable estado que seguía guardando la educación en el México de la segunda mitad del silo XIX. En el año de

1857 se reportaba en el país un total de 2, 424 escuelas y 185, 757 alumnos inscritos. Para más detalle, agrega la autora que en 1, 654 escuelas se reportaba una inscripción de 98 151 niños; en 762 la inscripción era de 87 279 niñas y aún existían 3 que se dedicaban a la educación de 327 alumnos. Todas estas cifras toman verdadero sentido al establecer que para 1861 la población total del país ascendía a 8, 174, 400 habitante, de los cuales 200, 000 correspondían a la capital del país.<sup>33</sup>

Sobre las decisiones gubernamentales Josefina Z. Vásquez, explica que “Los liberales victoriosos eran unos liberales menos idealistas que los que habían participado en el Congreso de 1856 y favorecían medidas que reflejaban la convicción de que el gobierno tenía que controlar este medio insustituible de formación de ciudadanos.”<sup>34</sup> Así pues, la ley en cuestión disponía que tanto en el Distrito Federal como en los territorios la instrucción primaria fuera atendida por el Estado, el cual se encargaría de abrir “escuelas para niños de ambos sexos, y auxiliará con sus fondos las que se sostengan por sociedades de beneficencia y por las municipalidades”.<sup>35</sup> Altamirano, se mostraba inconforme al observar que la educación en México presentaba panoramas muy similares a los de las primeras décadas del siglo XIX, para tratar de salvar semejante retraso pugnó por la unificación de los criterios de enseñanza y, además, por que se elevaran los niveles de la educación.

### **3.3. El encomiable magisterio de Altamirano**

En la obra de Ignacio Manuel Altamirano, advertimos una preocupación coincidente con el pensamiento del Dr. Mora. Para confirmar esta aseveración baste comparar lo que sobre la educación aseguraban cada uno de éstos distinguidos intelectuales mexicanos: Mora, por ejemplo, llegó a manifestar que “Para entender la Constitución y las leyes es indispensable saber leer; para pesar las razones alegadas en la tribuna nacional... se requiere tener algunos conocimientos generales, a lo menos haber adquirido algunas reglas en el arte de pensar, para sujetar el juicio.”<sup>36</sup> Por su parte, Altamirano consideraba que “La ignorancia del pueblo es una base insegura para las instituciones democráticas”.<sup>37</sup> Sobre el particular decía que un pueblo sumergido en la ignorancia era la condición indispensable para que se sostuviera la tiranía. Para entender el sentido que Altamirano, como los liberales de su época, confería al término “tiranía” recurrimos a María Luna

cuando apunta que al triunfar el liberalismo, “El discurso político de la época y después de la historiografía ‘oficialista’ y la educación pública se encargaron de hacer de los conservadores y de su proyecto sinónimos de ‘clericalismo’, imperialismo y tiranía debido al apoyo que recibieron de la Iglesia y del imperio francés y debido a su tentativa de establecer una monarquía con un emperador extranjero.”<sup>38</sup>

Desde el momento en que nuestro autor entendió esto, aprovechó todos los espacios que estuvieron a su alcance para hacer un llamado a las autoridades conminándolas a que redoblaran sus esfuerzos en la tarea de combatir la ignorancia. Exponía Altamirano que en México, definido políticamente como una república democrática en la que el respeto al sufragio universal se sustentaba sobre la base de una mayoría ignorante, no pasarían muchos años sin que se produjeran crisis frecuentes, además de ser fácil presa de los apetitos de la dictadura.<sup>39</sup>

Reiteradamente Altamirano hizo públicas sus opiniones sobre lo que debía ser la escuela popular, la escuela rural y la escuela normal de maestros. A veces los sus ideales sobrepasaban la realidad del país. En enero de 1871 confesaba que la escuela popular siempre había llamado su atención. En ella, llegó a decir, tenía puestas todas sus esperanzas y confesaba, sin ninguna reserva, que

...cada vez que una gran desgracia pública, o la simple comparación de nuestra miseria con la prosperidad de otras naciones, han venido a revelarme los efectos de nuestra parálisis intelectual y moral, he vuelto los ojos a la escuela primaria, como a la santa piscina, cuyas aguas maravillosas encierran solas el secreto de nuestra curación radical.<sup>40</sup>

Por lo expresado en esta cita no nos puede caber la menor duda de que Altamirano era un fiel convencido de que la instrucción del pueblo era el secreto para llegar al progreso. Se entusiasmaba ante los nuevos aires que vaticinaban tiempos distintos para México. Con verdadera alegría auguraba que los tiempos de la ignorancia, pronto habrían de quedar en el recuerdo del pasado; que no se verían más esas prácticas de la escuela antigua! a la cual debiera llamarse mejor *El ensayo de la abyección*, a causa de todas las ignominias que debía soportar el alumno, sin distinción de clases sociales.

Indiscutiblemente que el contenido de la *Memoria* que el ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín Baranda, presentó ante el Congreso en 1887, debió llenar de satisfacción el espíritu del periodista liberal, pues en el cuerpo de dicho documento se estipulaba que entre los primeros deberes del gobierno estaba el de

...educar al pueblo, y por eso, sin olvidar la instrucción preparatoria y profesional que ha recibido el impulso que demanda la civilización actual, el Ejecutivo se ha ocupado de preferencia de la instrucción primaria, que es la instrucción democrática, porque prepara el mayor número de buenos ciudadanos.<sup>41</sup>

El contenido de este párrafo era la respuesta que Ignacio Manuel Altamirano había estado buscando por muchos años y concordaba con los ideales que por largo tiempo habían deseado cumplir los liberales. Sustentado en ellos Baranda manifestó que "la instrucción pública aseguraba las instituciones democráticas, desarrollaba los sentimientos patrióticos y realizaba el progreso moral y material de nuestra patria."<sup>42</sup>

Pero para llegar a este oasis de buenos augurios, el país se vio en la necesidad de sortear un sinnúmero de penurias que, sin duda, habían sido la causa de las frustraciones por las que había atravesado el ánimo de Altamirano. Informa Jiménez Alarcón<sup>43</sup> que en los diez años que van de 1857 a 1867, la educación en México se vio deteriorada. No habían sido suficientes las disposiciones ni las buenas intenciones de los gobiernos liberales. Sin duda mucho tuvo que ver en este deterioro que los años de paz estaban lejanos todavía.

### **3.3.1. Los esfuerzos para educar al pueblo**

Restaurada la república, el gobierno y los intelectuales liberales se dieron a la tarea de cobrar nuevos bríos para reiniciar su camino hacia la consecución del progreso. Pero todavía era necesario recorrer mucho camino: no habían sido suficientes las buenas intenciones. La profesión docente era mal pagada, lo que daba como resultado que las condiciones económicas y sociales de los profesores fueran lamentables; en buena medida la educación nacional seguía en manos de particulares, lo cual daba como resultado que se vieran favorecidas las clases altas en detrimento educativo de las clases populares. Más allá de los esfuerzos emprendidos "seguía predominando la enseñanza religiosa y moral con preponderancia sobre la científica y político-civil, y en consecuencia, persistía un alto índice de analfabetismo."<sup>44</sup>

Dado el deterioro prevaleciente en la educación, la euforia mostrada por Ignacio Manuel decaía con mucha facilidad. En enero de 1871 en tono eufórico confiaba que el panorama era promisorio; sin embargo, para febrero de ese mismo año escribía que no obstante haber triunfado

la república “¡triste es decirlo! La condición de la escuela no ha mejorado como era de esperarse.”<sup>45</sup> Denunciaba que en México

Todavía hay quienes crean que los jesuitas son aptos para dirigir las escuelas republicana: todavía hay quienes las confían a las Hermanas de la Caridad instrumentos del jesuitismo y del retroceso. ¡Válganos Dios!

...la República y la Reforma no pueden confiar a sus hijos, a sus soldados de mañana, a las manos de sus eternos enemigos, Sería entregarse maniatado el vencedor al vencido. Sería obligar al pueblo, que tanto ha luchado a emprender cada diez años un trabajo de Sísifo desesperante. ¡No más transacciones!<sup>46</sup>

Margarita Alegría señala que Ignacio Manuel Altamirano, respondiendo a su filiación moderada, no rechazaba la religión. Antes bien, “afirmaba que el partido liberal era el verdadero observador del Evangelio. Le preocupaba, sin embargo, rescatar a las masas de las supersticiones que enseñaba la Iglesia y prepararlas para ejercer sus derechos democráticos.”<sup>47</sup>

Además es conveniente recordar el hecho de que, por el tiempo que nos ocupa, podía abrazar la tarea docente cualquiera persona que supiera leer y escribir y, no obstante esta práctica que dejaba mucho que desear en cuanto a calidad de la enseñanza, aun así se reportaba escasez de profesorado. Podemos estar seguros de que a partir de la observación de esta deplorable práctica, surgió en Altamirano la preocupación de dotar de una preparación profesional a quienes se dedicaran a la enseñanza. Así pues, para el periodista liberal resultaba inaplazable la fundación de una escuela que impartiera estudios normalistas.

En alguna oportunidad Ignacio Manuel llegó a manifestar que el partido liberal había triunfado gracias al apoyo de la mayoría desvalida de México y ahora correspondía a los liberales en el poder retribuir al pueblo con los beneficios del progreso. Reconocía que ya en la Constitución del 57 se encontraban consignados principios muy elevados que contribuirían a que la nación entera despuntara con vigor en el campo de la modernidad. Centraba su atención especialmente en el hecho de que los liberales luchaban por la igualdad como principio fundamental. Pero se preguntaba también si todos estos ideales tan nobles podrían llegar a cobrar carta de propiedad en tanto el pueblo no supiera leer. La certeza de que en esas condiciones desfavorables sería muy difícil el despegue, convocaba a todo los mexicanos a participar en la tarea reconstructiva. Se dirigía a sus lectores de la siguiente manera:

Ha llegado el tiempo; la República levanta su frente victoriosa, y la reforma comienza a florecer, a pesar de las maldiciones impotentes de sus enemigos. Es la

hora pues de la reconstrucción y de la consolidación. Laboriosa es la empresa; pero ella es inevitable, si no queremos ver la ruina convertida de nuevo en valuarte y en trono del fanatismo, encadenado hoy pero no muerto.<sup>48</sup>

Dadas las condiciones educativas del país y motivado por los ideales liberales, Altamirano decidió atacar el problema combatiendo desde muchos frentes: como maestro, como asesor de diversas sociedades y asociaciones dedicadas a impartir educación, como periodista, como impulsor de grupos culturales, éstas entre otras actividades. A Altamirano lo animó siempre la convicción de que poniendo al alcance del mayor número de mexicanos los beneficios del conocimiento, las circunstancias del país cambiarían. Sobre el particular llegó a expresar que era indispensable dirigir los ojos a la escuela popular; pero, agregaba que se hacía indispensable verla “no como una necesidad de la vida social simplemente, sino como el fundamento de nuestra dicha futura.”<sup>49</sup>

Afortunadamente Ignacio Manuel encontró que todos los gobiernos de la segunda mitad del siglo XIX, incluido el de Maximiliano, entendieron la necesidad de fomentar y fortalecer la educación en el país. Todos ellos, de una manera u otra, centraron su interés primordialmente en atender el problema educativo, de manera especial en lo que se refería a la educación primaria. De hecho a todos les quedaba claro que al atender adecuadamente la instrucción primaria, no sólo se abatiría el analfabetismo, sino que además se lograría intensificar la unidad nacional.<sup>50</sup> Sin embargo, pese a los esfuerzos, no se logró avanzar tan rápido como fuera deseable, las condiciones de atraso eran tan grandes que todo esfuerzo parecía pequeño.

### **3.3.2. Amargos recuerdos de la escuela antigua**

En 1871 Altamirano confesaba que le era verdaderamente penoso evocar las condiciones en que se educaba al niño en épocas antiguas, y por antiguas entendía unas cuantas décadas atrás del momento en que escribía. En plena concordancia con lo que en su tiempo había considerado el Dr. Mora y que aquí hemos señalado líneas arriba, Ignacio Manuel Altamirano expresaba:

¡La escuela antigua!, ¡que conjunto de horrores!, ¡qué tortura para la niñez!, ¡qué castigo para la inocencia! En la escuela antigua el alma de toda una generación, se inoculaba con el virus de una enfermedad destructora, y que no se curaba después sino merced a una lucha tremenda. A veces, allí mismo, se abría, negro y espantoso, el sepulcro del pensamiento. De modo que la escuela que debe ser el dorado vestíbulo alfombrado de rosas, por el que la familia humana tiene que

entrar al santuario de la civilización, en los antiguos tiempos ~~era~~ el pasillo tenebroso y deletéreo, que recibía a los esclavos futuros, en ~~su~~ paso para la *ergástula* de la monarquía.<sup>51</sup>

Y después de un largo recuento de todas las penurias físicas inflingidas al educando por el educador, no le quedaba más remedio que exclamar, parafraseando a Montaigne:

¡La escuela es el infierno!

Dicho lo anterior procedía a narrar las travesías intelectuales que le esperaban al educando: “Seis meses de cartilla, es decir de estudiar el abecedario, de *deletrear* y de *decorar*: después seis meses de *Catón cristiano* o de *Libro segundo*, es decir un conjunto de lecturas fastidiosas, inútiles, erizadas de ejemplos corruptores y de cuentos ridículos de viejas, de máximas de bajeza y de esclavitud, doctrinas frailescas y groseras.”<sup>52</sup> Pero aún seguía el suplicio inútil:

Más tarde las *planas*... de la primera a la octava regla, y cuando ya se escribía con falsa se comenzaba el estudio de las *cuentas*. Con las cuatro reglas que sepan los niños, le basta, decían las gentes antiguamente. Así es que no aprendían más que a *sumar, restar, multiplicar y partir*. Tal era el tecnicismo de la aritmética entonces.<sup>53</sup>

Se detenía en su relato el articulista para remarcar el atraso de la enseñanza primaria existente en esos tiempos de escuela antigua y se preguntaba que si era deplorable el atraso de escuela en la ciudad de México

...espantoso debe haber sido el que reinaba en los pueblos. En estos, particularmente en los que había indígenas, que son los más, la escuela se conservaba como en tiempos de los subdelegados. Dividíanse los alumnos por castas y ocupaban dos bancos diferentes. En unos se sentaban los niños de *razón*, y en otro los indios, a quienes no se les enseñaba más que la doctrina en malísimo castellano y de voz viva, pues no se les permitía leer.<sup>54</sup>

Así pues, Ignacio Manuel Altamirano decidió hacer de sus actividades cotidianas un apostolado a partir del cual procuró constantemente dar cumplimiento a la norma reformista que pretendía “instalar una psicología social distinta” a la que había prevalecido hasta entonces en México. Estaba convencido de que dado el alcance de las publicaciones periódicas, éstas influían ampliamente en la opinión pública y se podía hacer a partir de ellas una labor constante de proselitismo intelectual encaminado a propiciar el cambio.



Altamirano deseaba que terminaran todas las prácticas nocivas, soportada por la infancia mexicana desde tiempos remotos. Los métodos implantados por la escuela antigua y regidos por “el odioso apotegma de la tiranía... *La letra con sangre entra*, viejo oráculo que por desgracia no pierde enteramente su prestigio.”<sup>55</sup> Con verdaderas ansias de provocar el cambio deseado, exponía los casos de Alemania del norte y de estados Unidos en los cuales los niños asistían a la escuela con verdadero placer, pues “la escuela acoge a los niños con la ternura de la familia, con la sonrisa dulce de la patria, con las recompensas del trabajo, con las promesas del placer y con los estímulos de la belleza. ¡en esos dichos países, la escuela es el paraíso!”<sup>56</sup>

### 3.3.3. La educación con las leyes cambia

Más allá de los datos que pudieran confirmar lo contrario, en opinión de Altamirano el año de 1867 resultó ser un año de importantes progresos en la instrucción pública impartida en la ciudad de México, pues en ese año participaban activamente en dicha actividad el Ayuntamiento, la Sociedad Lancasteriana, la Sociedad de Beneficencia y la Filarmónica. Además, el sostenimiento de la educación se sufragaba, en medida muy importante, con los fondos nacionales y municipales y, desde luego, con el auxilio proporcionado por los ciudadanos.

Después de la guerra de intervención, el 2 de diciembre de 1867, se había promulgado la ley orgánica de instrucción pública del Distrito Federal. Esta ley, apuntaba Altamirano con cierto desánimo natural del hombre que pensaba que el problema necesitaba pronta solución, consagraba apenas algunas líneas referentes a la instrucción primaria. Pero en enero de 1868 salió una ley reglamentaria sobre la educación, la cual tampoco satisfizo sus expectativas, pues escribió:

Ella determinó solamente, que las municipalidades del Distrito, sostuvieran una escuela de niñas y otra de niños en cada uno de los pueblos que las forman, si éstos tenían al menos 500 habitantes, y que se aumentara una escuela por cada sexo en caso de exceder la población de dos mil habitantes...

Dispuso también que en la ciudad de México hubiese doce escuelas de niños y doce de niñas ( artículo 3º) y que la instrucción primaria no fuese obligatoria sino desde la edad de cinco años (artículo 5º) pero sin imponer pena alguna al que no cumpliera esta obligación.<sup>57</sup>

Tal vez, en efecto no se propusieron cambios sustantivos en esta ley reglamentaria, sin embargo es importante señalar que la instrucción primaria empezó a estar, de manera muy importante, en la

mira del gobierno. En marzo de 1868 Antonio Martínez de Castro, en su carácter de secretario de Justicia e Instrucción Pública, presentó ante el Congreso de la Unión una memoria en la que destacaba de inicio la necesidad de “ilustrar a todas las clases de la sociedad porque todos deben tener igual participación en el goce de los derechos sociales, civiles y políticos, nadie la desconoce.”<sup>58</sup> Con estas disposiciones parecían que empezaban a tomar forma los ideales del Dr. Mora y las del propio Altamirano.

Aún, en el documento citado se estipulaba que el gobierno, hacía grandes esfuerzos “para dar a la instrucción pública en el Distrito Federal, una organización adecuada a las necesidades del país y conforme con los progresos del siglo. Y digo que su organización debe ser adecuada a las necesidades de la nación porque, no hay que hacerse ilusiones, la capital es y será por mucho tiempo el gran centro civilizador de la República”.<sup>59</sup> Estas declaraciones eran coincidentes con lo que se había forjado Altamirano, sobre lo que debía ser la educación en el país y el papel trascendente que en el orden cultural debía desempeñar la ciudad de México.

Esta ley orgánica y su reglamentaria fueron modificadas en mayo de 1869 al expedirse una nueva ley orgánica de instrucción pública. Sobre el particular señalaba Altamirano que, aunque mínimas, esta nueva ley introducía algunas modificaciones en materia de instrucción primaria, tales como el aumento a ocho el número de escuelas sostenidas por el erario federal y que de éstas la mitad fueran para niños y otra para niñas. Mencionaba que la ley anterior se había limitado a cuatro el número de escuelas, de las cuales sólo una era para niñas. Entre otras disposiciones relevantes de dicha ley, Ignacio Manuel refería la relativa al establecimiento de una escuela para adultos y la subvención a las catorce escuelas de la Sociedad de Beneficencia.

En noviembre del mismo año de 1869 se dio el reglamento a esta ley, en él Altamirano encontraba una innovación importante contenida en el artículo 3<sup>o</sup>, relativa a que “no limitaba a doce precisamente las escuelas de niños de la ciudad de México, y a doce las de niñas, sino que permite el aumento, pues dice: el ayuntamiento de México sostendrá de sus fondos, en esta capital, *por lo menos*, doce escuelas de niñas y doce de niños,”<sup>60</sup> Con esta leve modificación, el ayuntamiento autorizaba al municipio a variar el número de escuelas, según fueran las necesidades.

### 3.4. El encomiable ejemplo de don Vidal Alcocer

Entusiasmado por la obra realizada por Vidal Alcocer en el campo de la educación, Altamirano hizo público su reconocimiento al filántropo al que llegó a denominar el *Pestalozzi* mexicano. Confiaba que al conocerse los esfuerzos realizados por Alcocer para abatir la ignorancia de las clases más necesitadas, tal vez se inspiraran algunos otros y se decidieran a acometer acciones similares. En efecto, los empeños de Vidal Alcocer resultaban dignos de mención pues gracias a ellos se habían establecido más de treinta escuelas en los barrios más pobres de la ciudad de México.

Altamirano informaba sobre la constancia que Vidal Alcocer mostró siempre para lograr sus ideales, sin que decayera su ánimo. Ponía como ejemplo la instalación de la Sociedad de Beneficencia, cuya fundación había sido concebida desde 1841. En dicha empresa, además de Vidal Alcocer, participaron Manuel Codorniú, Elogio Villaurrutia, Agustín Buenrostro, Juan Rodríguez Puebla, Manuel López Cotilla, Eduardo Turreau, Ignacio Rivoll.<sup>61</sup> Sin embargo, debemos anotar que no fue sino hasta 1846 cuando se instaló la Sociedad de Beneficencia. Después habrían de venir años en los que se hizo necesario redoblar los esfuerzos para que la citada Sociedad mostrara sus beneficios. Para 1852 esta Sociedad había logrado establecer un total de veinte escuelas repartidas en los catorce barrios de la ciudad de México. En dichos recintos escolares recibían atención más de cuatro mil niños.

Al relatar los alcances tan importantes de la obra emprendida por el filántropo Altamirano dejaba que su pluma se quejara de los gobernantes y los ricos pues, no obstante sus capacidades y sus posibilidades, eran pocos los que se vertían en acciones de beneficencia. Reconocía que en tiempos pasados algunos ricos se habían prodigado en nobles labores y por tanto algunos establecimientos caritativos llevaban sus nombres. Entre éstos reconocía a los antiguos españoles “que fundaban asilos y capellanías para sus compatriotas y parientes.”<sup>62</sup> Sin embargo, al referirse a su tiempo decía lo siguiente:

...entre nuestros contemporáneos muy pocos han sido los que han querido imitar aquel ejemplo de verdadera nobleza. Y a fe que esto les habría dado un a preponderancia, una respetabilidad, una supremacía social que no pueden dar nunca ni la cuna, ni el más alto empleo, ni la influencia pasajera del poder, ni el oro en abundancia.<sup>63</sup>

Las cosas empezaban a marchar bien para la Sociedad de Beneficencia gracias a la férrea voluntad de Vidal Alcocer. En 1853 se logró que Santa Anna les concediera el 25 por ciento de la alcabala que pagaban en el Distrito Federal los barriles de aguardiente. Para 1858 la Sociedad había logrado instalar treinta y tres escuelas en las cuales se daba atención a siete mil niños. A sólo 11 años de que la Sociedad de Beneficencia lograra sus mejores momentos, el rumbo ascendente decayó. Muerto Vidal Alcocer, el número de escuelas se había reducido a trece, y el de alumnos atendidos era tan sólo de dos mil.<sup>64</sup> Ante la reducción de las cifras, Altamirano se preguntaba en 1869 lo que hubiera pensado el insigne filántropo al observar que sus logros, noble fruto de sus empeños, pasaban por una mala racha.

Dentro del ámbito educativo mexicano, durante buena parte del siglo XIX en el país funcionaron las escuelas lancasterianas, éstas encontraban sustento en las experiencias de Joseph Lancaster y de Andrew Bell. El método lancasteriano se apoyaba en los alumnos más aventajados de la clase para enseñar a los más atrasados. Dada la urgente necesidad de atender la educación en México y en virtud de la insuficiencia económica, desde el año de 1822 se había adoptado en nuestro país este sistema. El éxito fue grande, a grado tal que en 1842 “la Compañía Lancasteriana, fue convertida por el Gobierno, en Dirección General de Instrucción; llegando a establecer escuelas en 18 estados de la República.”<sup>65</sup>

Pérez Manzano nos refiere que también llegaron a surgir escuelas normales lancasterianas. En éstas se daba una preparación mayor a los que habían desempeñado las tareas de monitores o inspectores. El plan de estudios al que se veían sometidos incluía materias “como lectura, escritura, aritmética, doctrina cristiana, catecismo político, elementos de urbanidad y gramática castellana. Años después se agregaría la enseñanza de la geografía, geometría y dibujo.”<sup>66</sup>

Milada Bazant aborda, en términos muy similares a los apuntados, también el tema de la escuela lancasteriana, pero agrega que este sistema de enseñanza “se seguía usando ya en pleno porfiriato, a pesar de que había sido abolido en 1890.”<sup>67</sup>

En una serie de ensayos publicados en 1871 bajo el nombre de *Bosquejos*,<sup>68</sup> Altamirano exponía sus opiniones sobre la escuela y el magisterio. Al abordar la temática de “La escuela en 1870”, el autor señalaba que en el país coexistían tres sectores abocados a la enseñanza primaria: el Estado, las sociedades de carácter privado y los particulares. Altamirano hubiera preferido que el Estado fuera el encargado de ejercer el magisterio, al no poder ser así externaba que al menos debía haber

vigilancia de parte de la autoridad. Al referirse a las sociedades de carácter privado se refería principalmente a la Compañía Lancasteriana, a la Sociedad de Beneficencia para la instrucción y amparo a la niñez desvalida y a la Sociedad Católica. Sobre el caso particular de éstas manifestó:

...las dos primeras, recibiendo subvenciones del gobierno, más o menos cuantiosas, le han concedido, como era justo, ciertos derechos de inspección; la última que sólo cuenta con sus fondos propios, permanece libre de la vigilancia del Estado.<sup>69</sup>

Respecto de los maestros que abrían sus establecimientos particulares con el propósito de brindar instrucción primaria, señalaba Altamirano que

...muy pocos de ellos, por condescendencia patriótica invitaban a la autoridad a presidir sus exámenes y su distribución de premios, ocupando a veces los edificios nacionales como una muestra de respeto a las instituciones. Los más afectan desdeñar la majestad de las leyes y se reservan el derecho de cerrar sus puertas a la vigilancia nacional y aun al espíritu de las instituciones. Esto quiere decir hablando en términos más claros, que se reservan el derecho de enseñar el menosprecio a la República, el odio a la autoridad y las viejas doctrinas de la escuela antigua, que son, bien examinadas, muy propias para inclinar el ánimo de los ciudadanos futuros, a subvertir el orden público, cuando éste se haya bajo el régimen liberal.<sup>70</sup>

En conclusión, Ignacio Manuel Altamirano convenía en que la educación pudiera impartirse por los diversos sectores ya mencionados líneas arriba, con la sola condición de que se sometieran a la vigilancia del Estado. Pugnaba, pues, por la unificación de criterios de enseñanza en torno a los principios establecidos en la Constitución de 1857. Apoyado en el pensamiento de Michelet decía: “Es necesario... que la patria se halle presente en la escuela, no sólo por medio de la enseñanza directa o la tradición nacional, sino como una madre por su justicia exacta y atenta.”<sup>71</sup>

Altamirano habría sido incapaz de no reconocer la activa participación de la Sociedad Católica en el campo educativo, aun cuando es cierto que el tipo de educación proporcionado por esta sociedad, menos que ninguna otra, no representaba el ideal progresista, de todas formas el periodista liberal reconocía que con su acción la Sociedad Católica contribuía a la superación del país. Sin importar las tendencias, Ignacio Manuel Altamirano consideraba que todo esfuerzo que se realizara en cuanto a la educación se refiere resultaba valioso. Puntualizaba que al tomar como punto de comparación los esfuerzos llevados a cabo por la Sociedad Católica, los liberales encontraban aliciente para tratar de superar sus propias acciones y con ello lograr que cada día se

popularizaran más los ideales de su partido.<sup>72</sup> Además, Altamirano veía con profunda satisfacción que cada vez más se multiplicaran los esfuerzos por educar al pueblo.

Todas estas apreciaciones del periodista liberal conducen a la necesidad de replantear las visiones de anticlericalismo casi rabioso que algunos autores del siglo XX han querido ver en el comportamiento de los liberales.

### 3.5. Un espíritu positivista invade la educación

Salvador Moreno y Kalbtk apunta que en estas leyes, las cuales contribuyeron a organizar la educación nacional, se manifiesta ya la influencia del positivismo. Procede además este autor a explicar que semejante influencia se debía a que Juárez había pedido a Gabino Barreda su intervención para tratar de solucionar los problemas educativos nacionales. Barreda se había ganado el buen ánimo de Juárez a partir de que había pronunciado su *Oración cívica*, el 16 de septiembre en el teatro de Guanajuato, en ella el orador identificaba “la anarquía social padecida por México de 1810 a 1867 con la dominación clerical y militar y señaló, además, que los esfuerzos liberales estaban en la línea del progreso ideada por Comte”.<sup>73</sup> Es pertinente recordar que Barreda, durante su estancia en París había entrado en contacto con el pensamiento de Comte.

Moreno Kalbtk en una breve síntesis de lo que es el positivismo, establece que se trata de una teoría apoyada “en un intelectualismo rígido en el cual la razón es el instrumento para comprender las verdades científicas.”<sup>74</sup> Así mismo, el autor apunta que:

El sistema positivista plantea tres premisas principales: la ley de los tres estados, la clasificación de las ciencias, y la religión de la humanidad.

Con respecto a la primera considera que una vez superados los pensamientos teológicos y metafísicos, serán solamente las verdades científicas, es decir, lo probado y lo real, los elementos que puedan aceptarse en la explicación de las leyes que producen y definen el acontecer.

En la segunda las ciencias deben seguir un orden lógico a partir de las matemáticas; prosiguen la astronomía, la física, la química, la biología, hasta llegar finalmente a la ciencia más compleja, la sociología.

En la tercera se excluye la necesidad de culto hacia deidades metafísicas y se considera que es la humanidad misma quien merece respeto y veneración.<sup>75</sup>

De acuerdo con lo anotado, el positivismo, en cierta medida, era coincidente con la ideología liberal. William D. Raat explica que el positivismo, sustentado en la filosofía comtiana “se presentaba a la mente popular como opuesta a la religión tradicional y a las fuerzas reaccionarias apoyadas por la Iglesia; y siendo el escolasticismo más fuerte en las escuelas, era natural que la reforma positiva se dirigiera precisamente al campo de la educación.”<sup>76</sup>

Ignacio Manuel Altamirano luchaba con denuedo porque se produjera un cambio cualitativo en cuanto a las condiciones en que se impartía la educación en México. Consideraba que las prácticas aplicadas en la escuela antigua eran inadecuadas pues con ellas se mataba el sentimiento de la dignidad, “que expiraba palpitante aterrada en medio de mil tormentos físicos y tormentos morales que martirizaban el cuerpo y que apagaban la divina chispa de la razón.”<sup>77</sup>

Por su parte, Barreda manifestaba que la instrucción pública tendría sentido si contribuía a transformar “al estudiante en un *hombre nuevo*, despojado de toda influencia dogmática en el conocimiento de la verdad.”<sup>78</sup> Como buen liberal buscaba reconstruir la República, para lograrlo procuró tender puentes que relacionaran “las preocupaciones y metas de la doctrina liberal a la teoría positiva desde la circunstancia mexicana. Este esfuerzo de asimilación y de reconfiguración de ambas doctrinas... lo lleva a modificar la divisa original de Comte de *Amor, Orden y Progreso*, en aras de apoyar al liberalismo”.<sup>79</sup>

Aunque por los postulados de Altamirano y de Barreda buscaban un mismo objetivo: impartir educación con el fin de transformar al hombre, se podría pensar que fuesen coincidentes ideológicamente, pero no fue así, de hecho ambos intelectuales no pudieron llevar una relación ya no digamos amistosa, sino más o menos estable. Cuando Ignacio Manuel Altamirano realizó el proyecto para la creación de la Escuela Normal éste resultó “liberal y antipositivista de reconocido prestigio”<sup>80</sup>

### **3.5.1. La situación del magisterio en México**

Exponía Ignacio Manuel que la profesión del profesorado de instrucción primaria en México era oscura y mal retribuida lo que ocasionaba que fuera un oficio miserable. Refería que antes del Renacimiento en Italia se decía “Miserable como un pintor” para ponderar la pobreza de alguno y que en el México de la segunda mitad del siglo XIX, se decía “Miserable como un maestro de

escuela”, para significar lo mismo. Sobre el mismo tema, se preguntaba Altamirano “¿qué enseñanza puede dar un hombre infeliz, cuyo espíritu está constantemente preocupado por sus privaciones y las de su familia? ¿ Y qué aptitudes, qué instrucción puede exigirse a un joven que se consagra a la tortura perpetua, sin esperanzas de mejorar su suerte, sin porvenir alguno para su familia?”<sup>81</sup>

Ante panorama tan desconsolador, Altamirano hacía reflexiones sobre el hecho de que no se le podía exigir nada a quien no se le retribuía adecuadamente, pero lo más grave y que repercutía en detrimento del país era que ante esa realidad se debían aceptar las consecuencias de una enseñanza deficiente. Sobre el particular, argumentaba que: “las nuevas generaciones pagan en ignorancia el descuido de la sociedad y ésta más tarde resiente en atraso el resultado de su propia indolencia.”<sup>82</sup>

Por si todo lo anterior no fuera suficiente, Altamirano también denunciaba el hecho de que la escuela popular viviera con las sobras del presupuesto y elevaba su protesta para que estas condiciones no prevalecieran por más tiempo. Por tanto conminaba a las autoridades para que contribuyeran a mejorar las circunstancias prevalecientes, sobre todo bajo el entendimiento de que eran los maestros los responsables de la moralidad y el conocimiento de los niños. Apelaba a la buena disposición de las autoridades para atender como era debido la educación. De no hacerlo, aseguraba que la niñez seguiría viendo con repugnancia una mansión en la que no encontraba más que escasez, desaseo y aflicción. Todo ello aunado a lo que ya vivía de por sí en sus miserables alojamientos. Bajo estas condiciones no se podría garantizar un sano afán de superación del pueblo mexicano.

Con respecto al tema del recinto escolar, el periodista liberal lo describía haciendo gala de su fina psicología y, para completar el cuadro, también hacía referencia sobre el comportamiento del maestro. Ambos: recinto escolar y comportamiento del docente se unían para conformar el factor determinante que apagaba en el educando todo instinto de aprendizaje creativo. Como podremos constatar a continuación, Altamirano resultaba ser un hombre de avanzada, un verdadero pedagogo convencido de que la aplicación de técnicas modernas redundaría en beneficio de la efectividad de la enseñanza. Además, estaba seguro de que para un mayor rendimiento en el proceso de aprendizaje la forma importaba mucho. Plenamente seguro de que le asistía la razón al



sustentar las ideas que acabamos de apuntar, Altamirano, al referirse a las condiciones que guardó por mucho tiempo la educación en México, manifestaba que:

Tenía la escuela un aspecto lúgubre y aterrador. Una sala ordinariamente larga, estrecha, fría: en derredor de ella había bancos, ennegrecidos por el uso, y toscamente labrados: las paredes de un color impuro y llenas de grietas, estaban desnudas por todas partes, presentando al ojo de los niños, que busca instintivamente algo con que distraer su imaginación viva y ligera, el aspecto de una superficie monótona, sucia y triste.

Allá en el fondo, y trepado sobre una pequeña plataforma con una barandilla, y a veces sin ella, se halla tras de una mesa cubierta con un paño fúnebre, el maestro de escuela, pobre hombre de rostro avinagrado, de mirada ceñuda, las más veces viejo, con un traje oscuro, que le daba un aire de clérigo, y casi siempre grasiento y raído.<sup>83</sup>

Como podemos inferir, a Altamirano lo inspiraban ideas renovadoras relativas al proceso de enseñanza y respecto al de aprendizaje era un convencido de que la forma importaba mucho. Por lo que se respecta a las condiciones en que debía estar dispuesto el edificio destinado a servir como recinto educativo, dejaba en manos del ingeniero su construcción y su distribución pero pedía que los espacios fueran amplios, ventilados y con suficiente luz: Así mismo consideraba muy importante “Que las paredes no se presenten desnudas a los ojos del niño, que del piso no brote agua, ni tenga polvo como las zahúrdas. Que haya un jardín, siempre un jardín.”<sup>84</sup>

A decir verdad en la obra de Altamirano aparecen pocas referencias a los Estados Unidos, y la mayor parte de las que llegó a hacer eran para ponderar los beneficios que ese país había obtenido a partir de su preocupación por educar adecuadamente a los niños. Encontraba pues en el sistema educativo norteamericano, al cual se refería con cierta envidia constructiva, el modelo a seguir. Recomendaba que las autoridades vieran al país vecino pues hacía del conocimiento de sus lectores que:

Allí se abre primero la escuela, se le dota ricamente, se le cuida, y después, cuando se cree que nadie correrá peligro de quedarse sin saber leer, sin saber escribir, sin tener nociones aunque sean elementales de la ciencia y de los derechos civiles, entonces se levanta el palacio, para dar majestad a la ley, se forma la Biblioteca Pública para enriquecer el pensamiento, se plantea el jardín público para que los encantos de la vegetación compensen la fatiga del trabajo, se construye el teatro para crear una distracción ilustrada se tienden los rieles para comunicarse con los centros de civilización, se recibe un alambre telegráfico para comunicar al cerebro de la Colonia el pensamiento del mundo.”<sup>85</sup>

No obstante tener plena conciencia de las carencias que sufría el país, en el ámbito de la educación, Altamirano no podía ocultar el entusiasmo y aún más la satisfacción que experimentaba al asistir a actos en los que se premiaba el aprovechamiento escolar. Estos sentimientos tan genuinos se advierten en las crónicas que publicaba, para informar de los eventos citados. La sinceridad que imprimía en sus crónicas al informar sobre actos de la índole que nos ocupa nos habla del entusiasmo que experimentan los bien intencionados, aquellos que encuentran un placer muy especial en el hecho de hacer copartícipes a los demás de los acontecimientos confirmatorios de que llevaban la razón al luchar por ideales tan nobles. Si a esto agregamos el hecho de que con la actividad educativa se revestía de dignidad a la ciudad de México, el cuadro previsto por Altamirano se veía completo. Sobre el particular llegó a manifestar:

El día en que México establezca la *Gran revista anual de las escuelas gratuitas*, no en un teatro ni en el salón del congreso, sino en una plaza, por ejemplo, o en un gran patio como el del palacio de gobierno, a toda luz, con grandes adornos, con numerosas músicas y con importantes premios entonces podremos decir que la instrucción de la enseñanza popular se ha fundado de una manera grandiosa.<sup>86</sup>

Sin embargo no todo, aunque así se deseara, podría resultar a plena satisfacción, Altamirano refería que aun cuando, en lo general, la acción educativa emprendida por el Ayuntamiento de la ciudad de México se había reportado como satisfactoria en relación con el año de 1868, los datos reportados para el año siguiente en cuanto al número de niños que se educaban en las escuelas municipales resultaba sumamente reducido todavía. Para resolver el problema, el periodista liberal proponía que se duplicara el número de escuelas. Denunciaba a la vez que muchos niños de la capital pertenecían a familias que se hallaban en tal grado de miseria que no podían llevarse un bocado a la boca como desayuno, circunstancia que impedía que fueran enviados a la escuela. O si lo hacían, el hambre les impedía disponer su atención adecuadamente.

### **3.5.2. El espectro del pueblo demanda educación**

En una alegoría periodístico-literaria que el guerrerense publicó en 1871, el espectro del pueblo hablaba con Altamirano. En el diálogo sostenido el espectro le pedía al periodista, casi en el nivel de exigencia, que escribiera sin descanso hasta lograr que se le diera al pueblo la instrucción, pues

ésta representaba para el espectro el único alimento deseado, el único remedio que lo ayudaría a salvarse y la única fuerza que lo haría invencible. A este respecto puntualizaba el periodista:

Lo que se necesita en México no son cárceles ni patíbulos, ni leyes sangrientas, ni esbirros, ni amenazas; lo que se necesita es abrir escuelas de enseñanza primaria por todas partes, en todos los ámbitos del país, con profusión, con impaciencia, con exageración.<sup>87</sup>

Recordaba Altamirano que tiempo atrás había emprendido el filántropo Vidal Alcocer una loable iniciativa consistente en dar el desayuno a los niños que asistían a las escuelas de beneficencia. Amparado en el hecho referido, y con el enorme deseo de reavivar la iniciativa, preguntaba si en aquel año de 1869 acaso el Ayuntamiento podría promover de nuevo la medida. Exteriorizaba que la atención a la enseñanza primaria debiera ser prioritaria para todo gobernante y concluía diciendo que si el Ayuntamiento, cuya presidencia había recaído de nueva cuenta en las manos de Mariano Riva Palacio, al término de su gestión lograba satisfacer en mayor nivel la demanda educativa que requería el pueblo capitalino, podría estar satisfecho porque habría erigido “*un monumento más duradero que el bronce.*”<sup>88</sup>

El año de 1871 hacía el periodista guerrerense un reconocimiento a los ayuntamientos de la ciudad de México, por haber apoyado en buena medida el desarrollo de la tarea educativa en la capital del país durante los años de 1868, 1869 y 1870. De manera muy especial, al hacer este reconocimiento, resaltaba las acciones emprendidas por los regidores encargados de la enseñanza, pues decía que habían puesto especial atención a la escuela municipal y a la lancasteriana.

También en el mismo año de 1871 en el discurso que pronunció en la distribución de premios a los alumnos que sostenía la Sociedad de Beneficencia, acto al que asistió el presidente Benito Juárez. En su carácter de presidente de la citada Sociedad, Altamirano aprovechó la ocasión para hacer patentes los esfuerzos que se hacían para sostener y aún abrir más escuelas auspiciadas por la Sociedad de Beneficencia. Expresaba en su discurso que:

...sería inútil enumerar las dificultades que se han vencido, porque vosotros los que concurrís a esta humilde fiesta de la niñez desamparada, las comprendéis perfectamente, considerando la miseria actual que si no hace más que arrebatarnos un miserable placer de la vida de los felices de la tierra, llena de tinieblas el triste hogar del proletario, le quita su pan, duplica sus sacrificios, mina su salud y marchita en su alma atormentada la débil flor de sus esperanzas y de su fe.<sup>89</sup>

Las palabras pronunciadas por Altamirano más parecían dirigidas a Juárez que a los niños, quienes por su corta edad pudieran no entender el significado, aun cuando sí por las circunstancias vividas que como agregaba el presidente de la Sociedad de Beneficencia “obligan al padre pobre a retener en su rincón miserable al hijo desnudo y privado de alimento.”<sup>90</sup> Mencionaba también que se habían abierto cuatro escuelas más y que la Casa de Asilo para huérfanos, situada en el antiguo colegio de San Gregorio, no sólo aceptaba en su seno a los niños que carecían de padres, sino también a aquellos que teniéndolos, la miseria los acosaba a tal grado que se hallaban en la misma situación de los expósitos o de los huérfanos.

En la Casa de Asilo se les impartía a los niños la instrucción primaria y, además, se les preparaba para enfrentar la vida a partir de algún tipo de instrucción práctica. Durante la misma ceremonia que nos ocupa, Altamirano anunciaba que se habían ampliado las expectativas de preparación para los niños asilados. Se trataba de tres talleres y de dos materias: la de dibujo lineal y la de música. Puntualizaba con mucho orgullo que: “Así, al mismo tiempo que se educa artesanos honrados e instruidos, se les abre un horizonte que les permita salir de la órbita rutinaria del antiguo menestral y se dulcifica su carácter.”<sup>91</sup> En estas líneas se advierte la satisfacción de quien luchaba por cumplir satisfactoriamente su encomienda. Además, se trasluce el orgullo de haber contribuido a que la gente pobre saliera de su penosa situación.

No obstante las felicitaciones y el reconocimiento, aún el periodista hacía notoria la necesidad de redoblar esfuerzos pues planteaba que la escuela de aquellos días, tanto en su cantidad como en su calidad, distaba mucho de lo que debía ser de conformidad con las ideas más avanzadas de aquel momento. Desde luego que si la insatisfacción se podía sentir en la capital, mucho más debió ser en el resto de la república. Esta evidencia ocasionó que Altamirano expresara: “la República triunfó, y ¡triste es decirlo! la condición de la escuela no ha mejorado como era de esperarse.”<sup>92</sup>

Para el mismo año ( 1871), Altamirano reportaba que en la ciudad de México se encontraban establecidas setenta y una escuelas de enseñanza primaria gratuita. Para mayor detalle notificaba que cuarenta y dos eran sostenidas por el municipio; once por la Compañía Lancasteriana y diecisiete por la Compañía de Beneficencia. Aun faltaría saber el número de escuelas particulares que funcionaban en la capital, pues la cifra, como bien lo advierte Altamirano, sólo consideraba las escuelas de enseñanza gratuita, de las cuales, aún añadía, que no todas estaban bien dotadas.<sup>93</sup>

Es necesario preguntarnos si al hablar de escuelas de enseñanza gratuita consideraba también a las particulares que guardaban esta condición.

Altamirano hacía referencia al de que para alcanzar mejores niveles, la capital del país requería de contar por lo menos con cien escuelas, considerando una por cada dos mil habitantes. En atención a las condiciones prevalecientes en cuanto al sistema educativo, Altamirano comprendía, que México no podía “aspirar a los primeros lugares en la estadística de la civilización.”<sup>94</sup>

En referencia al informe presentado por el regidor de Instrucción Pública, el licenciado Rafael Pérez Gallardo, presentado hacia finales de 1882, ponderaremos, entre otros muchos puntos que resultaban de interés para Altamirano, uno que tal vez satisfizo más al liberal. Este es el relativo a la presentación de dos proyectos tendientes a abatir la baja asistencia a las escuelas, la apreciación se hacía en el informe presentado por el referido funcionario y en relación con el censo de población de la capital, que arrojaba el dato de la baja asistencia. Para tratar de abatir el problema era que el regidor señalaba que se habían presentado los dos proyectos:

...uno del ciudadano gobernador proponía que se suministrara a los niños desayuno, cuya carencia es el pretexto que presentan los padres o personas que tienen bajo su guarda a los niños pobres, para enviarlos a la escuela en las primeras horas de la mañana: el segundo propuesto por uno de mis honorables compañeros, consultaba se invirtiese anualmente la cantidad de veinte mil pesos para proporcionar vestidos a los niños que concudiesen a la escuela con mayor puntualidad y eficacia en todo el año escolar.<sup>95</sup>

Ambos proyectos podrían haber sido propuestos por Ignacio Manuel pues coincidían con sus ideas sobre la forma de resolver el problema de la escasa educación que recibía el pueblo. Sin duda también, con tristeza, observó que la comisión encargada de analizar los proyectos no los aceptara, aunque entendiera los motivos que había para ello.

Pero siguiendo con el informe en cuestión podremos obtener muchos datos que revelan lo acertado de las preocupaciones manifestadas por Ignacio Manuel en diversas oportunidades. Los datos mostraban la urgente necesidad de reforzar la atención escolar, fundamentalmente en el nivel primario que era el que más urgía, según lo manifestaba con frecuencia Altamirano. En ese año de 1882 la ciudad de México, de acuerdo a un censo confiable, reportaba un total de 350 000 habitantes. En relación con este número se reportaba también que los niños que requerían de ser

educados representaba una quinta parte de la población, esto traducido a números ascendía a un total de 70 000 niños.

Por lo que respecta al número de niños atendidos por las escuelas de la capital, tanto gubernamentales, privadas, y las atendidas por asociaciones de beneficencia y con la advertencia de que los datos resultaban inciertos por falta de un censo adecuado, se daba una cifra aproximada de 16 469 educandos, los cuales restados a los 70 000 niños que requerían de ser instruidos, nos da la alarmante cifra de 53 531 niños que se veían obligados a permanecer en la ignorancia. Sostenía en su informe el regidor que una fórmula para tratar de abatir el gravísimo problema podría ser el de legislar la obligatoriedad de la enseñanza en el distrito. Aún más, señalaba que para tratar de resolver el problema de instrucción en la capital se hacía necesario fundar quinientos planteles. Todos estos datos daban la razón a todas las preocupaciones que Ignacio Manuel Altamirano había externado y seguía externado relativas a la necesidad de atender con mayor fuerza cada vez la instrucción pública en la capital y en el país entero.<sup>96</sup>

### **3.6. La Escuela Normal de Maestros**

En el año de 1871 Altamirano hacía un llamado para que se fundara la Escuela Normal de Profesores que tanta falta hacía en el país. Sustentaba su propuesta en el hecho de que en países avanzados como Suiza, Alemania y los Estados Unidos existían escuelas de esta naturaleza en las que se unificaban las técnicas y programas para la impartición de conocimientos. Por lo tanto hacía la propuesta que se creara la escuela normal de profesores que: “uniforma la enseñanza, y además, da lecciones prácticas de pedagogía. En ella se ensayan los métodos, se corrigen los defectos que la experiencia va demostrando, se conocen los textos.”<sup>97</sup> Por los beneficios que a todas luces podría reportar dicha escuela, Altamirano confiaba en que el gobierno se habría de sensibilizar y en corto tiempo establecer la escuela normal, en la cual, se atrevía a sugerir a los legisladores y a los ayuntamientos debía de instituirse el siguiente programa de estudios: “conocimientos sobre lectura, escritura, aritmética, gramática elemental, moral, historia, política de México, derecho constitucional, geografía elemental, nociones de botánica y zoología, dibujo y música”. Aún consideraba la necesidad del estudio de idiomas entre los que proponía el inglés, el alemán y el francés.<sup>98</sup>

Quedó apuntado líneas arriba que Altamirano estaba convencido de que una buena instrucción era la condición indispensable para resguardar saludable a una república. Y tanto como en el campo de la literatura, se empeñó apasionadamente a contribuir en la superación de los niveles educativos de México. Siempre con el inagotable deseo de que nuestro país incursionara en la modernidad, en el nivel mismo de las naciones avanzadas. Ponía como ejemplo a los Estados Unidos país al que había que reconocerle la buena organización en la que se encontraba su sistema educativo.<sup>99</sup>

### **3.6.1. Los primeros planteamientos**

De hecho, desde los primeros años del México independiente se dejó sentir la preocupación por dar una formación adecuada a los profesores de primeras letras. Tal fue el caso que varios intelectuales en diversas épocas manifestaron sus ideas y en muchos casos se iniciaron actividades que, por desgracia, pronto se veían frustradas y el problema siguió latente hasta muy entrado el siglo XIX. En referencia a los orígenes de la Escuela Nacional de Maestros, Concepción Jiménez Alarcón ha escrito un libro que contiene datos sobre las ideas y acciones que se acometieron por más de medio siglo para lograr instituir la citada escuela. Así pues, los datos más remotos de un intento por formar profesores lo encontramos en 1822, año en el que la Compañía Lancasteriana destinó uno de los departamentos de la escuela El Sol a la formación de preceptores de primeras letras. Según afirmación de Jiménez Alarcón<sup>100</sup> este propósito no llegó a cristalizar por falta de alumnos.

Para 1827 Ignacio y Juan Espinoza de los Monteros, padre e hijo respectivamente, fundaron en la ciudad de México la Academia de Primera Enseñanza. El propósito de ésta no era en sí formar maestros sino uniformar los programas y sistemas de enseñanza de la primera edad. De hecho no hay mayor información al respecto de las actividades de esta academia. Para 1832, en el Proyecto sobre arreglo de la instrucción pública se contemplaba como necesaria la creación de una escuela normal. Un año más tarde Valentín Gómez Farías, en su carácter de presidente de la república, propuso una reforma educativa en la que además de incluir el proyecto de instalar una escuela normal para varones y otra más para mujeres, se hablaba ya de los programas a seguir. En la propuesta de esta reforma intervino el Dr. José María Luis Mora.

En 1835, amparada en un decreto expedido por Santa Anna se creó la escuela normal del ejército, la cual puede considerarse como la primera experiencia digna de tomarse en cuenta, pues se tienen noticias de que sí funcionó y logró buenos resultados, tanto así que don Manuel Moreno presentó un proyecto tendiente a instalar una escuela normal municipal, que tenía el propósito de dar formación a los preceptores que atenderían las escuelas pagadas por el Ayuntamiento. El proyecto fue examinado por la Comisión de Instrucción pública del Ayuntamiento, después de lo cual propuso que, con carácter permanente, se creara una junta directiva compuesta por profesionales de la educación que conocieran a profundidad el método y el ramo de la enseñanza.

El éxito alcanzado por la escuela normal del ejército había alentado la proliferación de proyectos e ideas tendientes a crear escuelas normales. Por el mismo año de 1835 circuló la idea de establecer una Escuela Normal de Adultos Artesanos, la cual se proponía que estuviese dirigida por una junta que se conformaría con miembros de la Comisión de Instrucción Pública, el director de la normal del ejército, sobre la figura de éste, recaerían dos cargos más el de ser rector de la Normal de Adultos Artesanos y su examinador perpetuo.

Con esperanzada fe comentaba Altamirano que en 1881 la Cámara de Diputados de la Unión había propuesto una reforma constitucional tendiente a prescribir que la educación primaria fuera gratuita y obligatoria. En esta propuesta entreveía el periodista liberal el primer paso para la creación de la tan soñada Escuela Normal de Profesores. De hecho se habían hecho esfuerzos para unificar los criterios que debían prevalecer en la instrucción primaria, para ello contribuyeron grandemente varios congresos de profesores que se habían llevado a cabo en Veracruz. De ellos surgieron diversas ideas que habrían de dar forma al proyecto que para la instalación de la Normal de Maestros habría de presentar Altamirano pocos años después.

Con sus preocupaciones por lo que debía ser la formación del maestro normalista, Altamirano ponía de manifiesto el grado de atraso que se vivía en México y justificaba su enorme preocupación por elevar los niveles de la instrucción pública en la capital y, por ende, en el país entero. A partir de las argumentaciones del periodista liberal no podía haber la menor duda de que se hacía indispensable que México contara con personal docente capacitado, pues sólo de esa manera se lograría la modernización del país, tan deseada por los liberales mexicanos.

Para facilitar el camino, Altamirano consideraba que el núcleo de la Escuela Normal de Maestros bien podría ser la Academia de Profesores que se había establecido en la ciudad de México, la



cual tenía por objeto estudiar los métodos y uniformar el sistema de enseñanza. Como podemos observar, por espacio de varios años, Ignacio Manuel Altamirano tuvo la perseverancia de luchar día con día hasta ver convertida en realidad la instalación de la Escuela Normal de Maestros, con la cual se abría un nuevo horizonte y a partir de él se podría avizorar un porvenir más equitativo para el pueblo mexicano. Esta empresa fue digna muestra del espíritu vanguardista del guerrerense.

### **3.6.2. Una grata comisión para Ignacio Manuel Altamirano**

Al fin parecía que podría llegar a consolidarse la tan esperada instalación de la escuela normal: en el mes de noviembre de 1882, el presidente de la república había encargado a la Secretario de Justicia e Instrucción Pública; licenciado Joaquín Baranda que hiciera saber a Ignacio Manuel Altamirano que se le confiaba la comisión de formar el proyecto para el establecimiento en la capital del país de una Escuela Normal de profesores de Instrucción Primaria.

En la misiva el licenciado Baranda exponía que “desde el año de 1867 se ha venido sintiendo cada día más la necesidad de crear esa personalidad responsable que se llama el maestro de escuela, poniéndola en condiciones de poder desempeñar su elevada misión, que constituye, sin duda alguna, el verdadero sacerdocio del progreso moderno.”<sup>101</sup>

Al fin la instalación de la Escuela Normal de Profesores parecía inminente. En abril de 1885 Altamirano presentó al Licenciado Joaquín Baranda, secretario de Justicia e Instrucción Pública un memorándum que contenía el proyecto de ley sobre el establecimiento de la citada escuela. En su proyecto Ignacio Manuel proponía que la Escuela Normal de Profesores debía establecerse con el carácter de nacional, esto es, que no se limitara a recibir alumnos del Distrito Federal, sino que diera cabida también a alumnos de los estados. Proponía también que la educación en ella impartida tuviera el carácter de gratuita.

Se estipulaba que en la escuela Normal se podrían inscribir alumnos de ambos sexos y que se cursarían estudios por espacio de cinco años a lo largo de los cuales habrían de ponerse práctica los conocimientos teóricos, para lo cual se instalaría adjunta a la Escuela Normal una escuela de párvulos y con el objeto de llevar a la práctica los conocimientos sobre instrucción primaria se elegirían dos escuelas de las que sostiene la federación para tal efecto.

El proyecto de ley elaborado por Altamirano, después de haber sido aprobado por Baranda, fue presentado para su discusión y virtual aprobación a la Cámara de Diputados. El documento fue recibido en mayo de 1885 y para diciembre la Cámara de Diputados expedía el decreto de creación, después de haber sido discutido y de habersele hecho ligeros cambios al proyecto presentado por Altamirano.<sup>102</sup>

Concepción Jiménez Alarcón se pregunta el por qué se había designado a Altamirano para formular el proyecto de la Escuela Normal de Maestros, habiendo en el país destacados pedagogos entre los que figuraban Luis E. Ruiz, Manuel Flores, Antonio P. Castilla, Manuel Cervantes Imaz y Manuel Guillén, entre otros más. Y la autora encuentra como respuesta lo que ha quedado claro a lo largo de este trabajo: se eligió a Altamirano en atención a “Su polifacética personalidad, su talento, su acendrado patriotismo y su clara conciencia de pertenecer a una de las generaciones ( la tercera) constructoras del país.”<sup>103</sup> Todo ello, continúa explicando la autora, había colocado a Altamirano como uno e los principales constructores de México en distintos ámbitos, entre ellos uno de los que más preocupó al guerrerense fue justamente el de la educación, primordialmente la educación primaria dirigida a las masas populares, tal como lo hemos venido explicando a lo largo de este capítulo.

Además de lo expuesto por la citada autora, es necesario considerar la posibilidad de que en la encomienda Porfirio Díaz rescataba a Ignacio Manuel Altamirano, al intelectual que años atrás había contribuido a difundir su imagen y que poco se le había dado. Esta idea puede verse reforzada con el hecho de que al poco tiempo de concluir esta primera encomienda oficial, el propio Díaz le asigna un cargo diplomático que le permite a Altamirano ver cumplido su sueño de vivir en Europa.

Al año siguiente de expedido el decreto, “Miguel Serrano recibió el encargo de viajar a Estados Unidos a comprar el mobiliario y el material para los gabinetes y laboratorios. A Enrique Laubscher se le encomendaron los trabajos de remodelación y construcción del edificio.”<sup>104</sup>

Y al fin, el 24 de febrero de 1887, con la asistencia del Presidente de la Republica acompañado de su gabinete y el Cuerpo Diplomático, se inauguró la Escuela Normal para Profesores. La ceremonia fue solemne y se llevó a cabo en sus propias instalaciones ubicadas en la calle Cerrada de Santa Teresa, hoy Licenciado Verdad. Martha Eugenia Curiel informa que la planta de profesores “ se integró con un profesorado de una calidad difícilmente superable; formaron parte

de él Ignacio M. Altamirano, Manuel María Contreras, Alfonso Herrera, Miguel Schultz, Ricardo Castro, Luis E. Ruiz y Manuel M. Flores entre otros.”<sup>105</sup> Todos ellos bajo la dirección del Profesor Miguel Serrano, quien había sido director de la Normal de Puebla.

La misma autora nos informa sobre el plan de estudios que se implantó el cual “constaba de 49 cursos en cuatro años, y dada la extensión del curriculum, para el año de 1892 se aumentó a 5 años el periodo de escolaridad.”<sup>106</sup>

Con la instalación de la Escuela Normal de Maestros de la ciudad de México, finalizaba con éxito otra lucha, tal vez la más importante, emprendida por Altamirano. Una lucha con la que ganaba un punto muy relevante a favor de la modernización del país. La Normal de Maestros era un logro que debía haberse ganado con mucha antelación. Pero lo realmente importante en aquel momento era trabajar para la pronta consolidación de la nueva institución educativa.

### **3.7. La Escuela Nacional Preparatoria**

Hagamos un poco de historia sobre la Escuela Nacional Preparatoria, cuya existencia está íntimamente ligada a la figura de Gabino Barreda, de quien hemos hablado brevemente líneas arriba. Para iniciar el tema es conveniente recordar que el 7 de diciembre de 1867 había entrado en vigor la Ley Orgánica de la Instrucción Pública en el Distrito federal, al amparo de ésta, y de conformidad con el artículo 8º, es que se creó la Escuela Nacional Preparatoria. Pareciera irónico que recién replegada la tiranía del imperio francés, el gobierno de Juárez importara y favoreciera la implantación el pensamiento francés en el campo de la educación. Sin embargo esto puede interpretarse a la luz de la obra de Altamirano como la necesidad de disciplinar al intelecto mexicano a la luz de los métodos más avanzados, sin que por ello el conocimiento tenga que encarnar en las experiencias del otro. Aquí, tanto como en el caso de la literatura, Altamirano diría que lo importante es adquirir el conocimiento para aplicarlo en el ámbito nacional.

Lo importante de todo esto fue que “Gabino Barreda tomó las ideas de Augusto Comte, uno de los más grandes pensadores del siglo y las hizo florecer, formándose la gigantesca colmena de San Ildefonso.”<sup>107</sup>

Por aquellos tiempos de reconstrucción se hacía indispensable que la educación contribuyera a sustentar el orden dentro de la libertad. El pensamiento de Gabino Barreda y el pensamiento de

los liberales en el poder coincidieron justamente en estas dos premisas. Expone Martínez Della Rocca que:

El orden debe ser impuesto. Esta será la función principal de los nuevos dirigentes. Estos nuevos dirigentes no pueden provenir ni del clero, ni de la antigua milicia, ni tampoco de los nuevos militares liberales. Estos nuevos dirigentes deben provenir de los sectores burgueses en formación, fundamentalmente de la clase media. Para lo que se hace indispensable brindar a esa clase una educación especial. Con el objeto de establecer las bases de dicha educación se llama al Dr. Gabino Barreda.<sup>108</sup>

Sin embargo no todo fue sencillo “Los viejos liberales vieron con malos ojos al positivismo y su introducción al seno liberal, y un grupo de jóvenes liberales criticaron a Barreda por incluir en el horizonte liberal al positivismo comtiano con el propósito de fortalecerlo, pues consideraban más conveniente la propuesta positiva de Hebert Spencer.”<sup>109</sup>

No obstante todos los empeños y los esfuerzos realizados porque la Escuela Nacional Preparatoria se consolidara Barreda en el año de 1878 dejó la dirección de la citada institución, los motivos, como suele suceder en muchos casos, respondían más a circunstancias de orden político. Afortunadamente para la educación del país las bases de la institución estaban suficientemente consolidadas y se pudo continuar impartiendo un tipo de educación que sería adoptado, posteriormente por la propia universidad.

De las pocas veces en que Ignacio Manuel hizo mención a la Escuela Nacional Preparatoria, una fue en 1880 y refería el hecho de que el Ministerio de Justicia había ordenado el cambio de texto de la clase de lógica. En la información publicada en *La República*, Altamirano hacía mención de un suelto titulado “Un paso atrás”, en el cual se abordaba la problemática desatada por la orden del ministerio en cuestión “de cambiar el texto que sirve hoy en la escuela Nacional Preparatoria en la clase de Lógica; como es sabido la magnífica obra de Bain es la adoptada por los profesores, como texto.”<sup>110</sup> El cambio propuesto era para el año siguiente en el que se pedía que se usara el texto de Tiberghin, del cual se decía “venía a echar por tierra todo el método filosófico que con tan buen éxito se ha seguido en la expresada escuela.”<sup>111</sup> Aun los que estaban de acuerdo con el suelto expresaba:

Nosotros nos alarmamos lo mismo que los alumnos de las escuelas nacionales y que los amantes todos del progreso científico que ven en este cambio un verdadero paso atrás, un triunfo para los enemigos de la filosofía moderna.

Cuando las naciones más cultas de Europa y América van adelante con sus estudios científicos, presentaríamos un triste ejemplo de atraso que no nos haría honor.<sup>112</sup>

En el contenido de la información anterior encontramos información valiosa para el caso de nuestra investigación: Altamirano coincidía con la teoría positivista. No podría haber sido de otro modo, a fin de cuentas el pensamiento y los ideales de Ignacio Manuel Altamirano y de Gabino Barreda eran convergentes, si cupiera alguna duda baste con reproducir lo que Barreda pensaba respecto de la necesidad de que los individuos sustentaran su comportamiento en la autosuficiencia que da el conocimiento:

No basta... con que el gobierno expida leyes que lo exijan, no basta tampoco con que se nos quiera aterrorizar con penas más o menos terribles o halagar con recompensas infinitas en la vida futura como lo hace la religión. Para que la conducta práctica sea, en cuanto cabe, suficientemente armónica con las necesidades reales de la sociedad, es preciso que haya un fondo más común de verdades de que todos partamos, más o menos deliberadamente, pero de una manera constante. Este fondo de verdades que nos han de servir de punto de partida debe presentar un carácter general y enciclopédico, para que ni un solo hecho de importancia se haya inculcado en nuestro espíritu sin haber sido antes sometido a discusión.<sup>113</sup>

Estas palabras de Barreda guardan relación con lo que Altamirano refería en su crónica publicada en enero de 1881 relativa al reglamento expedido por el ministro de Justicia en noviembre de 1880. El citado reglamento provocó la crítica. Ignacio Manuel Altamirano decía que después de leer las disposiciones del citado documento “se descubre que no fue un ánimo sereno el que lo dictó; palpita una cierta pasión en sus artículos... cualquiera diría que se trataba de legislar, no sobre una juventud bien educada, llena de dignidad y de decoro... sino sobre una turba desmoralizada e indómita, indigna de toda consideración”<sup>114</sup>

En verdad que no eran para menos las opiniones exteriorizadas, pues en atención a los artículos del citado reglamento bien podemos coincidir con Altamirano sólo para darnos una idea de lo exagerado de las disposiciones, apuntamos aquí algunos de los artículos reproducidos por el cronista:

ART.-Cuando el profesor no diese clase por no entrar en ella el debido número de alumnos, se pondrá a cada uno de los que no concurren cuatro faltas a la lista respectiva, y a los de gracia se les impondrá además una multa que no exceda de la cantidad correspondiente a cuatro días de la pensión que disfruten, a no ser que

justifique el alumno, a juicio del director, haberse encontrado en la imposibilidad de concurrir.

ART.- En las calles en está situadas las Escuelas Nacionales, habrá durante el día dos policías que vigilen la conducta de los alumnos y les impidan penetrar a los lugares donde puedan divagarse o prostituirse. La resistencia o los insultos a la policía serán castigados sin perjuicio de las personas que impongan los tribunales, con la expulsión perpetua de la escuela a la que pertenezca el alumno.<sup>115</sup>

Valgan estos dos para que el lector se dé cuenta de las exageraciones en las que incurría el ministro de Justicia, en verdad que al leer los artículos se imagina uno que se estipulan dado que los estudiantes de aquella época eran rebeldes y desobligados. Afortunadamente las palabras de Altamirano desmienten esta percepción cuando hacía pública su extrañeza a “esas disposiciones draconianas, que condenan a cada paso a expulsión perpetua, y aún a la cárcel, al joven alumno de las escuelas, cuyo freno único debe ser, en nuestro juicio, el pundonor, sin que haya necesidad de designarlo como víctima futura del corchete.”<sup>116</sup>

Desde luego que las inquietudes del periodista liberal provocaron en breve que otros periódicos se percataran del acontecimiento y se abrieran espacios en diversas publicaciones con el único y sano propósito de que se abriera una ventana a partir de la cual establecer la opinión para que, tanto las autoridades como la ciudadanía, tuvieran puntos de referencia que les permitieran tomar un posición en el asunto tratado.

### **3.8. La educación superior**

Hacia el año de 1833, siendo diputado al Congreso General, el Dr. José María Luis Mora participó muy intensamente en la reforma educativa la cual disponía, entre otras cosas, la abolición de la Universidad y de la mayoría de los colegios de la ciudad de México. Abolidos éstos se decretaba la creación de seis establecimientos que se encargarían de satisfacer la demanda de educación superior en la capital del país. Los establecimientos fundados respondían a las principales ramas de la educación científica y literaria tales como: estudios preparatorios, estudios ideológicos y humanidades, estudios filosóficos y matemáticos, estudios médicos, estudios de jurisprudencia y estudios sagrados. Asimismo se creó una Dirección General de la cual dependían los citados establecimientos y que atendía, además a la Academia de Bellas Artes, al Museo Nacional y a la Biblioteca Nacional.<sup>117</sup>

Aun cuando fueron pocas las oportunidades en que Ignacio Manuel Altamirano abordó la temática de la educación superior, en ellas imprimió una intensidad y una pasión semejante a la que le despertaba el tema de la educación primaria. En los volúmenes XV y XVI de sus Obras Completas el lector interesado podrá apreciar las opiniones que sobre la educación superior tenía nuestro autor. Por ejemplo en el artículo titulado *La clase de Elocuencia Forense en la Escuela N. De Jurisprudencia*, Altamirano hacía notar el entusiasmo que le producían el contenido de los discursos pronunciados por los alumnos de la citada Escuela. En ellos, aun cuando fueran pronunciados por jóvenes alumnos como formas de ensayar sus aptitudes, afirmaba: “se han sostenido tesis importantísimas, desde el punto de vista económico, y sobre las cuestiones ferrocarrileras que tanto agitan y preocupan a nuestra sociedad en el tiempo presente,”<sup>118</sup>

Respecto a la educación superior Altamirano manifestaba que ésta no debía ser sostenida por el gobierno. Comentaba que la práctica que se venía observando en este sentido respondía a las necesidades de la situación social por la que atravesaba el país. Refería también que este tipo de práctica se debía a la educación que había recibido México como pueblo conquistado. Advertía que tanto el gobierno federal en la capital, como los gobiernos estatales en su respectiva entidad, estarían condenados a seguir sosteniendo la educación superior, en tanto no hubiera una amplia decisión por parte de las empresas ricas de fundar universidades y centros científicos en los que se pudieran cultivar las ciencias contando con los elementos necesarios.<sup>119</sup>

Es importante retomar las ideas que Altamirano tenía sobre la educación superior, sobre todo porque, a diferencia de los otros niveles, consideraba que ésta debía ser auspiciada por la iniciativa privada, y aquí recalquemos que no proponía la creación de escuelas e institutos de educación superior por los particulares, sino que fueran los empresarios ricos los que las establecieran. En el trasfondo de esta propuesta podemos advertir la esperanza de que en el momento en que la iniciativa privada acometiera esta empresa, la educación superior cobraría mayor eficiencia y respondería a las necesidades reales del momento, además de que descargaría al gobierno de una responsabilidad que resultaba agobiante. Con esta propuesta se refuerza la idea de que Altamirano con frecuencia tocaba los peldaños de la utopía.

En 1870 en acto solemne, con el que se conmemoraba un aniversario más de la promulgación de la carta fundamental, se hacía también el acto de inauguración de la Academia de Ciencias y Literatura, de la cual Altamirano fue el primer vicepresidente. Durante ese mismo acto se

entregaron honores y reconocimientos a los alumnos de preparatoria y de profesional de las escuelas del Distrito Federal.

En su discurso Ignacio Manuel mencionó que respondiendo al espíritu de la Ley Orgánica de Instrucción Pública, promulgada en mayo de 1869, se creaba la Academia de Ciencias y Literatura, la cual tenía como propósito:

...fomentar el cultivo y adelantamiento de estos ramos, servir de cuerpo facultativo de consulta para el gobierno, reunir objetos científicos y literarios, principalmente los del país, para fomentar colecciones nacionales; establecer concursos y adjudicar los premios correspondientes, y establecer publicaciones periódicas, útiles a las ciencias, artes y literatura, y hacer publicaciones aunque no sean periódicas, de obras interesantes, aunque no sean nacionales.<sup>120</sup>

Además esta ley ordenaba en su artículo 58 que se buscara vinculación entre esta sociedad con otras de su clase, existentes en los estados de la república o en el extranjero. Con estas disposiciones, decía Altamirano que los legisladores mexicanos habían “elevado el estudio de la ciencia y de las bellas letras un rango de una nación culta.”<sup>121</sup> Seguía su discurso reconociendo que el pueblo de México, antes encadenado a la ignorancia, había emigrado y encontraba el camino de la ilustración para lo cual abría escuelas de instrucción primaria y secundaria, procurando así esparcir los conocimientos de todo género, salvaguardando así la libertad de la ciencia.

Al referir lo anterior, reconocía también, Altamirano, que en México la acción de academias como la que instituía en esa ocasión, se hacía indispensable para que nuestro país acelerara el paso por el camino de la ciencia que en Europa se había iniciado desde el siglo XVI. Con esta aseveración Ignacio Manuel reconocía que en México se vivía un atraso de tres siglos, los mismos que duró la colonia. Expresaba que las academias eran “hijas del espíritu humano moderno.”<sup>122</sup> Se aprestaba a reconocer que con sus acciones el gobierno republicano daba cumplimiento a lo establecido en la Constitución de 1857, sobre todo al establecer “la libertad de enseñanza, poniendo los estudios a la altura de la época, protegiendo liceos nacionales en los que se cultivan las ciencias y las artes en su más amplia extensión y, por último, creando la Academia de Ciencias y Literatura.”<sup>123</sup>

Ya casi para finalizar su discurso y sustentado en el pensamiento de Fontanelle, Altamirano hacía votos porque en la Academia de Ciencia y Literatura privara siempre la sencillez, que nunca se



hicieran ostentaciones de talento ni de ciencia, que nadie se empeñara en tener la razón y que siempre se estuviera en disposición “de ceder sin ninguna vergüenza; sobre todo, que ningún sistema domine con exclusión de otros y que se dejen todas las puertas abiertas a la verdad.”<sup>124</sup>

Como podemos observar, el pensamiento de Altamirano era de avanzada. Se advierte en él un pleno compromiso con el crecimiento del país sustentado en la instrucción pública y en el trabajo comprometido y desinteresado de los intelectuales entre los que debía privar la humildad, virtud que según el pensamiento de Altamirano los habría de conducir “a respetar el mérito dondequiera que lo encuentren, aceptar la verdad aunque tengan que buscarla fuera de su seno y que propagarán los conocimientos útiles entre las clases populares.”<sup>125</sup>

Antes de dar por concluido este capítulo se hace indispensable señalar que en su discurso, Ignacio Manuel Altamirano destacaba el hecho de que en México se había descuidado el estudio de la historia, sobre todo las de tiempos remotos y que por ese tiempo empezaba a llamar la atención de los antropólogos europeos. Instaba a los intelectuales mexicanos a que se interesaran por desentrañar los secretos de las civilizaciones antiguas de México. De hecho con estas palabras estaba Altamirano haciendo un llamado a construir el verdadero nacionalismo mexicano.

Si hacemos una recapitulación sobre el pensamiento de Altamirano en el ámbito educativo, encontraremos su sello muy particular. Fue un luchador incansable por que se elevaran los niveles educativos en México, pues en ello veía la puerta de entrada hacia el progreso y la modernidad. Pero no sólo luchó desde la tribuna periodística, él siempre fue un maestro en activo que tuvo la oportunidad de poner en práctica sus ideas en el aula. Su inquietud por estar enterado de los avances más significativos ocurridos en el mundo lo convirtió en un hombre culto sin llegar a la pedantería del erudito.

Como buen hombre de su época Altamirano ambicionó para México tiempos mejores. Respondía al sino de la modernidad, pero su idea de lo moderno se fundamentaba en el proceso educativo pues estaba seguro que a partir de una buena educación los mexicanos cobrarían conciencia de sí mismos y de su entorno, lo que redundaría en mejores ciudadanos encargados de promover el cambio que requería el país.

Por lo que respecta a la formación del magisterio, hemos podido apreciar su empeño por lograr que se fundara la Normal de Maestros con lo cual se logró unificar los criterios del proceso de enseñanza-aprendizaje, tan indispensables para sistematizar la educación.

Por último, para concluir este capítulo es necesario señalar que resalta a la vista la consistencia que Altamirano imprimió a sus planteamientos relativos a la educación, decimos esto en virtud de que, como hemos visto en los dos capítulos anteriores nuestro autor era dado a variar de opinión según las circunstancias con ello, reiteramos, no lo calificamos de incongruente, sólo indicamos que variaba de estado de ánimo cuando el comportamiento de los individuos no se modificaba. Seguramente que al abordar el mundo de la educación partía del hecho de que en gran medida la responsabilidad recaía en el profesorado el cual estaba obligado a prepararse de manera constante para infundir en los educandos un espíritu de superación constante.

## Referencias bibliográficas

1. Mora, José María L. **Obras Completas** vol. 2, México, SEP-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1986. p. 292-547.
2. *Ibidem*, p. 461.
3. *Ibidem*, p. 463.
4. Jiménez Alarcón, Concepción. "Algunas ideas de Altamirano sobre formación de profesores" en *Homenaje a Ignacio..., op. cit.*, p.115.
5. Idem.
6. En tres grandes incisos sintetiza Jiménez Alarcón el trabajo previo realizado por el guerrerense con el propósito de sustentar sus propuestas sobre educación: a) Un diagnóstico, para decirlo en términos modernos, de la educación de su tiempo, el cual gracias a su aguda capacidad crítica resultó objetivo y realista pues expresaba la necesidad de cambios urgentes en la educación elemental y popular y, sobre todo, en la formación de profesores. b) Precisó una concepción clara y consistente del proyecto de nación en proceso de construcción y, en consecuencia del tipo de ciudadano requerido; acorde desde luego, con el proyecto de país y de ciudadano concebido por el grupo liberal. c) Investigó los sistemas educativos, la formación de profesores y las teorías pedagógicas existentes en los países más avanzados. *Ibidem*, p.116.
7. Larroyo, Francisco. *Historia comparada de la educación en México*, México, Editorial Porrúa, 1986, p.220.
8. Bazant, Milada. *Historia de la educación durante el porfiriato*, México, El colegio de México, 1999, p.19.
9. Escobar Valenzuela, Gustavo A. *El liberalismo ilustrado de...* op. cit., p. 125.
10. Idem.
11. Luna Argudín, María. *Del culto católico al culto de la patria*. Artículo inédito, UAM-A,2001, p.5.
12. *Idem*.
13. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, *op. cit.* p.70.
14. Mora, José María Luis. *Obras Completas* volumen 2, *op. cit.*, p. 469.
15. Escobar Valenzuela, Gustavo A. *El liberalismo ilustrado de...* os. Cid., p. 127.
16. Larroyo, Francisco. Cit. por Escobar Valenzuela, Gustavo A. *Ibidem*, p. 297.
17. Mora, José María Luis. *Obras Completas* volumen 2, *op. cit.*, p. 460.
18. Escobar Valenzuela, Gustavo A. *El liberalismo ilustrado de...* op. cit. p.263.
19. Mora, José María Luis. *Obras Completas* volumen 2, *op. cit.*, p.463.
20. Mora, José María Luis. *Obras Sueltas*. México, Editorial Porrúa,1963, pp.61-63.
21. Mora, José María Luis. *Obras Completas* volumen 2, *op. cit.*, p. 463 Sobre la base de esta cita afirma con mucha razón Escobar Valenzuela que la educación eclesiástica de aquella época en

verdad estaba desarticulada de la realidad pues no estaba dirigida “a los ciudadanos, a los hombres que viven en una sociedad. La educación privativa del clero tiende a formar adeptos, feligreses y no ciudadanos.” Escobar Valenzuela, Gustavo A. El liberalismo ilustrado... op. cit., p.240

22. Mora, José María Luis. Obras Sueltas, op. cit., p. 520.
23. Bolaños Martínez, Raúl. “Orígenes de la educación pública en México” en Solana, Fernando, et all.(Coordinadores) Historia de la educación pública en México, México, FCE-SEP,1999, p.15.
24. Altamirano, Ignacio M. Escritos sobre educación tomo 1, Obras Completas volumen XV, p. 79.
25. Pérez Manzano, Antonio. Análisis breve de la educación en México, México, edición del autor, 1984, p. 38.
26. Talavera, Abraham. Cit. por Martínez Della Rocca, Salvador. Estado, educación y hegemonía en México, Editorial Línea, 1983, p. 48.
27. Bazant, Mílada. “La educación en la ciudad de México (1850-1900)” en Tovar de Arechederra y Mas, Magdalena. El corazón de una nación independiente, Ensayos sobre la ciudad de México volumen III, op. cit., p. 149. Mílada Bazant señala “que todos los proyectos políticos de la segunda mitad del siglo XIX consideraron que la educación era el medio más viable para lograr la unidad y el progreso del país.” Además indica que el Distrito Federal por ser la entidad más importante de la nación, siempre reportó el mayor número de escuelas instaladas y de alumnos inscritos. Así, pues, nos ofrece los siguientes datos, relativos al incremento del número de escuelas y de alumnos inscritos entre 1850 y 1900. De acuerdo a los datos ofrecidos por la citada autora podemos apreciar un considerable, aunque no del todo satisfactorio, incremento. Para 1850 las cifras reportadas ascienden a 146 escuelas con un total de 7, 781 alumnos. Diecisiete años más tarde, esto es en 1867, el número de escuelas había ascendido a 245, esto es 99 más que en 1850. Por lo que respecta a la inscripción apenas se reportaba 9,492 alumnos, o sea 1,711 más que el primer año de referencia, cifra que nos parece muy reducida, aunque es cierto que fueron los años de mayor desestabilidad social. Para 1878 se habían instalado 142 escuelas más y se atendía a 25, 546 alumnos. Ya para el fin del siglo, se habían instalado en el Distrito Federal un total de 536 escuelas y se daba instrucción a un total de 75,904 alumnos inscritos.
28. Pérez Manzano, Antonio. Análisis breve de... op. cit. p. 39.
29. Moreno y Kalbtk, Salvador. “El porfiriato. Primera etapa (1876-1901)” en Solana Fernando, et All. (Compiladores) op. cit., p. 41.
30. Bolaños Martínez, Raúl. “Orígenes de la...” en Solana Fernando, et all. (Compiladores) op. cit., p.23.
31. Pérez Manzano, Antonio. Análisis breve de... op. cit., p. 40.
32. Jiménez Alarcón, Concepción.”Prólogo”, Altamirano, Ignacio M. Escritos sobre educación tomo 1, Obras Completas volumen XV, p. 14.
33. *Ibidem*, p.16.

34. Vásquez, Josefina Z. Cit. por Martínez Della Rocca, Salvador. *Estado, educación y... op. cit.*, p.55.
35. Idem.
36. Mora , José Luis María. *Obras Sueltas. op. cit.*, p. 521.
37. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, op. cit., p. 116.
38. Luna Argudín, María. *Del culto católico al... op. cit* , p. 8.
39. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, *op. cit.*, pp. 115-116
40. *Ibíd*em, p. 60
41. Cit. por Bazant, Milada. Historia de la educación durante el porfiriato, México El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1999, p. 19.
42. Idem.
43. Jiménez Alarcón, Concepción. "Prólogo" *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** volumen XV, op. cit.,p. 16.
44. *Ibíd*em, p.17.
45. Altamirano, Ignacio Manuel. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** volumen XV, op. cit., p. 107
46. *Ibíd*em, p. 109
47. Alegría de la Colina, Margarita, "Culturas e identidades en el siglo XIX: reflexiones sobre el elemento indígena", en Granillo, Lilia (Compiladora) *Identidades y...op. cit.*,p. 139
48. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** volumen XV, op. cit., p. 61.
49. Idem.
50. Idem.
51. *Ibíd*em. P.62.
52. *Ibíd*em, p. 66.
53. Idem.
54. *Ibíd*em, p. 69.
55. *Ibíd*em, p.71.
56. Idem.
57. *Ibíd*em, p. 306.
58. Martínez de Castro, Antonio. "Memoria que el secretario de estado y el despacho de justicia e instrucción pública presenta al Congreso de la Unión en marzo e 1868. Fragmento referente a la instrucción pública" en Talavera, Abraham. *Liberalismo y Educación* Tomo II, México, SEP, 1973, p. 185.
59. Idem.

60. Altamirano, Ignacio M. Escritos sobre educación tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, *op. cit.* pp.307-308.
61. Pérez Manzano, Antonio. Análisis breve de...*op. cit.*,p 37.
62. Altamirano, Ignacio M. Escritos sobre educación tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, *op. cit.*, p. 42.
63. *Ibidem*, pp. 40-41.
64. *Ibidem*, p. 49.
65. Pérez Manzano, Antonio. Análisis breve de...*op. cit.*, p. 36.
66. *Ibidem*, p. 37..
67. Bazant, Milada. "La educación en la ciudad..." en Tovar de Arechederra, Isabel y Mas, Magdalena. El corazón de una... Ensayos sobre la... vol. III, *op. cit.*, p. 144.
68. Altamirano, Ignacio M. Escritos sobre educación tomo 1, **Obras Completas** vol .XV *op. cit.*, pp. 60-132.
69. *Ibidem*. p. 72.
70. *Ibidem*, pp.72-73.
71. *Ibidem*, p. 73.
72. .Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** Vol. VIII, *op. cit.* pp.12-13.
73. Raat, William. El positivismo durante el porfiriato (1876-1910), México, SEP, 1975, p. 15.
74. Moreno Kalbtk, Salvador. "El porfiriato, primera..." en Solana, Fernando, et all. Historia de la... *op. cit.*, p. 43.
75. *Idem*.
76. Raat, William. El positivismo durante...*op. cit.*,p.13.
77. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, *op. cit.*, p. 62.
78. Cortés Hernández; Valeria S. La educación en el... *op. cit.* p. 5
79. *Ibidem*. p.11.
80. Jiménez Alarcón, Concepción. La Escuela Nacional de Maestros. Sus orígenes. México; SEP, 1987, p. 96.
81. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, *op. cit.*, p. 222.
82. *Idem*.
83. *Ibidem*, p. 63.
84. *Ibidem*, pp. 131-132.
85. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** volumen IX, *op. cit.*, p. 31.
86. Altamirano, Ignacio M. Escritos sobre educación tomo 1, **Obras Completas** volumen XV, *op. cit.*, p. 132.
87. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas** volumen IX, p. 28.

88. Altamirano, Ignacio M. Crónicas tomo 1, Obras Completas volumen VII, op. cit., p. 176
89. Altamirano, Ignacio M. Discursos y brindis, Obras Completas volumen I, op. cit., p. 233.
90. Idem.
91. Ibídem, p. 234.
92. Altamirano, Ignacio M. Escritos sobre educación tomo 1, Obras Completas volumen XV, op. cit., p. 107.
93. Ibídem, pp. 120-122.
94. ibídem, p. 123.
95. Ibídem, p. 311.
96. Ibídem, pp. 311-313.
97. Ibídem, p. 123.
98. Ibídem, p. 114.
99. Ibídem, p. 117.
100. Jiménez Alarcón, Concepción. La Escuela Nacional... op. cit., p. 49.
101. Altamirano, Ignacio M. Escritos sobre educación tomo 2, Obras Completas volumen XVI, p. 162.
102. Jiménez Alarcón, Concepción. La escuela Nacional... op. cit., pp. 89-90.
103. Ibídem, p. 80.
104. Ibídem, p.90.
105. Curiel Méndez, Martha E. "La educación normal" en Solana, Fernando, et all. Historia de la... op. cit., p.432.
106. Idem. Para más detalle sobre este tema particular es recomendable consultar el libro *La Escuela Nacional de Maestros. Sus orígenes*, de Concepción Jiménez Alarcón , concretamente de la página 169 a la 205.
107. Sierra, Justo. Cit. por González Cárdenas, Octavio. *Los cien años de la escuela Nacional Preparatoria*, México Editorial Porrúa, 1972, p. 30.
108. Martínez Della Roca, Salvador. *Estado, educación y...* op. cit. pp.61-62.
109. Cortés Hernández, Valeria S. *La educación en el...*, op cit. 49.
110. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, op. cit., p. 133.
111. Idem.
112. Idem.
113. Barreda, Gabino. Cit. por Talavera, Abraham. *Liberalismo y educación...* op. cit., p. 223.
114. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación* tomo 1, **Obras Completas** vol. XV, op. cit., p.143.
115. *Ibídem*, pp. 140-141
116. *Ibídem*, p. 144.

117. Heredia Correa, Roberto. "*Presencia de los clásicos en dos educadores: Mora y Manguía*", en *Humanismo y ciencia en la formación de México*, México, El Colegio de Michoacán-CONACYT, 1984, p. 276.
118. Altamirano, Ignacio M. *Escritos sobre educación tomo I, Obras Completas* vol. XV, *op. cit.* p 176.
119. *Ibidem*, pp.236-241.
120. Cit. por Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas* vol. I, *op. cit.*, p. 213.
121. *Ibidem*, p. 214.
122. *Ibidem*, p.217.
123. *Idem*.
124. *Ibidem*, pp. 220-221.
125. *Ibidem*, p. 221.



## CAPITULO CUARTO

### LA CIUDAD DE MÉXICO: UN LUGAR PARA VIVIR

#### 4.1. La llegada a la capital

Ignacio Manuel Altamirano decidió trasladarse a la ciudad de México para continuar con sus estudios. Habían quedado atrás los años de formación transcurridos en el Instituto Literario de Toluca, donde se había templado el carácter del joven indígena y se le había abierto un panorama que le permitía fijar, con claridad, las metas que quería alcanzar. Llegaba a la gran capital con el espíritu henchido de pensamientos de superación y progreso. Lo inspiraba un genuino deseo de ganarse un espacio y de forjarse un nombre entre los intelectuales de su época. Ignacio Manuel Altamirano, el indígena nacido en Tixtla en el año de 1834, vio coronados con éxito todos sus ideales. Encontraba inspiración en la figura de su maestro Ignacio Ramírez y, seguramente, en las ideas de los viejos liberales como Mora quien, según lo manifiesta Escobar Valenzuela, consideraba que:

Los errores del hombre provienen de un pasado lleno de injusticias y tinieblas, para corregir esos errores es necesario aumentar la suma del saber, esforzarse en pro de la cultura y crear una sociedad sin privilegios que promueva la paz y la prosperidad. El progreso tiene por resultado la transformación de un sistema social más excelente. La humanidad ha estado avanzando constante, continua e inevitablemente hacia una civilización siempre mejor, proceso que seguirá por tiempo indefinido. A través de esta perfectibilidad, de este progreso, el hombre podrá crearse una vida mejor en la tierra.<sup>1</sup>

La primera ocasión en que Altamirano escribió sobre la capital de la república quedó registrada en su crónica titulada "*Los caminos de México. De Toluca a México*",

publicada en el año de 1883. En ella el cronista relataba que era el año de 1851, y que siendo estudiante del Instituto Literario de Toluca, se le presentó la oportunidad de viajar, por primera vez, a la ciudad de México. En aquella época, informaba, el país vivía un periodo de paz relativa, pues no era ni completa ni duradera. La reminiscencia vertida en su crónica muestra la ilusión que despertó el primer viaje. Así lo relató el cronista: "Yo era casi un adolescente, mi compañero tenía más edad; ambos hacíamos nuestro primer viaje a México con una curiosidad voraz de conocer tamaña maravilla que nos pintaban como una gloria los que habían tenido la fortuna de conocerla."<sup>2</sup> Por desgracia no relató en ninguna otra crónica la impresión que tuvo al llegar a la ciudad.

Tres años después, esto es en 1854, Altamirano se traslada a la ciudad de México con la intención de instalarse en ella para continuar sus estudios, pero su propósito se vio frustrado porque se enlistó para ir al frente de batalla y luchar por la salvaguarda de los principios liberales que ya habían incubado en lo más íntimo de su conciencia. La revolución de Ayutla fue un movimiento encabezado por don Juan Álvarez e Ignacio Comonfort en el que participó la generación formada al influjo de los reformistas de 1833. A todos ellos los unía el anhelo de acabar con la tendencia centralista y luchar por conducir a México a la etapa de la modernidad. Como resultado de este movimiento Santa Anna fue derribado del poder y desterrado en agosto de 1855.<sup>3</sup>

Terminada la citada revolución que "significó el triunfo del mestizo sobre el criollo"<sup>4</sup>, Ignacio Manuel se reinstaló en la ciudad de México en 1855 y en diciembre de ese mismo año dirigió una carta al Ministerio de Justicia, Negocios Eclesiásticos e Instrucción Pública para solicitar que se le diera un lugar de gracia en el Colegio de San Juan de Letrán. En la misiva exponía que había abandonado su carrera literaria por haber sentido la necesidad de participar en la citada revolución libertadora. Con su petición Altamirano, además de hacer patente su filiación liberal, reclamaba el derecho de seguir con su formación intelectual.<sup>5</sup> El solicitante fue escuchado y aceptada su solicitud. Para el año de 1856 Ignacio Manuel Altamirano ya se encontraba inscrito en la Academia de San Juan de Letrán y cursaba el primer año de Jurisprudencia. Además de realizar sus estudios, incursionó de lleno en la vida capitalina.<sup>6</sup>

Es pertinente advertir que en esa carta Altamirano apunta el hecho de haber abandonado su carrera literaria, es muy probable que dicha denominación haya sido más un modismo de la época, pues en realidad no había una carrera específica que formara literatos.

#### **4.1.1. Una ciudad en expansión**

En otro orden de cosas, la extensión de la ciudad de México parecía que empezaba a resultar insuficiente para dar cabida a sus habitantes, por lo cual acusaba una tendencia a extenderse, aun a costa de invadir las tierras de los indios. Sobre todo crecían de prisa las zonas de la Rivera de San Cosme y San Juan.<sup>7</sup> El crecimiento de la capital era un hecho inaplazable, los años que van de 1857 a 1859 marcaron el momento de expansión y modernización. Existen constancias de que el Ministerio de Fomento dio las concesiones para la formación de colonias como la de los Arquitectos, la Barroso y la Santa María. De manera concreta consta en expediente fechado en 1858 “una solicitud del Arquitecto Manuel Delgado en la que pedía al Ayuntamiento la apertura de un callejón cerrado para dar comunicación a la colonia que estaba formándose en la Rivera de San Cosme”.<sup>8</sup> La colonia a la que se hacía alusión quedaba a espaldas de la Casa de los Mascarones y era la Barroso que posteriormente se unió a la de Santa María por las calles de Ciprés.<sup>9</sup>

No podemos dejar de mencionar que con las tendencias a la expansión, se produjo también un fuerte aumento al precio de la tierra: “los fraccionamientos que después se convirtieron en colonias contribuyeron a delinear una nueva traza urbana y también estilos y usos del espacio diferentes con respecto a los que imperaban hasta mediados de siglo.”<sup>10</sup>

No obstante que la ciudad acusaba una marcada tendencia a extenderse, la información ofrecida por García Cubas<sup>11</sup> relativa al lento crecimiento de la población capitalina pareciera entrar en contradicción. Aunque no es así necesariamente aunque están estrechamente vinculados. En efecto si comparamos datos entre las poblaciones de aquellos tiempos podremos observar que el incremento era lento respecto de algunas capitales de América Latina y no se diga de Europa.

García Cubas explicaba que el lento crecimiento se debía fundamentalmente a las enfermedades reinantes en la capital, derivadas éstas de la insalubridad. Agregaba que las enfermedades se producían porque las autoridades no tomaban las medidas indispensables para combatir la falta de higiene. Entre los once aspectos a corregir señalados por el autor destacaban los siguientes: el del desagüe; el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase menesterosa; acabar con acequias y pantanos que representaban verdaderos focos de infección; acabar con los muladares existentes en los suburbios; la necesidad de contar con un adecuado abastecimiento de agua; se hacía indispensable sacar hospitales y panteones del centro de la ciudad.

Al llegar a vivir en la capital Ignacio Manuel Altamirano se encontró con una ciudad que albergaba a doscientos mil habitantes; encerrada entre trece garitas y dividida en ocho cuarteles mayores, treinta y dos menores, doscientas cuarenta y cinco manzanas, trescientas cuatro calles, ciento cuarenta callejones, doce puentes, noventa plazas y plazuelas y doce barrios. Para 1862 se había incrementado a doscientos diez mil habitantes, en 1877 a doscientos treinta mil y en 1884 a trescientos mil.<sup>12</sup>

Como queda apuntado por diversas fuentes, hacia mediados del siglo XIX, la capital del país era una ciudad que padecía infinidad de problemas. En 1864 Juan N. del Valle<sup>13</sup> aporta datos reveladores en cuanto al estado que guardaban los servicios públicos de la capital. Por ejemplo, del total de calles que hemos señalado, este autor indicaba que sólo dieciocho contaban con banquetas y empedrados que pudieran considerarse en buen estado. Este dato sirve para hacernos una idea de las condiciones que prevalecían en la ciudad de México que siendo la más importante del país necesitaba un impulso importante para tratar de emular otras que en el extranjero presentaban un verdadero avance hacia el progreso.

Por lo que respecta al comercio que se realizaba en la capital, Orozco y Berra<sup>14</sup> apuntaba que por aquellos años la ciudad de México contaba con 339 tiendas, 397 tendejones, 318 pulquerías y 179 carbonerías. En cuanto a las fábricas, indicaba que existían 53 de chocolate, 53 de velas y 46 de sombreros.

A querer y no, vivir en la ciudad de México representó un reto para el joven Altamirano. Las condiciones de vida eran muy distintas a las que ofrecía Toluca, capital del estado de México y que representaba el más cercano referente de vida

ciudadina para el tixtleño. Desenvolverse en la gran capital del país por fuerza tenía que haber sido distinto. No obstante las dificultades, para un joven con grandes ambiciones intelectuales y esperanzas de progreso personal como las que abrigaba Altamirano, los retos y dificultades no representaban ninguna restricción. Todo era poco con tal de conseguir las metas establecidas. Así pues Ignacio Manuel Altamirano pronto hizo suya la ciudad de México, pero resulta notorio el hecho de que la ciudad de México le fue importante, pero sólo como escenario, nunca como un actor. Altamirano informó en reiteradas ocasiones los cambios que se le hacían a la capital, pero lo hizo más para hacer notar los beneficios que aportaban dichas iniciativas a los capitalinos. Como ejemplos podemos mencionar los Baños Pane en Chapultepec; el primer café cantante instalado en el centro; la remodelación de *El Iturbide*. De todos ellos hablaremos con mayor detalle.

#### **4.1.2. Destruir lo tangible para construir lo intangible.**

Para los gobiernos liberales de la segunda mitad del siglo XIX mexicano la destrucción pretendían modernizar la fisonomía de la ciudad. Para ello se emitieron decretos que disponían la afectación de conventos, iglesias y algunos otros edificios. Pero conjuntamente con la destrucción arquitectónica que pretendía acabar con el predominio de la Iglesia, en el pensamiento liberal subyacía un afán modernizador y con él un cambio de conciencia de los mexicanos. Sobre este tema afirma María Dolores Morales que:

El Estado liberal, al asumir su nuevo papel regulador sobre la totalidad del espacio, finalmente liberado de las manos corporativas, tuvo como nunca antes la oportunidad de sujetarlo a un nuevo orden que destruyera el viejo y expresara a la naciente sociedad secular una nueva fisonomía urbana que abatiera el paisaje tradicional.<sup>15</sup>

Los liberales, puros y moderados, buscaban conducir al país por el camino del progreso, amparados en estos ideales trataron de dar cumplimiento en la medida de lo posible, tanto en el plano material como en el espiritual, a las aspiraciones que les fijaba su partido. Inspirados en las doctrinas liberales los gobernantes apuntaron sus

esfuerzos hacia el logro del progreso, considerando que para cambiar los rumbos de un país como México abatido por varios siglos de ignorancia era necesario promover acciones tendientes a provocar cambios que paulatinamente hicieran de los mexicanos un pueblo con plena conciencia de que sólo de manera conjunta y con armonía se podría crear la verdadera identidad nacional. Para lograr todo esto se hacía necesario combatir la ignorancia y acabar con los grandes mitos propiciados por la Iglesia.

Mucho favoreció a los propósitos liberales el debastamiento del poder de la Iglesia, el cual se dimensionaba tanto en lo religioso como en lo político. De hecho desde los primeros años de vida independiente el sector eclesiástico generó acalorados debates entre los sectores políticos nacionales. De una parte los conservadores “que creían que toda reforma a la iglesia o a sus privilegios sociales era un ataque a los dogmas religiosos.”<sup>16</sup> Los liberales entre tanto, como principal postulado proponían la igualdad de los ciudadanos ante la ley “para lo cual era indispensable abolir las órdenes o estamentos, y entre ellos el fuero eclesiástico... suprimir el diezmo y secularizar los bienes eclesiásticos, estas dos medidas fomentarían la agricultura y con los fondos recaudados con la venta de las rurales de la iglesia se podría pagar la deuda pública.”<sup>17</sup>

Se han señalado dos momentos en el desarrollo del liberalismo mexicano, para efectos de lo que aquí estamos tratando nos resulta de interés destacar el caso del segundo liberalismo porque fue éste quien se vio obligado a separar la Iglesia del Estado.<sup>18</sup> De no haberse logrado la separación de la Iglesia y el Estado no se hubiera podido avanzar en la modernización social de los habitantes ya no sólo de la ciudad de México, sino del país entero.

Pronto se pusieron en práctica las acciones tendientes al cambio. Para el año de 1856 el poder de la Iglesia se ve afectado con la proclamación de la Ley Lerdo, la cual consideraba que para movilizar la riqueza pública era indispensable atacar todo tipo de propiedad corporativa tanto eclesiásticas como civiles. Este mismo año marca el inicio de las principales transformaciones a la traza urbana de la capital.

El presidente Ignacio Comonfort giró la orden de que se abriera la calle de Independencia. Con este decreto se partía en dos el enorme predio del Convento de

San Francisco.<sup>19</sup> La medida fue tomada por el presidente de la República para acabar con el foco de conspiración detectado en el citado convento. La recién abierta calle se llamó así, Independencia, porque el decreto había surtido efecto justamente el 16 de septiembre.

En los primeros años de su estancia en la ciudad de México el joven Altamirano vivió de cerca, y tal vez con beneplácito, la demolición de varios edificios con el objeto de abrir y ampliar calles que dieran una mejor traza a la retícula de la capital. En ocasiones, por desgracia, fueron demolidos, según el juicio de conocedores, recintos tan valiosos como la capilla del Rosario y las bardas del atrio del Convento de Santo Domingo, todo ello con la finalidad de abrir, en su costado poniente, la calle de Leandro Valle, que de conformidad con la opinión de muchos, era una calle inútil.

Por aquel tiempo, también se demolió la capilla de los Servitas para dar paso a una calle. La calle de Lerdo (hoy de La Palma) se abrió al derribarse el Convento de Capuchinas. “A través del Convento de la Concepción se abrió la calle de Progreso hoy República de Cuba; al costado de la iglesia de San Bernardo se trazó la Calle de Ocampo; el Convento de San Fernando, al demolerse, sirvió para abrir la calle de Guerrero; el templo de San Andrés, para formar la calle de Xicoténcatl y el oratorio de San Felipe de la Profesa, para ampliar la calle de 5 de Mayo.”<sup>20</sup>

También por ese tiempo se demolieron las capillas de Talabarteros ubicadas en la plaza del Marqués, y la del Calvario que se encontraba en lo que hoy es avenida Juárez. También se ordenó demoler el acueducto de San Cosme que iba desde San Fernando hasta la Mariscala y el Arco de San Agustín.<sup>21</sup> Las leyes de desamortización marcan el inicio de nuevas concepciones, de tiempos diversos en los que la propiedad del suelo produce un tipo de relación distinto al que hasta esos tiempos se venía produciendo. Para la ciudad de México el acontecimiento fue de crucial importancia. Independientemente de que las disposiciones legales permitieron la adjudicación de la propiedad a nuevos propietarios “al fraccionar los bienes de la Iglesia también se contribuyó a romper el casco urbano delimitado por conventos, iglesias, huertas.”<sup>22</sup>

Ante el hecho irrevocable de la destrucción de los conventos de la ciudad de México, Altamirano llegó a hacer la reflexión de que de haber permanecido esos conventos, de

no haberse abierto calles donde antes había capillas y celdas, con la intervención y con el segundo imperio se habrían vuelto a poblar y las condiciones que prevalecían antes de la Reforma habrían recobrado su *statu quo*. Más allá del hecho físico que representa la demolición de edificios, subyace, se advierte en el tono de Altamirano, un especial interés por hacer notar que el presidente Juárez no tendría porque ser reconocido por tomar medidas puesto que no era él sino gente de su equipo los verdaderos artífices de los cambios. Hacía el señalamiento de que cuando se trató de Las Leyes de Reforma “Juárez entonces consintió en poner su firma al pie de esos proyectos atrevidos y progresistas... Así que Juárez habló con Lerdo el lenguaje de la Reforma”<sup>23</sup>. Reconocía el valor que Ramírez había tenido cuando, integrado al gabinete de Juárez, había mandado destruir los conventos de frailes y de monjas. Como podemos deducir Altamirano revaloraba las acciones desatadas de las Leyes de Reforma en virtud de que habían sido miembros de su grupo los que las habían ideado y llevado a cabo, en este caso muy concreto nos referimos a Ramírez.

Sin duda que los cambios experimentados en cuanto a planta urbana fueron profundos y dieron pie a transformaciones importantes de la ciudad de México, no obstante, y como actitud de protesta “muchas personas -según se cuenta- evitaron transitar durante un cierto tiempo por las calles recién abiertas a través de los conventos; también se dilató la llegada de nuevos habitantes y compradores a estas nuevas zona, debido al temor y respeto que les imponía su uso anterior.”<sup>24</sup>

Por aquel tiempo, tal vez muchos habitantes de la ciudad de México no se detuvieron a pensar que las corporaciones eclesiásticas eran propietarias del 38.52% del valor de la ciudad y esto sin considerar que además poseían el “40% del valor de las casas citadinas, 75 edificios religiosos que ocupaban una gran extensión del área urbana, cuyo valor no se consideró por estar exentos del pago de contribuciones.”<sup>25</sup>

Todos estos porcentajes habrían de modificarse a partir de la promulgación de las leyes de desamortización. María Dolores Morales nos ofrece los porcentajes y las cifras exactas que revelan las variaciones producidas en cuanto a la propiedad urbana en la ciudad de México se refiere. Los cambios que nos muestran los datos se produjeron en tan sólo un lapso de 16 años:

El sector de la Iglesia que en 1848 concentraba el 38.52% del valor de



la ciudad, en 1864, al destruirse su monopolio sobre la propiedad, conservó sólo el 0.18% habiendo perdido 1 634 fincas por valor de \$17 390 605.00.

Por su parte los particulares que en 1848 poseían el 54.30% del valor de la propiedad, concentraron en 1864 casi la totalidad ( 99%); sus fincas aumentaron en 76% pasando de \$24 362 052.00 a \$43 476 318.00 y el número de propietarios tuvo un incremento importante teniendo oportunidad a acceder a la propiedad 1 010 nuevos miembros.<sup>26</sup>

Los cambios que se experimentaron en el padrón de la propiedad urbana, sobre todo en lo que respecta a casas de alquiler, trastocó la relación que los inquilinos guardaban con sus arrendadores, pues a diferencia de la Iglesia, los particulares estaban más preocupados por obtener cada vez más ganancias.

#### **4.1.3. La capital de México ¿una ciudad segura?**

Ya entre los primeros liberales prevalecía la conciencia de que era necesario brindar seguridad a los habitantes de la ciudad de México y del país entero. Reconocían los liberales puros que la seguridad era uno de los derechos individuales y por tanto, decían, era indispensable que el Estado la garantizara. El Dr. Mora había llegado a calificar de despótico al Estado que fuese incapaz de garantizar libertad y seguridad a los ciudadanos. Afirmaba también que para salvaguardar sus derechos, el hombre que se congrega para vivir en sociedad siente la necesidad de que exista una fuerza pública organizada.

De 1848 a 1851 abarcó el período presidencial de don José Joaquín Herrera, durante esta gestión se marcaron varias políticas tendientes a la seguridad de la población de la capital del país. La gran incidencia de criminalidad que se registraba por aquel entonces en la ciudad de México ocasionó que se elevara una proposición para el establecimiento de un cuerpo de policía con el cual garantizar la tranquilidad de los capitalinos. Jorge Nacif Mina informa que como parte del mencionado programa se conformó un cuerpo de policía, el cual quedaba constituido por dos secciones: “la de los oficiales de policía y la de los guardias municipales, la planta de integrantes de

este cuerpo fue de un jefe de policía, dos primeros agentes, un tercer agente, un cuarto agente, un quinto agente, ochenta y un oficiales, ochenta guardias de pie y veinte caballos”<sup>27</sup> Este cuerpo tenía la encomienda de resguardar la seguridad, el orden y el aseo de la capital. Por tanto los oficiales de policía y guardia que, como hemos apuntado hacían un número total de 161 tenían obligación no sólo de vigilar y controlar el orden en las calles, sino también en el Palacio Municipal, las cárceles y los hospitales.

Para 1853, siendo presidente de la República Antonio López de Santa Anna se decretó la supresión de las ocho prefecturas de policía y se creó en su lugar una superintendencia de policía que dependía del gobernador del Distrito Federal. Dispuestas así las cosas, para 1855 se reglamentó esta organización quedando establecido que el superintendente debía “proteger a la población y mejorar el servicio público de policía, así como elaborar un censo general de población formar el catastro de los 32 cuarteles de la ciudad y asegurar la salud pública de los habitantes de la capital”.<sup>28</sup> Como se puede observar el superintendente resultaba ser un funcionario con innumerables obligaciones establecidas en los 23 artículos del “Reglamento sobre los Deberes y Atribuciones del Superintendente de policía de la Municipalidad de México”. Este reglamento refleja el interés que por aquel tiempo se mostraba por actualizar las condiciones de vigilancia para garantizar la seguridad y el orden en la capital del país. Nacif Mina agrega que las ideas que se plasmaron en este reglamento representan la síntesis de muchas ideas que se fueron incubando desde la época colonial y puntualiza que:

...el precepto de policía, engloba muchos puntos y acciones dentro de un gobierno, desde los elementos administrativos de los ciudadanos, es decir ase, orden en algunos lugares públicos, vigilancia en las obras, etc., hasta la formulación de decretos para formular cuerpos especializados en la seguridad, propiamente dicha, de los ciudadanos pasando por aquellos grupos de civiles que también se crearon en los momentos de crisis”<sup>29</sup>

Amparados de nueva cuenta en la información proporcionada por Nacif Mina podemos entender que como en muchos ámbitos de la vida capitalina, la policía no podría haberse salvado de las consecuencias que provocaban los altos y bajos de la

política nacional. Así pues, muchos fueron los cambios y las interpretaciones que se le pudieron dar a los reglamentos que marcaban el orden y la seguridad de la ciudad de México. En el año de 1857 se estableció en la capital un cuerpo de policía al que llamaron "Guardia de Seguridad". Este cuerpo, conformado por 40 elementos, estaba compuesto por celadores que eran los encargados de vigilar los cuarteles y las manzanas.

En el año de 1861 se creó en la ciudad de México la Inspección General de Policía. A mediados de ese mismo año se reglamentó la portación de armas, y en 1862 se emitió un bando sobre bomberos, gracias al cual se creaba un grupo de "zapa y bombeo", ello con la finalidad de verdaderamente ayudar en los casos de incendio. Durante el segundo imperio, Maximiliano emitió un decreto el 26 de marzo de 1864 con el cual se sentaban las bases para organizar la policía preventiva y en noviembre de 1865 se expidió una ley que disponía que

...los alcaldes de los ayuntamientos debían encabezar el cuerpo denominado Guardia Municipal de policía, encargado del tránsito, la limpieza y alumbrados públicos, la seguridad, la vigilancia de pesos y medidas, el servicio contra incendios, el ornato y conservación de edificios públicos, el urbanismo, la represión de la mendicidad y la vagancia y conservar la moral pública.<sup>30</sup>

Al parecer estas disposiciones siguieron funcionando aun después de caído el Imperio, pues no hay noticia de que se emitiera un nuevo reglamento de este tipo hasta el año de 1872, consecuentemente, desde 1865 la ciudad de México que se hallaba dividida en nueve cuarteles, quedó al cuidado de un comisario central que despachaba en el Palacio Municipal, "en tanto que los Comisarios de Cuartel, auxiliados por un secretario-escribiente, un inspector de policía de primera, otro de segunda, otro de tercera, 3 cabos y 22 guardas, despacharían en oficinas en las que al mismo tiempo vivirían, colocando en la parte exterior un farol de color encarnado y en los costados escritas con letras blancas las palabras Comisaría de Policía y el número del Cuartel."<sup>31</sup>

Hacia el mes de octubre de 1867, en tanto que el gobierno desplegaba todos sus esfuerzos en atender la acción electoral, en la ciudad de México así como en los caminos que llevaban a distintos rumbos de la República, se dejó sentir una epidemia

de ladrones. De los acontecimientos provocados por esta epidemia los periódicos llevaban las estadísticas que resultaban, en verdad, alarmantes. En referencia específica a lo acontecido en la capital, Altamirano, con un alto grado de ironía, expresó lo siguiente:

En esta ciudad, centro de la civilización mexicana, flor y nata de las capitales, y en donde es fama que existen autoridades dotadas de segunda vista para los ladrones, los robos han sido frecuentes, y el asalto en las calles ha rivalizado en audacia con el asalto de las carreteras. No parece sino que autoridades y aguilitas y serenos se preocuparon de tal manera con la cuestión electoral (en la que ciertamente lo han hecho bien), que se olvidaron que había algunas otras cosas que cuidar para cumplir con su misión. Parece entonces que estamos en nuestro derecho para despertar de su sopor al sereno, de su distracción al aguilita y de su profunda meditación al gobernante, para decirle que la policía no tiene precisamente necesidad de olvidar su oficio, y que debe hacerlo bien en todos sus asuntos.<sup>32</sup>

Para dar respuesta a las inquietudes provocadas por la inseguridad que se vivía en la capital se conformó, “sin muchos trámites una ‘Inspección de Policía’, que podía utilizar para sus funciones a toda la fuerza armada de policía, de infantería y de caballería, así como a los guardias diurnos y nocturnos, con ésto se le dio un aspecto más de fuerza a los grupos policiales, más para militar que de simple vigilancia”.<sup>33</sup>

A finales de 1870 habría de aprobarse un nuevo reglamento que estipulaba las funciones y las responsabilidades de los celadores de policía. Al parecer después de esta fecha no hay datos de importancia que testimonien cambios en cuanto a policía se refiere. No es sino hasta 1879 cuando el presidente Porfirio Díaz reconoció que “Los constantes esfuerzos del Ejecutivo, por garantizar la seguridad pública, no ha bastado, por desgracia, para impedir la consumación de algunos crímenes escandalosos que han tenido lugar últimamente, produciendo una justa alarma en la sociedad”.<sup>34</sup> En el mismo mensaje, anunció también que el ejecutivo “atendiendo a la seguridad pública en el Distrito Federal, se ocupaba de organizar la policía montada”.<sup>35</sup>

## **4.2. La ciudad de México. Su clima y sus lugares**

### **4.2.1.El clima de la capital**

Desde siempre el clima de la ciudad de México ha sido benigno, sin grandes cambios que dieran sorpresas desagradables a sus habitantes. Resulta obvio que con el transcurrir de las estaciones del año los ciclos naturales provoquen cambios de climas y éstos, a su vez, de los ambientes y entornos. Cada temporada del año, por lógica, ocasionará que los habitantes de cualquier localidad perciban su entorno de manera distinta. Cada país, cada estado, cada ciudad o pueblo se aprecian distintos según las condiciones climatológicas prevalecientes. Así, cualquier apreciación que pudiéramos leer relativa al clima y a las estaciones del año, sin duda estarán matizadas por las particularidades psicológicas de los estados de ánimo de los relatores y de conformidad con las condiciones económicas y sociales que viva cada individuo. Así pues, Altamirano plasmó en sus escritos una versión muy propia sobre el clima de la ciudad. En los relatos del periodista, el lector encontrará variaciones de ánimo y, consecuentemente, apreciaciones que en ocasiones pudieran parecer contradictorias y aun exageradas.

En sus colaboraciones periodísticas Altamirano abordó el tema del clima de la ciudad de México. Refería que era un clima variable en el cual los días podrían ser muy variables, por ejemplo, en pleno abril se llegaban a presentar días con un clima característico de los meses de diciembre o enero. Al llegar la primavera, los jardines de la ciudad de México cobraban nueva vida. Lo mismo ocurría con sus praderas, sus colinas. Ignacio Manuel Altamirano, no podía menos que entusiasmarse al relatar hasta el último detalle los paisajes. Más allá de lo ostensible, el periodista encontraba deleite en las cosas más sencillas y le gustaba fijarse en las capas de verdor que durante este tiempo daban en aparecer en las paredes de los edificios rústicos de la ciudad.

Advertía que en la primavera la atmósfera de la capital era caliente y el sol abrasador.

El calor agobiaba a los capitalinos de manera tan inclemente que obligaba a muchos a salir en busca de sombra y frescura en los campos, o en los pueblitos que rodeaban al valle de México, principalmente al oeste y al sur.<sup>36</sup>

Invariablemente, al llegar la primavera, Altamirano hacía la invitación para que los habitantes salieran de la ciudad; en 1880 no tendría por qué haber sido la excepción. En esta ocasión el periodista conminaba a los capitalinos a que visitaran los bellos jardines de San Cosme, de Tacubaya o el majestuoso bosque de Chapultepec. Aún más, los invitaba a que salieran de la ciudad y viajaran en tren hacia el oriente o hacia el sur de la República. En verdad, esta última invitación sólo era el pretexto para promover el uso del tren, medio de transporte que señalaba el rumbo del progreso. Indicaba Altamirano que para realizar tal viaje se hacía necesario acudir a la flamante estación construida en San Lázaro.

Llegado a este punto, con tristeza, reconocía el periodista que en aquel lugar se habían dado cita “todos los despojos urbanos, todas las miserias de un proletariado abundante y toda las fealdades de la vida antigua”.<sup>37</sup> En las últimas palabras del párrafo anterior podemos advertir que aún vibraba en Altamirano una esperanza de cambio. Podría renegar en algunas ocasiones del comportamiento social de los capitalinos, podría llegar a sentir desesperanza porque el cambio no se había producido con la rapidez deseada, no obstante todo esto, confiaba en que las cosas habrían de cambiar para el país. Usaba para sus reflexiones, sin duda, las experiencias vividas en la capital del país, a fin de cuentas ésta seguía siendo, como antaño, la hermana mayor de las demás capitales del país, la ciudad de ciudades de México.

Desde siempre la zona oriente de la capital se ha distinguido por ser una zona habitada por personas de bajos recursos, seguramente debido a sus particularidades que la hacen poco confortables pues por su proximidad a la laguna de Texcoco, resulta un terreno árido y salitroso, de siempre muy propenso a inundaciones y consecuentemente poco grato para vivir.

Consideraba que la instalación del moderno edificio de la estación del ferrocarril representaba un acto de compensación a tanta miseria y una posibilidad de promover la regeneración del lugar. Hacía principal hincapié en su íntima convicción de que el progreso habría de ser el motor de transformación. De manera concreta expresaba

que:

Había sido ineficaz todo proyecto de dar vida a este barrio de San Lázaro; se moría o más bien dicho, había muerto.

El ferrocarril hará el milagro de resucitarlo, y San Lázaro saldrá de un sepulcro y se adornará con los arreos de la vida y de la circulación. ¡Mayores prodigios ha realizado la taumaturgia del progreso moderno!”<sup>38</sup>

Al llegar del verano el clima de la ciudad de México cambiaba. De esta época del año decía que “las mañanas son radiantes y calurosas y... sus tardes nubladas y sombrías, con sus aguaceros abundantes y sus noches húmedas y negras...”<sup>39</sup> En atención a lo expresado por Ignacio Manuel las variaciones de clima producidas en esta estación del año se antojan incómodas y nos hacen pensar en los problemas urbanos a los que se enfrentaban los capitalinos de aquella época, al llegar el tiempo de lluvias.

El columnista provocaba en el lector un sentimiento casi idílico al relatar que el verano era la estación de los claveles, de las mosquetas, de las madre selvas y de todo género de trepadoras y enfatizaba al decir: “En fin es la estación en que se saborean la cereza y la frambuesa, y en que comienzan a deleitar con su sabor exquisito la pera y el durazno”.<sup>40</sup> Sin embargo, su entusiasmo se apagaba al manifestar que la ciudad de México en el otoño era una ciudad triste y que con las lluvias sus calles “se convierten en pantanos o en lagunas fétidas y malsanas.”<sup>41</sup> Reconocía, en tono conciliador, los esfuerzos desplegados por las autoridades por tratar de mantener el buen estado de la ciudad. Así pues refería que “El Ayuntamiento se afana constantemente en componer los empedrados y banquetas; pero este trabajo... tiene que renovarse inútilmente todos los años”.<sup>42</sup> Con mucha razón reconocía que todo se debía a la situación muy particular de la ciudad de México.

No obstante, en otra de sus crónicas el mismo año expresaba que al llegar el otoño parecía que los mexicanos se reconciliaban con su ciudad, puesto que ésta se convertía en mudo testigo de magníficas puestas de sol. El cronista consideraba al otoño una estación melancólica, y acababa por calificarla, en tono muy poético, como “la última coquetería de la naturaleza.”<sup>43</sup> Y añadía Ignacio Manuel que con el otoño en el entorno natural de la ciudad se deja sentir “El viento tibio y manso... y a su impulso, las hojas sin savia se desprenden y ruedan tristemente”<sup>44</sup> En fin, le parecía

que el otoño era la estación en la que la naturaleza está “fatigada y próxima a reposar en la tumba del invierno”<sup>45</sup>

Por la forma en que se refería las festividades de muertos, celebradas durante el otoño Altamirano dejaba notar su profunda raigambre religiosa, tal vez amparada en su auténtica procedencia indígena, pero alimentada con verdadero fervor por la religión católica. Se hace evidente que estaba convencido de que el otoño era el ciclo de renovación. Era, en fin, la muerte regeneradora.

Por último, sobre el invierno Altamirano decía que nada resultaba más bello puesto que, en comparación con los países europeos o con Estados Unidos, aquí, refiriéndose de manera especial a la capital, “los pobres no se mueren de frío; el día es tibio y dulce, la noche serena y agradable”<sup>46</sup> Tan benigna era la temporada que los jóvenes podían por la mañana del día primero de enero purificarse de las manchas del año que pasaba, humedeciéndose voluptuosamente en los estanques de Chapultepec o en la alberca Pane. Sin embargo al llegar febrero el periodista cambia de opinión afirmando que es un mes loco que con su frío fastidia a todo mundo.<sup>47</sup>

Con todas estas apreciaciones sobre el clima Altamirano mostró a sus contemporáneos y dejó testimonio a la posteridad de lo que era su ciudad avivada por la naturaleza. Su tono romántico nos provoca, aún hoy, emociones de beneplácito al entender que el clima de la ciudad de México no castigaba antes, como no lo hace hoy al capitalino. Además se nota un tono casi bucólico entremezclado con afanes de progreso, el cual no puede extrañarnos, hay que recordar que en la ciudad de México de aquella época coexistían muy de cerca el mundo agrícola con la ciudad que intentaba entrar a la modernidad y convertirse en gran urbe.

Es importante hacer notorio el hecho de que estamos ante la presencia de un Altamirano que desea que el capitalino vibre al ritmo del progreso y la cultura y de pronto lo insta a que se emocione con los productos de la naturaleza.



## 4.2.2.Lugares y paseos

### 4.2.2.1.La Alameda

La instalación de la Alameda se remonta a principios del siglo XVII, gracias a los empeños del virrey Luis de Velasco, padre. Desde entonces hasta el momento actual ha sufrido una serie de cambios y transformaciones tanto en su traza como en su entorno. C. Becher llegó a manifestar que una hora antes de la puesta del sol en la Alameda “pasea y se da cita el *beau monde* de México, que hacia el toque de la oración regresa en coche para dirigirse ya en la noche (después de haber tomado una taza de chocolate o de té como es el caso entre nosotros) al teatro, a la ópera, o para ir simplemente, de tertulia.”<sup>48</sup>

Como podemos observar el citado autor nos hace la presentación de la Alameda revestida con el *glamour* de la aristocracia, y no era para menos pues de hecho este paseo siempre se había sido lugar favorito de la sociedad capitalina. Sin embargo durante el otoño de 1867 Ignacio Manuel Altamirano hacía referencia a la Alameda de la ciudad de México a la que calificaba de hermosa y poética y se quejaba, precisamente, de que por aquellos tiempos la gente elegante de la capital prefería pasear por la Plaza de Armas la cual era calificada por el periodista como mezquino *parterre* el cual, decía, nunca revestiría la majestad del viejo paseo que era la Alameda.<sup>49</sup>

Francis Calderón de la Barca, tanto como Franz Mayer, llegaron a coincidir en lo agradable que era pasear por la Alameda; de manera especial Mayer señalaba que por las mañanas se daban cita en la Alameda diversos representantes de las distintas clases sociales: “El estudiante viene con su libro; el sacerdote después de su misa temprana; el dispéptico para que se le abra el apetito para el almuerzo; la niñera con su orro; la señorita sentimental, para divisar a su enamorado (y tal vez para verlo); el monje, el vagabundo y hasta el trabajador se detiene un momento bajo la sombra refrescante”.<sup>50</sup>

Para 1869, Ignacio Manuel vuelve a tocar el punto de la Alameda para pedir que las

autoridades hicieran desaparecer la zanja infecta “que aún existe al pie de la Alameda por el lado de la Mariscal, y de la que se despiden miasmas deletéreos.”<sup>51</sup> Señalaba a la vez que era necesario demoler los arcos que aún quedaban de lo que fue el acueducto y que obstruían la calle de Puente de Alvarado. Proponía asimismo que en ese lugar se sembraran fresnos y truenos, además de instalar bancas de trecho en trecho para embellecer la calle. Con estas obras consideraba que se volvería a atraer a la gente que por ese entonces prefería pasear en coche por los lodazales de Bucareli.

#### 4.2.2.2. El Zócalo.

Aun cuando Altamirano llegó a reconocer que el Zócalo de la ciudad de México era el único centro donde palpitaba un poco de sangre arterial, son muy pocas las oportunidades en que habla de él y cuando lo hace no se advierte que le provoque emoción alguna. No lo pondera ni para bien ni para mal. Se reconfirma la importancia que para el capitalino de aquella época cuando Altamirano informaba sobre celebraciones como las de Día de Muertos, y eventualmente al relatar las celebraciones de Semana Santa. Al notar la falta de entusiasmo hacia este lugar, los lectores nos preguntamos el por qué, y en realidad resulta difícil ofrecer una respuesta que nos acerque a las causas. Sin duda le concedía al Zócalo toda la importancia que ha tenido siempre: Altamirano lo llegó a señalar como el centro vivo de la capital. En repetidas ocasiones llego reconoce que más allá de San Francisco, Plateros y el Zócalo la ciudad mostraba un aspecto deprimente y sombrío, sobre todo hacia el oriente.

Entre las pocas referencias podríamos señalar los reportes que hacía sobre lo que el gobierno de la ciudad de México dio en llamar exposición municipal. Con ironía Altamirano expone que:

Algunos años antes, uno de los tantos congresos que han decretado cincuenta mil monumentos para honrar a los héroes, de los cuales monumentos no se ha hecho uno solo, había ordenado que se construyera el más grandioso en la Plaza de Armas, en honor a los padres de la patria. No se hizo, por supuesto, más que el zócalo de él... Pero este embrión, este síntoma monumental, este pujo de grandeza...

sólo sirvió por entonces para soportar las primeras invenciones fantásticas de los regidores de entonces, no menos talentosos que los de hoy y los de mañana...

Así pues discurrieron levantar sobre él (se refiere al Zócalo) una gran tienda de manta... y adentro, pusieron unas armazones de mercado y en ellas unas calabazas gigantes, como el más notable producto de nuestra agricultura. A esto le llamaron exposición municipal... establecieron (se refiere a los regidores) su expendio de boletos para que se fueran a pasear a esa *cosa*, todo lo que había de *high-life* entonces en México.<sup>52</sup>

Y efectivamente la tribu de la vanidad y de la moda, acudió en masa y dio de vueltas alrededor de las calabazas por espacio de treinta noches, a razón de treinta vueltas cada noche, y eso muy seria, muy tiesa y muy bien vestida con los pocos gorros que entonces se usaban...<sup>53</sup>

En las líneas citadas Ignacio Manuel, con profundo desprecio, deja caer sobre las autoridades y sobre la gente rica de la ciudad de México todo su desprecio. A los primeros les censura, sin duda, la forma en que fingían un progreso inexistente. A los ricos, a los que en algún momento llegó a pensar que reproduciendo su comportamiento a la usanza europea o norteamericana, serían el modelo a seguir de las demás clases sociales, a éstos digo les reprochaba su actitud legitimadora al asistir a un hecho sin relevancia y valorarlo como si fuera la máxima representación del progreso nacional. Recordemos que con cierta frecuencia Altamirano reconocía en el comportamiento de los ricos una inútil complacencia, lo que le provocaba contrariedad pues veía frustradas sus esperanzas de que en México se consolidara un verdadero high life. Pero no ocurría así: en el comportamiento de las autoridades observaba un afán de justificar su gobierno en acciones intrascendentes que servían a los ricos de la capital de pretexto para perder el tiempo.

Otra de las oportunidades en las que Altamirano hace referencia al Zócalo se suscitó el 5 de mayo 1870, día en el que se conmemoraba el triunfo de la batalla de Puebla. En esa oportunidad, después de notificar que “el jardín del Zócalo no tenía ni un lugar vacío”, hace un reclamo al notar que algunas casas, entre ellas la ocupada por la Sociedad Católica, hayan permanecido obscuras y no hayan puesto ningún adorno alusivo a la celebración.<sup>54</sup>

#### 4.2.2.3. Chapultepec

En las diversas alusiones que a partir de sus escritos periodísticos hace Altamirano sobre Chapultepec deja sentir al lector los diversos beneficios que el capitalino recibe del antiguo bosque pues lo mismo sirve como lugar de solaz y esparcimiento, que de refugio para aquellos que buscan refrescar sus cuerpos cuando el calor agobia a la ciudad, que sirve de marco para intensificar las relaciones sociales.

Con elocuente emotividad nuestro escritor logra describir, en pocas líneas, lo que Chapultepec representaba en su época para la capital mexicana:

La amenidad, la frescura, el silencio que halagan los sentidos, el aspecto risueño de los manantiales, la suavidad del aire embalsamado con el aroma de las plantas y de las flores, todo debe hacer de Chapultepec el asilo predilecto del mexicano, el oasis donde los fatigados viajeros de la vida urbana deban venir en busca de los tres grandes goces que se anhelan en medio del bullicio y del trabajo, a saber: el reposo, el silencio y el aire puro.<sup>55</sup>

En verdad que estas apreciaciones nos hacen recordar lo que años atrás habían expresado propios y extraños al visitar este tan apreciado y antiguo paseo. Francis Calderón de la Barca había manifestado:

Mas no es Chapultepec un lugar de exhibición. Hay que ir a primera hora de la mañana, cuando el rocío cubre todavía el césped, o por la tarde, cuando los últimos rayos del sol bañan de luz rosada las nevadas cumbres de los volcanes; y entonces bajaros del caballo, o descended del coche, y vagad sin rumbo ni propósito, ni hora fija para el regreso.<sup>56</sup>

De seguro, esta era la causa por la que en reiteradas ocasiones la pluma de Altamirano se quejaba de que los capitalinos desdeñaran las inmejorables posibilidades que para el descanso ofrecía Chapultepec, además con la circunstancia de que era un paseo tan cercano a la capital, a una distancia de tan sólo cinco y medio kilómetros al occidente de la ciudad, “con la que se comunica por las calzadas de la Verónica y de Belem y por la hermosa Avenida de la Reforma.”<sup>57</sup>

Con gran entusiasmo, el periodista liberal informaba y describía con lujo de detalles la construcción de los baños de Chapultepec. Por lo relatado en su crónica el lector

podía hacerse una clara idea de que ahí se construía un moderno club deportivo, digno de los países más adelantados: alberca, juego de raqueta y pelota, gimnástica y juegos para niños. Por si todo esto fuera poco, anunciaba el guerrerense la instalación de un lago para paseo el cual contaría con un kiosco en la isleta central.

Todo lo descrito por Ignacio Manuel Altamirano encuadraba perfectamente en el orden del progreso y del adelanto, pues como el lector empieza a darse cuenta, las construcciones que al parecer ya estaban por concluir, bien podrían evocar las Termas de Caracala, de Tito y de Dioclesiano en Roma. Aun Altamirano exaltaba el ánimo del lector al hacer la reflexión de que todas estas exageraciones de lujo harían del lugar un centro exclusivo para la gente de dinero. Como dato adicional el cronista anunciaba que se instalaría hasta un establo para que las señoras, si así lo deseaban, tomaran leche al pie de la vaca.<sup>58</sup>

Es notorio el desbordamiento que le provocaba a Altamirano el constatar que la capital del país subía peldaños para colocarse entre los países modernos. Pero por enésima vez se marcan las contradicciones del *high-life* mexicano. En tanto que el cronista encontraba similitudes nada menos que con la Roma antigua en instalaciones que pretendían mostrar a México ante sí mismo y ante el mundo como país que camina hacia el progreso, de pronto aparece el detalle que los muestra muy pueblerinos. Pereciera que no podían dar el salto de lo rural a lo urbano. A fin de cuentas esa era su identidad y tal vez ni siquiera se detenían a pensarla. Aprovechemos para reforzar esta apreciación lo que señala Mauricio Tenorio:

En este terreno tan poco delimitable, de las identidades y de los sentidos de pertenencia varios estudiosos han sembrado sus esperanzas populistas, ya premodernas, ya modernas o incluso posmodernas... es impecable el razonamiento que guía sus esperanzas: si las naciones son como dice el término ya clásico de un teórico inglés, "comunidades imaginadas" por las élites que se han apropiado selectivamente de lo popular, y si el nacionalismo es inseparable de la procura de identidades esenciales, se dice que existe la otra nación (las otras naciones), las auténticas que representan las identidades de los pueblos y que fueron imaginadas por la gente común.<sup>59</sup>

En sus reflexiones Altamirano hacía evidente a cada momento su procedencia liberal y, por consecuencia, su afán de progreso. A propósito de la edificación del citado club

el periodista aprovechaba la oportunidad para expresar que las construcciones como ésta le causaban un placer inmenso, pues eran muestra fehaciente de que la ciudad de México avanzaba hacia la modernidad. Además, se contribuía al embellecimiento de su fisonomía.

Para marcar un contraste a partir del cual se hicieran evidentes las condiciones del pasado y los progresos del presente, Ignacio Manuel recordaba los tiempos en que en la capital sólo se levantaban templos, ermitas, conventos y otros edificios más para el culto religioso que para el solaz y esparcimiento del capitalino. Aún hacía referencia al hecho de que las casas se construían amuralladas. Con entusiasmo afirmaba que ese tiempo había quedado atrás y que las nuevas ideas que circulaban por el mundo habían traído a la capital mexicana nuevas necesidades. Puntualizaba que estas nuevas condiciones de vida conducían a México hacia el avance, puesto que:

En las ciudades del siglo XIX no se construyen más que museos, jardines botánicos y zoológicos, liceos, hospicios, estaciones de caminos de hierro, mercados, lonjas, casinos, baños, fábricas y casas de recreo. El espíritu moderno busca otros nidos, porque ya no es el búho de los tiempos pasados religiosos y feudales.<sup>60</sup>

Pero también reconocía Altamirano que sin capitales a invertir no habría obras que construir, por lo tanto se congratulaba de que México contara ya con inversionistas nacionales que decidían invertir sus capitales para beneficiar al país y en este caso concreto a la ciudad de México. Respecto de las obras de Chapultepec, Altamirano volvía a empuñar la pluma para expresar que gente como don José Amor era digna de encomio pues gastaban su dinero en obras de utilidad pública. Agregaba que en este tipo de acciones se conjugaban diversos beneficios pues al tiempo que los inversionistas como el señor Amor aumentaban sus capitales con las utilidades obtenidas, contribuían a embellecer al país y lo honraban a los ojos del extranjero civilizado.

El periodista no desperdiciaba el momento para criticar a los ricos de la capital que no se atrevían a invertir. Al respecto llegó a decir: “De estos pocos hombres emprendedores deben tomar ejemplo los centenares de ricos egoístas que encierran sus talegos en casas infectas, malsanas y apestosas, en que viven como hurones o

como judíos de la Edad Media, sin ser útiles ni a Dios, ni al diablo, y sin saborear los goces del rico de buen gusto.”<sup>61</sup>

Pero volviendo a Chapultepec, este lugar de la ciudad de México era usado también para realizar recepciones con el fin de estrechar lazos internacionales. En diciembre de 1869, el cronista daba noticia sobre el banquete que el presidente Benito Juárez había ofrecido a mister Seward, quien había llegado a la capital en representación del gobierno norteamericano. El periodista que había asistido como invitado a la recepción aprovechaba la crónica para resaltar lo agradable que transcurría el tiempo en el castillo, desde donde, apuntaba Altamirano con un inmenso orgullo, mister Seward pudo admirar “el panorama encantador que presenta el Valle de México por todas partes”, pero lo más importante a relatar era que el extranjero había exteriorizado “que conocía muy pocos sitios en el mundo que pudieran sostener una comparación razonable con nuestro célebre bosque.”<sup>62</sup>

No era la primera vez que un extranjero se expresaba de esta manera sobre lo espectacular que resultaba la vista del valle desde lo alto de la colina de Chapultepec. Humboldt, a principios de siglo, ya había señalado con mucho entusiasmo, tal vez el mismo que ahora imprimía en sus palabras mister Seward, que no podía “darse espectáculo más rico y variado que el que presenta el valle, cuando en una hermosa mañana de verano... se asoma uno... por lo alto de la colina de Chapultepec.”<sup>63</sup>

Agregaba el barón que desde lo alto de Chapultepec

La ciudad se presenta al espectador bañada por las aguas del lago de Texcoco, que rodeado de pueblos y lugarcillos, le recuerda los más hermosos lagos de las montañas de la Suiza. Por todas partes conducen a la capital grandes calles de olmos y álamos blancos: dos acueductos, contruidos sobre elevados arcos, atraviesan la llanura y presentan una perspectiva tan agradable como embelesadora.<sup>64</sup>

Muy parecidas son todas las apreciaciones que pudiéramos transcribir de los autores que han abordado el tema del bosque de Chapultepec. Desde luego que en todas se deja sentir el entusiasmo que provocaba el espectáculo. Aquí recurriremos a las imágenes captadas por Antonio García Cubas, pues en ellas se puede apreciar el Chapultepec al que se refería Altamirano. Decía García Cubas:

Una escalera y una extensa rampa, conducen á la cima, en la cual se

levantan dos edificios notables, el Colegio Militar y un elegante y rico palacio, residencia veraniega del Presidente de la República. “Desde esa cima, sea cual fuere el rumbo observado, se desarrollan los más espléndidos panoramas, los más encantadores paisajes”. Al oriente calzadas y avenidas acotadas por arboledas, interrumpen por todas partes la llanura y convergen á la capital que se alza majestuosa como un gigantesco dique opuesto a las aguas de Texcoco... Por el norte se extienden verdes praderas y campos cultivados... Por el poniente, las campiñas y sembrados de numerosos pueblos...por el Sur, la vista se dilata á los fragosos terrenos de las Cruces y del Ajusco.<sup>65</sup>

No obstante el entusiasmo que Altamirano imprimía en las menciones que llegó a hacer sobre Chapultepec, la verdad es que fueron pocas las oportunidades en que mencionó este lugar y lo notorio sobre todo es que nunca hizo una referencia tan puntual como las ofrecidas por otros autores. Tal vez la cercanía del lugar o lo cotidiano del paisaje, aunque sin desconocer su belleza, provocó que el guerrerense invitara al capitalino a visitar Chapultepec sabiendo que ya lo conocía y no se hacía necesario relatarle al detalle lo que ya conocía.

#### **4.3. El Transporte en la Capital**

Aún a Ignacio Manuel le tocó vivir una ciudad en cuyos lagos surcaban numerosas embarcaciones. Ha quedado constancia de que en agosto de 1856 se terminó el canal de Santa Marta que servía para hacer el desagüe del Lago de Xochimilco y a la vez era utilizado para la navegación. Ese medio de transporte estaba destinado a desaparecer y dio pasos al ferrocarril, medio de transporte que simbolizaba para las mentes progresistas el avance y la modernidad.

El tema del transporte urbano y suburbano de la ciudad de México eran tan importante que Altamirano no podía dejar de mencionarlo a lo largo de su obra y en el cuerpo de este trabajo se habrá de dar noticia de las opiniones que tenía al respecto nuestro autor. Por el momento conviene señalar que el año de 1856 representa el despunte hacia nuevos panoramas urbanos, pues en ese año se otorgaron varias concesiones para construir vías férreas. En este ámbito los gobiernos liberales



también entendieron, con claridad, que para que la ciudad de México alcanzara la altura de las capitales de países avanzados, se hacía indispensable dotarla de los medios de transporte más modernos.

Fue así como el 13 de agosto de 1856 se dio la concesión al señor Jorge Luis Hammeken la construcción de vías férreas para tender un camino que iba desde la Plaza de Armas de la ciudad hasta Tacubaya. Años más tarde, en 1861, se habría de autorizar la instalación de vías férreas entre la capital del país y Chalco. Esta concesión contó con la ayuda del gobierno que aportó 200 mil pesos, ayuda que hizo posible que la línea se ampliara hasta San Ángel y Tlalpan.<sup>66</sup>

Así pues, poco a poco se introdujeron en la ciudad de México tranvías y pequeños ferrocarriles a los que llamaban de “sangre” precisamente por ser arrastrados por mulas principalmente. Y también éstos “fueron reemplazados con el correr de los años por otros de tracción de vapor, y...a finales de siglo... se electrificaron, casi en su totalidad”.<sup>67</sup>

Para las últimas décadas del siglo XIX existían en la ciudad de México diversos tipos de transporte que se distinguían por su capacidad y características. Para 1864, según datos aportados por Juan N. del Valle había en la capital sitios de coches de providencia apostados en las principales plazas de la capital, y hacían un total de 120 vehículos. Además, en la esquina que formaban el Portal de Mercaderes y primera de Plateros se encontraba un sitio en que daban servicio 26 carretelas que prestaban servicio por las inmediaciones de la ciudad. También existían un ómnibus y una carretela que daban servicio hasta el pueblo de Azcapotzalco.<sup>68</sup> Una apreciación muy digna de tomarse en cuenta es la relativa a que a partir de la red de transportes se puede advertir el crecimiento de una ciudad, y precisamente en el caso de la capital se observa que el área urbana y suburbana de la ciudad de México se ensanchaba a pasos agigantados en las últimas décadas del siglo pasado, ya que: “La extensión de la nueva red creció rápidamente, pues en 1873 eran 38 Km; en 1882, 90 Km y en 1910 pasó a 318 kilómetros.”<sup>69</sup>

Pero al parecer, por expresiones de Ignacio Manuel Altamirano, el servicio público de transporte no resultaba satisfactorio. Ya muy entrada la segunda mitad del siglo XIX, esto es en 1884, Altamirano califica como abominables a los vehículos que se usaban.

Además señalaba que en días festivos los usuarios debían soportar el alza inmoderada del costo, la cual se hacía a placer de los prestadores del servicio. Justamente el relato en el que hace esta observación se refiere a un día de muertos: “ese día... se pagan a peso y a dos pesos la hora. El que yo encontré por casualidad, estaba arrastrado por dos jamelgos amarillentos, desiguales y con un brío capaz de engañar al más listo.”<sup>70</sup> Desde luego que se refería al servicio de transporte particular, y de seguro que podría alcanzar su crítica también al de tipo público. Fuera malo o bueno el servicio de transporte, lo cierto es que hacia las últimas décadas del siglo pasado la ciudad de México mostraba un incremento sustantivo en su sistema de transporte público: A grado tal sucedía esto que hacia 1900 M. H. Pastor expresó lo siguiente:

México es la ciudad de los tranvías y coches de alquiler, en cuyos medios de locomoción, y con relación a su población, de seguro ninguna en el mundo la supera. Rara es la calle por donde no pasen los primeros y no hay arrabal ni pueblecito cercano donde no lleguen sus líneas, utilizándolos no sólo para el transporte de viajeros, sino también para el de mercancías, y hasta para los entierros, pues existen, por llamarlos así, “tranvías mortuorios”, con sus correspondientes carros fúnebres para el duelo y comitiva.<sup>71</sup>

En este ámbito del servicio público, la ciudad de México se movilizaba cada día con mayor profusión. Los datos que a continuación citamos y los que en su momento citará Altamirano, nos dejan sentir un tránsito constante y permanente de la población capitalina. Así, de conformidad con las cifras tenemos que para el año de “1873 se hicieron aproximadamente 3 millones de viajes, en 1882 casi llegaron a los 10 millones, en 1903 los viajes pasaron de los 36 millones, en 1909 fueron casi 72 millones y para 1910 se transportaban en promedio 180 mil viajeros diarios, y en días festivos o de asueto la cifra llegaba a estar entre los 210 y los 240 mil pasajeros.”<sup>72</sup>

#### **4.4. La capital y sus mercados**

En marzo de 1870 Altamirano dedicó un espacio de su revista semanal para ocuparse del incendio que había ocurrido en el mercado que se encontraba instalado en la plaza de El Volador. En la crónica que hacía sobre el deplorable acontecimiento

compadecía a las numerosas familias que a causa del siniestro se habían visto reducidas a la miseria. Entre los comerciantes, decía Ignacio Manuel, había quienes habían perdido cuantiosas fortunas y otros que habían perdido sus pequeños capitales, pero en ambos casos se encontraban en la indigencia.

Hizo el comentario de que una de las versiones que corría explicaba que el incendio se había debido a que:

...una vieja vendedora del mercado tenía la costumbre de encender una candileja a un santo o santa que guardaba en su tugurio y a la cual tenía particular devoción. Ya los guardias le habían prohibido frecuentes veces dejar encendida esa lamparilla; con la obstinación brutal de las viejas devotas, persistía en su costumbre y la practicaba a despecho de las leyes de policía ocultamente.<sup>73</sup>

Aprovechó la ocasión Ignacio Manuel Altamirano para señalar con fina mordacidad que los infelices que habían quedado en la miseria a causa del incendio “se reconocen hoy deudores de ese santo de la inmensa desgracia que los ha sumido en la miseria más atroz.”<sup>74</sup> Con este tipo de comentarios el periodista liberal pretendía hacer conciencia de que la religión era buena, siempre y cuando no llegara a los excesos de la devoción inconsciente que pudiera resultar perjudicial para los demás.

En un sentido propositivo, y encontrando lo positivo del desafortunado evento, comentaba que ahora el Ayuntamiento tenía la oportunidad de reubicar ese mercado en la plaza de La Merced, dejando el espacio de la plaza de El Volador para que se instalara un edificio mejor que cuadrara con la Plaza de Armas y que hiciera buena vecindad con el palacio del Supremo Gobierno. Por lo que se infiere de esta propuesta, Altamirano encontraba inadecuado que un mercado estuviera en lugar tan céntrico, restándole grata apariencia al centro de la capital. Además como nos podemos dar cuenta, la propuesta apuntaba al nacimiento del mercado de la Merced. Al parecer esta propuesta no fue escuchada y “La Merced” aún tardó en nacer. Esta aseveración la podemos hacer no porque el Altamirano la refiriera, pues al parecer no volvió a ocuparse del asunto, sino por los datos ofrecidos por Manuel Rivera Cambas, en *México pintoresco, artístico y monumental*.<sup>75</sup> En la citada obra el autor ofrece un relato histórico del mercado de El Volador, cuya primera piedra se había colocado el año de 1841 y había concluido su construcción el 13 de junio de 1844. El

dato preciso que nos confirma que el inmueble público no había sido reinstalado es referido por el autor que nos ocupa cuando informa que “El interior de la plaza esta dividido en calles con puestos y tinglados que se han reformado después del último incendio acaecido en 1870.”<sup>76</sup> Además, por lo que expresa Rivas también se había incendiado con anterioridad el citado mercado. Sobre el incendio de 1870, los detalles ofrecidos por Altamirano son coincidentes con los aportados por Rivera Cambas, aunque éste resulta más explícito en cuanto al acontecimiento en sí, en tanto que el guerrerense refería más bien una de las probables causas. Rivera dice:

En la noche del 17 de marzo de ese año, la fecha memorable para la plaza principal del mercado, el repique general de las campanas a la una despertó a los vecinos que ansiosos corrieron hacia el centro de la capital, atraídos por una grande llamarada cuyo resplandor les servía de guía...

Las llamas de la inmensa hoguera formada en el centro del mercado, ascendía a mayor altura que las torres de los templos cercanos...

El fuego comenzó por los puestos de canastas que estaban en el ángulo de las calles de Flamencos y Meleros y de allí se comunicó a los inmediatos, creciendo por haber soplado fuerte el viento cerca de las dos de la madrugada;<sup>77</sup>

Por su parte Altamirano, a más de lo que ya hemos referido, dio inicio de su nota expresando que “Hacia pocos minutos que habíamos salido del teatro cuando la campana mayor de Catedral que tocaba a fuego puso en alerta a la ciudad entera.”<sup>78</sup>

Entre otros mercados existentes en la ciudad de México, se cuentan el de Iturbide, el de Santa Catarina, éstos entre los existentes desde la primera mitad del siglo. Los que corresponde su construcción a la segunda mitad son los de Jesús, el de Guerrero, y el de La Merced. Por lo que corresponde a la historia de cada uno de ellos, López Rosado apunta que:

Iniciadas las obras en mayo de 1849, el mercado de Iturbide construido en la plazuela de San Juan, fue abierto al público en enero de 1850. Su superficie, de figura irregular, tenía 12,935 varas cuadradas y pertenecía a las parcialidades.

Situado en la plazuela de Santa Catarina, este mercado se empezó a reconstruir en abril de 1850 y con un costo de \$7 mil se concluyó en 1853.

El mercado de Villamil era de madera y se reconstruyó en los años de 1850 y 1851... En 1859 se traslado a la plazuela del Jardín, porque la

de Villamil se ocupó con la estación del Ferrocarril de Guadalupe. Cuando se reconstruyó en 1860, volvió a hacerse de madera,... En la plazuela de Jesús funcionó el mercado del mismo nombre cuya obra comenzó en 1857.<sup>79</sup>

Por lo que respecta al mercado de La Merced, López Rosado informa que éste fue inaugurado en 1880, “Aun cuando funcionaba de manera provisional desde 1863 una plaza de mercado en la parte demolida del convento e iglesia de La Merced”<sup>80</sup>.

Como nos hemos podido percatar Altamirano conocía su ciudad y la admiraba, pero nunca mostró el entusiasmo por narrar a sus lectores los detalles de edificios, calles y paseos como lo llegó a hacer respecto de sus habitantes o de los acontecimientos políticos. Deseó siempre que la capital alcanzara los grados de belleza y confort de las ciudades europeas, las cuales no conoció sino hasta casi el final de su vida. Y ya que tomamos el punto detengámonos un momento para plantear que Altamirano adoleció de lo mismo que criticaba pues recordemos que llegó a decir que las mujeres de clase media no conocían Chapultepec o La Alameda pero añoraban los paseos por lo Campos Elíseos o cualquier otro lugar de Europa promovido a partir de la literatura a la que tenían acceso. Pero aquí como en los demás ámbitos abordados por Altamirano, siempre procuró informar a la gente, con el fin de promover el acercamiento a los lugares y los paseos tradicionales del México del siglo XIX.

## Referencias bibliográficas

1. Escobar Valenzuela, Gustavo A. *El liberalismo ilustrado... op. cit.*, p.122.
  2. <sup>1</sup>Altamirano Ignacio M. *Textos costumbristas, Obras Completas* vol. V, *op. cit.*, p. 336
  3. Cit. por Maciel, David R. *Ignacio Ramírez, Ideólogo... op. cit.*, p. 56.
  4. Cit por Revueltas, Andrea. *México: Estado y... op. cit.*, p. 107.
  5. Altamirano, Ignacio M. *Epistolario (1850-1889)* tomo 1, *Obras Completas* vol. XXI, *op. cit.*, pp. 57-58
  6. Por el tiempo en que Altamirano llegó a radicar a la ciudad de México, ésta había empezado a cambiar. Por ese tiempo se modificaban ya las construcciones de las casas, las cuales se disponían ahora en dos o tres pisos y se suprimían los grandes patios internos. A partir de esa época entraban en desuso las casas con torres y ventanas moriscas. Además las fachadas barrocas empezaron a ceder el paso a las neoclásicas. Se cambiaron los hierros forjados por los vaciados y los aplanados cubrieron los muros de tezontle. Con todas estas modificaciones, en poco tiempo la ciudad de México cambió su fisonomía en un alarde de modernidad. Lafragua, José María y Orozco y Berra, Manuel. Cit. por Sánchez de Carmona Manuel. "Desarrollo urbano y tendencias arquitectónicas", *El corazón de una... en Ensayos sobre la...*, *op. cit.*, p. 29.
  7. *Idem.*
  8. López Rosado, Diego G. Los servicios públicos de la... *op. cit.*, p. 129
  9. La información ofrecida se refiere al momento en que dio inicio el crecimiento, casi ininterrumpido, de la ciudad de México y que abarcó prácticamente de 1858 y hasta 1910, periodo en el que, de acuerdo a la información ofrecida por Dolores Morales, la ciudad pasó de tener una extensión de 8.5 km<sup>2</sup> a 40.5 km<sup>2</sup>, lo que representó un crecimiento en sólo 50 años de 32 kilómetros cuadrados. Y en cuanto a población se refiere, en el mismo periodo, pasó de 200 mil a 471 mil habitantes. Pero volviendo al tema de los fraccionamientos, la propia autora señala que ya en 1848, en el suroeste de la capital se había producido la formación de un fraccionamiento, sin duda el primero en su género, el cual fue denominado colonia francesa o barrio de Nuevo México. Y que estaba ubicado entre Bucareli, San Juan de Letrán y Arcos de Belén. Morales, Dolores. Cit. por de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *La ciudad de México...op. cit.*, p. 61.
  10. *Idem.*
  11. García Cubas, Antonio. Cit. por López Rosado, Diego G. *Los Servicios Públicos... op. cit.* pp.131-133
  12. Moreno de Toscano, Alejandra. "México", en Morse, Richard M. *Las ciudades Latinoamericanas. 2 Desarrollo histórico.* México, SEP. 1973. p. 174. ( Colección SEP-SETENTAS)
  13. Valle, Juan, del. Cit. por López Rosado, Diego G., *Los Servicios Públicos... op. cit.* pp. 137-138
  14. Cit. por Sánchez de Carmona, Manuel. "Desarrollo urbano y..." *El corazón de una...en Ensayos sobre la...op. cit.* p.29.
-

15. Morales, María Dolores. "*Espacio, propiedad y órganos de poder en la ciudad de México en el siglo XIX*", en *Ciudad de México...op. cit.*, p.155.
16. Luna Argudín, María. Del culto católico al..., *op. cit.*, p. 2.
- 17 *Ibidem.* p. 4.
18. *Ibidem*, p. 6.
19. Vázquez Mellado, Alfonso. *La Ciudad de los...op. cit.* pp.187-188.
- 20.López Rosado, Diego G. *Los Servicios Públicos... op. cit.* pp. 138-139..
21. Sánchez de Carmona, M. *Ensayos sobre la... op. cit.* p. 28
22. de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti ,Regina. *La ciudad de México y... op. cit.*, p. 57
23. Altamirano; Ignacio M. *Periodismo político* tomo 1, **Obras Completas**.vol. XVIII, *op. cit.*, p. 74.
24. de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *La ciudad de México y... op. cit.*, p. 60.
25. Morales,María Dolores. "*Espacio, propiedad y...*"en *Ciudad de Méxcio... op. cit.* p. 161.
26. *Ibidem.*p. 165
27. Nacif Mina, Jorge.*La Policía en la Historia de la Ciudad de Méxcio. (1524-1928)*. México, DDF-Sociocultur. 1986. p. 85.
28. *Ibidem.* p. 89.
29. *Ibidem.* p. 97.
30. López Rosado, Diego G. *Los Servicios Públicos... op. cit.* 168.
31. *Ibidem.* p. 169.
32. Altamirano, Ignacio Manue. *Periodismo político* tomo 1, **Obras Completas**, vol. XVIII, *op. cit.*, p. 104.
33. Nacif Mina, Jorge. *La Policía en la...Op. cit.* p. 131
34. *Ibidem.* p. 136.
- 35.*Ibidem*, p.137
36. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas**. Vol. VII, *op. cit.*, p. 286
37. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas**. vol. V, *op. cit.*,p. 24.
38. *Ibidem*, pp. 24-25
39. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** vol. VII, *op. cit.*, p.289
40. *Ibidem.* p. 290.
41. *Ibidem.* p. 291.
42. *Idem.*
43. *Ibidem.* p 476.
44. *Idem.*
45. *Idem.*
46. *Ibidem.* pp. 160.
47. *Idem*
48. Becher, C. Cit por De Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. (Compiladores)

- Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)* vol. III, México, DDF-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, p. 400
49. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** vol.VII, *op. cit.*, p.27
  50. Calderón de la Barca, Francis y Mayer, Brantz cfr. por de Gortari Rabiela, Hira y Hernandez Franyuti, Regina (Compiladores) *Memoria y encuentros...*, *op. cit.*, vol. III p. 400
  51. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** vol. VII, *op. cit.*, p. 255.
  52. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas** vol. V. *op. cit.*, pp. 95-96
  53. *Ibidem*, p.96
  54. Altamirano; Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** vol.VIII, *op. cit.*, p. 244
  55. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 3, **Obras Completas**. Tomo IX, *op. cit.*, p.159
  56. Calderón de la Barca, Francis. Cf. por Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *Memorias y encuentros: La ciudad de México...* *op. cit.* vo. II, p.63.
  57. García Cubas, Antonio. Cf. por Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *Memorias y encuentros...* *op. cit.*, vol I p.64.
  58. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** Vol. VIII. *op. cit.*, pp.203-204.
  59. Tenorio Trillo, Mauricio. De cómo ignorar. *Op. cit.* p.82.
  60. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** Vol.VIII, *op. cit.* 205
  61. *Idem*.
  62. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas**. Vol. VII, *op. cit.*, p.518
  63. de Humboldt, Alejandro, Cf por de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *Memorias y encuentros...* *op. cit.* vo. I p.62
  64. *Idem*.
  65. García Cubas, Antonio. Cf. por Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *Memorias y encuentros...* *op. cit.* vol. I p. 64.
  66. López Rosado, Diego G. *Los Servicios Públicos...* *op. cit.* p. 140.
  67. De Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *La ciudad de México...* *op. cit.* p. 67.
  68. López Rosado, Diego G. *Los Servicios Públicos...* *op. cit.* p.141.
  69. De Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *La ciudad de México...* *op. cit.* p. 68
  70. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas**, Vol. V, *op. cit.*, p. 102.
  71. M.A.Pastor. Cfr por de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *La ciudad de México...* *op. cit.* p. 68.
  72. *Idem*
  73. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas**. Vol. VIII, *op. cit.*, p. 163.
  74. *Idem*.
  75. Rivera Cambas, Manuel. Cf. por de Gortari Rabiela, Hira y Hernández Franyuti, Regina. *Memoria y encuentro...* tomo II. *op. cit.*, pp. 39-43.
  76. *Ibidem*. p. 42



77. *Idem.*

78. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas**. Vol. VIII, *op. cit.* p. 162.

79. López Rosado, Diego G. *Los Servicios Públicos...* *op. cit.* pp. 158-159.

80. *Idem.*

## CAPÍTULO QUINTO

### CIUDAD, PUEBLO Y RELIGIÓN

#### 5.1. Altamirano frente a la religión

Ignacio Manuel Altamirano era un individuo que reconocía y apreciaba lo genuino y desconocía y repudiaba lo falso. Así era en todo y la religión no podría haber sido la excepción. Nunca abjuró de su religión que era la católica, porque en lo más profundo de su espíritu reconocía y apreciaba lo valioso de una verdadera hermandad en la religión. Como lo hizo en muchos otros ámbitos del conocimiento, estudió a profundidad la historia de la religión católica y, sustentado en sus amplios conocimientos sobre la materia, valoraba en su justa dimensión las acciones acometidas por los primeros cristianos. Más aun en la religión encontraba sustento su identidad y su nacionalismo. Para reforzar nuestras apreciaciones citamos a Tenorio Trillo cuando expresa que: “se podría ver al nacionalismo moderno como el espacio construido históricamente, donde cada Estado-nación, nuevo o viejo trata de desarrollar una síntesis de historia, cultura y tradiciones que pueda ser presentada como única, doméstica pero universal.”<sup>1</sup> En estas líneas se hace explícito el hecho de que en la construcción de un nacionalismo se busca la identidad a partir de la creación histórica en la que se conjugan todas las experiencias comunes, en este caso la religión era el punto de unión de los mexicanos, lo habría de comprender claramente al realizar su ensayo sobre la Virgen de Guadalupe, advocación que logro forjar una nación.

Altamirano apreciaba en todo lo que valía el entusiasmo con que los apóstoles de Cristo habían asumido su responsabilidad propagadora de la fe, recorriendo regiones apartadas, descalzos y sin importar los peligros de la intemperie y de la tiranía.

No obstante todas las penurias, aquellos próceres de la época primitiva de la religión católica siempre estaban prestos para animar a sus hermanos vacilantes a morir por sus creencias. Sin duda que en las figuras de aquellos apóstoles Altamirano encontraba inspiración para asumir su apostolado en la reconstrucción de México. Pero al comparar las acciones y los esfuerzos de los

primeros cristianos, con las acciones y las actitudes del obispo sedentario, limitado tan sólo a dirigir un rebaño todo dócil,<sup>2</sup> desde luego que salían perdiendo los integrantes del clero mexicano.

Con todas estas apreciaciones nos queda claro que Ignacio Manuel Altamirano siguió siendo católico. No podía ser de otro modo había nacido en el seno de una familia profundamente católica, al menos así se desprende de *Recuerdos* poema dedicado a su madre, en el que expresa:

Después, cuando en la noche solitaria  
te busqué para orar, sólo vio el cielo  
al murmurar mi tímida plegaria,  
mi profundo y callado desconsuelo...  
Ya te veré muy pronto, madre mía;  
ya te veré muy pronto, ¡Dios lo quiera!  
y oraremos humildes ese día  
junto a la cruz de la montaña umbría,  
como en los años de mi edad primera.<sup>3</sup>

Si a sus profundas raíces religiosas agregamos que cuando llegó al Instituto Literario de Toluca, se tuvo que atener al Reglamento Interior, el cual ordenaba pedir diariamente a Dios contra la 'indiferencia religiosa'. En dicha oración pues se advierte una hermandad entre las virtudes civiles y las cristianas, en las disposiciones del Reglamento citado Nicole Girón advierte "una actitud mental de reverencia ante la divinidad, de dependencia ante sus designios que pone de manifiesto una suerte de fatalismo devoto".<sup>4</sup> Agrega la autora la inclusión de actividades religiosas en la rutina diaria del plantel, nos revela el grado de saturación de valores religiosos prevaleciente en aquella época, además el temor de los liberales a ser tildados de descreídos. Si hemos considerado líneas arriba que Altamirano encontraba sus raíces nacionales y parte de su identidad en la religión, lo mismo podemos entender en este temor de los liberales a que se les fuera a tildar de herejes, sobre todo en una sociedad en la que recién estaban aprendiendo a ser libres.

Con todos estos datos ya podemos entender que para Altamirano habría sido muy difícil abjurar de sus creencias religiosas. Comprendía el papel espiritual que la religión cumplía en toda sociedad. Sin embargo, combatió implacable dos cosas: el fanatismo religioso y el inadecuado comportamiento de los jerarcas del clero. Sobre el caso del fanatismo, llegó a apuntar en su diario:

El lunes vino la noticia de haber salido el papa de Roma para Malta: La cosa es para alegrarse; pero si el papa nada nos importa. Lo hubieran arrastrado por las calles de Roma. Eso era algo. Por lo demás no volverá a su vieja ciudad.  
El catolicismo está apollillado, los fanáticos de aquí están inconsolables.  
¡Qué brutos! ¿Cómo pueden tener entusiasmo por esas viejas necedades?

Yo no conozco nadie más bestial y más repugnante que el fanatismo religioso en México.  
Pero de aquí a cincuenta años no existirá.  
La indiferencia en materia religiosa lo va invadiendo todo.<sup>5</sup>

En estas ideas sueltas, Altamirano demarcaba su ideario religioso, el cual empezábamos a apuntar líneas arriba y que podemos sintetizar de la manera siguiente; reconocimiento de los verdaderos valores de la doctrina de Cristo; repudio al clero por su comportamiento equivocado al aplicar la doctrina cristiana, sobre todo a los altos jerarcas que, sin cumplir con su ministerio, se dedicaban a disfrutar de todos los lujos; censura sin tregua al fanatismo religioso que imperaba en México; y, por último, convicción absoluta de que con la acción benéfica de la educación el pueblo cambiaría su comportamiento religioso.

## 5.2. Entre la religión y la ciencia

De seguro que Altamirano, para llegar a centrar sus convicciones, tuvo que superar el drama interior que se nos presenta a todos los seres humanos cuando nos debatimos en el pozo de las dudas existenciales. Nicole Girón, al ahondar en algunas poesías de Ignacio Manuel, percibe el momento del drama interior del guerrerense, momento en el cual lo debieron asediar las siguientes preguntas:

¿Cómo asumir la bondad del abatimiento de la institución clerical? ¿Cómo cuestionar un orden social consagrado por la tradición y defendido por hombres de Iglesia que pretendían ser hombres de Dios? ¿Cómo enfrentar la amenaza de una excomunión? ¿Cómo, en una sociedad donde casi todo pasaba por la Iglesia, limitar el espacio de lo religioso al escueto territorio de conciencia?<sup>6</sup>

Altamirano logró establecer un saludable equilibrio entre sus sentimientos religiosos y el caudal de conocimientos que le aportaba su constante desarrollo intelectual. Así pues, a lo largo de la obra del tixtleco encontraremos en infinidad de oportunidades que su pluma se levanta para criticar de manera implacable al clero por no observar los principios impuestos por Cristo. Pero así como se levantaba implacable para criticar las fallas de los ministros de la Iglesia, reconocía los valores intrínsecos de la verdadera doctrina cristiana.

Mucho le molestaba al periodista liberal que los ministros de la religión, sobre todo las altas jerarquías, se corrompieran al grado de olvidar las obligaciones más elementales de su apostolado. De manera particular, Altamirano criticaba al clero mexicano por haber abandonado al pueblo a su

suerte, después de haberlo docilizado. En este abandono, Ignacio Manuel encontraba la mayor traición que pudieron cometer en México los ministros de Cristo. Este planteamiento lo compartirá varios años después Martín Luis Guzmán<sup>7</sup> quien con palabras muy similares habría de criticar el sistema tutelar de los espíritus ejercido por los frailes y que coadyuvó a la explotación del indígena desde los primeros instantes de la conquista y que habría de prolongarse durante toda la época colonial. Podemos estar seguros que Guzmán conocía ampliamente la obra de Altamirano y, de seguro, se vio influido por éste.

El 15 de septiembre de 1861, en solemne acto conmemorativo a la independencia, llevado a cabo en el Teatro Nacional, Altamirano aprovechó el espacio para señalar que en México “La tiranía política y el fanatismo religioso en monstruosa alianza han esgrimido contra el pueblo las dobles armas del hierro y del anatema, de modo que atacaban al hombre en su corazón y en su conciencia.”<sup>8</sup> Planteaba además que aun cuando se había logrado la independencia de España, los españoles

...al abandonar nuestras playas nos dirigieron una mirada de rabiosa satisfacción, mirada que quería decir. “Nos vamos pero os quedáis con el clero.”

Y tenían razón: el clero los ha vengado de su derrota desde 1821 hasta ahora...

El clero, amontonando riqueza con la insaciable voracidad de la loba que el Dante encontró en su infierno, ha podido ser una potencia política...

¡El clero! ¡El partido conservador! ¡Ved qué miserables titanes queriendo escalar el cielo de la libertad! ...

Pronto imperará en todo la democracia evangélica. Sí, nosotros realizaremos el puro, el santo, el divino liberalismo religioso, tal como lo concibiera el virtuoso hijo del carpintero de Nazareth.<sup>9</sup>

En lo que apuntaba en el último párrafo se observa que Altamirano persistía en retomar la causa liberadora pero ahora no le bastaba con los principios implantados por el liberalismo, sino que asumía los de Cristo, así convencido de que con su actividad contribuiría a redimir al pueblo mexicano de todas las culpas pasadas se abocó a cumplir con su apostolado. Consideraba que no sólo los ministros de la Iglesia tenían una encomienda apostólica, sino que también la debían cumplir los políticos comprometidos con un ideal. Al abordar temas relativos a la religión, observaba Ignacio Manuel que en la esencia del cristianismo prevalecían valores que se debía aplicar aun en la actividad política, pues resultaban eficaces en la tarea de convencer a un grupo de individuos para abrazar una causa y compartir ideales. Era tanto su entusiasmo que no se percató que el pueblo al que él pretendía ayudar estaba muy lejos de coincidir con sus ideales y que el

gobierno y la clase alta estaban en una dinámica que no coincidía con la suya.

Altamirano se distanciaría del gobierno de Juárez debido a que éste, después de la guerra de Reforma se vio tibio al tomar las medidas, pues “cuando se esperaba justicia seca y dura, el gobierno no desterró a los obispos, en vez de ahorcarlos, como lo merecían esos apóstoles de la iniquidad, echó a uno empleados y a otros no, de los que habían servido a la reacción.” Así lo denunció Altamirano en uno de sus discursos pronunciado en la Cámara de Diputados, el día 10 de julio de 1861.<sup>10</sup>

Si en verdad deseamos precisar el ideal de Altamirano respecto a lo que debía ser la hermandad religiosa, bastará con adentrarnos en su *Navidad en las montañas*, cuya trama se desarrolla en un pueblecillo del sur. Desde las primeras líneas de esta novela se advierte la religiosidad de Ignacio Manuel, presente en la forma de narrar las celebraciones de la Navidad: “¿Quién que ha nacido cristiano y que ha oído renovar cada año, en su infancia, la poética leyenda del nacimiento de Jesús, no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros días de la vida?” Aún reconocía Altamirano que bien el seno de su “familia humilde y piadosa” o bien en el “centro de populosas ciudades, donde el amor, la amistad y el placer en el delicioso concierto habían hecho siempre grata para mi corazón esa noche bendita”<sup>11</sup> Con estas breves citas Altamirano refrendaba en 1871 su filiación católica.

Más adelante, dentro de la misma obra, plasma en boca del cura de la comunidad su ideal de lo que debía ser un sacerdote. A la pregunta del capitán relativa a si el clérigo recibía dinero por bautizos, casamientos, misas y entierros, éste contesta de la siguiente manera:

-No, señor, no recibo nada, como va usted a saberlo de boca de los mismos habitantes. Yo tengo mis ideas, que ciertamente no son las generales; pero que practico religiosamente. Yo tengo para mí que hay algo de simonía en estas exigencias pecuniarias, y si conozco que un sacerdote que se consagra a la cura de almas, debe vivir de algo, considero también que puede vivir también sin exigir nada y contentándose que con esperar que la generosidad de los fieles venga en auxilio de sus necesidades. Así creo que lo quiso Jesucristo, y así vivió él; por qué, pues, sus apóstoles no habrían de contentarse con mirar a su Maestro, dándose por muy felices de poder decir que son tan ricos como él?<sup>12</sup>

Ante las palabras del sacerdote, el capitán entendió lo valioso de las acciones del verdadero ministerio de Cristo y no pudo menos que emocionarse y explicar las causas por las que había estado en contra del clero

...usted no es un fraile, sino un apóstol de Jesús... Me ha ensanchado usted el

corazón; me ha hecho usted llorar. No creía yo que existiera un solo sacerdote así en México; jamás he oído hablar a un hombre de sotana o de hábito, como usted acaba de hacerlo. Señor, le diré a usted francamente y con mi rudeza militar y republicana, yo he detestado desde mi juventud a los frailes y a los clérigos; les he hecho la guerra; la estoy haciendo todavía a favor de la Reforma, porque he creído que eran una peste; pero si todos ellos, fuesen como usted, señor, ¿quién sería el insensato que se atreviese, no digo a esgrimir su espada contra ellos, pero ni aun dejar de adorarlos? ¡Oh, señor!, yo soy lo que el clero llama un hereje un impío, un *sansculote*; pero yo aquí digo a usted, en presencia de Dios, que respeto las verdaderas virtudes cristianas como jamás las ha respetado fanático o sayón reaccionario alguno. Así venero la religión de Jesucristo, como usted la practica, es decir, como él la enseñó, y no como la practican en todas partes.<sup>13</sup>

En estos párrafos de la novela podemos entender que en verdad el distanciamiento de Altamirano con la Iglesia no había sido por la doctrina de Jesucristo, de la cual reconocía que su esencia era valiosa y benéfica, sino por la forma en que la practicaban frailes y clérigos, quienes siempre buscaban el bienestar personal, en detrimento del colectivo. Ignacio Manuel censuraba este comportamiento porque se alejaba diametralmente de lo establecido por Jesús. Así pues, en la intimidad de su espíritu encontramos una profunda raigambre religiosa.

### 5.3. La religión y el pensamiento liberal

El pensamiento liberal moderado entendió lo difícil que sería lograr que el pueblo cambiara su forma de pensar en el ámbito religioso. Les quedaba muy claro a los integrantes de esta facción del liberalismo que el cambio no podría ser de la noche a la mañana. Quizá en el fondo intuyeran lo que recientemente ha señalado Marta Eugenia García Ugarte respecto a que tanto una sociedad religiosa cerrada o una sociedad secular centrada en la comprensión de las realidades inmediatas al fijar “sus ojos en el futuro... encuentran, como paradoja histórica, el retorno a la tradición.”<sup>14</sup> Así pues, de acuerdo a este postulado, más allá de la lucha entre los liberales y el clero, el pueblo no dejaría sus creencias religiosas por decreto. O dicho de otra forma, aunque los liberales entendieran que el problema que generaba el control ejercido por la Iglesia en México requería de una pronta solución, los cambios no se producirían con la rapidez deseada, pues era necesario entender que en el país entero existía una sociedad profundamente religiosa. Además, tal vez respondían a una realidad que explicaría Durkheim años más tarde, en la que se pone en evidencia que la religión con frecuencia extiende su esfera de acción “bastante más allá del comercio del hombre con lo divino”, regulando

frecuentemente las relaciones jurídicas, morales y económicas de las sociedades<sup>15</sup> Esta serie de apreciaciones cobran fuerza cuando analizamos lo que Altamirano escribió en 1880 al rememorar las celebraciones de la Semana Santa en su pueblo:

La religión es el hada buena de la infancia, ese crepúsculo matinal de la vida. Ella encanta el cerebro y el corazón de los niños y puebla de dulces y tiernos recuerdos el espacio azul de los primeros días: Cuando la luz meridiana de la ciencia y de la realidad hacen desvanecer en el espíritu los bellos fantasmas de la juventud soñadora, aquellos recuerdos persisten sin embargo, aquellas impresiones se fijan en la imaginación como en una *negativa* imborrable, y es: que el hada de la niñez no se ahuyenta, como la maga de las ilusiones juveniles, sino que permanece despierta, graciosa y risueña en el dintel que el cariño levanta en el santuario de la memoria. Fenómeno del cerebro o misterio de la idealidad, el hecho es: que las impresiones de la niñez resisten al tiempo, a los dolores y a las convulsiones de la vida.<sup>16</sup>

El contenido de esta cita nos lleva de nueva cuenta a Durkheim cuando, después de plantear que el prestigio de lo religioso descansaba justamente en el hecho de que el creyente concede a la divinidad una autoridad extraordinaria, manifestó que aún “queda por explicar cómo han sido los hombres llevados a atribuir una autoridad tal a un ser que, en opinión de todo el mundo es, en muchos casos, si no en todos, un producto de su imaginación”<sup>17</sup>

Así pues, los liberales moderados conscientes de que difícilmente lograrían erradicar por completo el sentimiento religioso del pueblo mexicano, centraron sus acciones en tratar de acabar con las prerrogativas concedidas a la Iglesia. Los privilegios de que gozaba la institución religiosa en México afectaban el buen desarrollo del país en tres ámbitos fundamentales: el económico, pues al acumular grandes propiedades paralizaba el sano desarrollo de ese sector; el legal, pues al disfrutar de privilegios contradecía el principio de igualdad ante la ley; por último, el social, pues al ejercer control a partir de la educación frenaba la transformación de la sociedad.

En la muy particular opinión de Ignacio Manuel Altamirano, el año de 1870 representó el año en el que se experimentaron cambios en el comportamiento del habitante de la ciudad de México, tanto en lo social como en lo religioso. Sustentaba esta afirmación en sus observaciones hechas a lo largo de las celebraciones del carnaval del citado año. Decía el cronista que la sociedad capitalina mostraba otra actitud. Aseguraba que la mojigatería había quedado en el pasado, ahora el capitalino se manifestaba más libremente, sin esperar a que llegara una época del año en la que, amparado en un antifaz, se podían cometer todas las locuras y todos los excesos. Además, percibía Altamirano



que la práctica de la religión, en el habitante de la capital, se convertía cada vez más en una práctica de tipo social: Observaba que los feligreses asistían a las festividades religiosas desprovistos de un verdadero espíritu de recogimiento espiritual.<sup>18</sup>

En el capítulo 2 señalamos que Altamirano había notado que el capitalino estaba invadido por la indiferencia en materia religiosa. Se preguntaba el cronista si la indiferencia pudiera interpretarse como precursora de un nuevo Mesías y al contestarse manifestaba: “Quien sabe tal vez el provenir oculte entre sus velos misteriosos al astro de una nueva fe. Tal vez el mundo no busque ya en ella ni un faro, ni un consuelo, ni un apoyo.”<sup>19</sup>

Sin embargo para el año siguiente, 1871, en el discurso que ofreció en su carácter de presidente de la Sociedad de Beneficencia, y sustentado en el hecho de que los esfuerzos realizados por el gobierno eran insuficientes para atender la enorme demanda de instrucción pública la cual quedaba en manos de la Acción Católica advertía que:

...la venenosa serpiente del fanatismo religioso, que no ha muerto, como podría suponerse, aplastada por los triunfos de la Reforma, sino que ha estado aletargada en el invierno de su humillación, comienza a despertar, se mueve, sus espantosos anillos comienzan a agitarse y en breve, si nosotros la dejamos libre, volverá a enlazarse al árbol del pueblo para marchitarlo y corroerlo.<sup>20</sup>

Hacia la mención Altamirano de que las sociedades jesuíticas, no conformes con apoderarse cada vez más de la enseñanza primaria, extendían sus redes hasta la prensa de México y a partir de ambos. de la enseñanza y de la prensa extienden su odio no al gobierno de la nación, sino a los principios de libertad y progreso, con lo cual el periodista ponía de manifiesto que las acciones referidas atentaban en contra del pueblo mismo. Justamente para evitar que se propagara cada vez más la influencia del fanatismo religioso, se hacía indispensable reforzar los esfuerzos de la Sociedad de Beneficencia y de la Sociedad Lancasteriana, para intensificar la enseñanza primaria entre las masas populares.

En verdad, las costumbres antiguas se iban y el carácter de la sociedad capitalina se transformaba. La gama de transformaciones se podía observar tanto en las ideas, como en la vestimenta y hasta en los placeres a que estaba acostumbrado el capitalino.

#### 5.4. El rostro del capitalino tras un antifaz

Al acercarse las celebraciones de Carnaval en el año de 1868, escribía Altamirano que los aparadores estaban “hinchidos de caretas y de disfraces bien sacudidos del polvo de los tiempos, esa alegría que tiene necesidad de enmascararse retoza en el alma de los jóvenes, porque los viejos no tienen necesidad de antifaz.”<sup>21</sup> Y en verdad el relato nos parece sacado de una secuencia cinematográfica cuando Altamirano narra que durante el carnaval todo era bullicio y algarabía: “Los teatros se iluminan, las orquestas suenan, las turbas de Pierrots, de Robert Macaire, de dominós y de estudiantes invaden los salones”<sup>22</sup> Sin embargo, las expectativas estuvieron muy alejadas de la realidad, en su siguiente crónica Altamirano informaba que:

El domingo de carnaval los teatros estuvieron solitarios. El martes hubo alguna animación, particularmente en el Nacional, donde es costumbre que la concurrencia sea mayor. Con todo, la alegría si alguna hubo, fue quieta y monótona<sup>23</sup>

Narraba el cronista la raíz pagana del carnaval y ponderaba que en México era apenas un pálido remedo de los celebrados en Roma, Venecia o París.<sup>24</sup> Este constante afán de hacer notorio que nuestras celebraciones y acontecimientos eran menos importantes y lucidos que los que se llevaban a cabo en otros países nos conduce a pensar que más allá de su deseo de que las cosas fueran distintas en nuestro país, nos conduce a pensar que su inconformidad ocultaba un enorme deseo de que lo mexicano y los mexicanos se comportaran como ello deseaba..

Al parecer el carnaval de 1869 no habría sido mejor. No obstante las circunstancias similares, Altamirano escribió que México tenía “demasiada vida para agonizar con un año de escasez. Hubo paseo, hubo numerosa concurrencia en Bucareli, casi todos los carruajes particulares se vieron allí, ocupados por las familias más distinguidas de la ciudad.”<sup>26</sup> Observamos, pues, que el liberal confiaba ampliamente en que el glamour de la alta sociedad capitalina salvaba a la ciudad del tedio.

Además, la crónica bien podría ubicarse en cualquier ciudad de países progresistas, sobre todo por las pinceladas de aristocrático colorido al describir como lo más florido de la sociedad capitalina se daba cita por la noche del martes de carnaval animando con su bullicio las calles de Vergara, el Factor. San Francisco y Plateros, lugares en los que se podía ver, al decir del cronista, lo más bello y lujoso de la capital. Y qué decir del baile de Piñata al que también en el año de referencia se auguraba desanimado y sin embargo resultó animadísimo: “Muchas señoras de la buena sociedad,

elegantemente disfrazadas, tomaron parte en el baile; los palcos primeros todos fueron ocupados por familias distinguidas”<sup>27</sup>

Es notorio que en sus primeros años de labor periodística Altamirano tuviera un marcado afán de destacar, en todos los eventos acontecidos en la ciudad de México, la presencia de la clase acomodada capitalina. Podríamos denominar a esta primera época la época de “la encomienda” en la cual Altamirano tenía el firme propósito de designar a la clase alta de la capital como rectora de los destinos culturales del país.

Para 1870, sobre el mismo tema y dadas las circunstancias, Altamirano despedía de las tradiciones capitalinas las celebraciones del Carnaval. Para ese año aseguraba que el Carnaval no alborotaba sino a los payos de provincia quienes consideraban que podrían encontrar una una dama de gran tono disfrazada.<sup>28</sup> Después de lamentar que los “amorosos payos” aún se engañaran pensando en que la tradición del Carnaval aun continuaba en su esplendor, sin entender que

...el Carnaval se va.

¿Y por qué se va?

En mi humilde concepto, no se va por la miseria o por otra razón diferente. En México como en otras ciudades populosas, la miseria no es un obstáculo para divertirse: Se va porque no se le necesita. A medida que las costumbres se hacen más carnavalescas; a medida que el antifaz de carne y hueso hace los oficios de la antigua careta de seda o de terciopelo, ¿para qué echar mano de éstas?<sup>29</sup>

Con estas observaciones Altamirano advertía ya que el capitalino marcaba cambios, cambios profundos de comportamiento. De hecho, por lo expresado por el cronista, estaríamos asistiendo a un relajamiento de costumbres. Después de explicar Altamirano que durante el Carnaval las caretas servían “para decir verdades a cualquiera, a imitación de las saturnales antiguas, o para entregarse a las aventuras ilícitas”<sup>30</sup>, pasaba a decir:

Pues bien: hoy que la maledicencia no sólo es autorizada, sino que es graciosa y que lisonjea hasta sus víctimas; hoy que echar en cara a una persona sus vicios o sus faltas, es halagarla tanto como si se le perfumara con una nube de incienso o con una lluvia de agua de rosa, pregunto ¿para qué sirven las bromas el Carnaval?<sup>31</sup>

Los comportamientos de la juventud capitalina habían cambiado y esta mudanza parecía no satisfactoria para Altamirano quien acababa por reconocer que lo que prevalecía en aquellos tiempos era el placer del escándalo. Por tal razón afirmaba “el Carnaval debe irse. El antifaz es inútil hasta para que una doncella pudorosa baile el Can can...”<sup>32</sup>

Aun cuando las celebraciones del Carnaval estuviesen entrando en decadencia, lo que es innegable es la gran concurrencia con la que ese año de 1870 había contado el baile de piñata, tradicional durante las festividades carnavalescas y que según la descripción que hacía Altamirano, en la que habría de resaltar indiscutiblemente el elemento femenino, al parecer no estuvo tan desanimado y mucho menos en decadencia:

El salón está lleno, los palcos ocupados por familias ricas y mujeres *comme il faut*. En el patio dispuesto para el baile, hay pocas máscaras; las personas están vestidas de negro como de ordinario.

Examinemos a los enmascarados más notables de 1870.

Un Plutón como el de *Los dioses del Olimpo*; pero tan serio, gravadoso, tan sin sal que da pena verle. Se pasa melancólicamente dando vueltas en derredor del salón, como un caballo de circo. Cuando toca la orquesta y todos bailan, él ve bailar; cuando la orquesta tocó can can, él se digno alzar una pata de la manera más bestial del mundo. ¿Quién sería ese Plutón? Algunos creen que algún alemán meditabundo o algún pulquero rico.

Un tocador de organillo, figura bastante chistosa, seguido de un grupo de chicuelos, daba también vueltas en el salón, gritando hasta enronquecerse. Después de tres vueltas ese personaje era completa y absolutamente fastidioso.

Un obispo con mitra y vestiduras rojas. Éste no decía, no hacía nada que llamara la atención.

Dos personajes fantásticos que llevaban caras de chivo. No llamaron la atención.

Pero si la llamaron y fuertemente dos hombres vestidos de blanco enteramente como si acabaran de desembarcar en Veracruz, con sombreros de paja y grandes patillas, andar mesurado, piernas torcidas y grandes pies. Veían con aire bobo a todos los palcos y a todas las gentes. Hay que advertir que no traían más disfraz que las patillas; pero tan bien puestas que nadie los conoció. Quisieron probablemente hacer el retrato de algunos millonarios de hoy y que llegaron en tal fecha a Veracruz.

Algunos pollos con uniformes del tiempo del imperio y ridículos, como es natural.<sup>33</sup>

En las líneas de estos párrafos podemos advertir varios de los tipos sociales que tal vez más fastidiaban a Altamirano, quizá uno de los propósitos del cronista fuera exaltar en los disfrazados sus defectos, para que el lector se diera cuenta con mayor facilidad de lo ridículo que resultaba en la realidad el comportamiento de ese tipo de personajes. Así pues, al menos en cuatro disfraces se alcanza a entender el señalamiento a las clases sociales del México de aquel tiempo: el Plutón es representación viva del “high life” al que hemos hecho referencia en otra parte de este trabajo y que en efecto a los ojos de Altamirano resultaba “serio, gravadoso, tan sin sal, que da pena verle.” También alude este disfrazado al extranjero insulso que sólo ve en México el lugar donde amasar una fortuna sin pretender integrarse al país y a su gente. Crítica muy similar podemos encontrar con

los disfrazados de blanco. Por lo que toca al obispo, es obvio que al momento en que Altamirano señalaba que “no hacía nada que llamara la atención” se refería justamente a la inutilidad del clero. Por último, los jóvenes uniformados aluden directamente a los miembros del partido conservador. Cuando la crónica llegó al punto en se debía hacer descripción del sexo femenino, el tono, aunque pareció cambiar, no fue así. Aún cuando Altamirano hacía el señalamiento de que “En cuanto a mujeres, la cosa era mejor...”, la fina ironía del guerrerense se dejó sentir al dar los pormenores del bello sexo que allí se había dado cita:

Había una que llevaba traje verde y que acompañaba a un paje, que llamaba la atención por sus lindas espaldas, por su cuello delicioso, por su talle esbelto, sus pies pequeñitos y sus movimientos al bailar el can can y la danza. Ésta no era, según supe, una Magdalena, sino una hija de su siglo. Otra que llevaba un traje color de rosa, era verdaderamente bella a juzgar por su cuello, sus hombros, sus brazos y su talle. Era muy garbosa para alzarse el vestido y parece que había tomado de modelo a la Torreblanca. Tampoco era una Magdalena. Otra vestida de azul era hermosa para trastornar el mundo. Con una rica cabellera negra, con brazos de diosa y una barba y una boca que no podían menos que corresponder a unos ojos hechiceros, esa mujer si no pertenecía a la aristocracia del dinero, evidentemente correspondía a la aristocracia de la hermosura.<sup>34</sup>

Seguir la cita de la crónica no es nuestro propósito, sin embargo con lo que acabamos de acotar es suficiente para recordar lo establecido por Baudelaire en sus ensayos, los cuales hemos abordado en otro capítulo. En estas líneas se detecta la presencia de las diferentes clases de la sociedad capitalina y, sin duda, el comportamiento de ciertas damas de sociedad, apuntaba el cronista, podría confundirse con el de mujeres de la vida galante como es el caso de la mujer del traje verde, la cual hace exclamar a Altamirano que “era una hija de su siglo”. Encontramos en las líneas de la crónica dos aspectos relevantes: por una parte que la sociedad, en este caso representada por el sector femenino, era más abierta; el otro, quizá el más importante para nuestra investigación: se trasluce de nueva cuenta el mundo de contradicciones de Altamirano. Así pues el liberalismo de Altamirano pugnaba por una sociedad moderna, pero sometida al decoro de las buenas costumbres.

### **5.5. Del desenfreno a la mortificación de la carne**

Entrada la Cuaresma, Altamirano refería el conflicto que durante esos días se presentaba, sobre todo a la juventud capitalina, pues se apoderaban de las conciencias sentimientos que oscilaban entre lo

profano y lo religioso. Encontraba “que esta deliciosa mezcla de lo temporal y lo eterno” hacía el encanto de la sociedad mexicana.<sup>35</sup>

Pero también en las celebraciones de la cuaresma Altamirano advertía que el capitalino había cambiado. Principalmente se refería a la clase rica capitalina. En 1870 hacía una breve mención al hecho de que la gente rica perdía sus devociones propias de la cuaresma, y para reconfirmar lo dicho, apuntaba a que “los sermones vespertinos de la Profesa no van sino gente de la clase muy media, gente de casa de vecindad y algunos proletarios. La gente rica prefiere el paseo de Bucareli o el de la Viga, que es el de moda en este tiempo. La elocuencia sagrada es menos popular que el can can y la zarzuela.” Concluía su mención a la cuaresma reconociendo el periodista liberal que el peor enemigo del catolicismo era la *indiferencia* y no la herejía a la cual calificaba de “profundamente cristiana y ferviente”. Ponderaba aún que la indiferencia había “herido de muerte al papado, y que consume en la tierra de los pueblos toda la savia que hacía vivir el árbol de las viejas creencias”<sup>36</sup> En otra de sus crónicas, publicada también el año de 1870, Altamirano insistía en el hecho de que las prácticas religiosas de la cuaresma en la capital de México perdían terreno cada vez más. Para justificar su aseveración hacía memoria de que veinte años atrás durante esta época se llevaban a cabo procesiones, se practicaba el ayuno y la gente tenía por costumbre confesarse. Agregaba que el tipo de celebraciones aconsejaba el recogimiento y si la gente se divertía lo hacía “ocultamente y como si pesaran sobre su existencia los ojos de tigre del santo tribunal de la fe.”<sup>37</sup>

Así mismo, recordaba lo acaecido en la cuaresma de 1860 y con sentido desprecio por los infaustos acontecimientos de la época relataba que “había una especie de furor religioso, y las campanas se hacían pedazos llamando a los fieles a la confesión, a las pláticas y a los oficios.”<sup>38</sup> Y al evocar a Zuloaga y su gabinete decía “El llamado presidente y sus ministros comulgaban con gran compunción; eso sí, después de firmar órdenes de fusilamientos y prisiones contra los liberales.”<sup>39</sup>

Y en el colmo de la ironía refería cómo

Los frailecitos hacían su agosto; pero trabajaban en recoger la mies del Señor, y más de uno se limpiaba la frente sudorosa, exclamando que la tarea del confesionario y del púlpito era superior a sus fuerzas. Las monjitas andaban afanadas en preparar sus funciones y en cuidar las macetas y los sembrados de chíá, de trigo, de linaza y de lenteja, con que habían de adornar sus altares el viernes de Dolores y los días de la Semana Santa.<sup>40</sup>

Al llegar a la época en que escribía su crónica, Altamirano decía que después de los tiempos de la remembranza, en los que parecía que se había vuelto a los tiempos de la colonia, “¿ahora?... ¿qué se

ha hecho todo aquel espíritu de devoción que trastornaba a la gente?”<sup>41</sup>

## 5.6. El Viernes de Dolores

Dentro de las celebraciones de la cuaresma, el viernes de Dolores siempre ocupó en el México antiguo un lugar muy especial. Altamirano no podría haber desaprovechado ocasión para dar a conocer al lector las costumbres arraigadas en el México decimonónico. Así, en abril de 1870, sin mayor preámbulo anuncia que llegó el viernes de Dolores y que desde muy temprano “un gentío inmenso afluyó a las calles que dan al canal que comunica los lagos de Chalco y de Texcoco.”<sup>42</sup> En ese lugar que hoy lleva el nombre de calzada de la Viga, se daban cita todas las clases sociales para comprar flores y adornar sus altares de Dolores tan tradicionales en un tiempo. El tixtleco festinaba el hecho de que el “Paseo de la Flores” no perdiera su prestigio con el paso del tiempo y procedía a informar

...el paseo a orillas del canal estuvo concurrido... desde el puente de Roldán hasta el de Santiaguito la muchedumbre se apiñó de tal modo, que era difícil dar un paso, y como algunos pollitos tuvieron el buen gusto y la finura de andar empujando a las señoras, estas sufrieron mucho con tales groserías, y más de uno se vio en riesgo de perder la gran castaña. el puff y la cola en aquella barahúnda.

Dos músicas se situaron en la plazuela de La Merced y en una de las calles, y se estuvieron tocando algunas danzas y el indispensable can can, hasta las nueve de la mañana.<sup>43</sup>

En el año de 1883 Ignacio Manuel hacía un extenso relato de lo que para la capital y sus habitantes representaba el viernes de Dolores, día que ha significado siempre el preámbulo a la Semana Mayor. De este día el tixtleño ponderaba con especial emoción el paseo de las flores tan tradicional, al parecer, para los capitalinos de aquella época. Este paseo se llevaba a cabo a orillas del canal de la Viga, sitio al cual acudían los capitalinos a comprar flores para adornar los altares de la virgen, tan acostumbrados en la ciudad de México.

La costumbre de ese día era madrugar para llegar entre los primeros a la compra de las flores. Daba noticia el periodista de que en épocas pasadas se daban cita al citado paseo todas las clases sociales, sin hacer distinción alguno, pero que para el año en que se publicó esta crónica las cosas habían cambiado, pues los horarios en que asistía la gente dependía de la clase social a la que pertenecía.

Así pues, la gente pobre asistía de cinco a nueve de la mañana, en tanto que la gente rica lo hacía de las nueve y hasta el mediodía.

Es importante señalar que para Altamirano estos cambios de costumbre no le parecían saludables. De seguro encontraba que después de veinte años de haber iniciado su labor periodística en la cual había insistido tanto en unificar a los capitalinos, ahora encontraba que no sólo no lo había logrado sino que la división se hacía más marcada. Esto contravenía en gran medida sus aspiraciones de unificar para lograr una identidad del mexicano. La práctica de la división social la achacaba más a cuestiones de moda, pues manifestaba:

El paseo de las flores, antes, no ofrecía más que un solo aspecto y en éste se distinguía plenamente la fisonomía nacional, “algo de típico y pintoresco en que no se mezclaba nada de las costumbres híbridas y suntuarias que han introducido la manía de imitación y el furor de la moda en los últimos años.”<sup>44</sup>

Sin duda habían sido muchas las ideas vertidas, muchos los anhelos de cambio para que, de pronto el liberal advirtiera que el mexicano se comportaba de la manera menos adecuada para la consecución de los ideales propuestos. A tal grado sancionaba el comportamiento de sus conciudadanos que recordaba con añoranza otros tiempos en los que el sentimiento religioso privaba en la festividad del viernes de Dolores y, desde luego, en la asistencia al paseo de las flores. Veía con tristeza que ahora la vanidad se paseara por aquellos lugares, cuando en épocas pasadas pocas veces se asomaba a aquellas callejuelas y a aquellos puentes.

Por lo que respecta al lugar, Altamirano indicaba que el barrio quedaba oculto atrás de la gran masa del palacio de gobierno y que su traza no era regular sino más bien un “laberinto de callejuelas tortuosas, estrechas y sucias que hacen como cortejo al curso del canal”.<sup>45</sup> Desde luego que Altamirano no podía dejar de hacer denuncia de que el lugar donde se llevaba a efecto el paseo de las flores, venía a representar la parte más vieja de la ciudad azteca y española, y estaba densamente poblado. Era una zona infecta y malsana y por lo tanto sus habitantes se veían acosados por la “malaria y la incuria”. Altamirano justificaba las circunstancias tan deplorables por las que atravesaba el barrio pues decía que el avance de la ciudad se generaba su lado occidental. Aun más advertía que el lugar hubiera desaparecido de no ser por el progreso material representado por las dos o tres líneas del ferrocarril urbano.

Pero las mañanas de viernes de Dolores, privilegiadas siempre por ser mañanas de primavera,



representaban cada año para aquel lugar “ una sonrisa de felicidad y un bullicio de fiesta” que daban luz y alegría al barrio sucio y triste. El cronista relataba la travesía de los vendedores hasta llegar a la Viga, pasaban, para llegar a su destino, “por el Puente del Molino, de Santo Tomás, de Curtidores, de Blanquillo, por el puente Colorado, de Santiaguito, atravesando el barrio de la Merced y llegaban al puente de Solano, en donde los esperaban la muchedumbre regocijada que aflúa por las calles de la Acequia, de la Merced” .<sup>46</sup>

Y para marcar más los contrastes el tixtleco seguía relatado en tono de añoranza la manera en que se comportaba la gente en otros años en los que el desfile continuo de gente hacía las delicias del paseo pues ahí “se codeaba la linda mujer de raza española con la desgranada y haraposa lépera, la altiva matrona aristócrata con la Celestina de barrio, el elegantuelo de Plateros con el leperillo medio desnudo”,<sup>47</sup> pero todos reunidos ahí con el fin de regatearles a las vendedoras de flores el precio de los ramilletes.

En las palabras de Altamirano vibra la evocación llena de nostalgia en la que advierte que en el tiempo pasado el habitante de la ciudad estaba más cerca de la identidad que en esa mañana de 1883. Ahora las cosas han cambiado, hacía notar el cronista y se nota en sus palabras una cierta pesadumbre, pues el paseo:

Se ha trasladado a la amplia calzada de la Viga y se divide en dos partes. La primera es para el pueblo y comienza desde las primeras horas de la mañana. Es la más bella. Entonces se compran las flores y se contemplan las canoas; la muchedumbre se apiña al borde del canal que por allí es ancho, limpio y tiene árboles colocados en la ribera. Hay puestos de frutas, de pasteles y sobre todo de atole de leche y de tamales para desayunar sobre la hierba...

El sol avanza entretanto y va iluminando las aguas verdosas y calentando la mañana. Entonces la muchedumbre popular llena los vagones del ferrocarril urbano que llega hasta allí, o regresa a pie a México cargando sus enormes canastas de flores y de verdura.

Pero entonces comienzan a llegar los carruajes lujosos, los jinetes a la europea, los elegantes pedestres de San Francisco y de Plateros, las damas de sombrero de plumas y de zapatos bordados, la moda, la tribu numerosa del Zoca y de Bucareli.<sup>48</sup>

Ignacio Manuel Altamirano hacía la descripción de esta segunda parte del paseo con una serie de alusiones desagradables que hacen notorio su disgusto a causa del comportamiento de la gente rica, ya hemos hablado en otro momento sobre el particular. Hacía notar que la gente decente, como la llega a llamar, no asistía al lugar con el afán de comprar flores, pues las iba a decir o las iba a escuchar “juntamente con los miasmas palúdicos del canal, producidos por un sol tropical que

incendia el lodo y que hace caer en cascadas los gusanos de los grandes chopos que bordean la calzada.”<sup>49</sup> Por si esto fuera poco, la enramada que estaba dispuesta en el lugar para que diera sombra a los paseantes, resultaba raquítica; la música tocaba piezas melancólicas; las aguas frescas que se ofrecían se tomaban juntamente con el polvo que levantaban los carruajes y los jinetes. En fin, a juicio de Altamirano eso se merecía la gente rica de la capital por haberse segregado del pueblo, por haber olvidado que tenía una misión impuesta por el propio cronista: la de ser el grupo rector de los destinos sociales de sus conacionales. Por eso era justo que al terminar su muy particular paseo de las flores, que más bien a juicio del cronista era una “revista de vanidades”, la gente decente de la capital se viera coronada con dolor de cabeza a causa de la insolación.

Por la tarde en la ciudad se levantaban los altares de Dolores, por desgracia, relataba Altamirano, esta tradición ya sólo quedaba en las casas de vecindad en las cuales “se levanta un pequeño altar con su Calvario entre ramas de pino, y sobre gradas cubiertas de amapolas, y de jarros de chíá.”<sup>50</sup> Altamirano daba fin a su crónica preguntándose si en todas aquellas manifestaciones populares que había observado durante todo un día de fiesta se anidaba la impiedad y acertaba a contestar que las costumbres se acababan con el tiempo.

### **5.7. Protectora de ladrones. La virgen de la Soledad: una advocación en el olvido**

La gente pobre de la ciudad de México, después de haber asistido al Paseo de las Flores, se dirigía a oír misa en la iglesia de la Soledad de Santa Cruz, en la cual se veneraba la virgen del mismo nombre. En su crónica publicada en 1870 Altamirano refería que habiendo poca concurrencia a la misa, la mayor parte de los asistentes eran los “clientes especiales de la milagrosa imagen”, se refería ciertamente a ladrones, pues el gremio había instituido como su patrona a la virgen de la Soledad de Santa Cruz. En tono jocoso el cronista recomendaba a sus lectores que cuando concurrieran a la citada función “tomen todas las precauciones que tomarían por el interior, si quieren admirar la prodigiosa imagen gratuitamente.”<sup>51</sup> Aún, con lujo de ironía notificaba que:

El sermón fue admirable, tanto más admirable cuanto que no lo comprendí. El lenguaje teológico es tan sublime y el Masillón de la Soledad estuvo tan elocuente, que mi pobre inteligencia no pudo sacar en limpio ninguna frase que dijera algo, y

me parece que al auditorio le sucedió lo mismo que a mí. Puede ser que al propio Bourdalove de la Soledad le aconteciera otro tanto, sobre lo cual no puedo asegurar nada. El Espíritu Santo le poseía de tal modo, que es posible que le haya pasado lo que a todos los espíritus, es decir que haya ensartado toda aquella cadena de palabrotas, sin entender ninguna.

De todos modos, yo quedé abismado y aún soñoliento, por lo cual y temiendo que los siervos de la virgen siguieran cobrándome el portazgo y almacenaje, me apresuré a salir no sin dar gracias a todos los santos habitantes de aquel adoratorio, de poder volver con camisa a mi casa.<sup>52</sup>

Sobre esta advocación, Altamirano refería que antes era desconocida. Acto seguido, procedía a informar que a esta virgen estaba rodeada de “una aureola de leyendas callejeras y carceleras, vagos recuerdos que se pierden en la oscuridad del barrio, milagros que se pierden en la reserva del crimen; pero no tienen historia escrita y ostentosa”<sup>52</sup> Y de inmediato pasaba Altamirano a hacer un recuento de tratadistas sobre las advocaciones de María, pero nada encontraba en sus obras que revelaran ni siquiera el conocimiento de esta virgen de la Soledad de Santa Cruz.

El desconocimiento por parte de los tratadistas era lo de menos, lo realmente importante era el hecho de que el oriente de la ciudad de México tenía su patrona, la única que lo cuidaba, después que se habían sacado a la virgen de la Bola de la iglesia de San Lázaro, para ser convertida ésta en fábrica. Lo verdaderamente importante era que la fiesta para celebrar esta advocación de la virgen era popular en el barrio y que mucha gente se congregaba en:

La horrible plazuela que está a la izquierda de la iglesia con su fuente cuadrada y vieja y sus cinco fresnos, está llena de gallardetes y flámulas; el espantoso callejón de la Santa Escuela, que es una cloaca torcida y cenagosa por donde pasa el ferrocarril, está llena de gente y las calles de la Soledad, de la Alegría, de la Machincuepa, así como los callejones de Pajaritos, de la Pulquería de Palacio, de Manzanares y de Roldán, muestran en los zaguanes, accesorias y ventanas, cortinas, flores de trapo, bandas y gallardetes.<sup>53</sup>

Todo en el barrio estaba dispuesto para la celebración: en una esquina el templete para la música. En las calles se instalaban farolillos y luminarias para iluminar la noche y se quemaban petardos y cámaras: En aquel rumbo de la ciudad la gente se apiñaba para la celebración, haciendo caso omiso de los venenos que pudieran flotar en la atmósfera, el tifo o de los reptiles del canal. Lo que importaba ese día era rendir honores a la virgen de la Soledad de Santa Cruz, a esa imagen a la cual el vulgo le atribuía un patrocinio de bandidos y de gente maleante. Esa advocación es venerada, decía Altamirano en su magnífico templo dispuesto en tres naves, con espléndidas bóvedas, “en su

altar deslumbrante con la luz de los blandones, con el dorado de los altares, en uno de los cuales se muestra en su baldoquín la dulce y triste imagen, vestida con magnífica túnica negra bordada de oro, brillando sus blancas lágrimas como diamantes sobre las mejillas color de azucena.”<sup>54</sup>

Terminaba su alocución el cronista sobre esta celebración de los pobres de la capital diciendo que en el pórtico de la iglesia se encontraban “mendigos de todas las edades y aspectos, los lisiados y leprosos de todo el barrio, las caras e todos los caprichos de Goya, las contorsiones de todos los mendigos de Collot y la vanguardia de la Corte de los Milagros de Nuestra Señora de París de Víctor Hugo.”<sup>55</sup> Con este final, doloroso sin duda, Ignacio Manuel Altamirano iguala la capital de México con las de Europa, por desgracia encuentra estas semejanzas entre la gente pobre, que si se igualaban a los de países civilizados. En tanto, los ricos permanecían en su impertinencia: ni experimentaban cambios sustantivos de comportamiento; y, mucho menos, se convertían en verdaderos líderes de sus conciudadanos.

## 5.8. La Semana Santa

De lo poco que llega a abordar Ignacio Manuel Altamirano con relación a las celebraciones de Semana Santa, encontramos su crónica titulada *Las tres caídas de Tacuba*. Costumbres mexicanas, en la cual el tixtleco hace una pintoresca narración de la costumbre que el capitalino tenía de transportarse a Tacuba el viernes santo. Notificaba que la tradición se había adquirido a partir de que se estableciera comunicación entre la ciudad de México y Tacuba gracias a la instalación de los tranvías. Después de hacer un breve recuento histórico de lo importante que en tiempos prehispánicos había sido Tacuba, el guerrerense reconocía que en 1883

Nada hay. Pues, en Tacuba que merezca la pena de verse. Pero de tiempo inmemorial se celebra allí la Semana Santa, como era costumbre en los pueblos de indígenas, con procesiones públicas, sayones, Pilato, centuriones, sermones al aire libre, en suma, con la tragedia de la Pasión representada en las calles y en la plaza.<sup>56</sup>

Al continuar con la lectura de la crónica nos damos cuenta clara de por qué la escasez de información sobre la Semana Santa en la ciudad de México. Al narrar Altamirano que el populacho empezó la costumbre de asistir al pueblo de Tacuba para ver “las *tres caídas* del Viernes Santo” y

agregaba el periodista “el populacho que hace muchos años que no ve la procesión de la *Santísima* el Jueves Santo, ni la del *Santo Entierro* y la *Soledad* el Viernes Santo, ni la del *Santo Entierro* sólo, el Sábado de Gloria”.<sup>57</sup>

### 5.9. También los pobres tienen virgen. La fiesta de los Ángeles

En el mes de agosto de 1880 Altamirano no podía prescindir de hablar de una de las fiestas que guardaba especial tradición entre los capitalinos. El dos de agosto, año con año los habitantes de la ciudad de México se daban cita para celebrar a la Virgen de los Ángeles. En realidad resultaba en aquel entonces una festividad muy importante. Relataba Altamirano que desde las primeras horas de la madrugada el pueblo entero invadía las calles que conducían al barrio en donde era venerada la Virgen. En su narración nos dejó una visión de los que eran los rumbos por donde pasaban los peregrinos para llegar a donde se encontraba la imagen:

Amanece y las calles que conducen a ese lugar, bastante retirado del centro, se inundan de gente, Santa Isabel, San Andrés, el Puente de Mariscalá, la Estampa de San Andrés, las Rejas de la Concepción, la Plazuela de la Concepción, las calles de San Lorenzo, las de Santa María por una parte, todas las que desembocan en la plazuela de Villamil por otra, y por el oeste las nuevas de Soto y de la Magnolia dan paso a un ejército de peregrinos llevando grandes cestos con manjares y botellas. Un mundo de artesanos con sus mujeres y una lechigada de chicuelos se dirigen devotamente a pasar el día en el lugar santo.<sup>58</sup>

Es importante penetrar un poco en las visiones que nos presenta Ignacio Manuel, de entrada podemos observar el placer que le causa que los capitalinos sean capaces de guardar tradiciones, de guardar sus raíces, que a fin de cuentas, de seguro lo entendían bien Altamirano, serían las que contribuyan a consolidar una identidad nacional. En otro orden de cosas se deja ver la relación del habitante con su espacio pues el barrio de los Ángeles que hoy podemos calificar de retirado del centro, a los habitantes de aquella época les parecía bastante retirado, tal como lo expresa Altamirano. En consecuencia, la ciudad de México de la segunda mitad del siglo XIX se vivía ya como la gran ciudad, tanto así que buena parte de los peregrinos llegaban a la plaza de la Concepción para abordar el tren que los llevaría al lugar de la celebración .

Aprovechó la ocasión para exteriorizar su inconformidad respecto del servicio público al que califica de abominable y lento. Pero dadas las condiciones, los habitantes de la ciudad no pueden menos que continuar pacientemente su travesía: “El tren continúa su marcha tortuosa caracoleando por entre un laberinto de callejones angostos, llenos de fango y flanqueados por casas de vecindad estrechas, húmedas, adornadas algunas con jardincillos de macetas, y que serían verdaderas huroneras si no estuvieran alumbradas profusamente por el sol que inunda los pequeños patios.”<sup>59</sup>

Conviene aclarar, como lo hacía el mismo Altamirano, que la celebración de la Virgen de los Ángeles resultaba menos universal que la que se ofrecía a la Virgen de Guadalupe. La causa fundamental era que la Virgen de los Ángeles se había instituido como la madona de los pobres de la ciudad de México. La veneración a esta advocación, decía, se había iniciado en 1580. La imagen estaba pintada en adobe y su devoción se había incrementado en 1745, año en que se difundió entre el vulgo que la imagen de la virgen se había renovado.

Pero sigamos con la descripción que hacía Altamirano sobre el momento en que se arribaba por fin a la plazuela de los Ángeles:

El tren desemboca por fin a la antigua *plazuela de los Ángeles*, que hoy se llama *plaza de Juárez*, donde se levanta el venerable santuario. las calles que se avecinan a esta plaza, llevan nombres modernos, nombres de la Reforma, lo cual es altamente simpático. Una de estas calles se llama de Escobedo, otra de Riva Palacio, otra de Miguel López, en honor a aquel patriota maestro de obras que vivió por aquí, cuya casa está allí cerca y que abandonó hogar y familia para ir a combatir al invasor francés y morir gloriosamente en San Lorenzo en la desdichada acción que perdió Comonfort.<sup>60</sup>

Reconocido ya por Altamirano que la fiesta era más secular que eclesiástica y dado que era la madona de los pobres y nada más, la fiesta se convertía en “una especie de orgía que dura ocho días y en que se emborracha el populacho con pulque rojo de tuna cardona, y es cuanto.”<sup>61</sup> Advertía el periodista que esto no había cambiado, que seguía siendo lo mismo desde hace varios años y procedía a hacer una transcripción de lo relatado, sobre el particular, por el brigadier don Juan Antonio Peñuelas,<sup>62</sup> pero realmente nada había cambiado la narración de hechos que hacía Altamirano 135 años después, parecía ser la misma de tiempos remotos:

En la plaza la bacanal, cuarenta pulquerías y cinco mil personas almorzando barbacoa y bebiendo tlamapa, bajo los rayos de un sol abrasador. La fruta de los

puestos, deliciosa. las muchachas de los barrios limpias y risueñas; los relojes en peligro... no ha habido muertes en este año, y eso me decía un amigo que hace tiempo es asistente a la fiesta.

Ha estado triste... ¡ esta vez no ha habido ni un matado!<sup>63</sup>

Dada la procedencia popular, de todo lo relativo a las festividades de la Virgen e los Ángeles se encargaba el pueblo. A grado tal era esto que podría decirse que más que una fiesta eclesiástica se trataba de una fiesta secular. Al informar sobre esta circunstancia, Altamirano daba a conocer que en la fundación de la iglesia de los Ángeles los frailes no habían metido la mano, y agregaba que “ni la virgen es aparecida, ni hay tampantajos en la historia de la santa imagen, ni nada de eso que constituye la abundante mina que explotan los santos hombres en otras partes de México”. Aún el liberal de Tixtla se congratulaba de que esta virgen “no deba su aparición a la bribonería de un fraile y a la estupidez de un indio, ni a la imaginación histórica de una solterona, ni a la propensión al embuste de una vieja.”<sup>64</sup> Para concluir su crónica, el periodista hacía una breve descripción del templo de la Virgen de los Ángeles, y reconocía con auténtico regocijo, una vez más, el que en el recinto no se hiciera alarde de milagros que en muchas oportunidades sólo resultaban ser invenciones de gente histórica. Así lo manifestaba Altamirano al referir que el templo era “bello aunque modesto y está decorado con gusto. Notamos con íntimo placer que ahí no hay retablos con historias de milagros estúpidos.”<sup>65</sup>

Todas estas reflexiones por las que navegaba la mente liberal de Altamirano nos permiten entender en la dimensión precisa su auténtica posición de liberal moderado. El empeño fundamental en aquel momento era recalcar en la conciencia del mexicano de su época no lo nocivo de la religión, sino de los que la utilizaban para propósitos personales o gregarios. De hecho, el propio Altamirano conservaba un íntimo sentimiento de respeto hacia la religión y no así hacia los ministros de la iglesia.

Ignacio Manuel pudo constatar de viva voz y cara a cara que el comportamiento del capitalino en esta festividad no había cambiado en relación con lo relatado por Peñuelas. Sin duda Altamirano tenía la convicción de que para tratar de ayudar al pueblo era necesario hacer recorridos de observación que le pudieran ayudar en sus apreciaciones. En este caso particular quedaba claro al periodista liberal que el populacho capitalino conservaba la genuinidad en su comportamiento, tal vez por eso se empeñaba con más fuerza en ofrecer apoyo en todo lo que él podía siempre con el fin de elevar las condiciones de vida del mexicano, con miras de llegar al progreso que ya disfrutaban otros países.

### 5.10. La guadalupana: una Virgen para todos

La popularidad de la virgen de Guadalupe ocupaba un lugar muy especial en la devoción de los mexicanos. El 12 de diciembre la capital de la república era testigo de una de las mayores celebraciones del calendario católico de los mexicanos

...en ella toman parte lo mismo los indios que la *gente de razón*, Juan Diego y don Quijote, Martín Garatuza y Guzmán de Alfarache. Todos se entusiasman del mismo modo; todos poseídos de una piedad sin ejemplo, van hoy a la *villa* a rezar a la virgen, a comer chito con salsa borracha, en el venturoso cerro del Tepeyac, a beber el blanco néctar de los llanos de Apam y a abandonarse después a los furores de la orgía guadalupana.<sup>66</sup>

Afirmaba el tixtleco que la celebración de la Virgen de Guadalupe representaba ya para aquel momento una de las celebraciones más constantes de nuestro pueblo. En ella se volcaba prácticamente toda la ciudad de México, dándose cita la gama entera de las clases sociales. Así nos lo hace saber Altamirano:

Allí están todas las razas de la antigua colonia, todas las clases de la nueva república, todas las castas que viven en nuestra democracia, todos los trajes de nuestra civilización, todas las opiniones de nuestra política, todas las variedades del vicio y todas las máscaras de la virtud, en México.

Nadie se exceptúa y nadie se distingue: es la igualdad ante la virgen; es la idolatría nacional.

Allí se codea la dama encopetada, la mantilla española o de velo de Chantilly, que estamos acostumbrados a ver balanceándose sobre sus altos tacones en las calles de Plateros, con la india *enredada* de Cuautitlán o de Azcapotzalco; allí se confunde cubierto de polvo, el joven elegante de cuello abierto de pantalón a la patte d'éléphant que luce sus atractivos femeniles en el Zócalo, con el tosco y barbudo arriero de Ixmiquilpan o con el indio medio desnudo de las comarcas de Texcoco, de Ecatepec o de Zumpango, o con el sucio lépero de la Palma o de Santa Ana -. Y no existen allí las consideraciones sociales; los carruajes de los ricos se detienen a la orilla del pueblo, lo mismo que los coches simones, lo mismo que los trenes del ferrocarril. Todo mundo se apea y se confunde entre la multitud; el millonario va expuesto a ser pisoteado por el pordiosero y despojado de su reloj por el pillo. La señora estruja sus vestidos de seda con los inmundos arambeles de la mendiga y con las calzoneras de cuero del peregrino de tierra adentro.<sup>67</sup>

En esta larga cita encontramos que Altamirano reconoce en la virgen de Guadalupe quizá al primer símbolo de la nacionalidad mexicana. Advertía muy claramente que la veneración a esta virgen



había trascendido los límites de la religión para colocarse en lo más profundo de la psicología del mexicano. En apoyo a esta afirmación, Jacqueline Covo expresa que la igualdad ante la virgen de Guadalupe queda ampliamente representada “con las dos figuras casi alegóricas del obispo Zumárraga y el humilde indio Juan Diego.”<sup>68</sup> Pero lo más importante aún es el hecho de que el guerrerense apunta que aún las distintas facciones políticas hacen presencia para rendir honores a la virgen de Guadalupe.

### 5.11. La fiesta de Todos los Santos

Con la llegada de noviembre llegaba también, en opinión de Altamirano, el placer y las fiestas. Inicia este mes con dos celebraciones la de todos los santos y la de muertos que seguramente para Altamirano guardaban emociones recónditas. Afirma Chinoy que hacia las postrimerías del siglo XIX “se hicieron serios esfuerzos para explicar las creencias y las prácticas religiosas –sus orígenes, su naturaleza y su desarrollo”.<sup>69</sup> Ignacio Manuel Altamirano explicaba que la celebración del día de Todos los Santos tenía su origen en la tradición de la Roma pagana cuando el senado elevaba a los hombres eminentes a la categoría de dioses y entonces se les “construía templos, establecía sacerdotes y prescribía sacrificios.”<sup>70</sup>

El guerrerense aún hacía una relación histórica sobre los ritos de la Iglesia y encontraba que: si a los hombres eminentes en Roma se les deificaba, la Iglesia los canonizaba, con lo cual la fiesta de Todos los Santos era simplemente una herencia del paganismo, pues “Los santos son los dioses manes de la Iglesia, y hasta la conservación de sus reliquias y los honores que se le tributan huelen a paganismo de la legua.”<sup>71</sup> respecto a las costumbres del México de mediados del siglo XIX reconocía que aún la Iglesia al exponer y vender reliquias seguía en la práctica de “piadosos fraudes que con este motivo se han cometido en todos los países regidos por su santidad el Papa.”<sup>72</sup>

Así pues, las celebraciones que conmovían a México entero en el mes de noviembre desde eran festividades religiosas teñidas con altos grados de paganismo. La apreciación sobre la festividad del día de Todos los Santos expuesta por Altamirano, resulta muy cercana a lo que refiere Chinoy, cuando afirma que “Este contraste entre lo sagrado y lo profano es, como señala Durkheim << el rasgo distintivo del pensamiento religioso>>”<sup>73</sup>

El día primero de noviembre era el rito celebrado para honrar a Todos los Santos, que había sido personas que merecían ser celebrados en conmemoración a la relevancia de sus acciones, a partir de

las cuales se habían colocado en un lugar especial entre los miembros de la comunidad religiosa, y eran dignos de ser reverenciados. En la ciudad de México, las iglesias aprovechaban la ocasión para exponer a la veneración pública numerosas reliquias que poseían y que habían pertenecido a las extinguidas comunidades religiosas y que, dicho sea de paso, habían costado grandes sumas de dinero que se habían remitido a Roma.<sup>74</sup> Así, Ignacio Manuel relataba que:

En la católica nación mexicana no podían faltar numerosas reliquias: las hay de toda especie, y húbolas en mayor abundancia antes de la Reforma y cuando el clero era aquí el señor absoluto de las conciencias y aun del gobierno. Algunas eran de huesos humanos aunque no fuesen auténticos, es decir, aunque no hubieran tenido el honor de pertenecer a un mártir de Cristo; otras eran de madera, e algún árbol inocente, y no habían sufrido otro martirio que el impuesto por el hacha del leñador; otras eran de cartón, y éstas salieron tan buenas, que llegaron a hacer milagros, lo cual podía probarse por los numerosos exvotos sus pendidos en las urnas y en el altar<sup>75</sup>

Así pues, el primero de noviembre los habitantes de la ciudad de México se distraían visitando iglesias en las que se acostumbraba exponer reliquias sin importar que, como lo exponía Altamirano, fueran falsas. Desde luego que esto lo ignoraban los visitantes, y de seguro aquellos que se percataran de ello, no les importaba la autenticidad o no de las reliquias, lo importante del momento era la fe o la necesidad de salir para mitigar el tedio.

¡ Ah! había lindezas en los nichos de cristal de los santos mártires. Un día en 1861, el gran zapador de la Reforma, el viejo Delgado, llamó a Juárez, a Prieto y a otros para que fueran a contemplar las tibias, fémures, canillas y cráneos de cartón que los cándidos creyentes habían estado adorando en Loreto y que aún se hallaban recargadas de medallas y ex votos, vivo testimonio de los milagros que habían hecho. Los irreverentes reformistas probablemente dijeron de estos exvotos lo que Diógenes de los ex votos antiguos. Y dejaron en su lugar las reliquias. ¡ Inocente supercheria ! ¿ por qué despojar de esa pequeña explotación al venerable clero? ¿ Por qué darle motivos para una queja más? Y sobre todo, si se destruían esas santas reliquias, no se quitaba la facilidad de hacer otras.<sup>76</sup>

El periodista liberal resaltaba que los capitalinos de la segunda mitad del siglo XIX, pobres o ricos, durante esta festividad encontraban oportunidad de distracción, sin importar que lo religioso adquiriera en ocasiones matices profanos. Así lo puntualizaba el guerrerense: “El público de México, lo mejor de la sociedad, el *high life*... y el populacho, se inclinaban a porfía ante esos fetiches de un culto consagrado por veinte generaciones piadosas.”<sup>77</sup> Todas estas prácticas provocaban la crítica del tixtleño, puesto que el comportamiento, tanto de ricos como de pobres,

contrariaba las expectativas que Altamirano se había forjado sobre el comportamiento de la sociedad capitalina. Ignacio Manuel confiaba en que la sociedad capitalina se elevara a los niveles de sofisticación que mostraban las sociedades de los países europeos.

Pero si en cultos religiosos en los que se hacía evidente la engañifa, Ignacio Manuel observaba que ricos y pobre se hermanaban en la celebración, lógico era concluir que se había avanzado poco, pese a los esfuerzos realizados para que los mexicanos adquirieran conciencia de las condiciones en que por varios siglos los había sumido la ignorancia. Cualquier respuesta que se pudiera ofrecer al respecto resultaba igualmente desalentadora. Tal vez la mente progresista de Altamirano habría redimensionado sus apreciaciones si hubiera conocido la conclusión planteada por Durkheim, relativa a que “la religión no es sino un sueño, sistematizado y vivido, pero sin ningún fundamento dentro de la realidad”.<sup>78</sup>

### 5.12. El día de Muertos

Por lo que toca al día de muertos, el periodista liberal, relataba que “México se despertaba el día 2 de noviembre *al funeral clamor de la campana* que doblaban en todas las iglesias...Era una incesante vibración acompañada, ronca, lúgubre que daba origen a variados sentimientos, pero todos amargos.”<sup>79</sup> Altamirano estaba en contra de todas esas manifestaciones, pero no podía menos que ser respetuoso. Con resignación exclamaba: “¡Tristes y respetables costumbres cristianas de la piadosa ciudad de México!”<sup>80</sup>

Al abordar el culto que en México se rendía a los fieles difuntos Altamirano reconocía que esta celebración ya tenía otra significación y otra razón de ser. Decía que el verdadero sentimiento de honrar la memoria de los muertos, era instintivo en el corazón humano. Al afirmar esto, tal vez se fundara en sus propios sentimientos, recordando sin duda sus propias vivencias acontecidas apenas hacía tres años. En efecto, en el año de 1865 y con diferencia de escasos cinco meses, había perdido a sus padres. Esta información esta contenida en una de las cartas que le escribiera el guerrerense a Juárez, en mayo de 1865, en la que confía al presidente sus pesares:

Yo he tenido algunos pesares graves. A la muerte de mi pobre padre acaecida en México en enero, en donde estaba mi familia paterna sostenida por el señor Rovalo, mi protector desde la niñez, siguió la de mi virtuosa madre que murió hace seis días en la Providencia, pues mi familia se había venido ya. Considéreme usted. He

sufrido. Pero el amor a la patria me sostiene y domino mi dolor y trabajo sin descanso... Perdóne usted si le refiero esto; pero el recuerdo me sale siempre a la memoria.<sup>81</sup>

Este sentimiento ante la pérdida de los seres queridos, el surgido verdaderamente de lo más profundo de las emociones humanas, Altamirano lo explicaba desde cuatro perspectivas distintas: la religiosa, la científica, la poética y la que confiere la relación familiar, las cuales reproducimos a continuación:

Un católico fundado en el libro canónico de los Macabeos os dirá: *que es loable orar por los muertos para que sean libres*. Un filósofo os dirá: que es preciso honrar la memoria de los que nos precedieron en la tumba, porque ellos fueron sacerdotes de la vida, obreros del género humano y porque sus cuerpos encerraron un alma que era un destello de la Inteligencia Suprema. Un poeta os dirá poemas más o menos bellos, más o menos sentidos.

Pero el hombre de corazón que ha perdido a su padre, a su madre, a un hijo, a un hermano o a un amigo, os dirá sin meterse en las arduas cuestiones sobre la inmortalidad del alma, que él tiene necesidad de llorar sobre el sepulcro que guarda los restos de esos seres queridos... obedece a un impulso de su corazón que le obliga a esas demostraciones de ternura y de pesar.<sup>82</sup>

Pero, más allá de estas reflexiones que nos muestran las diversas posibilidades acercarse al culto de los muertos, Ignacio Manuel opinaba que el día de muertos en la ciudad de México se convertía en una mera "fórmula y nada más, una fórmula creada por la Iglesia y aceptada por las sociedades católicas, para cubrir las apariencias y para poner el sello de la publicidad a los pesares."<sup>83</sup> Encontraba Altamirano que en las manifestaciones del día de muertos prevalecía el mero culto externo, plagado de exageraciones en pompas y lujos que sólo eran la demostración de la repugnante desigualdad social. Dicha desigualdad le molestaba tanto al tixtleco, que no resistió las ganas expresar lo siguiente: "Id ahora a daros tono en el cementerio, señores del gran mundo, no por eso dejarán de reírse los sepultureros de vuestros oropeles y de vuestras pretensiones, al meteros en vuestra fosa, como al cualquier hijo de Adán."<sup>84</sup>

En este tipo de crónicas Altamirano hace un manejo muy especial, entrelaza lo serio y lo irónico para mostrarnos la confusión de sentimientos y el mundo de las apariencias en que se movía la sociedad capitalina. Al restarle veracidad a los sentimientos exteriorizados por los capitalinos, el cronista pasa de la reflexión sesuda a la burla irónica. Acusa de excesivas las manifestaciones de los

ricos; confiere mayor sinceridad los sentimientos expresados por la gente humilde; por en ningún momento claudica en el propósito de refuerzar su hipótesis de que la celebración e día de muertos es meramente una manifestación externa, así lo demuestra la siguiente cita:

Entre tanto la concurrencia afluía de todas partes, alegres y apuestas damas, indiferentes caballeros, gentes que chanceaban entre las osamentas y que se burlaban de los epitafios, enamorados que iban a verse a hacerse señas entre las sombras, he aquí lo que es la vista de los cementerios, un paseo y nada más, un lugar de reunión agradable, con tumbas y cipreses en lugar de glorietas, de bancas de hierro, de fresnos y de chopos. Así era en la Roma pagana y por eso los sepulcros se situaban junto a las vías públicas y rodeados de jardines deliciosos.

El *Detente viajero* de las tumbas cristianas, es el mismo de las antiguas inscripciones y quiere decir: *pásale por aquí, mundano, y diviértete.*<sup>85</sup>

Más allá de los recuerdos, Altamirano observó que para el año de 1884, alentadas por cierta tolerancia volvían “las bellas manifestaciones públicas, los venerables ruidos del culto católico.”<sup>86</sup> y salió, en virtud de este renacimiento de costumbres piadosas, venciendo la repugnancia que le provocaban los cementerios de las grandes ciudades, a observar si las costumbres habían cambiado: “por la mañana del día 2 de noviembre era costumbre que el high-life visitara los cementerios y por la tarde lo hiciera el bajo pueblo, pues “la mantilla no debía rozarse con el rebozo, ni la levita con la chamarra, en esos lugares en que reina la niveladora muerte.”<sup>87</sup>

El día dos de noviembre la capital entera se volcaba en los cementerios. Sobre esta fiesta de los muertos Altamirano decía que cualquiera que fuese la creencia religiosa, el solo recuerdo de los seres queridos que ya se habían ido conmovía las alas de los vivos. Y venía a decir muy cargado de razón que para aquellos que sabían amar, no se hacía necesario que llegara el día dos de noviembre para pensar en los que se habían ido. Aunque entendía también “que, siendo tan tierna la memoria la constante preocupación del día, hay mayor fijeza en el recuerdo.”<sup>88</sup>

Pero reconocía que muchos capitalinos la fiesta de los muertos se convertía en una celebración más de los vivos. Era más un “motivo de lucimiento y de distracción” y por tanto encontraban un placer especial en hacer de la visita a los panteones un verdadero paseo. Refería cómo era más importante para las lionas los trajes y los adornos de luto que lucirían, que la triste memoria de sus difuntos. “Es preciso –decía Altamirano- ir a rezar en la tumba del padre, de la madre o del amigo; pero es más preciso que nadie pueda poner tacha en la elegancia de las telas y del corte, ni en la gracia del peinado y de las joyas.”<sup>89</sup>

Con estas reflexiones tan frías Altamirano quería poner las cartas sobre la mesa y desacralizar lo ya desacralizado, pues reconocía que la fiesta de los muertos que no tenía de lúgubre más que el color y el tañer monótono de las campanas “es una de las grandes mentiras de la hipocresía social.”<sup>90</sup> Esa era al menos la verdad del momento, tal vez en otras épocas por la represión tan grande que ejercía la Iglesia las cosas fueran de otra manera.

Y no podía faltar la crónica sobre los cementerios. El cementerio de Santa Paula, decía el cronista que era el de los pobres, por consecuencia, es obvio adivinar que era espantoso “ Las paredes están ennegrecidas y llenas de grietas, el pavimento de los corredores cenagoso e inundado, en el ancho espacio que ocupan los sepulcros de los pobres, no hay sino algunos árboles tísicos y descuidados, muy pocas flores, cruces que se desbaratan, sepulcros que se entreabren... ¡el horror!”<sup>91</sup>

Toca el turno en esta revista que pasaba Altamirano a los panteones capitalinos al cementerio de los Ángeles éste, al parecer, resultaba más digno que el anterior, aunque lo calificaba de severo, pero de una severidad desagradable. En general, de conformidad con la visión del cronista este cementerio también estaba desaseado aunque encontraba algunas tumbas dignas. En su recorrido Altamirano dio con la tumba de don Luis Rovalo, de aquel español tan entrañable para el tixtleño pues le había tendido la mano en su juventud cuando más lo necesitaba Ignacio Manuel para continuar con su formación intelectual. El cronista da como fortuito el descubrimiento de la tumba, pero sin duda él sabía del lugar en el que reposaba su benefactor y lo que pretendía el periodista era conferirle realce al momento del hallazgo. No pierde la oportunidad para hacer un público reconocimiento a las bondades de su benefactor, fallecido en julio de 1858. En sus palabras se advierte sincera veneración al recuerdo de su protector:

¡Ay!, esa tumba encierra los restos venerables y queridos, muy queridos para nosotros, de un hombre ilustre por su honradez, su talento y su caridad: el hombre a quien debemos inmensos beneficios, y a cuyo recuerdo nuestra pluma calla de dolor como nuestra alma. ¡ El señor don Luis Rovalo!

Honra de los españoles en México, protector de la juventud... El dinero en sus manos fue un elemento de beneficencia. Los ricos como él son una imagen de la Providencia, y Dios cuida de llevarlos a su seno porque no son sino sus ministros en la tierra.

Aquel sepulcro es un altar para nosotros.<sup>92</sup>

Nos pareció muy relevante ponderar aquí los sentimientos de gratitud que guardaba el guerrerense a

la memoria del señor Rovalo, el día era propicio para hacerlo. Pero más allá de la buena ausencia hecha por Altamirano, hemos de reconocer en sus palabras un profundo sentimiento religioso; esa religiosidad que emana del auténtico creyente que encuentra en las actitudes de sus semejantes y en las suyas propias la presencia de Dios. Altamirano advertía en las buenas acciones la presencia de la divinidad, es por eso que decía que ricos como Rovalo eran la imagen de la providencia y, además, que éstos eran los ministros de Dios en la tierra. Si no en dinero, sin en conocimiento, Ignacio Manuel siempre que pudo se prodigó con sus semejantes, confirmando con ello su profundo amor al prójimo, generado, tal vez, por ese profundo sentimiento de solidaridad religiosa.

Pero no hemos concluido con la crónica que Altamirano hacía sobre los panteones de la ciudad. Toca el turno ahora al de San Fernando, cementerio elegante, que para 1869, año en que se hacía la crónica representaba el cementerio de moda, en el cual todos querían enterrar a sus deudos. Advertía el periodista que este cementerio se hallaba en una zona muy populosa de la ciudad y que llegaría el momento que representaría un problema.

Reconocía Altamirano que la capital presentaba una tendencia a crecer de manera significativa hacia el occidente, lo que representaría que en poco tiempo el cementerio en cuestión quedara en lugar céntrico, convirtiéndose en una amenaza perpetua. Proponía, para prevenir el problema, que se cerrara el panteón de San Fernando y se estableciera otro panteón municipal en lugar apartado de la ciudad de México. Hecha la advertencia y presentada la posible solución, el periodista proseguía su crónica dando noticia de los personajes que ahí se encontraban sepultados, notables mucho, tanto en la política como en la fortuna.

Aun en las condiciones en que se encontraban los cementerios de la ciudad de México el cronista encontraba tema para insistir en que era necesario que el país cambiara. Aprovechaba el caso del cementerio de San Fernando para señalar que no obstante ser el más lujoso, no mostraba nada que lo hiciera diferente a los otros. Reclamaba que no se tomara el ejemplo de los países civilizados para establecer los cementerios en México. Y denunciaba las violaciones que se cometían al permitir que se sepultaran cadáveres dentro de las poblaciones. Recordaba que: “antes de la Reforma, los frailes, las monjas y las personas de distinción se enterraban en las iglesias, al pie de los altares, o en panteones que estaban adheridos a cada convento.”<sup>93</sup> Informaba que aún en ese tiempo se seguía la práctica malsana, contraviniendo a todas luces las disposiciones legales y ponía del conocimiento el lector que a este tipo de entierros se les llamaba en México entierros de capote.

Después de visitar el panteón de San Fernando, Ignacio Manuel Altamirano llegó al del Campo

Florido, cementerio que era la cara opuesta al de San Fernando, pues representaba la parte miserable de la muerte. Decía el tixtleco que el Panteón Campo Florido era un potrero horrible, pudiendo ser un bosque muy salobre y muy hermoso.

De pronto, el tono de su relato se modificaba, Ignacio Manuel sentía la belleza del otoño, era el mismo día y no la había notado al recorrer los otros panteones. “Llegamos al Cementerio Francés, después de haber encontrado numerosos carruajes que volvían de la fúnebre ceremonia, que, según noticias, estuvo solemne y patética.”<sup>94</sup> Como podemos advertir si entre los vivos Altamirano ambicionaba que el mexicano emigrara hacia las condiciones de vida cultural de los países civilizados, también entre los muertos advertía el guerrerense las diferencias y se le antojaba que se imitaran. o se trataba de imitar por imitar, sino de adquirir ideas para “ser de otro modo”, “sin dejar de ser mexicano”. Esto es importante aclarar: Altamirano no pretendía que México se convirtiera en una copia fiel del extranjero civilizado. No, lo que pretendía desde lo más recóndito de su ser era que el mexicano accediera al mundo civilizado respetando su propia esencia pero con la nobleza que confiere el conocimiento y el progreso. Pero volviendo al panteón Francés, Altamirano decía:

Este cementerio tiene un aspecto diferente. Aquí la muerte no se presenta a los ojos con esa horrible faz que tiene en los cementerios mexicanos. Aquí, desde la puerta se encuentra uno flores, verdura, aire puro. El cementerio es amplio y está sembrado todo él de árboles que nada tienen de lúgubre: Aquí no hay pestilentes gavetas, sino que los cadáveres están sepultados en el suelo y cubiertos por una espesa alfombra de musgo y de flores de mil especies.<sup>95</sup>

Esta breve transcripción nos muestra lo que Altamirano pensaba del mundo moderno, del mundo civilizado, aún, como hemos dicho, el mundo de la muerte. El que el mexicano llegara a ese nivel era su ambición, muy genuina por cierto. Por si fuera poco encontraba otro ejemplo de orden fúnebre en el cementerio de los protestantes del que decía, de forma muy similar a lo expresado respecto del Francés: “Allí grandes y añosos árboles, silencio profundo, la majestad de las tumbas. Allí todo era grave y solemne. Desde el primer momento todo inspira respeto y se camina en el primer sendero, meditando y con la frente sombría y el alma llena de una dulce tristeza.”<sup>96</sup>

Once años después, esto es en 1880, aunque las condiciones no habían cambiado del todo, Altamirano volvía a hacer recuento de los panteones de la ciudad. Decía entonces:



Ya se sabe que en México hay ahora nuevos cementerios y de diversa forma que la usada en otro tiempo. El cementerio Francés, el de la Piedad en el mismo rumbo, el de Dolores en las colinas de Tacubaya, los dos de Guadalupe, el de San Fernando (cerrado ya para los nuevos pobladores), el de Campo Florido al sur de la ciudad y el de los Ángeles al noroeste. Allí están sepultados los huesos de los muertos a quienes tienen que llorar los mexicanos.<sup>97</sup>

El periodista liberal con su habitual estilo hacía mofa de las circunstancias que observó durante su recorrido por los panteones de la ciudad. Irónico reflexionaba para sí que a lo largo de la travesía habría de encontrar como era de suponerse a las gentes tristes; con “los ojos nublados por las lágrimas”. Pero no fue así, decía Altamirano “Interrumpió mi frase melancólica un concierto de alegres carcajadas y de chillidos de regocijo”<sup>98</sup> El mismo se censuraba por haber olvidado por un instante que ya conocía las costumbres de esta noble ciudad.

Las familias acostumbraban llevar cirios, crespones, flores naturales, las convencionales coronas de muerto elaboradas bien con siempreviva o con ciprés y, desde luego canastas que contenían comida y fruta. Además, no podía faltar, “enormes jarros de pulque.” En este punto se refería, como podemos inferir a la gente del pueblo. Y para más detalle puntualizaba:

Pulque por donde quiera. A veces era una mula mezclándose entre la gente y cargando dos grandes odres de pulque, a veces un cargador llevando una castaña con el mismo licor, y mujeres, ancianos y niños vestidos de fiesta o cubiertos de andrajos, pero siempre llevando en las manos el embriagante líquido.<sup>99</sup>

No obstante lo ya expresado, Ignacio Manuel Altamirano decía que esta gente era la que conformaba “la peregrinación del dolor.” Todo esto debió fastidiar el ánimo de nuestro cronista, por una parte entender que la gente se mostraba irreverente ante una festividad en la que se conmemoraban acontecimientos tristes de por sí. La muerte de seres queridos no podría ser un evento alegre para nadie, y su recuerdo, se supone, convocaría a la meditación y al recogimiento. Pero no era así, el comportamiento era muy otro y revelaba inconsistencia de espíritu, tal vez era eso lo que le pesaba al liberal.

También pesaba en el ánimo de Altamirano el consumo inmoderado de bebidas. Ya lo hemos constatado cuando hizo el relato de la fiesta de la Virgen de los Ángeles. Consideramos importante remarcar que al enfatizar Altamirano que en el camino a los panteones se encontraba “multitud de puestos de comida y de frutas y cantinas surtidas de licores pero dominando constantemente el pulque,”<sup>100</sup> tenía la sana intención de hacer evidentes las contradicciones del pueblo mexicano, y de

ese modo propiciar el cambio. Así pues, a Ignacio Manuel le parecía que no se progresaba en este país que las condiciones del pasado volvían mostrando al impaciente intelectual que todo permanecía casi inalterado, lo que provocaba en el escritor arranques de ira que lo motivaban a ridiculizar con más intensidad todo aquello que le parecía un desajuste social y psicológico de sus compatriotas.

Después de haber cometido los excesos que se acostumbraban, cuando el sol se ponía “era preciso decir adiós a las cenizas amadas y hacer la última oración y la última libación.”<sup>101</sup> Todo esto era la preparación para el gran final:

Los grupos de mujeres desmelenadas aturdíán con sus cantares y espantaban con sus gestos; los hombres se agitaban con violencia, reñían o se daban de puñaladas o bamboleaban hasta caer. Los quinientos gendarmes que custodiaban la calzada corrían en su caballo con el alfange desnudo, la calzada de la Piedad era un inmenso pandemonium y las primeras sombras del crepúsculo envolvían los últimos sacrificios del dolor.

En la noche, por todas las calles de la ciudad, circulaban todavía a media noche, los animados grupos de los afligidos, cantando y bebiendo.<sup>102</sup>

Preocupado porque año con año encontraba lo mismo para elaborar su crónica de muertos, el año de 1883 Altamirano decidió modificarla para lo cual buscó inspiración en el campo de la filosofía. Así el periodista reproduce en el inicio de su crónica algunos fragmentos de la obra de Pompeyo Gener en los que se vierten conceptos muy profundos sobre el significado de la muerte. Las ideas vertidas por Gener resultaban muy *ad hoc* a las celebraciones del momento y las aprovecha Ignacio Manuel para hacer reflexionar a sus lectores sobre el comportamiento del mexicano. De la reproducción del texto quedaba muy claro que el significado de la muerte se podía analizar desde dos perspectivas fundamentales: desde el mundo de las ideas, o desde el mundo físico

Desde la primera perspectiva el texto apuntaba que “¡Morir! no es solamente desaparecer; es haber existido y suministrar elementos para que otros puedan existir después de nosotros”<sup>103</sup> Por lo que toca a la segunda perspectiva Gener exponía que al morir el hombre la humanidad lo recogía acto por acto e idea por idea, también la naturaleza lo recogía en su seno átomo por átomo. Así “nada se pierde ni en el mundo físico ni en el mundo intelectual o social.”<sup>104</sup> Por tanto, en términos de existencia individual el hombre encontraba la inmortalidad aquí abajo, en la tierra. Y la humanidad es la que se encarga de recoger todas las acciones de la vida del hombre.

Inspirado por estos pensamientos, que en verdad resultan profundos, Altamirano decidió salir a

observar el comportamiento del pueblo de la capital. Y se dijo el cronista: “ Veremos... como se halla la inmortalidad, a juzgar por la revelación de nuestros cementerios.”<sup>105</sup> Y emprendió una gira reveladora en la que encontró que la gente rica seguía la costumbre “de exhibirse con los trajes de moda, con sus alhajas, con sus escándalos de opulencia y de orgullo”<sup>106</sup>. Y encontró también lo que ya en otra oportunidad había dicho: que en esos panteones, se refería a los de mayor lujo, el ambiente se hacía más grato por tanta vegetación dispuesta con gusto y con gracia, lo cual contribuía a olvidar de cierto modo la idea lúgubre de la destrucción humana.

Por otra parte consideraba que en esos panteones en los que se disponía adecuadamente la vegetación, se facilitaba el aprovechamiento de “la continuidad de la vida molecular en las grasas que abonan la tierra, en la savia que circula en las plantas, en el oxígeno que enriquece el aire respirable y en los carburos que ascienden en los rayos de luz, al influjo de la acción solar.”<sup>107</sup> A fin de cuentas en todo esto se encontraba la inmortalidad en cuanto al mundo físico se refería.

Ahora bien, al hacer el análisis relativo al mundo de las ideas Altamirano reconocía que era poco lo que le tocaba de inmortalidad al sepultado en panteones de esta clase, pues refería que “ allí hay muchos mármoles que revelan la riqueza pecuniaria en los deudos que de los difuntos, inscripciones que acusan el dolor convencional de los herederos: monumentos que honran... el talento de los artistas; bustos que dan fama... a los escultores.”<sup>108</sup> Concluía que todos los objetos que servían de adorno a una tumba lujosa hacían pensar en las personas que los habían hecho o en los lugares de procedencia y, justamente por ello, se olvidaba pensar en el muerto cuyos restos ahí reposaban.

Todas estas apreciaciones, muy buenas por cierto, abonaron el camino para que Ignacio Manuel llegara al punto deseado: si se quería hablar de inmortalidad humana, en el ámbito particular de las ideas. Era necesario visitar el cementerio de San Fernando. Allí estaban sepultados todos los próceres de la política reciente de México. Relataba Altamirano que de manera intencional había decidido permanecer en aquel lugar y que de pronto le habían venido a su memoria,” en confuso tropel todas las teorías y todos los dogmas, todas las historias y todas las leyendas, los cuentos de rasgos de mi niñez y las explicaciones de la alucinación, de mis estudios juveniles.”<sup>109</sup> Con todo ello aparecía también personajes de la historia y de la literatura. De pronto, apareció don Melchor Ocampo quien se quejó por la farsa que el mexicano representaba el día de muertos. Con amargura expresó que “ De todas las mascaradas, ésta es la más repugnante, porque es la más hipócrita. Ni culto, ni dolor, ni recuerdo, ni nada. Costumbre inútil, tradición de rutina estúpida. La religión la

fundó en pro de sus intereses, y la vanidad se aprovecha de ella para fines grotescos.”<sup>110</sup> En boca de Ocampo, Altamirano depositaba su propio pensamiento.

En compañía el ilustre difunto y a invitación de éste pasaron al lado occidental del panteón, lugar donde se encontraban los muertos de la política reciente del país “todos los inmortales en la humanidad, que ha matado la humanidad antes de tiempo.” Y pasando lista de presentes estaban Guerrero, Ocampo, desde luego, y junto a él Degollado y Valle. Con Arteaga estaban Salazar, Díaz y Villagómez, Miramón y Mejía, Juárez y Zaragoza. Todos estos espectros hablaban sobre el culto de la muerte y Ocampo, dirigiéndose a Altamirano le manifestó lo siguiente:

Lo sensible es, añadió Ocampo, que la conservación de estos muertos, de nosotros, tengan que versar sobre un tema diverso de aquel que acaba de estudiar en tu libro. Este trata de la muerte natural, de la ley ineludible de todo lo que vive en la tierra. pero nosotros, los inmortales, a quienes buscas, hablemos de la muerte no prescrita por la naturaleza, sino ordenada por las pasiones del rencor y de la venganza de los hombres, de nuestros hermanos, muerte que como valladar para el progreso de las ideas fue inútil, como venganza fue vulgar... como precaución fue tardía.<sup>111</sup>

### 5.13. Llegaron las posadas y después la Navidad

Es significativo que al referir cada una de las festividades religiosas que se celebraban tradicionalmente en México y, desde luego, en la capital, Altamirano buscara su raíz en el mundo antiguo. Con esta práctica, podemos entender que el tiextleco pretendía contribuir a incrementar la cultura de sus lectores, pero con relación a las festividades religiosas, seguramente pretendía hacer evidente la enorme raigambre pagana que tenían muchas de las celebraciones de la Iglesia. Así pues, dadas las festividades de fin de año hacia referencia a que Séneca “decía que ‘diciembre era el mes en que Roma sudaba más’, a causa del movimiento y de las turbulentas alegrías de los Saturnales”<sup>112</sup> Además prometió que en otro momento haría un recuento preciso de todas las similitudes de las fiestas decembrinas entre el mundo pagano y el católico. Esta promesa la cumpliría once años más tarde al escribir un interesante ensayo titulado *La Nochebuena. Leyendas, tradiciones y costumbres*, pero más allá del valor que de este relato histórico tiene, no hace referencia al caso específico de las tradiciones mexicanas.

De lo poco que el cronista llegó a referir al respeto fue que el mes de diciembre era una fiesta continuada. Marcaba la diferencia existente con Roma diciendo que “El cristianismo ha satisfecho también, por una singular coincidencia, ese deseo de alegrarse de que viene con la última estación del año, llevando la ventaja sobre el paganismo, de haber dado a sus fiestas religiosas menos turbulencia y menos ruido, y más dulzura y más intimidad.”<sup>113</sup>

## Referencis bibliográficas

1. Tenorio Trillo, Mauricio. De cómo ignorar, op. cit., p.75.
2. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas*. Vol. I op. cit., p. 31.
3. Altamirano, Ignacio M. *Poesía, Obras Completas* vol. VI, p. 64.
4. Girón, Nicole. *Ignacio Manuel... op. cit.* p.76.
5. Altamirano, Ignacio M. *Diarios. Obras Completas* vol. XX, op. cit., p.71.
6. Girón, Nicole. *Ignacio Manuel... op. cit.*, p. 77.
7. Guzmán, Martín Luis. *La querrela de Méxcio, Obras Comletas* vol. I, Méxcio FCE, 1992, pp. 113-14.
8. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas* vol. I, op. cit., p. 88.
9. *Ibidem*, pp. 89-90.
10. Altamirano, Ignacio M. *Discuross y brindis, Obras Completas* vol. I, op. cit., p. 55.
11. Altamirano, Ignacio M. *Novelas y cuentos tomo 1, Obras Completas* vol. III, op. cit., pp. 96-97.
12. *Ibidem*, p. 105.
13. *Ibidem*, p. 105-106.
14. García Ugarte, Marta Eugenia. "Iglesia y modernidad ..." en *Problemas sociorreligiosos... op. cit.*, p.53.
15. Durkheim, Emile. *La división del trabajo social*, vol. I, Barcelona, Planeta Agostini , 1993, p. 210.
16. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas, Obras Compeltas* vol. V, op. cit., p. 37.
17. Durkheim, Emile. *La división del... op. cit.*, pp. 210-211.
18. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas tomo 2, Obras Completas* vol. VIII, op. cit., pp. 112-113.
19. *Ibidem*, p. 128.
20. Altamirano, Ignacio M. *Discursos y brindis, Obras Completas*. vol. I, op. cit., pp. 234-235.
21. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas teatrales tomo 1, Obras Compeltas* vol. X, op. cit., p. 89.
22. *Ibidem*, p. 90.
23. *Ibidem*, p. 92.
24. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas tomo 1, Obras Completas* vol. VII, op. cit., p. 196.
25. *Ibidem*, 202.
26. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas tomo 2. Obtras Completas* vol. VIII, op. cit., p. 115.
27. *Ibidem*, pp. 112.
28. *Ibidem*, p.113.
29. *Ibidem*, pp.112-113.
30. *Ibidem*, p.113.
31. *Idem*.
32. *Idem*.

33. *Ibidem*, pp. 116-117.
34. *Ibidem*, p. 117.
35. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** vol. VII, *op. cit.*, p.203.
36. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** vol. VIII, *op. cit.*, p.127.
37. *Ibidem*, p. 196.
38. *Idem*.
39. *Idem*.
40. *Ibidem*, pp.196-197.
41. *Ibidem*, p.197.
42. *Ibidem*, p.199.
43. *Idem*.
44. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas** vol. V, *op. cit.* p. 312.
45. *Ibidem*, p.313.
46. *Ibidem*, p. 314.
47. *Ibidem*, p. 315.
48. *Ibidem*, p. 316.
49. *Ibidem*, pp. 316-317.
50. *Ibidem*, p. 319.
51. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 2, **Obras Completas** vol.VIII, *op. cit.*, p. 200
52. *Idem*.
53. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas** vol. V, *op. cit.*, p. 317.
54. *Ibidem*. p. 318..
55. *Ibidem*, pp. 318-319.
56. *Ibidem*, p. 322.
57. *Ibidem*, p. 323.
58. *Ibidem*, p. 67.
59. *Ibidem*, p. 68.
60. *Idem*.
61. *Ibidem*, p. 69.
62. *Ibidem*, pp. 74-76.
63. *Ibidem*, p.78.
64. *Ibidem*, p. 69.
65. *Ibidem*, p.78.
66. *Ibidem*, p.115.
67. *Ibidem*, pp.115-116.
68. Covo, Jaqueline. "Introducción" en Altamirano, Ignacio M. *Paisajes y Leyendas*, *op. cit.*,p. XXIV
69. Chinpy, Ely. *La sociedad...**op. cit.*, p. 295.

70. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** vol. VIII, *op. cit.*, p. 145.
71. *Ibidem*, p. 146.
72. *Idem*.
73. Chinoy, Ely. *La sociedad...* *op. cit.* p.294.
74. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** vol. VII, *op. cit.*, p. 478.
75. *Ibidem*, p.146.
76. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas** vol. V, *op. cit.*, pp. 93-94.
77. *Ibidem*, p. 94.
78. Durkheim, Emile. Cfr por Chinoy, Ely. *La sociedad...* *op. cit.*, p.295.
79. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas** vol.V, *op. cit.*, p. 101.
80. *Ibidem*. p.102.
81. Altamirano, Ignacio M. *Epistolario (1850-1889)* tomo 1, **Obras Completas** vol. XXI, *op. cit.*, p. 129.
82. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, *Obras Completas* vol. VII, *op. cit.*, p. 148.
83. *Idem*.
84. *Ibidem*, p.150.
85. *Ibidem*, p. 151.
86. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbrista*, **Obras Completas** vol. V, *op. cit.*, p. 102.
87. *Ibidem*. p. 94
88. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** vol. VII, *op. cit.*, p. 479.
89. *Idem*.
90. *Ibidem*. p. 480.
91. *Idem*.
92. *Ibidem*. pp. 481-482.
93. *Ibidem*. p. 483.
94. *Ibidem*. p. 489.
95. *Idem*.
96. *Ibidem*. p. 491.
97. Altamirano, Ignacio M. *Textos costumbristas*, **Obras Completas**, vol V, *op. cit.*, pp. 102-103.
98. *Ibidem*. p.103.
99. *Idem*.
100. *Ibidem*. pp. 103-104.
101. *Ibidem*. p.105.
102. *Ibidem*. p. 106.
103. *Ibidem*. p. 107.
104. *Ibidem*. pp. 108.
105. *Ibidem*. p. 109.
106. *Idem*.

107. *Idem.*

108. *Idem.*

109. *Ibidem.* p. 112.

110. *Ibidem.* p. 113.

111. *Ibidem.* pp. 113-114.

112. Altamirano, Ignacio M. *Crónicas* tomo 1, **Obras Completas** vol. VII, *op. cit.*, p. 160.

113. *Ibidem.* p. 161.



## CONCLUSIONES

La cultura mexicana encuentra en la figura de Ignacio Manuel Altamirano a uno de sus intelectuales más destacados. El interés que mostró por coadyuvar a la superación de los problemas que aquejaban al México decimonónico, lo condujo a estar siempre atento a los acontecimientos culturales del mundo de su época, pues consideraba que así, conociendo el camino seguido por las naciones más avanzadas, se podría determinar de mejor manera el que debía emprender nuestro país.

Con el sustento que le daban sus conocimientos, la voz de Altamirano cobró autoridad para hablar en cualquier foro; abordaba los mismos problemas del orden social, que del educativo, del político o del cultural. Como se ha tratado a lo largo de este trabajo en cada una de estas temáticas Altamirano dejó testimonio de su pensamiento:

Cuando Ignacio Manuel Altamirano decidió contribuir a la reconstrucción de la sociedad mexicana lo hizo impulsado por la esperanza de que en poco tiempo el pueblo de México pudiera salir del bache en el que se había visto sumergido por largo tiempo. Con espíritu entusiasta, restaurada la República, se asumió como líder cultural, y se valió del periodismo, del magisterio, de la novela y de las veladas literarias para emprender su tarea. Estaba empeñado en instruir al mexicano con el fin de que se valiera a sí mismo, tanto cultural como socialmente en la tarea de consolidar la identidad nacional.

El mismo se instituyó como ejemplo de lo que debía ser un intelectual de su época, y acabó por convertirse en su propia utopía. Inspirado por su magisterio, a partir de sus crónicas, sus artículos o sus ensayos procuraba ilustrar al lector sobre problemas de la historia; así, a la vez que informaba, dotaba a sus lectores con las bases indispensables para que pudieran contextualizar los acontecimientos abordados. Deseaba que el lector se acercara a los adelantos que por aquellos tiempos ofrecía la modernidad y que abriera su mente a las dimensiones insospechadas que les deparaba el progreso. En pocas palabras: pretendía modernizar al pueblo y, por ende, al país. Ciertamente el periodismo fue su principal arma de difusión y de combate, pero no se conformó con sólo escribir, fue también maestro y aceptó participar como miembro de numerosas asociaciones dedicadas a promover la educación y la cultura.

Al convocar a los jóvenes intelectuales a asistir a las veladas literarias, lo hizo con la intención de que en aquellas reuniones se preparara la simiente de la nueva intelectualidad mexicana: De allí surgirían hombres renovados que llevarían la buena nueva a sus connacionales, generándose así un círculo virtuoso a partir del cual, en poco tiempo, se vería revitalizada la sociedad y la cultura mexicanas.

En su convocatoria Altamirano no hacía un llamado tan sólo a jóvenes de la facción liberal, sino que incluía a todos aquellos que quisieran participar sin importar ideologías. Entendía que una nación debía construirse conjuntando a sus hombres al amparo del respeto a la diversidad de ideas. Así pues, asistían a sus veladas personas de todas las tendencias y credos políticos.

Estas acciones fundadoras habrían de cristalizar en la publicación de la importante revista literaria que llevó el sugestivo título de *El Renacimiento*. En efecto, el nombre simbolizaba el deseo de su fundador de provocar un resurgimiento del pueblo de México, el cual viera hacia el pasado y rescatara todos los valores de su cultura y entendiéndolos los proyectara hacia el futuro, con la certeza de que eran propios. Desde luego que en este movimiento renovador, la ciudad de México sería el centro donde se produjera la chispa de la nueva era y desde él se habría de difundir hacia toda la república.

La capital del país, de conformidad con el pensamiento de Ignacio Manuel Altamirano, sería el escenario en el que se habrían de producir los grandes acontecimientos que llamaran la atención de propios y extraños. Por tanto, abordó constantemente en sus escritos a la ciudad de México, pero considerándola siempre como escenario, más no como actor de la vida capitalina. La ciudad de México debía constituirse en ámbito privilegiado en el cual se gestaran los procesos de transformación social y cultural, no sólo de las clases privilegiadas, sino de todas las clases que conformaban el mosaico de la población de la ciudad.

Altamirano consideró que la clase alta de la sociedad capitalina debía ser la encargada del cambio. A ella le asignó, de motu propio, el rol de promotora en la lucha por alcanzar la cohesión del pueblo mexicano y así poder construir la identidad nacional. Insistió en ello por algunos años, hasta que se percató que ésta permanecía indiferente a sus planteamientos. Fue entonces cuando empuñó la pluma para hacer crítica inmisericorde, y a veces injustificada, de los ricos de México. En honor a la justicia, Ignacio Manuel

Altamirano había actuado con ligereza en su empeño, pues al instituir a la clase alta como el paradigma a seguir, no había mediado una observación profunda que le permitiera suponer que dicha clase social estaba dispuesta a asumir el papel que se le asignaba y, aun más, si estaba capacitada para hacerlo. Creyó que a partir de su labor periodística podría fortalecer la cultura de la clase alta y ésta actuaría en breve como lo hacían las culturas europeas.

La desilusión que le ocasionó este fracaso fue tal que llegó a sentirse incómodo de vivir en la ciudad de México, de la cual llegó a decir que era estrecha y tediosa a tal grado que lo agobiaba. Fue entonces cuando empezó su anhelo de vivir en el extranjero.

También censuró a la clase pobre de la ciudad de México. Les criticaba, aunque con menos dureza; por sus constantes riñas, por su afán de bacanal. Baste, para constatar estas afirmaciones, adentrarnos en sus crónicas sobre las festividades religiosas, en las cuales hacía notorio que al finalizar dichas celebraciones todo era embriaguez, golpes, muerte y cárcel. Al criticar al pueblo entendía que la culpa de éste era menor pues durante varios siglos el clero lo había docilizado. Para acabar con sus males se hacía necesario educarlo.

En tanto llegaran tiempos mejores, y aunque fuese con el ánimo decaído, el periodista liberal fijó su atención en otros ámbitos donde su voz pudiera ser oída y no fueran inútiles sus trabajos.

Por lo que respecta al campo de la educación. Altamirano siempre puso el dedo en la llaga: era urgente darle educación al pueblo, pero para ello se hacía indispensable arrancarla de manos de la Iglesia, la cual la había monopolizado por largo tiempo. Tanto como el Dr. Mora, consideró Altamirano que la educación impartida por el clero apagaba todo espíritu de investigación, no podría ser de otro modo, a fin de cuentas la Iglesia sustentaba sus creencias en dogmas y, por tanto, la educación que impartiera no podía estar exenta de dogmatismos, tan nocivos para quien pretendía llegar a la verdad. Reconocía que la Iglesia debía cumplir una misión, pero ésta era de orden espiritual y pedía que los ministros del clero se circunscribieran a su tarea y dejaran al Estado que cumpliera con la suya. Sobre este punto específico ya se ha ponderado el hecho de que en realidad para la segunda mitad del siglo XIX no era el clero el que monopolizaba la educación, pues había muchos particulares que abrían las puertas de su casa para instruir a la niñez.

La inconformidad de Altamirano se centraba en los niveles de la educación impartidas por particulares y por el clero. Su deseo era que el Estado se responsabilizara de la educación elemental y que a partir de un sistema unificado se aplicaran métodos y técnicas de enseñanza uniformes. El deseo manifestado distaba mucho de poder sobrepasar a la realidad, pues al estado le era imposible satisfacer la demanda educativa y, además, prevalecían los valores de la religión, inculcados por tanto tiempo. Así pues, aunque criticaba al clero y a los particulares por la forma en que asumían su papel de educador, terminaba por reconocer que era preferible que siguieran instruyendo al pueblo, en virtud de que al Estado le era imposible hacer frente a la demanda, pero que planteaba la necesidad de que el estado vigilara que la educación privada se ajustara a las normas que estableciera el estado y se sometiera a la inspección oficial.

Uno de sus principales deseos fue que se fundara una escuela normal, por fortuna para él este deseo lo vio realizado. Así, en 1885 se publicó el decreto por medio del cual se creaba la Escuela Normal de Maestros. Altamirano había sido encargado de diseñar el proyecto que le daría vida, encargo en el que pudo plasmar todos sus conocimientos y todas sus expectativas sobre la educación.

En su interés por marcar los derroteros culturales que debía seguir el país, Altamirano hoy por hoy es considerado uno de los precursores de la literatura nacional, campo en el cual fue el creador de la novela moderna en México, esto es, le dio una estructura. En este campo siempre deseó que nuestra literatura fuera la expresión fiel de lo nacional y, por consecuencia, que sirviera para integrar culturalmente al mexicano.

Por lo que respecta al campo de lo político, podemos concluir que Altamirano, cuando fue necesario salvaguardar la soberanía de la patria estuvo dispuesto a luchar y así lo hizo empuñando las armas en el campo de batalla. En tanto miembro de un partido, se puede decir que asumió el liberalismo pero le imprimió un sello muy personal, de conformidad a un grupo de pertenencia. En los tiempos de paz contribuyó desempeñando cargos de elección popular y defendiendo la aplicación de las leyes, siempre tratando de salvaguardar el bien común. Pero fundamentalmente su contribución la encontramos en el campo cultural.

Para él, los principios políticos se debían observar por el bien de la comunidad por eso, en el momento en que detectaba que los gobernantes traicionaban dichos principios, no temía

denunciarlo abiertamente, recordemos los casos de Comonfort o de Juárez a los que, no obstante haberlos apoyado en algún tiempo, al comprobar las traiciones cometidas en contra de los principios liberales no tenía temor de criticarlos públicamente. Es conveniente insistir que sus críticas surgían de su forma muy personal de ver las cosas.

Tal vez la primera impresión que se pueda formar el lector al introducirse en la obra de Ignacio Manuel Altamirano, sea la de que era un hombre inconsistente, sin embargo bien entendido su pensamiento resulta coherente dentro de su propia dinámica y de acuerdo al momento que se le presentara. Si en un tiempo hablaba bien de un gobernante y le ofrecía su apoyo lo hacía no por el hombre mismo, sino por el servicio que ese hombre le prestaría a la patria. En el caso inverso: si el hombre fallaba, la crítica podría servir para que recapitara el sentido de sus acciones y retomara el camino adecuado. Así pues, él era un caso especial de patriota, convencido de que el servicio a la patria es primero, más allá de amistades y convencionalismos.

Altamirano procuró ser un hombre íntegro que no se daba tregua de halagar a unos y criticar a otros por atraerse favores. Lo mismo que criticaba la improbidad de un miembro del clero por valerse de su investidura para lograr sus intereses, así lo hacía también con el político que velaba más por sus intereses o por los de su grupo y no por los del pueblo. Quizá el mismo velaba por los intereses de su grupo, pero le inspiraba siempre el bien común.

Altamirano llegó a mostrar sus preferencias y sus pasiones, a fin de cuentas debemos entender que era humano y que tenía fallas, pero lo digno de resaltar es que siempre estuvo pendiente de procurar la mejoría para el pueblo. Respecto de sus preferencias nos quedan muy claras cuando en 1867 atacó a Juárez. Independientemente de las razones que le asistieran, había un marcado deseo de que Díaz ocupara la silla presidencial. Al no ser de ese modo Altamirano se replegó a su grupo y aunque no abandonó la fuente política sí decidió manejar su pluma a discreción.

Respecta al ámbito físico de la ciudad de México, “su ciudad”, se advierte que la consideró siempre como el escenario en que se habrían de dar cita las acciones de los capitalinos. De conformidad con lo que se ha apuntado en el párrafo anterior, respecto de la ciudad Altamirano mostró también cierta inconsistencia al tratarla en sus escritos: hay momentos en que la llama “la sirena del Anáhuac”, la califica de “bulliciosa”, la entiende como “la

flor y nata de las capitales”: Tiempo después no duda en mostrar su enfado por el desaseo y el abandono en que se encuentra sumergida. Se congratula de que seguía siendo una ciudad en la que prevalecían las tradiciones y las buenas costumbres. Invitaba a los ricos a que contribuyeran a dinamizar el ritmo de la ciudad con empresas que le hicieran acelerar el paso hacia la modernidad.

Se congratulaba que los teatros fueran remozados, pero al poco tiempo se queja de la baja calidad de las obras presentadas. En fin, de una cosa se puede estar seguro: las contradicciones mostradas por Altamirano eran el producto de su impaciencia por ver a México enganchado en el tren del progreso.

Se dijo en este trabajo en varias ocasiones que Altamirano había sido el producto de una educación en transición, esto es, una educación en la que afortunadamente no se enfrentó a los extremos de la pedagogía utilizada por la escuela antigua que, como quedó asentado, Altamirano la consideraba un periodo plagado de desaciertos en los cuales, el que salía perdiendo era el país, pues dadas las aberraciones poco podían aprender los alumnos. Tal vez por ello luchaba con mayor ahínco por salvaguardar los principios de dieran como resultado una nueva educación.

Así pues, si se requiere de precisar las conclusiones se puede decir que Altamirano:

- 1) Inspirado por el entusiasmo de que México caminara hacia el progreso, le quiso imponer a la sociedad capitalina le rol de conductora cultural, sin que mediara para ello una observación profunda para saber si ésta aceptaba la responsabilidad y, fundamentalmente si estaba en condiciones de hacerlo. No tardó mucho tiempo en percatarse que el capitalino, sobre todo el de clase alta no deseaba convertirse en modelo a seguir. En esta forma de actuar, precisamente se vislumbra su propia utopía, pues a toda costa quería alcanzar lo que a veces era inalcanzable.
- 2) Centró sus esfuerzos por que la escuela fuera pública y gratuita, además juzgaba necesario que se unificaran los criterios para impartir la enseñanza elemental, para lo cual se hacía indispensable fundar la Escuela Nacional de Maestros, en ellos trabajo incansable, afortunadamente fue uno de sus empeños que vio coronado con éxito.
- 3) Supo siempre utilizar su pluma para exponer sus ideas y sus opiniones, las cuales han llegado hasta nuestros días revestidas aún con su vigor original, a grado tal que

hoy mismo nos resultan indispensables para dar seguimiento a los estudios sobre cultura urbana de la ciudad de México.

- 4) Mostró siempre una coherencia interna con sus propios principios liberales. Procuró en todo momento luchar por el bien del pueblo con lo cual su pluma abordó los problemas que pudieran afectar el bienestar de las clases populares, en este sentido, los reclamos del guerrerense tenían como fin resguardar la tranquilidad y el bienestar de los necesitados, aunque bien es cierto que poco se podía hacer dadas las circunstancias del país.
- 5) En todos sus intentos de reconstrucción del país prevaleció un genuino deseo de contribuir al mejoramiento de los ámbitos nacionales, pero en gran medida sus propuestas estuvieron alejadas de la realidad y, por consecuencia, impregnadas de una visión utópica.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alegria de la Colina, Margarita *et all.* (Coordinadores) *Nuevas ideas viejas creencias*, México, UAM-Azcapotzalco, 1996.
- Altamirano, Ignacio M. **Obras Completas**, 22 volúmenes, México, SEP-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Paisajes y leyendas, México, Editorial Porrúa, 1989.
- Baena Paz, Guillermina. *Géneros periodísticos. Crónica*, México, Editorial Pax-México, 1995.
- Barros. Cristina y Souto, Arturo. *Siglo XIX: romanticismo, realismo y naturalismo*, México, Trillas, 1981.
- Batis, Huberto. *Índices de El Renacimiento. Semanario literario mexicano (1869)*, México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1963.
- Baudelaire, Charles. *Cuadernos de un disconforme*, Buenos Aires, Argentina, Longseller, 1999.
- Bazant, Jean. *Los bienes de la Iglesia en México 1856-1975*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1995.
- Bazant, Milada. *Historia de la Educación durante el porfiriato*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1999.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire, la experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI Editores, 1994.
- Bobbio, Norberto. *Liberalismo y democracia*, México, FCE, 1996.
- Bonfil Batalla, Guillermo, *Pensar nuestra cultura*, México, Alianza Editorial, 1992.
- Casillas R., Rodolfo. (Compilador) *Problemas sociorreligiosos en Centroamérica y México. Algunos estudios de caso*, México, FLACSO, 1993.
- Cortés Hernández, Valeria S. *La educación el debate de la segunda mitad del siglo XIX. Una visión historiográfica*, Tesis de maestría, México, UAM-Azcapotzalco, 2001.
- Cosío Villegas, Daniel. *La Constitución de 1857 y sus críticos*, México. FCE, 1998.
- Chinoy, Ely, *La sociedad. Una introducción a la sociología*, México, FCE, 1981.
- Durkheim, Emile. *La división del trabajo social*, Barcelona Editorial Planeta-Agostini, 1993
- El ensayo mexicano moderno*, Selección, introducción y notas de José Luis Martínez, México, FCE, 1971, (Colección Letras Mexicanas)
- Escobar Valenzuela, Gustavo A. *El liberalismo Ilustrado del Dr. José Maria Luis Mora*, México, UNAM-FFyL, 1974.



Garza, Luis Alberto de la, et al. *Evolución del Estado mexicano*. Volumen I, Formación 1810-1910, México, Ediciones El Caballito, 1996.

Gil Villegas M, Francisco. *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega precursores de Heidegger en el zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México, FCE, 1998.

Girón, Nicole. *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*, México, Instituto Guerrerense de Cultura-Instituto Mora-Instituto Mexiquense de Cultura, 1993.

González Cárdenas, Octavio. *Los cien años de la Escuela Nacional Preparatoria*, México, Editorial Porrúa, 1972.

Gortari Rabiela, Hira de y Hernández Franyuti. (Compiladores) *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, México, DDF-Instituto de investigaciones Dr. José María Luis Mora, tres volúmenes, 1988.

-----*La ciudad de México y el Distrito federal. Una historia compartida*, México, DDF-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988.

Granillo, Lilia. (Coordinadora) *Identidades y nacionalismos*, México, UAM, Unidad Azcapotzalco-Gernica, 1993.

Gresham Chapman, John. *La construcción del ferrocarril mexicano (1837-1880)*, México SEP, 1975.

Guzmán, Martín Luis. *La querrela de México, Obras Completas vol. I*, México, FCE, 1992.

*Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano: (1834-1893)*/ Manuel Sol, Alejandro Higashi, eds.—Xalapa, Ver. :Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, 1997.

*Humanismo y ciencia en la formación de México*, México, El Colegio de Michoacán-CONACYT, Carlos Herrejón Peredo editor, 1984.

Illades, Carlos y Rodríguez, Ariel. (Compiladores) *La ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, México, El Colegio de Michoacán-UAM, 1996.

Jiménez Alarcón, Concepción. *La Escuela Nacional de Maestros. Sus orígenes*. México, SEP, 1987.

Joseph, Isaac. *El transeúnte y el espacio urbano*, Buenos Aires, Gedisa Editorial, 1988.

Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, TusQuez Editores, 1997.

Larroyo, Francisco *Historia comparada de la educación en México*, México, Editorial Porrúa, 1986.

Lezama, José Luis. *Teoría social. Espacio y ciudad*, México, El Colegio de México, 1993.

López Rangel, Rafael. (Compilador) *Las ciudades latinoamericanas*, México, SEP-DDF-UAM, 1989.

López Rosado, Diego G. *Los servicios públicos de la ciudad de México*. México, Editorial Porrúa, 1976.

Maciel, David R. *Ignacio Ramírez. Ideólogo del liberalismo social en México*, México, UNAM, 1980.

Martín Vivaldi, Gonzalo. *Géneros periodísticos. Reportaje, Crónica, Artículo*, Madrid, Ed. Paraninfo, 1998.

- Martínez Della Rocca, Salvador. *Estado, educación y hegemonía en México*, México, Editorial Línea, 1983.
- McGowan, Gerald. *Prensa y poder*, México, El Colegio de México, 1978. Mora, José María Luis Mora. **Obras Completas**, 7 volúmenes, México, Instituto Mora-SEP, 1986.
- Obras Sueltas**, México, Editorial Porrúa, 1963.
- Morse, Richard M. *Las ciudades latinoamericanas, 2, Desarrollo histórico*, México, SEP, 1973.
- Nacif Mina, Jorge. *La policía en la historia de la ciudad de México (1524-1928)*, México, DDF-SOCIOCULTUR, 1986.
- Paez Díaz de León, Laura. (Coordinadora) *En torno al sujeto*, México, ENEP-Acatlán, UNAM, 1999.
- Pérez Manzano, Antonio. *Análisis Breve de la educación en México*, México, Edición del autor, 1984.
- Perry, Laurens B. *Juárez y Díaz: Continuidad y ruptura en la política Mexicana*, México, UAM-Ediciones Era, 1996.
- Plascencia de la Parra, Enrique. *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las artes, 1991.
- Raat, William D., *El positivismo durante el porfiriato*, México, SEP, 1975.
- Revueltas, Andrea. *México: Estado y Modernidad*. México. UAM-Xochimilco, 1992.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, et all. *El periodismo en México. 450 años de historia*. México, Editorial Tradición, 1974.
- Sociológica**. *Las sociologías especializadas*, México, UAM- Azcapotzalco, año 8, número 23, septiembre-diciembre de 113.
- Solana, Fernando, et all. (Coordinadores) *Historia de la educación pública en México*, México, FCE-SEP, 1999.
- Talavera, Abraham. *Liberalismo y educación*, México, SEP, 1973.
- Tenorio Trillo, Mauricio. *De cómo ignorar*, México, FCE-CIDE. 2000.
- Tovar de Archederra, Isabel y Mas, Magdalena. (Compiladoras) *Ensayos sobre la ciudad de México*, México, DDF-Universidad Iberoamericana-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- Vásquez Mellado, Alfonso. *La Ciudad de los Palacios. Imágenes de cinco siglos*, México, Editorial Diana, 1995.
- Villegas Revueltas, Silvestre. *El liberalismo moderado en México, 1852-1864*. México, UNAM, 1997.